This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G. MENDESKY É HIJO
359 - CALLE FLORIDA - 359
BUENOS AIRES

SA 5258.2.5

(109

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

*P. Obligado*

# TRADICIONES

DE

## BUENOS AIRES

**1580 - 1880**

( 5.ª SÉRIE )

CON UN JUICIO CRÍTICO DEL POETA

Don CÁRLOS GUIDO Y SPANO

**BUENOS AIRES**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO "GALILEO" MORENO 1259

1900

SA5258.2.5
v

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Dec. 11, 1920

# Indice de la 5ª Série


JUICIO CRÍTICO DEL POETA GUIDO SPANO ..... V
*La Iglesia del Susto* ..... 1
*La conspiración de los franceses* ..... 9
*El que izó la bandera* ..... 19
*El primer Monasterio* ..... 27
*El Himno Nacional* ..... 43
*La Casa del encuentro* ..... 51
*El Salón de Madama Mandeville* ..... 59
*La última carga* ..... 73
*Un Príncipe, Alcalde en la Colonia* ..... 79
*El que arrebató la bandera* ..... 91
*Suicidio manía* ..... 103
*El balcón del Señor Riglos* ..... 111
*Palermo* (SU TRADICIÓN) ..... 127
*El Fundador* ..... 139
*La última parada* ..... 148
*El Cuarto de San Martín* ..... 157
*Amor que mata* ..... 165
*Traición de amigo* ..... 175
*La bandera salvada* ..... 189
*La tertulia del Señor Guerrico* ..... 197
*La muerte de un héroe* ..... 205
*¿Qué se ha hecho el Estandarte?* ..... 215
*Un milagro en la Pampa* ..... 223
*Centenaria* ..... 229
*El primer periódico* ..... 239
*El primer Almirante* ..... 257


## APÉNDICE


*Opiniones de la prensa* ..... 275
*Indice de la 6.ª Série* ..... 287

# CARTA-CRITICA [a]

DEL

## POETA GUIDO SPANO

SOBRE LA 4.ª SÉRIE DE «LAS TRADICIONES DE BUENOS AIRES»

---

*Señor Dr. D. Pastor S. Obligado.*

¡Bien! mi estimado amigo. Continúa encendida en su gabinete de estudio, la lámpara á cuya luz escribe V. de las cosas antiguas. He recibido con su fina carta el nuevo tomo de sus «Tradiciones». Esmerada edición, correspondiente al texto interesante: Gracias.

Lei el libro desde el principio al fin, sin detenerme un punto. Amo cuanto al pasado se refiere, rindiendo asi cariñoso tributo a lo ya fenecido. Y es grato ver en medio á nuestra existencia vertiginosa y ardiente, haya quien consiga sustraerse á la vorágine que á todos nos arrastra, para recoger reliquias de los tiempos que fueron, adornando con ellas el altar donde el patriotismo pontifica.

Las memorias por V. evocadas, unas de antigua data, vivaces otras, estampadas recien en su cartera de largos y fructuosos viajes, son propias á despertar alternativamente, ó en conjunto, la curiosidad, el sentimiento, el deseo de penetrar, ora risueños, ora melancólicos, en lo desconocido, buscando el origen de antecedentes y sucesos á que estamos por el destino y la naturaleza vinculados, como quien hace el inventario de la herencia de los abuelos fallecidos sin hacer testamento, examinando hasta el último papel empolvado, en estantes lujosos ó en vetusta petaca.

Los entendidos en letras examinarán la obra de V. con la debida competencia, discerniéndole merecidos encomios. En cuanto á mí, displicente por largos quebrantos de salud, prefiero considerarla, casi en su totalidad, blando esparcimiento del espíritu, desvaneciendo sombras del pasado, con la revelación de cuadros y episodios la mayor parte ignorados. Ni esto que escribo, ni lo que ha de seguirse, hubiera trazado en el papel, si V. no me insinuase lisonjeramente deseaba conocer mi opinión en el presente caso: ingenuidades amistosas, comunes en los aficionados á las tareas literarias. Pues mi opinión, favorable cuando se publicaron sus tomos anteriores, pláceme repetirlo, se afianza hoy, acrecentándose, al apreciar de nuevo la fecunda originalidad de su ingenio, penetrante, agudo, decidor.

Y hablando de todo un poco, ¿cómo no tributar admiración á ese loro parlero guaraní, nada menos que fundador de un Hospital, y del que V. narra tan graciosamente la historia en su primer capítulo? De veras fué un pájaro de cuenta. Hay loros de loros. El suyo es uno de ellos. Descuella, sin duda, entre tantos que conocemos sin plumas, ó mejor dicho, desplumados, que en vez de fundar Hospitales, ó aunque más no fuera un manicomio, donde, andando mal las cosas, pudieran algun dia hospedarse, se zarandean por esos Parlamentos echando discursos á destajo, sin maldito el provecho de enfermos ni de sanos.

¿Con que habia sido el Capitan Don Diego Ascasuso, quién cumpliendo una promesa, si llegaba á enriquecerse, y lograda milagrosamente su ambición, por haber recibido en vez de los sacos de tachuelas que esperaba del Perú, talegas de onzas de oro,—habia sido, decía—el que levantara la Capilla de nuestro apacible San Isidro, en derredor de la cual formóse el pueblo al que todos hemos ido é iremos, Dios mediante, en procura de solaz y de aires puros? El milagro positivamente fué grande; la acción del Capitan muy meritoria: pero, créalo V., muchos con tal de que les pasase lo que á él, se comprometerian á reedificar en el mismísimo monte Moriah el templo de Salomón, pagándonos encima el viaje hasta Jerusalen.

En lo referente á la mencionada Capilla, donde varias generaciones han ido á prosternarse ante la imágen del Santo labrador, ha omitido V. acaso, evitando contristar á sus lectores, precisar la manera de cómo fuera suplantada, derribándola, por un flamante templo gótico (¡gótico en San Isidro!) á modo de quién echase armiños y brocatos sobre los hombros de un sencillo pastor. ¡Qué! ¿no habia otro paraje en el cual la opulencia moderna pudiese erigir nuevos altares, al culto de la sagrada religión que no distingue entre pobres y ricos? ¿Era necesario derribar los viejos muros del humilde santuario, impregnados de las oraciones, las plegarias, las lágrimas, murmuradas ó vertidas por los antepasados? Cuentan las historias que los israelitas, capitaneados por Josué, vieron derrumbarse, maravillosamente por sí mismas las murallas de Jericó, con

solo rodearlas llevando el Arca santa, al son de las trompetas. Aquí no se trataba de una ciudad fortificada, sinó de una ermita de campo. ¿Cómo habia de resistir al empuje de la riqueza ostentosa? Cristo fué sacrificado en una cruz de palo, que si fuera de oro se la habría convertido en moneda sonante, para construir palacios ó fomentar caprichos de la moda. Lamentemos la desaparición precipitada de la rústica ermita, en el que nuestras madres, sustrayéndose al regocijo de las temporadas campestres, confundidas con los campesinos piadosos, elevaron tantas veces al cielo sus votos por la familia y por la Patria. Pero ¡qué diablos! me distraigo del libro de V., debiendo aquí concretarme al Capitán Ascasuso, quién si resucitara, creería estar aún en el otro mundo, al buscar en vano la Capilla de su fervorosa devoción.

Y á propósito de los sitios consagrados al culto, nos habla V. de la Merced, la iglesia predilecta de esclarecidos devotos. ¡Cuántos nombres y acaecimientos memorables, consigna V. en bellas páginas! Hé aquí la muestra: «Entre el fundador Lopez Valero, primer Mercedario que llegó á ésta, y Fray Jorge Aparicio, último Prior, dignos de recordar son los servicios de Fray Nolasco, Prior en 1721, que en la fiesta de ese año, consiguió colocar la piedra fundamental de la actual iglesia, cuyo padrino fué el Gobernador *mano de plata*, General Zabala, (antes que con la única de persignarse fundase Montevideo) asistido por el Alcalde de vara larga, Señor Bernardo de Saavedra, nieto de Hernandarias y abuelo del primer Presidente argentino, y á su vez primer cautivo rescatado por los Mercedarios. La piedra fué benedecida por el Obispo Fajardo, dirigiendo la obra el Jesuita Prunelli, según los planos del arquitecto Blanqui de la misma Compañia». Me inclino ante esas venerandas entidades, y aplaudo al escritor que nos las presenta con datos y reminiscencias preciosas.

Pasando de lo místico á lo profano, declara V. ingénuamente su impotencia para sacar en limpio, al ocuparse del Señor Don Juan de Vergara, que figuró allá por los años de mil seiscientos y tantos, «si seria bueno ó si seria malo», poniendo en balanza «sus grandes servicios y grandes trapisondas». El problema no es fácil de resolverse, aún planteándole con relación á ilustres contemporáneos; asi es que V. lo deja insoluble. Resulta no haber tribunal en la tierra capaz de fallar sobre la conducta del Señor Don Juan. Unicamente el divino Juez le habrá en definitiva, conociéndole las mañas y buenas condiciones que tenia, condenado ó absuelto, en alguna salidita que hiciera aquél del purgatorio. Eso si, cumplió al pié de la letra con el precepto bíblico: «Creced y multiplicáos» Vergaras existen hoy por todas partes, como los Gomes que V. buscaba, viajando por España, en la aldea de Santa María de Nieva, «en el riñón de Castilla, donde hasta los perros ladran en el más puro castellano», asegurándole el académico Menéndez Pelayo, pertenecia la mitad de la provincia á dichos Gomez. Los Vergara pululan

aqui, en Chile, en el Perú, en la luna y hasta en Batuecas, supongo, Son no pocos, mis afectuosos parientes, por más señas, renovándose respecto de algunos de ellos, ya finados, por singular atavismo, las dudas que V. no ha podido aclarar, tratándose de su predecesor afamado.

Hablando de personajes antiguos, he deplorado con V. los percances del filántropo Alvarez Campana, «á quien le mató la calumnia». Si muchos de los coetáneos fueran tan susceptibles como él, quedaria «el tendal de muertos», usando la frase de un Gobernador de Santiago del Estero en nuestros dias. Felizmente la virtud pone sobre el pecho de los inocentes impenetrable coraza, y hasta los que caen heridos por alguna juntura del peto de hierro, tienen como lo ha hecho V. con el fundador del Colegio de Huérfanos en Buenos Aires (1775) propietario de extensos campos prósperos á que diera su nombre, quien los vindique, sacándolos triunfantes á los ojos de la posteridad.

Al capitulo en que nos cuenta V. las dramáticas peripecias de la vida de la campaña, siguese el titulado «Raro caso de amor filial». En él brilla con fulgores de estrella la Señorita Maria Sanchez Velazco, casada luego en primeras nupcias con Don Martin Lorenzo Thompson, que llegó á ser Coronel de nuestro ejército, enviado á los Estados Unidos, alistando allí en nuestras banderas á distinguidos oficiales franceses, briosos compañeros en la guerra de la Independencia, de nuestros más bravos militares. La Señora Thompson, viuda de su primer esposo, ligóse en segundo matrimonio con el Cónsul General de Francia Mr. de Mandeville. Todo esto cuenta V. en su libro. ¿Quién de la generación pasada no recuerda á Mariquita Thompson, primera Presidenta en la Administración de Rivadavia, de la Sociedad de Beneficencia, modelo en medio del fausto de buen tono, sostenido por los favores de la fortuna heredada, de exquisita cultura, que hacia resaltar la vivacidad de su espiritu y los atractivos de su sexo? Era intima amiga de mi madre, y confidenta más de una vez, en graves circunstancias, de mi padre, de Don Manuel José Garcia, General Alvear, Don Manuel de Sarratea, Don Tomás M. de Anchorena, y otros personajes de su tiempo. La conocí desde mi infancia. En largos años de tratarla, mi cariño respetuoso uniase á la admiración que me inspiraba. Su salón, rodeada de sus hijas Alvina, Magdalena, Florencia, dechados de hermosura y de gracia, comparábase á los que nos describen los literatos franceses, refiriéndose á las mujeres que en épocas distintas llevaran en Paris el cetro de la elegancia y del ingenio. Pues bien, ¿quiere V. creer, que no obstante lo dicho y la notoriedad de la gran dama, ignoraba yo los episodios novelescos de su juventud, que acaba de sernos revelados? Por ahí se imaginará la avidez con que los habré leido, avivando gratas impresiones de dias ya lejanos.

Otra figura de mujer no menos atrayente, nos presenta V. en su obra y es aqui el momento de citarla, saltando algunos de sus bellos

capitulos; me refiero á la Señora Emilia Herrera de Toro. Anticipándose á la posteridad, hace V. de tan ilustre dama chilena honrosísimo elogio. En realidad, ella sola ha hecho más por la concordia entre su patria y la nuestra, que todos los diplomáticos juntos. Tejámosle los argentinos de que se mostró siempre fervorosa amiga, verde corona de mirto, entrelazada con rosas abiertas á las auras de Mayo.

Al nombrar el mes de América, como se le ha llamado entre nosotros, siento estremecerse en mi la fibra épica, volviendo á leer su capitulo «La Tradición de Chacabuco». De él transcribo estas palabras que jamás debieran olvidarse: «El primer acto del gobierno del General O'Higgins, « nombrado Director, fué dirigirse al pueblo solemnemente: «Nuestros « amigos los hijos de las Provincias del Rio de la Plata, de esa Nación « que ha proclamado su Independencia como el fruto precioso de su « constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la Libertad usurpada « por los tiranos. La condición de Chile ha cambiado de semblante por « la grande obra de un momento, en que se disputan de preferencia, el « desinterés, mérito de los Libertadores, y la admiración del triunfo. « ¿Cuál debe ser nuestra gratitud á este sacrificio imponderable y pre- « parado por los últimos esfuerzos de los pueblos hermanos? Vosotros « quisisteis manifestarla depositando vuestra dirección en el héroe. Si « las circunstancias que le impedian aceptar hubieran podido conciliarse « con nuestros deseos, yo me atreveria á jurar la libertad permanente « de Chile ». *¡Tempora mutantur!*

También su Ministro, agrega V. dirigiéndose á las naciones extranjeras anunciaba: «Ha sido restaurado el hermoso Reino de Chile por « las armas de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, bajo las ór- « denes del General San Martin. Elevado el General O'Higgins por la « voluntad del pueblo, á la suprema dirección del Estado, anuncia al « mundo un nuevo asilo en estos paises, á la industria, á la amistad, y á « los ciudadanos todos del globo. La sabiduria y recursos de la Nación « Argentina limitrofe, decidida por nuestra emancipación, dá lugar á un « porvenir próspero y feliz en estas regiones». Debe existir entre mis papeles, que no puedo ahora revolver estando en cama, el borrador de esta comunicación memorable, que me la sé de memoria, escrita de puño y letra de mi padre, el General Tomas Guido, Diputado á la sazón de las Provincias Unidas del Rio de la Plata en Santiago de Chile. Ate V. cabos!

Y aquí monto á caballo en mi buen *patrio* y como es algo redomón, en soltándole la rienda no es fácil sofrenarlo. Paso á galope tendido del campo cubierto de trébol, al abrojal de que saldré lo más pronto posible metiéndole al pingo las espuelas. ¿Qué le ha dado á V., amigo, por deprimir la colosal figura de Bolivar, á punto de apostrofarle llamándole «el genio maléfico de la Argentina», al terminar (pág. 59) su noticia sobre nuestro Beltrán, al que apellida el coronel Fray Luis? Mas esto es

nada comparándole con las anécdotas de cuartel, reproducidas por V., todas ofensivas á la alta fama del héroe colombiano. A los grandes hombres, los Alejandro, César, Napoleón, se les fulmina á veces, no se les apedrea. Ni se pegan pasquines en las estátuas de los libertadores.

En otra parte, y esto si no es disculpable tiene su esplicación en los resabios de la guerra civil, habla V. del General Félix Aldao, de antigua familia mendocina, guerrero de la Independencia, adornado el pecho de medallas concedidas al valor por la gratitud de pueblos que nuestras armas redimieran, Gobernador un tiempo de su provincia natal,—habla V., digo, dándole despreciativos apodos. Chócale principalmente dejase el hábito religioso para ceñir la espada de los defensores de América. Hasta San Miguel supo blandirla, metiéndosela al diablo por la geta. ¿Por ventura, se ha olvidado V. de los caballeros Templarios? De los Obispos de pelo en pecho que figuran en la epopeya de la batalladora España? ¿Y los Curas Hidalgo y Morelos, campeones gloriosos de la Independencia de Méjico, á quiénes de paso V. denigra llamándoles apóstatas? ¡Qué digo Curas! ¿Papas (Julio II), Pontífices hebreos, Profetas belicosos, no hicieron temblar á sus enemigos armados? ¿Ha habido quién haya execrado más á los suyos que David en los Salmos, cantados con voz gangosa por el primer sochantre? Si V. ódia, vejándole hasta después de muerto y reducido á polvo, al General Aldao, ¿qué estraño que en vida, á haber V. caido en sus garras, mera hipótesis, corriese la misma suerte de algunos de sus adversarios furibundos? Si el crimen por ningún motivo es excusable, tampoco lo es la burla sarcástica hecha sobre la tumba de los que han actuado en escala mayor, virtuosas ó terrificas personalidades, en la tragedia que por largos años anublara el horizonte de la patria. Puede la pasión partidaria hasta aventar en sus venganzas las cenizas de los muertos aborrecidos, con razón ó sin ella; pero lo que no le será permitido jamás, es el hacer castañuelas de sus huesos.

Dispénseme, compatriota, mis severidades. La misma estimación que tengo por Vd., las abona. Dejémonos de circunloquios y lisonjas ajenas de caractéres varoniles, que ya nos entenderemos amistosamente en el camino de Damasco. Prosigo. ¿Cuánto más simpático se nos presenta V., en la calma y plenitud de su talento, haciendo con elocuente concisión el justo panegírico de su próximo pariente consanguineo, el General Manuel Obligado, Gobernador del Chaco, en las siguientes palabras que debieran grabarse, abreviándolas, sobre el sepulcro que guarda sus reliquias? «Este honrado y valiente militar lleno de ilustración y abnegación, supo algo más que alinear soldados. Creó escuelas, erigió templos, fundó pueblos, *descautivó* cristianos, civilizo indigenas, defendió la patria, ensanchó sus campos, dilató sus fronteras, difundiendo el mayor bien á su alcance».

¡Eterna prez á quien supo ilustrar su nombre con tan honrosos timbres! Conoci al General Obligado, muy jóven todavia, al principiar su

carrera. De fisonomía expresiva y correcta, de gallarda apostura, franco y desembarazado, era por todo extremo atrayente. Nos encontramos la primera vez en la sala de armas del afamado maestro Cesario. Yo llegaba de Francia, adiestrado en París por el gran floretista de Europa, el viejo Cordelois, de cuya sala llegué á ser *prêvot*, es decir, uno de los mantenedores ó ayudantes. Haciendo alarde de nuestra destreza y agilidad juvenil, cruzamos con Obligado en simulado antagonismo nuestras inofensivas espadas. La suya, de relumbrante acero, brilló en los campos de batalla; la mía, la cambié por la pluma, muy débil instrumento en mis manos.

¿Pero, adonde voy mi Doctor, si tratando de su obra me vuelvo á mi persona? ¿Adónde? pues, guiado por V. á los campos de la arruinada Troya, fundada por Dárdano, *campos ubi Troja fuit*. De veras que si dá V. en ser arqueólogo, la acierta. Puesto á ello, estoy seguro, habría descubierto no sólo la exacta ubicación de la ciudad de Priamo, la fuerte Ilión, amurallada según la fábula por Apolo acompañado de Neptuno, sinó el mismo sepulcro de Helena arrebatada por Páris; y se prosterna allí en homenaje á la belleza, que ni los inmortales resisten; bañándose en seguida para limpiarse el polvo de los siglos, en las corrientes cristalinas de Simois y del Xanto? ¡Como fué V. á remanecer desde su castillo en la Avenida Alvear, nada ménos que á Troya! Qué extraño, si ha dado la vuelta al mundo, mirándole sin pestañear de hito en hito! Y no se perdió el viaje, ciertamente. Lo atestiguan las joyas de valor que nos regala en sus escritos. ¡Cuál no será el precio de las reservadas á fin de acrecentar su tesoro de literato y de viajero!

Siguiéndole, como por ensalmo nos vemos transportados de repente de Troya á Catamarca, ó viceversa. No me perdonaría á mi mismo si terminase esta misiva, que va siendo ya más larga y poco amena que una vista fiscal, sin mentar á su estudiante de aquella capital mediterránea. *El Estudiante de Catamarca*, llama V. al más delicioso cuadro de género que pueda imaginarse. Aquella partida del niño Crucito, á estudiar en Buenos Aires en el «Colegio de Ciencias Morales», hoguera encendida para iluminar oscuridades tenebrosas; los preparativos del viaje; los regalos venidos de todas partes, de Pilsiado, Mistraneo, Pisypanaco, Andalgalá, Amanao, Mulquin; los agasajos al hijo mimado de la casa, en cuya huerta de duraznos crecía también la viña, rodeada de álamos y tunas vestidas de enredadera y flor de loconte; las despedidas del amoroso hogar, después de «la misa cantada con violines y triangulito», y del festín criollo de familia, recibiéndose los finos obsequios de las amigas y parientas, Doña Aguasanta, Estaurófila, Uzenda, Antiloquia, y la vieja Eufrasia, que había dado de mamar á dos generaciones; las tiernas caricias de la dulce madre lacrimosa; todo esto y mucho más que dá gana de copiar por entero, está contado de insuperable manera. Quizá tenía razón el tío viejo al oponerse á la partida de Crucito, exclamando: «¿Pues

qué, sólo en Buenos Aires se hacen sábios? Más prácticos hombres útiles ha dado nuestro Convento de San Francisco, que toda la sarta de teólogos salidos de Córdoba y las Provincias de abajo, á enredar el pandero». Diganlo sinó los por siempre recordados fray Juan Arracheverroa, maestro inolvidable de primeras letras, el padrecito Fray Angel Diaz, notable silogista de réplicas en latin, Fray Juan Fernández, lector de filosofía, el erudito Fray Cristóbal, y el nó menos sabio Santibañez, Rector del noviciado. Citando á estos santos varones, ¿cómo no rendir homenaje á la memoria del que entre todos descuella, *inter viburnia cupresus*, el padre Quintana (Fray Ramón) «cura de almas, maestro en diversos ramos y especialmente de gramática latina, durante cuarenta años», educador de multitud de distinguidos ciudadanos, algunos beneméritos? Pintado está á lo vivo, entrando sudoroso á la casa del futuro estudiante, y diciendo al sentarse: «Ya el ahijado confesó y mañana será la misa del buen viaje». Parécele á uno estarlo viendo al leer, era: «de regular estatura, grueso, cara bonachona y pausado andar; venia de una de las visitas de tarde á que salia sin manteo, suelto el hábito de *barchila*, tejido por las beatas vecinas al convento, sombrero de Jipijapa de anchas alas, inseparable bastón burdo y cigarrillo de chala. Llegaba cansado de echar bendiciones á cuanto muchacho encontraba al paso, más besoteado por los mismos el blanco cordón de la Órden, que su ancha manga, no siendo fraile de manga ancha». ¡A qué enorme distancia estamos aqui, en la ciudad de los Calchaquíes, de la clásica Troya inmortalizada por el estro de Homero, aunque no nos lo parezca tanto al oir los nombres generalizados de Don Estraton, padrino de Crucito, y Don Protasio, que tienen cierto aire de familia con los de Agamenón, Laomedonte, Escamandro; menos simpáticos que aquellos guapos hijos de la tierra de nuestro finado amigo Don Juan Cruz Ocampo á quien le rebozaba la gracia y agudeza de espiritu, protagonista quizá del bello episodio casero tan resaltante en el libro de V. Apuesto á que en sus escursiones allá en el Asia Menor, entre el Helesponto y el Mar Egeo, al costado occidental del monte Ida, no iba tan bien pertrechado, ni tan bien intencionado, como Crucito al dejar Catamarca, para hacerse en la antigua capital del Virreynato un sabio de siete pelucas; llevando entre muchas otras cosas en sus petacas nuevas de viaje, botellas de arrope de uva, licor de idem, dulce de tuna y patay, chifles con chicha, una bolsita de *chuchoca*, «regalo de la Dorotea para hacer buen locro», varios mazos de tabaco criollo y paquetes de fina chala, elegida en la *pirgua* ó granero de la casa: ponchos *pugas* contra el frio, frazadones gruesos y pesadisimos de Tulumba y «un corte de traje de fino barragán, salido de las habilidosas manos de la Auristela». Bien le habrian sentado á V. al atravesar la Troada, región en que no abundan las ventas que encontraba el Caballero de la Mancha en el curso de sus descomunales aventuras, echarse á pechos algunos valientes tragos de la aloja y los *yerbaos*

apurados la noche de la *cacharpaya* que precedió á la partida del susodicho estudiante. Cuanto vá señalado es exquisitamente argentino. Nada conozco igual por la naturalidad, la exactitud gráfica, la pintura dulcemente animada de gentes y costumbres que llevan el sello peculiar de la tierra. Eso tiene olor á hinojo y flor del aire abierta entre las ramas de los algarrobos silvestres. ¡Bravo poder de asimilación el suyo, paisano mio, para hacernos gozar, cual si las hubiese presenciado, de escenas íntimas pasadas en época remota, reproducidas por habilísimo pincel!

Entro ahora, con perdón de V., á recapitular de puro gusto, á vuela pluma, lo que del texto de que me ocupo en la presente, he ído saltando. Cito en el órden que llevan, los siguientes capítulos, haciendo de ellos casi un indice:

*El primer tapiz:* Curiosa noticia del «Gobelino de primera clase», representando la adoración de los Reyes Magos, conservado en nuestra iglesia de San Juan.—*¡Qué buen amigo!:* No se puede leer sin emoción. El relato del rasgo generoso que nos transmite esta leyenda, debiera enseñarse en las escuelas á los niños.—*La conciencia acusa:* Ofrece en Fray Moyano, mendocino, que también colgó los hábitos para ceñirse espada, (parece que á los mendocinos no les dá por la iglesia), el ejemplo del arrepentimiento de sus viejos pecados en Jujuy. De él habla el autor sin misericordia,—*vade retro*. Absuelto tal vez en el otro mundo, interponga á la hora de ésta sus ruegos por la remisión de las culpas que en el tempestuoso mar de la vida, en el cual remamos todavía, haya podido cometer el peregrino acá abajo, que tan malamente le trata, pues al fin y al cabo todos somos débiles mortales.—*La Tradición de Chacabuco*: Son muy interesantes noticias, personalmente recogidas sobre aquel campo de batalla. El narrador, entusiasta de las glorias de los mártires de la Libertad, caidos allí defendiendo el pabellón azul y blanco, que venían de tremolar, signo de redención, en la cumbre de una de las montañas más altas del globo,—los Andes—acabó por prosternarse de rodillas en tierra, con dos de sus hijos que le acompañaban, «rogando á Dios», dice, repitiendo su plegaria sublime, «por los que allí murieron; por que su sacrificio no resultara estéril para la paz y el progreso de América; porque la unión de esos dos pueblos (Chile y la Argentina) fuera tan inconmovible como esas montañas en que corriera mezclada la sangre de ambos, ochenta años há». Amen.—*«San Fernando de Buena Vista:* Curiosos datos relativos al origen del pintoresco pueblo de ese nombre, recordando con alabanza calurosa al más celoso promotor de su adelanto en época moderna, D. Juan Madero, amado de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle.—*El abrazo de Maipú:* descripción de la fiesta patriótica promovida por el distinguido narrador, en el campo donde nuestras armas triunfantes sellaran la Independencia de Chile; preparándose allí á ir, atravesando mares y desiertos, á proclamar al son de sus clarines la emancipación política de las Repúblicas Sud Americanas, no deteniéndose

dose hasta las faldas del Chimborazo y el Pichincha.—*Las apariencias acusan:* Ejemplo de que tratándose de las acciones de los hombres, cuando la justicia yerra, la mano de Dios acaba, rehabilitando la inocencia, por rasgar el velo que la ocultará á los ojos del mundo.—*Argentinos en Trafalgar:* Página histórica en que se consignan los nombres de nuestros compatriotas, que pelearon con honra en el tremendo combate.—*Lomas de Zamora*: Noticia de la creación y progreso de ese pueblo cercano, con una población hoy, formada en pocos años, de diecisiete mil habitantes Entre sus fundadores, que lo fuera también de *Brown*, propendiendo al florecimiento de *Banfield*, descuella el meritísimo ciudadano Don Estéban Adrogué: caballero de viva inteligencia, de acción siempre eficaz, sembrando en torno suyo el bien y recogiendo bendiciones.—*El primer cañonazo*: Disparóse, cuéntase, contra los asaltantes ingleses (1806) en las barrancas del Retiro, siguiéndose á poco la rendición del ejército invasor, intimada al General Berresford por el entonces Ayudante de campo Don Hilarión de la Quintana, mi bravo tío, que decidió más tarde con la División de reserva que mandaba, de la victoria de Maypú,—*Se los robó á la muerte*: Nárranse las peripecias y peligro que corrió la vida de nuestro brioso y caballeresco compatriota Dr. Roque Saenz Peña. Hecho prisionero por el ejercito de Chile en la derrota del Morro (Arica?), inferida á las tropas peruanas, hallóse á punto de ser con la identidad de su persona, fusilado. Salvóse, debido á la intervención generosa, noblemente promovida de antemano entre sus mismos adversarios, de la Señora Emilia Herrera de Toro, á quien llama el autor la «Samaritana del Mapocho».—*Telepatía*: Un nuevo caso de la misteriosa comunicación de los espíritus, sucedido con el Teniente de Marina Don Francisco Balcarce, miembro de la familia patricia de este nombre, muerto prematuramente en un naufragio. Al mismo tiempo de hundirse en el Rio Paraná, espiraba su linda novia, de humilde cuna, en Buenos Aires, con la que se hubiera unido «á pesar», dice el autor, «de algunas viejas que nunca faltan, metiendo sus narices llenas de rapé donde no las llaman, tratándose de buenos mozos sobre todo si hay sobrinas casaderas.—*Fieras humanas*: Aquí entre las víctimas sacrificadas en el furor de la conquista, figura la heroina de la leyenda, la Maldonado, salvada de atroz suplicio, según Schmidel, á quien crée el cronista á piés juntillas, por una leona, en el paraje contiguo á Palermo, que lleva su apellido. Yo he habitado en él cuatro años y nunca ví por esos andurriales más fieras sueltas que algunos acreedores de un bolsista sin bolsa, mi vecino. El pobre tenia fama de haber acertado constantemente en sus operaciones bursátiles, un lince. Erró sólo una vez, y ¡oh fatalidad! en esa se despeñó arrastrando á sus clientes arruinados, que ahora le perseguían tenaces. «Mire V. señor» llegó á declararme desesperado un dia: «no me tiro de cabeza al arroyo Maldonado, por no haber en él bastante agua en que un cristiano pudiera ahogarse abrazado al demonio». Si hubieran existido fieras en la comarca, el bolsista se

arroja á ellas, sin necesidad de que los lictores de ningún Diocleciano le empujasen, y se va á jugar á la alza y á la baja con las ánimas más ó menos benditas de sus predecesores.—*Pobre en España, rico en Buenos Aires:* La antigua historia. La gracia es ser pobre en todas partes, y no ahorcarse del primer campanario.—*La tradición de la yerba*: Lindamente escrito este artículo, original, americano, paraguayo, montaraz. El autor merece un mate eterno á la sombra del árbol de la yerba que crece en el Paraiso, el divino Caicobé.

Basta!... se me atasca el resuello...

—Pero «¿á qué me viene con toda ésta retahila—dirá V.,—«repetiéndome mal lo que yo he escrito bien?»—No se queje. Le devuelvo en canastra de mimbre el fruto recogido en su propio verjel, después de haberle sacado el jugo, con el que pienso preparar un elixir contra el aburrimiento. Las frutas secas súelen equipararse en lo sustancial á las maduras; y aunque no es este el caso, no teniendo qué ofrecerle, devuelvo á su dueño, en forma amistosa, lo que le pertenece.

¡Caramba! recién, muy tarde, me apercibo olvidé el verso de Voltaire, que no me atrevo á traducir al castellano:

«*Le secret d'ennuyer, c'est celui de tout dire*».

—¡Oh, San Ramón! ¿Dónde está tu candado?

Plácemes amigo, y un apretón de manos.

CÁRLOS GUIDO Y SPANO

---

(*a*) Como en los primeros tomos, seguimos en el presente nuestra costumbre que también observa el tradicionista Palma, reproduciendo en la introducción, juicios literarios publicados á la aparición del tomo anterior. Debidos éstos á literatos de la importancia del mismo "Poeta de las tradiciones", el anticuario Doctor Carranza (Angel) y el eximio latinista Doctor Tobal, los entresacamos de la prensa nacional y extranjera, dentro y fuera del país, que favorece nuestras modestas producciones. Toca el turno á la presente epístola, tan llena de *sprit* y atinadas observaciones con que el laureado poeta Guido y Spano nos ha favorecido, á quién damos aquí públicamente las más expresivas gracias, aceptando en todas sus partes su crítica, como de mano maestra.

# La Iglesia del Susto

## I

Entre las muchas enseñanzas que deduce la historia de la manzana de San Telmo, no es la ménos digna de recojer, cómo aún deleznables sentimientos suelen producir resultados benéficos. Ocasiones hay que hasta de los males que nos aflijen se extrae algún bien, cual de las negras entrañas del carbón brillantes que deslumbran. No creemos sea permitido hacer matar toreros por caridad, como no há mucho en la Plaza del Retiro, ni que loterías, bien sean de beneficencia, conviertan en jugadores á vagamundos ú ociosos, pero verdad es, que del temor á un naufragio, surjió la Iglesia de San Telmo en ésta, la de Bernardinas en Salta, y otras muchas Iglesias votivas.

Yá por los años de 1605, señalóse esa alta barranca para Hospital, y desde el de San Martin, hasta el actual Patronato de la Infancia, en las transformaciones de la misma manzana, hubo sucesivamente: Cuna y Escuela, Taller de obreros, Capilla, Iglesia, Residencia de Novicios, Hospicio, Beaterio, Manicomio, Escuela de Medicina, Sala

de Autopsias, Cementerio, Cárcel de Menores, de Mujeres, Correccional y Fábrica de cañones, en el mismo lugar donde hoy juegan los niños sin madre.

Mal consejero es el miedo, pero léjos, muy léjos, nos llevarían las deducciones de todo lo bueno á que ha dado márgen.

.....

Fué el «San Telmo» uno de los más fuertes Bergantines de la matrícula de Sevilla, que á los ochenta días de zarpar del Puerto, (Sanlúcar de Barrameda) récia pamperada luchaba por estrellarlo sobre las breñas del Brasil. Tres días sin comer ni dormir no eran los menores sufrimientos del pasajero de cámara, pero sí, mayores las tormentas del alma que le enflaquecían, más que el prolongado ayuno.

La verdad es, que tenía de qué asustarse ese devoto de la Vírgen, cuando en su barco ensanchábanse vías de agua, durante la más hermosa tempestad: el palo trinquete caía astillado por un rayo, y el mayor, seguía gimiendo al blandirse, amenazando quedar en dos, ó en medio palo. En lo crítico de la tempestad, mandó el Capitán alijerar la nave, echando carga al mar, y al ir á arrojar un cajón con la imájen de talla, su dueño, abrazado á ella, pidió no lo hicieran. Desesperado en su aflicción, rogaba á la Virjen de Betlem, á Nuestra Señora del Socorro, protectora de navegantes, á la Candelaria, á San Telmo, y encomendándose á todos los Santos del cielo, hizo voto de construir Iglesia si salvaba de tan inminente peligro. Poco á poco, empezando á serenarse su espíritu y el mar, divisó en lo alto del mástil, ese luminoso meteoro eléctrico que corona de resplandores intermitentes las puntas más elevadas, llamado por los marinos *fuegos de San Telmo*, y que antiguamente creíanse los espíritus de Casthor y Pólux bajando al rededor de las naves.

.....

Solo una formaron por mucho tiempo las manzanas entre las calles Defensa, San Juan, Colón y Comercio. El primitivo Hospital, que el plano de Garay señala contiguo á la cuadra de Mercedarios, trasladado á la Huerta de Betlemitas, alejóse luego á la Residencia de Novicios

de los Jesuitas; pero si éstos se desprendieron bien pronto de los enfermos, nó así del terreno, que recién á su expulsión, reivindicó el Estado. Enajenada con posterioridad su parte inferior, poseyóla hasta 1831 don Tomás Fair, á quién la compró el Gobierno. Años después, Rozas hizo donación de ella al doctor Lahitte, compensando sus gestiones diplomáticas sobre Tarija, que nó reivindicó, vendiéndola luego éste. Después de la caída del tirano, sobrevino pleito de reivindicación entre la Municipalidad, que sostiene ser primitiva dueña de cuanto dentro del Municipio se encuentra, y el Gobierno, á quién se le desconocía autorización para vender.

Este pequeño *litis*, que apénas cuenta medio siglo, le mencionamos sólo como dato ilustrativo en la celeridad de la justicia, que sigue y seguirá por los siglos, no obstante la aprobación judicial que del remate se hizo de esa barranca. Aquí, de donde salieron los últimos Jesuitas, llegaron las primeras Hermanas de Caridad, coincidencia como la de que, empezando por Cementerio de sus primeros habitantes, se haya transformado en Cuna de inocentes, donde exclamaciones y sonrisas infantiles borran de la memoria lamentos de los que tantos años sufrieron.

## II

En cuanto bajó á tierra el señor de Cevallos, dueño del buque y cargamento, como de otros dos más pequeños que navegaban en conserva, dejándoles anclados dentro del *Arroyo de las Canoas,* al pié de la barranca, en cabeza y descalzo subió, seguido de sus marineros, llevando el roto mástil á la Capilla inmediata, y arrodillándose á dar gracias por el milagroso salvamento. Consultando con el señor Obispo la más pronta realización de su promesa, fué aconsejado asociára su buena obra á la de los Jesuitas, quiénes, donándoles la imájen y limosnas ofrecidas, erijirían la Iglesia votiva, en esa Residencia de sus novicios.

No terminada la construcción, fueron éstos expulsados,

y muerto Cevallos á mitad de ella, aunque filántropos como don Melchor de Tagle la proseguían, poco avanzaba de la primera nave de San José, hasta que fué nombrado Síndico el señor don Juan de Lezica y Torrezuri. Ese rico comerciante que al emprender viaje de regreso desde el Alto Perú, en la primera *Pascana* dobló su capital, pues en noche de trueno ganó á cuantos mineros allí pernoctaban, barras, piñas, arrias, esclavos y muleteros, venía de fundar la Iglesia en Yungas, reedificó en su tránsito la del Luján y concluyó aquí la de Santo Domingo. Fatigado por el trabajo, hallábase en su casa señorial de Filipinas, frente á esta última Iglesia, cuando dedicó sus últimos años á la conclusión de San Telmo.

.....

No fué el Seminario de *Regina Martyrum* la única piadosa fundación que recuerda las virtudes y filantropía de nuestro primer Arzobispo y su familia, tan benefactora como Don Ignacio Bustillo Cevallos, el abuelo de la señora doña María Gertrudis P. Cevallos, madre del doctor Escalada.

En el de 1797, se admitía, por sus grandes beneficencias á esta Iglesia, al señor Sanchez Velazco, su esposa, doña María Magdalena Trillo, y su hija María, en la Hermandad de San Pedro Telmo, á pedido del Regidor Fray Julián Perdriel, y Superior Provincial Manuel de Torres, de esta Provincia de San Agustin, Orden de Predicadores, según el viejo pergamino en nuestras manos; y un siglo después, hemos tenido ocasión de encontrar allí una de las más devotas tataranietas de Sanchez y también del señor Lezica, (la linda Teode), ejerciendo obras de caridad, en el mismo sitio que sus antepasados elevaron la Cruz que extiende sus brazos protejiendo á todos.

Y aunque en éstas, como en muchas otras obras, pretendieron los Jesuitas llevarse la palma, sólo pusieron Jesuitas, y por breve tiempo. No habían transcurrido veinte años, cuando todos ellos naufragaron en tierra, durante la noche del 3 de Julio de 1767. El Secretario del Gobernador Bucarelli, Verlanga, el Mayor Gon-

zalez, Don Domingo Basavilbaso, su yerno Don Vicente Azcuénaga, el Cajero del Gobernador, Don Julián Espinosa y la Compañía de Granaderos del Fijo, bajo la más furiosa tormenta de agua y granizo, llegaron á llamar á la puerta de la Vírgen de Betlem, é indicándoles caminito de su expulsión, quedaron en belen los buenos padres.

El Señor de Cevallos donó la hermosa imájen de la Virgen y dineros para la Iglesia de la promesa. El Gobierno de Salcedo amplió terreno para ello. Contiguo al Hospicio y su Capilla, el señor Tagle hizo construir Casa de Ejercicios; luego el señor Lezica, benefactor tan especialista en obras pías, como Pinelli autor de planos de todas las Iglesias de su tiempo, la concluyó. Todavía el señor Sanchez Velazco con tan cuantiosas limosnas cooperó, que le nombraron Síndico perpétuo. Pero, hé aquí cómo un Jesuita cuenta á otro su mérito y servicios en la obra nacida por el susto á un naufragio:

## III

«No podían los Jesuitas del primitivo Colejio acudir á todas partes, *ni al alto de San Pedro*, que una profunda zanja dejaba cortado.

Acertó á llegar de Europa, en 1734, don Ignacio de Cevallos, caballero montañés, vecino de Buenos Aires, trayendo una cópia de la milagrosísima imájen de Nuestra Señora de Betlém que se venera en el Hospital de Antón Martín, en la Corte de Madrid. Llegaba con designio de erijir una Capilla en dicho *Alto de San Pedro* en que colocarla, y fundar una Capellanía para que auxiliára á los pobres. Aconsejóle el Obispo que entregase la imájen á los Jesuitas, quienes fundando en dicho sitio una Residencia cumplirían el voto de Cevallos. Luego ellos le sujirieron ofreciera una buena cantidad de dinero, al

contado y otra mayor á su regreso de España, adonde regresaba por las diligencias de su fundación. Solicitóse del Obispo y del Gobernador las licencias respectivas, donando este gran solar de dos manzanas, y mientras se solicitaba del Rey licencia para el Colejio, fué erijido el Hospicio. Escribieron á su Magestad el Gobernador Salcedo, el Obispo Arregui y el Cabildo, de la ventaja del Hospital, Iglesia, Colegio, concediendo después de muchos trámites, por cédula del 17 de Septiembre de 1746, que al Hospicio se agregára un Colejio.»

Pero la verdad es que la generosa piedad de Don Melchor de Tagle fué la que coronó la obra de munificencia del señor Cevallos, labrando á su costa, contiguo al Nuevo Colejio, casa adecuada para Ejercicios, y señalando fincas, cuyos alquileres costeaban los alimentos de ejercitantes.

.....

Justificado queda el título de esta tradición; la Iglesia votiva que tuvo por orígen un susto, aislada por las continuas inundaciones de terceros, amenazada por el desembarco de invasiones en el inmediato Puerto, y víctima de incendio la nave primitiva de San José, todos los elementos perturbaron su tranquilidad, y ella, su manzana y barrio, han pasado por muchos años con el Jesús en la boca. Más de una generación vivió allí en continuo susto. El primer obús «Mangoré» fundido en la Sacristía, fué armado en batería sobre la cima de su barranca, temiéndose atrajera el fuego de todas las Escuadras, que arrasarían las casuchas diseminadas en sus laderas. El escape de más de un demente, tapiadas tuvo puertas y ventanas muchas veces, y las repetidas fugas de criminales de los viejos claustros y prisiones, (Cárcel San Juan) dejaron sin una *blanca* á cuanta negra habitaba entre aquellos tugurios del bajo, viviendo blancos y negros, pálidos de susto en susto, pues apenas hubo cólera, fiebre amarilla, epidemia, ó peste alguna, que no elijiera por foco, aquel, de ninguna higiene, de locos, enfermos, presidarios y pestilentes, en el mismo lugar que la Caridad devuelve transformada en Jardin de Infantes.

Otra causa justificativa de la *Iglesia del susto*, que continuamente inquietaba el barrio, fué el haber sido la primera á que se concedió «derecho de asilo». Apénas hubo ladrón que no aprovechára de los que dormían á pierna suelta, con todo abierto, en largas siestas, para transportar sin la voluntad de su dueño, cuanto á mano encontrára, á los pajonales de la Boca, y con frecuencia esos discípulos de Caco entraban atropellando perros y beatas madrugadoras, que á la de alba concurrían, misa á que se veían obligados cuando la justicia venía pisándoles los talones. También continuos combates, bajo el simulado nombre de *elecciones,* tuvieron en sobresalto á los estudiantes de Medicina hasta el año del incendio, en que se le quemaron los libros al señor Cura, por cuyo percance, todo mal nacido ó peor casado que dificultoso encuentra comprobación de partidas, declárase vecino de la Parroquia, bautizado ó casado en época anterior á la desaparición de los libros parroquiales. Y en tan estrecho perímetro que espacio tuvo para tan múltiples instalaciones, lo hubo también para la fundición del primer Obús, por el Ingeniero Don Angel de Monasterio. Antes que las doce Sibylas, colgadas hoy en la sacristía, presenciáran desde su alta galería las buenas obras de párrocos tan meritorios como el Presbítero Fernandez, víctima de su caridad durante la primera epidemia; el activo Flores, los ilustrados Duprat y Kiernan; en aquel recinto fué transformada en Obús la campana, rota de tanto repicar el primer día de gloria, (12 de Agosto de 1806) primera victoria del pueblo, en prevención del regreso de la Escuadra Española, cuyos buques bombardearon la ciudad en 1810.

Hoy la beneficiencia transforma el antiguo *Alto de San Pedro*, y hasta su viejo Mercado se convierte en jardin. Tan rápidamente prosperan en preparado terreno semillas de caridad, caídas al pasar. Hasta la electricidad, ilumina y aumenta el movimiento. Los tramways subiendo y bajando continuamente las barrancas que limitan el viejo local historiado, llenan de vida y actividad barrio tan aislado ayer.

Los gentiles llegaron á deificar toda noble pasión, convirtiendo en semi-Dios al héroe que por ella descollaba.

Así, al más fuerte, denominaron Hércules; á la más bella, Vénus; Marte, al mejor guerrero; y levantaron templos á todas las Virtudes: á la Piedad, la Clemencia, la Prudencia; á la Fortuna, la Esperanza, la Paz, la Concordia y la Victoria, y también á Belona y al Pavor. Bien que por aquellos tiempos que tradicionamos, el más redomado pícaro creía chancelar cuentas con su conciencia, elevando un templo, nó al Hércules negro, Caco ó Dios del robo, aunque si con el producto de contrabandos; bajo esta consideración, (edificaciones para ganarse la gloria), no es San Telmo la única *Iglesia del susto.*

# La conspiración de los franceses

## I

Los franceses contemporáneos se enorgullecen de que ellos han enseñado la Libertad al mundo, declarando los derechos del hombre bajo el lema: *Libertad, Igualdad, Fraternidad,* escrito en todos los muros de París, siquiera para conservar estas cosas escritas. Algo olvidadizos, no recuerdan que todas ellas les vinieron de América, que los tan decantados principios de 1789 ya se habían hecho carne, cantándose por plazas y calles con la Libertad Americana, repiqueteándolos la gran campana que llamó al pueblo á la Independencia, en 1776; la misma que á su cumple-siglo tuvimos ocasión de besar en Filadelfia, reverenciada en la Casa de la Patria, y en cuya minúscula reproducción mojamos la pluma con que trazamos estas páginas.

Sin embargo de ponerse en duda si en esta Capital del Virreynato actuó la Inquisición, por más que el General Mitre acaba de obsequiar á nuestro celebrado numismático Rosa, el mismísimo sello del Santo Oficio, relieve en hierro de Fray Pedro de Arbués, gran Inquisidor, y agregar

el historiador Dominguez, que los instrumentos de tortura fueron mandados quemar en la plaza pública por manos del verdugo, no fué el Señor Antonini el único que confesó haber recibido tormento. De una á otra referencia, deducimos para nuestro coleto, que, si no hubo Inquisición permanente, fué porque el ensayo dió fiasco. Expresó sí su cariño la madre patria, enviándonos después de los potros que descuartizaron al cacique Tupac-Amarú, el Santo Tribunal, que en las numerosas víctimas sacrificadas en el Perú, algunas de ellas eran de estos barrios.

Vino pues la Inquisición con todos sus adefesios y adminículos de tortura: ruedas, embudos, perchas, tirantes, braseros, rondanas, cábrias, Inquisidor Mayor, y Corte infernal de Familiares, Crucifixeros, denunciantes, y aunque contradictorio aparezca esta inmediación de la *Libertad* al potro de tortura, explicase, que si nó en un mismo barco vinieron, por un mismo acto aparecieron. También podría esta tradición denominarse: La Libertad en camisa, en medias ó enaguas, entre las que se introducía la Libertad en América, medallita revolucionaria con su efigie, que tanto encocoró á Ministriles, Alcabaleros y Alguaciles, trayendo muchas noches al Excelentísimo Señor Arredondo, sin que le llegara la camisa al cuerpo.

## II

Saltaba de su lecho un buen día este Virrey, en mañana de poco frío, tiritando, no de éste, sinó por el sinapismito recién llegado de la Córte, (18 de Mayo de 1791) en que reprendía el Conde Lorena su incuria y poco tino, advirtiéndole que el Rey estaba noticioso de que, entre los géneros comerciales de mercería fina, como en relojes, tabaqueras, medallas y monedas, grabado en ellas había el busto de una hermosa mujer con el cabello suelto: la Libertad y el gorro frigio. Lo más horripilante era

que la mujer en camisa, venía hablando sola, malas palabras, cosas nunca oidas, y frases tan subversivas como la leyenda que de su boca cerrada salía: *Libertad Americana*».

Y á medio vestir, pues si la Libertad se introducía en su aposento con toda libertad, casi desnuda, el Virrey la recibió en gorro de dormir, tomando la de ganso, se puso á escribir precipitadamente al Señor Gobernador, Sub-Delegado de la Real Hacienda de Montevideo, para que: «estreche su Providencia los Puertos del Distrito de su mando, cele con la mayor vigilancia se introduzca ninguna especie de moneda, dijes ó medallas que tengan alusión á la Libertad de la Independencia Americana, cuya propagación pudiera ocasionar muchos perjuicios á la tranquilidad pública, haciendo recojer y reembarcar cualquier cosa que represente tales objetos, recogiendo con prudencia y sin dar á entender el motivo, las que se hallaren esparcidas, en monedas, alhajas y relojes que contengan señales alusivas».

Bien creía haber desempeñado su vigilancia el Señor de Arredondo, cuando á poco de recibirse su sucesor Avilés, sacando una medallita del bolsillo, que obtuviera al pasar por Montevideo, le dijo:

—A pesar de tan decantada vijilancia, se las han pasado por las narices de su Excelencia, igual su efigie á la tapa interior del reloj que me envió el Señor Alzaga á la Colonia.

Siendo éste, Alcalde de 1er Voto, seguía el hilo del sumario, pidiendo autorización para trasladarse con los miembros del Cabildo que iban á saludar al nuevo Virrey, y no consiguiéndola, por sospecharse á lo que iba, le envió un obsequio del que poco caso hizo Avilés. Pretendía congraciarse, pues que el anterior no dió importancia á su requisa inquisitorial, si bien por no aparecer más tibio que el Cabildo había tolerado se paseára en burro y con un Sambenito, en contorno de la plaza, al francés Barbarin, sin aclararse más en el motín de los franceses, del que se creía precursora la temible medallita revolucionaria.

Pero como no era cosa que se amojosáran los flamantes instrumentos de tortura, en subterráneos tan próximos á

Don Santiago Antonini, (francés y relojero), entre cuyas mercancías aparecía la caja de rapé secuestrada por un negro esclavo de Alzaga, si no le puso sobre el potro de tormento para arrancarle confesión, sí, le hizo dar de mano, le tomó los dedos, las uñas, y poniendo sus yemas bajo el torniquete, ensayó el primero de los grados de tortura, sin obtener nada del paseado sobre la plaza, ó el torturado bajo el subterráneo.

## III

Y aquí viene de molde, parrafito histórico de lo que era la Inquisición, que si no llegó á funcionar más entre nosotros, no fué á falta de penitenciados en el Virreynato, sinó por que el Tribunal del Santo Oficio, instalado en Lima, comprendía su jurisdicción, desde Santa Fé de Bogotá, hasta Buenos Aires, incluso Chile.

Así la monja Carranza, Doña María de la Cerda y Badillo, por hechicera, como el infeliz juijeño Don Agapito, no fueron los únicos argentinos penitenciados en Lima. Todos caían, hasta Obispos y Arzobispos, pues Luna Pizarro, tambien fué denunciado, y hasta el mismo Rey de todas las Españas, que no tuvo la previsión del astuto Virrey del Perú, quien al comparecer ante el Tribunal, entregó su reloj al Gran Inquisidor, saludándole con estas palabritas: «Queda rodeado el Convento de cañones, con la órden que, si antes de cincuenta y nueve minutos no salgo, arrasen toda la manzana, sin dejar uno vivo».

Parece que después de la chamusquina del Inca Tupac apremiaron las requisas por todas partes, á punto de que, cada dedo se les antojaba revolucionario, y apetito erótico tal despertóse de pronto en nuestras marisabidillas de las provincias de arriba, que solo en Tarija, de una docena pasaron, denunciadas por habérseles encontrado las *Cartas de Abelardo y Eloisa, Voltaire en camisa, ó Vênus sin ella,* estampas al natural, con el traje de Eva, antes de pecar.

Por guardar libros prohibidos eran condenados los más, comprendido en ellos hasta la *Historia de Federico de Prusia,* secuestrada al padre del Coronel Moldes, émulo de Pueyrredón, á quién pretendió suplantar. Ya en las postrimerías del pasado siglo, olorcito revolucionario habíase extendido por todas partes, y torniceros é inquisidores, no daban abasto, desde la ciudad de los Reyes. Acompañando á éstos, llegó el Fiscal del Santo Oficio con el Secretario del secreto, Receptor, Calificador, Consultor y Procurador, que Abogado y Médico se agregaron los de esta Matrícula, y como todo era secreto en aquel terrorífico Tribunal del Santo Oficio, no revelaremos después de cien años los nombres de esos solícitos cristianos que tanto daño hicieron á la cristiandad.

La Revolución asomaba las orejas, y preciso era dejarla reyuna ó *pátria,* como luego á los caballos de la Pátria. La aterradora calesita verde no llegó á rodar en nuestras calles; pero no fué Barbarin el único que saliera montado sobre bestia de la albarda y vestido de Sambenito en el castigo de los portugueses, y conspiración de los franceses, abjurado, en procesión de desagravio.

Al denunciado se aplicaba la tortura, para que declarase lo acusado, ante el Inquisidor y el Secretario, bajo la oscura cámara del tormento; los torniceros aplicaban el de la garrúa, el potro ó el fuego, para que declarase la verdad, y declarára ó nó, el resultado era el mismo. Contadas veces salía la víctima sobre un caballo blanco con la palma de inocencia, sinó, lisiado para toda su vida. No eran para menos las caricias del potro de tormento, sobre el que, amarrada boca arriba, le metían una cinta que introducida por el agua del embudo, producía en la garganta tales náuseas, su desesperante cosquilleo, que le ahogaban lentamente.

Colgaban á uno con cien libras de fierro en los piés, dejándole caer, sin llegar al piso hasta en doce estrepadas, que le descoyuntaban, ó barnizaban sus plantas con grasa poniéndole sobre un brasero. Hasta por tres veces se repetían estas torturas y *refinamiento de ternura* en los conquistadores, la hora oficial de que no podía pasarse en España, en esta tierra que el tiempo no vale nada, se

contaba por cinco cuartos. Esceptuábanse mujeres del tormento, pero á las pobres hijas de América no llegó tal escepción. El año de la libertad de vientres, (1813) fué abolida la Inquisición en España, más los tormentos iniciados con Atahualpa, perfeccionado para el último Inca, Tupac-Amarú, en el Virreynato de Buenos Aires, tuvieron su postrer repetición en vísperas de Junin.

Aún después de haber sido sus primeras víctimas en la Argentina, Antonini y Barbarin, fué denunciado en Jujuy (año 1809) Don Francisco Casajús, de guardar una estampa pecaminosa, y hasta 1818, se denunció á la tarijeña Ana Díaz por conservar libros prohibidos, ante el mismo Tribunal que compareciera el poeta Olmedo, acusado de haber leido obras de Voltaire.

## IV

Caviloso andaba el señor don Martín de Alzaga, cuya fortuna le colocaba entre los más ricos de su época, é inquieto le tenía el descubrimiento de una revolución, que sin duda solo existía en su mollera. Como su conspiración del año nueve, huera resultó ésta. El rico-home pretendía acreditarse más godo que el Rey, bien que nada justificó el susto del Cabildo Eclesiástico trasladando el Sagrario de la Catedral al chisme de la ex-querida de un francés denunciando que volaría la Catedral. Pero como al fin, para comprobar conspiración preciso era inventar conspiradores, echóse mano al francés de Relojería más inmediata á los calabozos de la Inquisición.

Y tanta prisa tuvo el señor Alzaga en comprobar lo que no existía, que poco satisfecho con el penitenciado Antonini, á solicitud de los más celosos Cabildantes, hizo pasear en bestia de albarda, á uno, oprimiendo en otro los dedos, á quien más sueltos y lijeros les necesitaba para mecanismo tan fino como de su oficio.

Más de quince años se conservó el secreto inquisitorial, revelando recien en la mañana del 5 de Julio de 1812, cuando suspendido en la horca el acaudalado

comerciante que pretendió sofocar los primeros hálitos de independencia, enagenado, fuera de sí, Antonini llegó á abrazarse de la horca. Su compañero Barbarin, tiraba monedas al populacho, y hasta una de las Vieytes, víctima su prometido, del mismo acto inquisitorial, empapára su pañuelo en la sangre del martirizador.

En resúmen: la Inquisición establecida en Lima desde 1540 hasta 1822, en que se le regaló al General San Martin su campanilla de plata, pues yá no tenía á quién llamar, comprendía hasta los denunciados en esta plaza. Durante el tercer Virrey, y á consecuencia de la Revolución de Tupac-Amarú, extendió sucursal en Buenos Aires. En la de Lima, fueron penitenciados media docena de argentinos; en la de Buenos Aires, denunciados otros tantos, los dos referitos sufrieron castigos.

.....

Muchos años después, cuando concurríamos á la Escuela de don Juan Peña, (frente á la Botica de los Angelitos) al regresar en las tardes de verano, encontrábamos chupando mate al grueso señor Antonini, en mangas de camisa, tomando campo ó aire á la puerta, de codos sobre la media hoja inferior cerrada, en la antigua Relojería, heredada de su señor padre, bajo el Noviciado de los Jesuitas. A veces conversando con el señor Masculino, buen mozo ó dandy, del barrio, sobre su caballo chileno, más braseador que el del Doctor Escarranea, otras en charla de vecindad con el latero de la cuadra, Miseretti, llamando siempre la atención de los escuderos que miraban con cierto pavor al hijo del *inquisisionado*, como lo apodaba la anciana de los altos de esa esquina, madre de nuestro poeta, Ventura de la Vega.

## V

Si se criticára esta tradición de que no justifica su nombre, por dejar la conspiración en el tintero, en pluralidad de verdades, confesaremos que, no hubo conspiración, y casi casi ni franceses, bien escasos, el pasado siglo por estas regiones. Los más notables asiduos

eran en casa de las Vieytes, por ser de las pocas que mejor pronunciaban su idioma. Más tarde Mr. Forest, Coronel distinguido en los primeros ejércitos de la Pátria, desposó á una de las señoritas de la casa. Otro caballero francés, falleció prematuramente, siendo novio Oficial de la mayor de las hermanas, y Antonini y Barbarin fueron de sus frecuentadores. Hubo sí, castigo de delito que no se cometió, sin encontrarse francés alguno en la boca-mina.

Otra más grande que la Catedral abortó por aquellos tiempos, conspiración de los Jesuítas desde que perdieron su reinado en ésta, para hacer saltar las Colonias, facilitando su escape del trono de España. Así, desde mucho antes, á secularizados Jesuitas que habían quedados en los escondrijos de su Colejio, y á otros en Montevideo, Lima, Méjico, llegábales de cuando en cuando como *Santo* y *seña*, ó palabra de órden para el levantamiento, la medallita revolucionaria cuya historia es la siguiente:

Obtenida por los norte-americanos las primeras victorias (Saratoga y Jorkwon), en lucha por su Independencia, aquel sábio hijo de América que «arrebató el rayo al cielo y el cetro á los tiranos, mandó acuñar en París, (1783) la medalla con busto de una hermosa mujer, cabello suelto á la izquierda, asta de la Libertad y gorro frigio sobre el hombro derecho. Llevaba la fecha del 4 de Julio de 1776, y por leyenda *Libertas America*. Lluvia de ellas empezaron á caer en Méjico, Perú, La Plata como aerolitos, y fué ésto lo que encocoró el real ánimo de su Magestad. Según el testimonio del Doctor Lamas, citado por el numismático Rosa, desde mucho antes de la imaginada conspiración, apareció en el Plata la medalla de la Libertad Americana, pues ya en Junio de 1789, persiguiendo una, entró el Gobernador de Montevideo, rodeado de escribas y cartularios á la habitación de Vidal, hurgoneando su correspondencia con Don Cosme de la Cueva, ex-Jesuita, como el anterior, sin llegar á descubrir la hermosa americana, escondida en un misal.

Tal fué la «conspiración de los franceses» sin franceses, ó la «revolución de la medallita» que vino á remover el pandero. El soberbio señor Alzaga, que no llegó á ser Virrey, pretendió ser Rey, y en ódio á los

nativos, para recomendarse por su celo, inventó motin sin amotinados, y sin llegar á la altura de Iturbide, Emperador mejicano, le pasó, en la de horca, por ser la suya más alta.

Enseña una vez más esto, que, magistrado ó simple particular, yá se hallen en bajo nivel ó en las alturas, deben siempre proceder con justicia y rectitud. Por ocultos que parezcan sus procedimientos, entre sombras, ó en las profundas entrañas de la tierra, tarde ó temprano sale á la superficie el mal escondido. Procediendo con todo sigilo el Alcalde, no faltaron, quince años después, tres personas que estalláran de ira en la plaza pública. Tal en nuestros días, sobre cierto Magistrado que creía á cubierto, subversivos procedimientos, no faltó uno de tantos damnificados, que, revelando su excecrable conducta, le puso en espectación, y, prensa, opinión pública, Cámaras, meetings de indignación. Poder Ejecutivo, Congreso, colegas, estudiantes, los heridos por su mal proceder que formaban Regimiento, montaña abrumadora de cargos amontonaron, de peso tal, que sin esperar la tormenta, escabulló como por escotillón, del alto puesto de magistrado, nuevo caso de, cómo la conciencia acusa.

A sucedidos semejantes, es que cantó nuestro infortunado Cuenca:

«Todo se paga en este mundo, todo,
El mal que cometemos en el suelo,
Cuando no es en la tierra, es en el cielo,
Cuando no es á los hombres, es á Dios»!

# El que izó la primera Bandera

I

La mañana del Domingo 27 de Febrero de mil ochocientos sesenta y dos, amaneció en el Rosario de Santa-Fé, tibia, nublada, perfumada por las flores de las islas vecinas. Ténue cortinaje gris opalino, la envolvía como en un viso de plateado tisú, ascendiendo la neblina del Paraná que corre majestuoso al pié de altas barrancas, en la hora que á la salida de misa mayor, numeroso grupo de concurrencia se dirijía trás la Iglesia. Allí al rededor de improvisada asta-bandera, el General Don Benito Nazar, Jefe de la plaza, esplicaba á Don Luis Lamas, cómo en aquel mismo sitio, cincuenta años antes, se había inaugurado la bandera argentina.

En ese momento desfilaba el 2$^{do}$ Batallón del 1$^{er}$ Regimiento (Guardias Nacionales de Buenos Aires), que al mando del Comandante Don Emilio Castro, con la banda de música á la cabeza, regresaba de asistir á la misa que el Capellán del ejército, Canónigo Sevilla Vazquez, celebrara. El Mayor José María Moreno, (á quién luego vimos recibir sobre sus brillantes charreteras el bonete doctoral), y el inolvidable Capitan de ingenieros

Melchor Romero, decían al Comandante Viejobueno: «¡Qué no haber traído aquí un par de piezas para saludar á cañonazos tan plausible aniversario!», mientras el Jefe de toda la Artillería, General Nazar, seguía sus esplicaciones: «Aquí levantó Monasterio la primera batería, que cruzando sus fuegos con la de enfrente, en aquella isla, hacían imposible el paso de buques de guerra.»

Y el grupo de mirones aumentaba, militares, civiles, señoras y niñas llegadas á la barranca, más por ver y ser vistas de los Guardias Nacionales y su brillante oficialidad, que por contemplar la magnificencia del paisaje: islas, ríos y arroyos, seibos y sauzales tantas veces contemplados. Sobresalían por sus espirituales observaciones las Señoras: Rosa Delgado de Gonzalez, Jacoba Cueto de Paz, Salomé Maciel de Freire, de Beltran, Urbana Palacios y sus bellas hijas; las alegres señoritas Rodriguez, y otras vecinas de la primera cuadra inmediata, calle «Buenos Aires.»

Tenían también allí sus representantes en caballeros, damas ó señoritas, las antiguas familias de: Cullen, Oroño, Fillol, Carrasco, Aldao, Salvá, Paganini, Pelerano, Nicolorich, Perez, Echagüe, Gordillo, Vieyra, Bayo, Ortiz, Soto, Ramallo, Arnold, Arrotea, Gonzalez, Diaz, Arroyo, López, Ledesma y otras bellas rosarinas, á cuyo alrededor revoloteaban, cual abejas, entre flores vivas, toda la entusiasta juventud de Guardias Nacionales, dejando sus armas en pabellón al romper filas.

Y al concluir sus esplicaciones el General Nazar, de que «aquí estaban los cañones», «allí, el General Belgrano», «más allá la otra batería», el Señor Lamas, Jefe político á la sazón, (abuelo del actual Intendente del Rosario), interrumpió al informante, diciendo:

—Pero, ¿á que no saben Vds. quién izó la bandera? El señor General no ha de recordar del vecino de la localidad, jóven activo que tanto desempeñaba en aquellos días, puesto como el que hoy desempeño, y el de Ayudante del Comandante de «Cívicos» Don Celedonio Escalada, fué calafate, patrón de falúa transportando materiales á la isla, y carpintero, para plantar aquí el mástil. Como recompensa á su actividad y servicios,

el General Belgrano designó al jóven Maciel para que izára el primero la bandera argentina.

—Pero, ese acto era cargo del abanderado,—observó alguno.

—Esa función la desempeñó Don Cosme Maciel, santafecino de orígen y patriota de nacimiento, gruñó el grueso Señor Lamas, que apesar de sus setenta, y por ellos, le encocoraba toda rectificación.

—Bien se explica,—agregó el devoto General Nazar, que no habiendo hasta entónces bandera, no hubiera abanderado. Trás este diálogo, se aproximaron á felicitar varios Jefes y Oficiales á la Señora del Doctor Marcelino Freire, hija del patriota Maciel. Disuelta la reunión, á los que le acompañaron hasta su casa, propuso celebrar el aniversario de la bandera Argentina con un *lunch*, en el inmediato campo de batalla donde se estrenára el famoso «Regimiento de Granaderos á caballo.»

.....

Tomado el mate del estribo, en el «Restaurant Aleman» de la bella Josefina, á la salida del pueblo, (actual Estación del Norte) siguió la alegre comitiva, en carruajes señoras y señoritas, y cabalgando al estribo numerosos jóvenes. Después del ajuste de cinchas á la altura de la quinta Soto, donde muy luego empezó éste su hermoso caserío, bajaron al Convento de San Cárlos, (San Lorenzo) rodeado por entónces de unas cuantas casuchas y miserables ranchos, que luego se multiplicaron como la buena semilla de sus vecinos, hasta presentar hoy la hermosa población que corona las históricas barrancas del primer combate!

## II

Veníamos de visitar el sitio imborrable donde se alzó la bandera argentina, y recorrido este otro donde fué el bautismo de sangre de los célebres «Granaderos á caballo», llegamos á descansar á la sombra del histórico *Pino de San Lorenzo* — Concluía el Padre Guardián de referirnos los episodios de aquel encuentro, designando á pocos pasos el lugar donde fué enterrado en ese mismo

cementerio del Convento, el bravo Sargento Cabral, que salvó á San Martin, cuando el más viejo franciscano, (Padre Echagüe), acariciando al pequeño de la comitiva, hijo del Doctor Freire, agregó:

- Les referiré también otro recuerdo que trae á mi memoria el apellido materno de este niño. El virtuoso General Belgrano, que conquistó patriotas á la obra de la emancipación con sus sacrificios, su ejemplo y sus virtudes, atrayendo todo el espíritu relijioso de los pueblos por donde pasaba, granjeábase la voluntad del vecindario, llamando cerca de sí á los jóvenes que se distinguían por su entusiasmo. En el Rosario, encontró á Don Cosme, llamándole la atención, como vaqueano esperto y activo en todas las comisiones de esos días, y al momento de izar la bandera, le llamó, discerniéndole como vecino de la localidad, el honor de enarbolar la primera bandera argentina.

Olvidado se encuentra el nombre de Don Cosme Maciel, que por su patriotismo y servicios, más de un recuerdo merece, pues no fué éste el único servicio que le distinguiera. El proveía con los auxilios del vecindario cuanto necesitó el destacamento de Belgrano. El año siguiente, en cuanto supo la acción de San Lorenzo, vino con toda clase de socorros para los soldados de San Martin. En todo punto donde se derramaba sangre, llegó á tiempo, nó de aumentarla, sinó de estancar las heridas de sus compatriotas. Años después, por muchos otros, siendo secretario del «padre de los santafecinos» Don Estanislao López, sirvió contínuamente de intermediario para evitar la lucha, ó limitar sus efectos. Vencedor en Cepeda el año 1820, ó vencido en Pavón, todavía se recuerda que, desensillando su cansado caballo, se encontraba en el Cuartel General del Gobernador López, como último parlamento que enviara al campamento de los porteños, cuando la sorpresa por Dorrego, poniendo con su triunfo punto final á ese terrible año de 1820.

Partió de allí el primer ensayo de la reconstrucción nacional, que recién pasó de ensayo, cuando las armas de Buenos Aires alcanzaron segunda victoria sobre aquel mismo Arroyo de Pavón. Parece que una fatalidad histó-

rica pesára sobre el nombre de Maciel y sus buenas obras» agregó el fraile Echagüe. A el Maestre de campo Don Manuel Maciel, presente en la fundación del Rosario, ni se le nombra en el acta; su hijo, el Canónigo Maciel, la más vasta inteligencia, entre las de Iturre, Vera, Suarez, y otros santafecinos como él, muere desterrado en Montevideo, cuando yá se distinguía allí Don Francisco Maciel, denominado por sus buenas obras «el padre de los pobres», desapareció en 1807, sin saberse cual fué su fin, como su hermano Juan, en la de Montevideo, el mismo año de la fundación del Rosario (1725); y Don Cosme Maciel que si personalmente no desapareció en las terribles luchas del año 20, desapareció completamente en las crónicas de la época.»

..... .....

En 1862, poco antes que partiera para la campaña del Paraguay el nieto sobre cuya cabeza pronosticaba el fraile de San Lorenzo un meritorio ciudadano, fuímos del otro lado del Puente de Barracas á visitar ese digno compatriota, que desde el aislamiento de su retiro bendecía las armas del jóven soldado, sin alcanzar á verlas, volviendo victoriosas, al vencer aquel tirano, como luego los salvajes invasores, y falleciendo con las charreteras de Coronel, Don Marcelino Freire y Maciel, nieto de Don Cosme, como éste del Maestre-campo recordado.

## III

Un poco apartado á la derecha del camino real, entre el Puente de Galvez y el Puente viejo de la Crucecita, (camino de los Quilmes), en el ancho corredor de la casita que blanqueaba en una altura, bajo majestuoso ombú, tomaba el sol de otoño, un anciano de blancos cabellos, sobre sillón de vaqueta, más viejo que él.

Al saber que era portador de recuerdos de su familia, (primer bordado de su nieta, la bella Manuelita), entre viejos cuentos del pasado, nos refirió la presente:

—Aquí donde Vd. me vé, ésta mano trémula que apénas puede sostener el bastón de mi vejez, fué la que izó la

primera bandera argentina. Yá han pasado muchos años, pero no olvido la emoción de aquel día.

«Vecino de Santa Fé, me hallaba accidentalmente en la Villa del Rosario; y entusiasta, como todos los jóvenes de mi tiempo por la causa de la pátria, ayudé al General Belgrano á levantar la batería sobre la barranca detrás de la actual Iglesia.

«Qué grata sorpresa tuve cuando el día de su inauguración, acabado de plantar el mástil, formada yá la tropa en batería, me dijo el General Belgrano:

— « Vea si está corriente la cuerda y ate bien la bandera para elevarla cuando le haga señal con la espada.»

«Fué para mí lo inesperado de tan grata sorpresa, que repitiendo por entónces el hecho en todas partes, al verme pasar, me apodaban de los fogones en los campamentos: «Ahí vá la Bandera de Belgrano.»

«Y esto, Señor Oficial porteño, desvirtuará ante Vd. el nombre de santafecino que ódia á los porteños, con que Fray Castañeda me sindicaba alguna vez en sus papeles. Aunque es cierto que más de una campaña serví de Secretario al General Don Estanislao López, también lo es que antes de los encuentros en Cepeda y Pavón, (1820), fuí agente de paz y parlamentario perpétuo, que no daba la ida por la venida, de uno á otro lado del Arroyo del Medio, trabajando por cortar la guerra entre hermanos.

«Como amigo de los porteños, es que me distinguió Belgrano. Luego muchas ocasiones vínculo de unión fuí para bien entenderse santafecinos y porteños. De predominarme ódios de provincia, no hubiese elejido, por tantos años, léjos de la de mi nacimiento, este rinconcito de sol en la campaña de Buenos Aires para acabar mis días.

«Quiera Dios que la campaña de que ustedes vuelven (1862), sea la de esta segunda Pavón, última etapa de sangre entre porteños y provincianos, que todos somos hijos del mismo Dios, para vivir como hermanos bajo la bandera azul y blanca que yó levanté el primero.»

.....

Los recuerdos del anciano Señor Lamas y del fraile de San Lorenzo, cartilla vieja de cuanto acontecimiento hubo

en Santa Fé, como lego limosnero que nunca pasó de lego, venían á ser confirmados por el mismo señor Maciel.

Qué extraño es no se recuerde quién izó la bandera si hasta el nombre se ha perdido del primer abanderado, y pocos, muy pocos son los que saben fué un modesto vecino de Salta, Don Mariano Benitez, el que arrebatara allí la primera bandera española.

Ochenta y siete años después, hubimos la ocasión de tener en nuestras manos esa gloriosa bandera, arrinconada en un ángulo de la Sala de Gobierno, en Jujuy, en vez de conservarse cual reliquia de la Pátria Vieja, entre cristales del rico cofre, que para tal objeto regaló el vecindario del Rosario á los Guardias Nacionales de aquella lejana Provincia, cuando en 1897 vinieron escoltando para enarbolarla donde se ha colocado la primera piedra al monumento del Pabellón Nacional, en el Paseo Belgrano, que recuerda el nombre de su inventor. Un poco más arriba, y en el solar actualmente ocupado por la casa del Señor Comas, es donde por primera vez se alzó la Bandera Argentina.

Coincidencia feliz era para esa familia patricia, que el Doctor Don Marcelino Freire, décano de los Médicos en la localidad, é hijo político de Don Cosme Maciel, fuera Presidente de la Comisión de fiestas, como á su vez, otro biznieto, Luis Lamas, Intendente del Rosario.

La lista de los olvidados es larga. Felices los que no mueren en la memoria de sus conciudadanos. ¡Gloria al patriota Don Cosme Maciel, que tuvo el honor de izar la primera bandera argentina!

# El primer Monasterio

## I

Ante el Cabildo celebrado el 7 de Octubre de 1634, espuso el señor Gobernador, Don Pedro Dávila: «Que como es notorio en esta Ciudad, mucha gente noble, casada, tiene muchas hijas doncellas, y poco caudal con que dalles estado; y se hará un gran servicio á Dios y gran beneficio á esta República en fundar un Convento de monjas». Conformándose todos los viejos cabildantes en invención tan cómoda, como la de que cargára el Estado con hijas que no querían cargar sus padres, en el acto propuso el padre más padre, ó de más doncellas, se solicitára de su Sacra Real Majestad licencia para dicha fundación. Otro que andaba más de prisa, (intrincada la discusión si se llamarían *Mónicas* ó *Teresas*) echó papelitos dentro del sombrero, para que un inocente sacara nombre á monjas que no había.

No era aquel el día de los Inocentes, sinó de San Canuto, San Primo y San Sabás, tan raros sus nombres como sus milagros. Algo más raro encontró luego Su Excelencia, como el que, á pesar de sus afirmaciones,

no se hallára. (á vuelta de la Real licencia), ni una postulante para Convento, que, al fin, un niño ciego, llamó de Santa Mónica, al hacer leer la cédula que estrajo.

El Alcalde ordinario, Capitán Don Eugenio de Castro, partió á solicitar ante el Consejo de Indias, permiso para fundar lo que no se fundó. Pasadas de viejas debieran hallarse yá las doncellicas á que se refería Su Excelencia, y aún habitantes de la tierra habían dejado de ser, cuando en ésta profesó la primera monjita en 1742.

Entre los ciento doce años transcurridos desde la primera tentativa, al día en que apareció una diciendo: «Quiero ser monja,» proyectóse otra fábrica de las mismas. Allá por los años de 1717, volvió á las andadas un acaudalado vecino, que sin duda creía hacer obra buena, proporcionando secuestramiento, á las desertoras del mundo. Por segunda vez, el Doctor Briceño corrió á contárselo al Rey, de que: «por aquí, las pobrecitas se morían de pobres; las vírgenes fastidiadas de serlo; y las viejas, como en todas partes, se morían de viejas»; agregando: «que muchas mujeres virtuosas, vivían segregadas del mundo, encerradas en casita, sin las ventajas y beneficios de un Convento bien establecido, como el que ofrecía fundar á su costa.»

Treinta años no más demoró en construirse el *Convento de las ventajas*, y comprobaba esta segunda mentira conventual, el no encontrarse ninguna de esas virtuosas á quiénes se calumniaba, desesperaditas por celda. De las de la Metrópoli, tampoco consiguió el Rey mandar una de muestra, de modo que, concluido el Convento, tuvieron que salir á buscar monjas por la vecindad, y al arribar éstas, apenas una hubo, después de un año, que acercára las narices al torno.

Noticiaremos que estas humildes siervas del Señor, fueron las primeras arrastradas, por coche.... que entraron á la Ciudad, como poco después sus cofrades de Chile, (quiénes, encontrando pequeña la Iglesia de San Nicolás para Convento, se instalaron en la de San Juan), por no ser menos, y vivir treinta y tres humildes siervas en la estrechez de 22,500 varas cuadradas: una manzana completa, como la de Catalinas.

Mientras en tan larga travesía por desiertos, temblando venían las pobrecitas con el *¡Jesús!* en la boca, aparecieran indios, ó cristianos á éstos parecidos en sus fechorías, de las que resultára el convoy con factura inservible al objeto, recordaremos las peripecias del primer Monasterio en Buenos Aires.

## II

Salió pues el Doctor Dionisio de Torres Briceño, porteño, de la plaza de la Victoria, (antes de llamarse ésta así) hijo del Capitán de Corazas, don Luis de Torres Briceño, Prebendado de la Metropolitana de Charcas, rico-home, Caballero del Hábito de Santiago, y volviendo con el cuento al Rey, de que por aquí se andaban pirreando las muchachas, que en sus ociosidades jugaban *á monjitas*, que no lo eran por falta de monjío, y que él se comprometía á fundar uno á su costa, proveyendo de Iglesia, Capillas, Claustros, Celdas y también de Monjas. Como le contestára Su Majestad que nadie le impedía gastar sus riquezas en inutilidades, regresó de la Metrópoli á todo galope, trayendo la Cédula de fundación, (27 de Octubre de 1717).

Con licencia y todo, no faltaron tropiezos en tiempos que ni obras de caridad podían hacerse sin licencia del Rey. El Obispo se opuso comprendieran educandas, (eliminando su mejor objeto). Otra Cédula redobló el retintin, que aquello no había de costar ni un maravedí á la Real Hacienda, y que tomáran bien el peso á la bolsa del Patrono, para que en falta de dote, no faltara la congrúa, en buenas y permanentes fincas, como á la postre faltó.

Transcurridos siete años en allanar dificultades, abriéronse cimientos en el de 1724, frente al Hospital del Rey, actual propiedad del Señor Vivot (*Vereda ancha*, esquina Méjico y Defensa), según planos del Jesuita Blanqui, especialista en arquitectura conventual, pues á su lápiz se deben los de San Ignacio, San Telmo, San Francisco, La Merced, Catalinas, Catedral de Córdoba y la mayor parte de las Iglesias de su época. Cuatro varas contaban apénas de elevación las paredes, cuando, cayendo Briceño de un

andamio, subió al cielo. Por más que dejaba único heredero de su fortuna al Monasterio, y á su propio Padre, de Patrono, hasta 1731, en que se sacaron en almoneda los trabajos de edificación, prolongada interrupción hubo en la cual lo único que continuaba, según mentidas lenguas, era la impaciencia de monjitas en ciernes.

Fué el Capitán Don Juan de Narbona, sin duda para descargar su conciencia de contrabandos, quién ofreció seguir la Iglesia y Convento por «cincuenta y tres mil pesos,» á los que se agregaron ocho mil, y despues otros siete mil pesos, por aumento de trabajos, en los planos que reformó Primoli. Todos estos se habían agotado, sin que el Convento terminára. A la muerte de su fundador, salieron con que los solares cerrados por tan anchos muros, (como los que aún se vén en la esquina indicada) estrechos resultarían para tanta monja. Abandonándose lo edificado, se compró á Doña Antonia y Victoria Cueli, y á Sánchez y Nuñez, la quinta del barrio del Retiro (una cuadra de frente por otra de fondo), en dos mil ochocientos pesos, y todavía se dió á Narbona de yapa mil fanegas de cal, nueve esclavos y una negra con pito, entre útiles, herramientas, clavazón, herraje y maderámen del primitivo edificio. El primer día del año 1738, se empezó de firme, y á no dejar de mano la obra nueva.

A la muerte de éste, nueva interrupción hubo. Su viuda, Doña Teresa Robles, y el yerno Don Francisco Martín Camacho, terminaron el compromíso contraído, pero cuando el Provisor Espinosa y el Presbítero González escoltaban con veinticinco soldados las cinco monjitas de Córdoba que fueron á traer de ciñuelo, aún faltaban puertas, rejas y ventanas, que sin ellas, bien podrían volverse por el mismo caminito, al mundo de que se sustraían.

## III

Al fin de fines, el 25 de Diciembre de 1745, después de la Noche Buena, que para muchas fué mala, se inauguró solemnemente el Convento de Santa Catalina de Sena, (esquina Viamonte y San Martín). ¡Qué día, qué romería!

Cuánto hinojo, laurel-rosa y arrayán en las calles, y cortinajes en ventanas, y banderas en puertas y azoteas, la tarde en que, la Madre Ana María de la Concepción, (hermana de los Obispos Arregui, viuda de Armoza) y su hija Sor Gertrudis, su Priora, y Maestra de Novicias, Catalina de San Rafael, Procuradora y Contadora, la Portera Ana, y Sor María Josefa, lega, cruzaron entre lluvia de flores deshojadas á su paso la calle de la Santísima Trinidad, de la Catedral á su Convento. Alta cruz, entre dos faroles y acólitos le precedían; coro de niñas cantaban; las Comunidades de Franciscanos, Mercedarios, Domínicos y Jesuítas, los miembros de ambos Cabildos en doble fila, los vecinos más respetables sin vela en ese entierro, con cirio encendido, aumentaban el acompañamiento de las que, entre cortinas corridas, en negros carricoches, más á carros fúnebres parecidos, iban cantando, á su enterratorio.

Trás la custodia que el Señor Obispo Peralta llevaba bajo pálio, seguía el Gobernador Ortiz de Rozas, numerosa comitiva, y la Guardia del Presidio; música de flautas y violines adelante, toda la muchichanga y populachería de curiosos, cerraban larga procesión, numerosísima y apeñuscada.

Prévia la ceremonia del rito católico, encerradas para siempre allí quedaron, las monjas traídas, que las de casa, no aparecían. Como queda dicho, cerca de un año transcurrió para aumentar éstas en una, lo que por segunda vez desmentía lo aseverado por el inventor de monjas, la impaciencia en que muchas, quejumbrosas del mundo y sus acechanzas, si no entraban de monjas, era porque no había donde entrar. Fué pues, la primera en caer, y que profesó en este Convento de Religiosas Domínicas de Santa Catalina de Sena, Sor María Antonia de la Santísima Trinidad.

.....

Hermanas de la Caridad social, han descollado por sus virtudes, por su ejemplo y abnegación, más útil que las de toca, cien veces más que las enclaustradas, entre otras que acaban de desaparecer, las señoras Carmen Nóbrega de Avellaneda, Isabel Armstrong de Elortondo, Rosario Peña de Bosch, quiénes supieron compar-

tir su fortuna con los pobres, levantando asilos y refugios, ó penetrando al infestado tugurio, con su óbolo, y palabras de consuelo. El mundo anda, la humanidad avanza; la monja estéril ha sido suplantada con ventaja por la activa Hermana de Caridad que reza, camina, enseña, cura, y es ejemplo vivo y palpable de caridad en acción. Nada puede hacerse sin libertad: la caridad entre cuatro paredes, se reduce á no tenerse caridad. Por más abnegación aparente, el sacrificio estéril, parecido es á suicidio. El destierro en el claustro, más que abnegación, significa sustracción, deserción de la vida y su destino. Al echar un velo negro sobre la cara, cuando se cae á esa fosa de dónde no se sale, ni viva ni muerta, se levanta una sombra negra sobre el alma. Si la vida monástica tuvo razón de ser en otros tiempos, refugio á perseguidas al nacimiento del cristianismo, foco de luces en tiempos bárbaros; retroceso, centro de oscurantismo es hoy. Luego, pocas, muy pocas veces, impele vocación expontánea; que pasiones extrañas abren las puertas del claustro.

.....

En todo el Convento no entra más hombre que el confesor, á quién se oye, pero no se vé. Hay otro hombre, ó casi hombre, el Cuasimodo de Catalinas, tuerto, rengo, y manco, quién con la misma única mano que cultiva las papas de la huerta, vá por bagres y surubíes á pescar en la bajada del Convento, saliendo *por la puerta del pan*. Pero, no creais que todos los días las monjitas comen pan; limítase este reparto, á las viejas sin dientes, á las octogenarias y enfermas, que aunque tal ayuno perpétuo apropiado pareciere para más rápida liquidación, octogenarias hubo, y alguna pasó los noventa, como la Britos del Pino.

Pero sobre todos los sufrimientos, privaciones é incomodidades, ninguna más mortificante que *la sombra de la monja*. Pegada á ella, no se le separa nunca la coadyutora. Desde que abre los ojos, que son muchas veces en las horas de un reposo entrecortado, hasta que les cierra la fatiga, de día, de noche, despierta, durmiendo, en la celda, en el claustro, en el Coro, ó durante la oración, desde que entra al Convento hasta lo que

sale para el Cementerio, cuando sale, (que aún borrado el letrero á la entrada:

*«Ni viva, ni muerta,*
*pasarás esta puerta.»*

no está del todo en desuso) vá pegada una en pós de otra. Olvidan escribir lo poco que supieron, y casi también del todo olvidan hablar, cuando por excepción alguna alma del otro mundo, del que viven, oyen como éco lejano de ultratumba, nada pueden contestar que no le oiga la inseparable, ni pueden pensar á solas.

El primer siglo, fué escaso para salir del siglo. A los ciento cincuenta años, con las traídas de otra parte para enseñar á hacer monjas, á pesar de la curiosidad de nueva invención, y hasta 1862, apenas habían entrado cien.

## IV

A los cuatro grandes patios, estrechados hoy por las edificaciones al exterior, en la manzana de Catalinas, (y sobre todo, de las Claras,) más céntrica, y con mayor aglomeración de casas, se sigue una huerta, en la que, entre escasos árboles tan escuálidos como las monjitas que les cultivan, se vé, en un rincón el pudridero ó fosa, y en otro el quemadero.

—«Nada nos falta»—decía la Abadesa la vez postrera que nos acercamos al locutorio, agregando la hermana tornera: «Prueba de ello es que hace mucho no suena la campanita de alarma». Recordábamos, cómo en otros tiempos nos impresionaba su tañido, éco quejumbroso de las que sufren. Los días de miseria, (transcurridas veinticuatro horas sin comer) después del toque de maitines, á las dos, (media noche), oíase esa otra campanita del clamor, y al asomar el sacristán, las vecinas iban á dejar en el torno la mitad de un pan, una caja de sardinas, ó cantidad alguna del alimento sobrado en las casas del barrio. La estricta regla de esas monjas, les condena, para alejar el hastío de eterna monotonía, á no pasar dos horas

en la misma ocupación. Obligadas á perpétuo ayuno, abstiénense de todo lo que les cause mínimo contento. Visten arpillera, jerga tan áspera que macera sus carnes, verdaderos cilicios en invierno y verano, agregando al desayuno, disciplina diaria. Ni duermen sobre estrecha tarima, cuando duermen, pues se levantan cada dos horas al coro, á maitines, en contínua oración, y en todas esas mil nadas de la vida monástica que á nada conducen...

Entre la virtud de una dama ligera, ó bailarina de teatro, (que casos se han visto de virtud entre telones) rodeada de seducciones y halagos, tan fácil es de hacer resbalar por senda de flores, y la virtud entre cuatro paredes, imposibilitada, abroquelada, falta de tentaciones, oro más fino, consistente y de más quilates demuestra ser la primera; sin que deje de agregar, al ejemplo de incorruptibilidad entre tantas mundanas, la caridad de sus piés, que reparten, como otras con sus manos, en más de un beneficio, piruetas coreográficas convertidas en óbolo para pobres.

Sin duda no han prosperado los Monasterios entre nosotros. A más de los dos fundados en el siglo XVIII, otros dos solamente saludan el siglo XX, y nó porque la caridad disminuya, que hasta treinta fundaciones pías y otras tantas de Caridad, se hán multiplicado.

## V

Refractarias á toda innovación, á todo progreso, la más pequeña reforma escolla en escrúpulos de monja. No hace mucho, cierto Prelado más humanitario, condolido de que anduvieran dándose porrazos entre sombras y tenebrosidades de claustros y celdas, aconsejó introducir ese sol de la noche, llama tan inofensiva del gas purificado. En su vida monástica, centro hoy de oscurantismo, levantáronse los cuarenta velos á rechazar las luces. Pero, como al fin, proposición era de su Ilustrísima, Abadesa hubo más convincente, que consiguió mayoría de un voto, en el de noventa años, semi-ciega, transándose que, en el Refectorio, el Coro, la enfermería y un claustro, más oscuro que mala intención, luciera la

viva llama. Bien pronto esta Abadesa falleció de empacho de progreso, siendo el primer paso de su reemplazante cortar el gas.

Y cuento más picante de otro agujero, por donde un diente entró á pinchar las cuarenta Vírgenes descalzas, refiérese de esa Santa Teresa innovadora. A tan bajo precio ofreció al Síndico, la gruesa de tenedores, ¡Don *Juan el del agujero*, que por el de su tienda, así llamada, se hizo pasar los que se introdujeron al torno de Catalinas.

Gran escándalo causó la brillazón de cubiertos á de plata parecidos, devolviéndose acto contínuo, pues no necesitaban tanto lujo. Don Juan contestó que de su agujero salía... todo lo que salía, pero que no había menta de habérsele introducido devolución alguna. Ante nuevo escrúpulo, (gastados algunos centavos en tal superfluidad), alboroto mayúsculo se produjo en el coro de las Vírgenes del Señor, y contando que entre todos sus tenedores, el que no quedára con uno, apénas contaba dos dientes, (ninguno tuvo más de tres) la más audaz conjuró el caso, rompiendo un diente de los cuatro de Don Juan, ó sus tenedores.

Siguen así, cual larvas que se deslizan entre sombras, alumbradas solamente por la velita vergonzante de baño, que produce más pavesa que luz, y tenedores amarillentos desdentados para el sábalo de todo el año. De seguro que *la Macrina*, (hermana de San Antonio, inventor de Conventos), Santa Escolástica, Santa Eufrasia y todas las fundadoras de los primeros Monasterios, no vivieron entre tanta oscuridad, pues altos muros vecinales no llegaron á hacer más sombríos sus claustros. El progreso que es luz, por una aberración, ha venido á aumentar las sombras en que vagan estas almas en pena. Vendidas las casitas de las monjas que se estendían en la vereda de enfrente (una cuadra de casas), el altísimo palacio del «Bon Marché», convirtióse en divisadero permanente hácia el interior del Convento, y estas víctimas del progreso, espesando cortinas en todas las ventanas, no asoman yá ni á su huerta.

Poco há cierta campanera, verdadera novicia, tocó dobles, á la muerte de la que era decano de la Comunidad,

y fué verdadero toque de alarma para el barrio. Puesto en sobreaviso el Comisario vecino, exigió la inhumación en el Cementerio, de la *Britos del Pino*. Cincuenta años había permanecido allí, la que el peso de sus noventa le conducía á la Chacarita. Las pobres monjitas, siempre que pueden ocultar el fallecimiento de alguna de ellas, devuélvenla más pronto al seno de la tierra, sin cajón, con su hábito por mortaja, en el rincón de la huerta. Cítase este ejemplo de longevidad como prueba de lo bien que allí pasan; sin médico, botica, ni higiene, agregando al ilustrarnos la Superiora en sus interioridades:— «Es un engaño suponernos todo el día mano sobre mano, viendo pasar las nubes. Toda la decencia de nuestra Iglesia, debida es á nuestros cuidados, como lo están los paños, manteles, cribos, moños y encajes, en altares é imágenes. En nuestra pobreza, renovamos casullas, remendamos sobrepellices, bordando, lavando y cuidando los ornamentos de la Iglesia, y de los que en ella ofician».

—Nos satisface, buena hermana que la ociosidad, madre de los vicios, no impere en claustro sin salida,— contestamos,—pero no podemos negar que, dada al sacrificio de sí misma, aquella Hermana de Caridad que no retrocede ante tugurios infestados, que avanza con la Cruz Roja y el carrito de la Asistencia Pública por todas partes, que enseña al que no sabe, lleva alimento material é intelectual al necesitado, cierra las heridas del cuerpo y también las del alma, y recorre la tierra derramando obras benéficas, se sacrifica con más provecho de sus semejantes, elevando á lo sublime esta virtud cristiana.

## VI

Ni aún es cierto que todas las pasiones mundanas que aflijen á la humanidad, queden trás la puerta de ese refujio de doloridas. La vanidad, el orgullo, los celos, la envidia, con todo su cortejo de dañinas rivalidades, filtra al través de la rejilla. Cuento al caso:

La hermana de aquella otra monjita más ilustrada, que salvó lo que de más valor guarda la Iglesia de San

Juan, cuando la ignorancia de las ingénuas Claras no hallaron tan clara la firma auténtica de *Bathrn*, y degollando inocentes á tijera, en el magnífico Gobelino, le cortaron para pequeñas alfombritas, tuvo en el Convento de Catalinas percance inolvidable. Como tropezára entrando al refectorio, haciéndosele pedazos la fuente de pescado, la Madre, más bien madrastra, refractaria como goda, mandó recojer los fragmentos, y formando un rosario de lozas, pretendió ponérselo al cuello. La humilde sierva del Señor, protestó de tal humillación.

Insistiendo la Abadesa color tomate, por su iracundía, replicó la paciente: «que había hecho voto de pobreza, castidad y obediencia, pero nó de humillación». En dimes y diretes, los gritos llegaron hasta el Capellán, quien no pudiendo apaciguar la gresca de hermanitas, que si no se arrancaban el moño, era por habérselo antes cortado, acudió el Síndico impotente, y el Canónigo Gómez, *todopoderoso*. Los ayes fueron tales, en pró y en contra de la monjita revolucionaria que se alzaba con el santo y la limosna, que trás de tantos como llegaron á oir lo que no era para oídas, vino el mismísimo Señor Rivadavia, haciéndole saber á la digna monja que si quería salir, la autoridad garantía su libertad, como la de todos los habitantes de la tierra.

La Beccar acalló sus cuitas; no quiso exponer todas las estorsiones y torturas, que con cilicios y maceraciones castigaban la más leve falta, no rehuía de los votos ofrecidos, pero no hacía otros.

Y como en aquellos tiempos, á los novicios salta-tapias acababa de ordenar el Señor Rivadavia: «los frailes á sus Conventos», se le aflojaron los cordones á la imprudente Abadesa, y tuvo que acallar la campana del escándalo, por su intolerancia tañida, no fuera á suceder que de tanto ruido viniera el Convento abajo. El Señor Ministro, para llevar algún consuelo á la atribulada monja, con quién entraba el espíritu liberal al Convento, le hizo edificar una habitación de altos en el fondo del claustro, con vista al río; el Vicario Gómez le relajó ciertas prescripciones, llevándole libros modernos de instrucción relijiosa, y el Ministro de Gobierno le obsequió un telescopio, con el cual

la *monjita del mirador,* nó sólo recreaba su vista en el magnífico panorama del inmenso Plata, sinó que, desprendida de la tierra y sus miserias, se puso á hablar con las estrellas, recreando también su espíritu ante aquella otra mayor inmensidad del infinito.

Después de la monjita salta-conventos, y la rompeplatos, vino la otra ahijada, de *Roque Don*, más clara que el célebre cochero, cuya pasión contrariada con un blanco, que hizo cosas de negro, le arrojara á esa fosa del olvido. Poco humilde, como lo era de raza, y con la altivez de mulatilla altanera, comprobada á poco de entrar la falsificación de su blancura café con leche, entre gallos y media noche, le abrieron puerta que nunca se abre. ¡Y hé ahí una obra de caridad á la calle, esa pobre hija al natural, á quién no se había exijido comprobación de pureza de sangre, abandonada en medio arroyo! El Canónigo Flores, Capellán del Convento á la sazón, oyó gemidos á su puerta, y con más caridad, que las que secuéstranse de sus semejantes para practicarla, recojióla en el aposento de su señora madre.

Como para muestra basta un botón, sobran para botonadura completa de hábito dominicano, los de estas tres monjitas. Rosario más largo que el de fragmentos de loza, recorreríamos al hacer la crónica de los primeros cien años de este Convento, el mejorcito de todos, según Rivadavia.

Tan humildes aparecen esas pobres ingénuas, que por no hallar en el mundo en que Dios las puso, cosa digna de ellas, prefieren quedarse en un rincón, cabeceando rosarios, ó dándose de chancletazos, aunque de escuálidas por perpétua abstinencia, no siempre encuentran dónde.

## VII

Tenemos por ahí una quinta, en la que solemos refugiarnos á esparcir penas, que á nadie faltan. Después de la última pamperada (que indebidamente culpan á la inocente Santa Rosa, de las que por equinocio arrecian), observando la devastación en árboles y plantas, y los

durazneros desvestidos del sonrosado viso de novia que en primavera estrenan, observábamos cómo habían quedado, cuál novias sin ilusiones, sin una esperanza de fruta.

Pero, no sólo las hojas caían. Entre muchas verdes, amarillentas, pálidas, que alfombraban los senderos, fragmentos de otras más blancas en que el pensamiento dejára estampada su sombra, arrastradas de la vecindad, encontramos desparramadas sobre el césped. Juntados sus fragmentos, pudimos leer las siguientes reflexiones, borrador acaso, de misiva inspirada en el fervor del mayor cariño:

.....

«Qué vás á buscar, hermanita, entre extrañas, que no puedas obtener en el hogar, en la dulce atmósfera de cariño de cuantos te rodeamos? Rezar? Quién te impide permanezcas las veinticuatro horas en perpétua oración, en este jardín donde se deslizó nuestra infancia, y en el que, á la sombra de cada uno de sus árboles, reaparece la imágen de nuestros buenos padres, á la vez que en el susurro de sus frondas, écos misteriosos de los que con su palabra y su ejemplo, nos aleccionaban á ser útiles á nuestros semejantes. En medio del mundo nos puso Dios, para ayudarnos en nuestro sufrimiento. Ayuno? Puedes comer de vijilia todos los días del año, y aún una vez cada veinticuatro horas, si crées que esta privación á algo conduce. Retraimiento de la sociedad? Secuéstrate en este buen retiro, entre las flores que siempre amaste como mujer inteligente y sensible á todo lo bueno y á todo lo bello. Hacer obras de caridad? Con heredar las pobres de nuestra madre, para tus limosnas, yá tienes trabajo. Sal todas las mañanas á recorrer los ranchos de la comarca, que en parte alguna faltan pobres, ni á quién enseñar».

«Recuerda que, soltera, casada, ó viuda, nuestra virtuosa madre, á quién el país entero ha señalado como ejemplo, sóla en el mundo, muy niña y huérfana, (nuestros dos abuelos asesinados por el tirano), nunca pensó en el vecino claustro, donde más de una de sus condiscípulas le incitaba, pues tambien el enclaustramiento contagia. Ni cuando quedó viuda con tantos hijos, que temía flaquearan sus fuerzas, le faltó tiempo para sus innumerables

obras de caridad, y, lo sabes mejor que yó, pues más le has acompañado á cuantos conventillos y vagones en la ribera entró, llevando el pan y consuelo, cuantas plegarias elevó por los pobres, cuanto óbolo mendigó para ellos, á cuantos confortó su palabra y ejemplo! Podrás hacer todo esto desde el Convento, enclaustrada, imposibilitada hasta para el ejercicio de la Caridad? ¿Qué utilidad á tus semejantes crées encontrar en un Convento, que más dilatados horizontes no te proporcionen mayor desarrollo é independencia? ¿Quién te la coharta? Rezar y hacer florcitas de gusanillo para el altar de la Capillita de enfrente? ¿No las puedes confeccionar aquí? Dios nos puso en medio del mundo y sus acechanzas. Virtud es combatirlas.

«Luego, no desconfías de la instabilidad de las pasiones? Dices hoy que te llama la del claustro? No se nace monja. ¿Cómo has tardado tantos años en descubrir esta inclinación? Qué es lo que ha hecho tanto estrago en tu alma, hermanita, que apénas cerrados los ojos nuestra madre, cierras los tuyos á toda reflexión? Dices que por no dar disgusto á ella, nunca hablaste de esto en su vida, á ella, que viste siempre impulsora de toda obra buena. Temías, pues, su reprobación al sustraerte á los deberes que Dios nos ha impuesto á cada uno?

« Tú eres buena, dulce, hermana mía. Siempre te encontré en el camino de la virtud, é inteligente y reflexiva, más de una vez te he oído: « En cualquier momento de vacilación ó duda, donde los caminos bifurcan, sin atinarse á seguir la verdadera senda, me preguntaré: « Qué haría, ó cómo procedería mi madre en este caso, para proceder como ella? Sabes que nunca aconsejó el secuestro de un alma. La vida es combate perpétuo; valle de lágrimas el que cruzamos; cada uno debe subir al Calvario con su cruz á cuestas.

« Qué te empuja al Convento, á la muerte, en medio de la vida? Buena y sana, sin que te falten las dulzuras de la amistad, es alguna pasión contrariada, tan oculta, que ni tus más íntimos han sospechado? Para las enfermedades del alma, hay también botica. Te llevaré á viajar. La próxima Exposición Universal te exhibirá en reducido

cosmorama las maravillas del mundo y su progreso. Si á la vuelta, nada encuentras sobre la tierra que te detenga en ella, si insistes, si quieres hacer útil tu sacrificio, imita la Hermana que cantó el poeta, nuestro Médico de niños:

« Así tu noble corazón sincero
sin pátria sobre el mundo....
pátria es del mundo entero!»

« Si rehusas vivir en la que ilustraron nuestros abuelos, como Hermana de Caridad puedes enseñar, curar, cerrar heridas, con tu palabra y ejemplo, y con éste, ejemplo ser, de las que tus huellas sigan. No hay pues enfermedad de cuerpo ni de alma; sigues bajo una gran pesadumbre, penas que sólo el tiempo amortigua. Toma tiempo y reflexión. ¿Qué te ha desengañado del mundo tan pronto? Cruzaste yá el Océano, vuelve á él, y si después de recorrer la tierra persistes en tan extraña resolución, te lo repito, haced útil tu sacrificio, enseñando al que no sabe. Al menos ahí, cada tantos años se renuevan los votos; no hay votos perpétuos que encadenan de por vida, dejando caer en medio de ésta una lápida hasta la eternidad.»

## VII

No obstante señalar el Calendario el 21 de Septiembre, primer día de primavera, su noche, fué este año, bastante fría. Cerca de la estufa en que leíamos á altas horas, cuyo silencio y soledad en el campo hacen más solemnes, algunas de las hojas de papel, recogidas entre las de árboles desgajados, deslizáronse al fuego.

Impresionados con la revelación de esta página de amor fraternal, tan palpitante de ternura, tarde reparamos se nos habían quemado los papeles, por lo que, al tradicionar la fundación del primer Monasterio, no podemos agregar, si su última postulante llegó á ser convencida de que, si la Hermana de Caridad eleva hoy esta virtud á lo sublime, la monja conventual, vestigio del pasado, cuyo egoismo relega al rincón de un claustro, contrariando el destino humano, es simplemente un anacronismo en el siglo XX.

# El Himno Nacional

(SU TRADICIÓN)

## I

Allá por los años 1813, era uno de los salones más concurridos en la reducida sociedad de esta Capital, el de la Señora María Sánchez de Thompson, y en él fué donde se oyó por vez primera la música del Himno Nacional. Allí llevó el poeta Luca, una de las hojas recién salidas de la imprenta, y ante la reunión de todas las noches, en la del Sábado 14 de Mayo, leyó los versos inolvidables de su amigo, el Señor Don Vicente López y Planes.

Con no ménos aplausos fueron escuchados en tan selecta reunión, como en la tarde del once, en que entre las primeras lágrimas de entusiasmo que arrancaron, atravesó el recinto de la Asamblea el poeta Fray Cayetano Rodriguez, y rompiendo la composición á él encomendada, abrazó al Señor López, en el arrebato de su más sincero entusiasmo.

Tres días después, rodeaban el viejo clavicordio de mi señora Doña Mariquita, el Doctor García, Rojas, Molina, el mismo López, Don Valentín Gómez, Picazarri,

Parera, cuando entre exclamaciones, repitió el de Luca su magistral lectura.

Al poco rato, Thompson tocaba (de una vieja colección de Salmos que trajera de Inglaterra) el Himno que David cantaba al arpa, marchando ante el Arca Santa. Sustituyóle Parera en su asiento, y siguiendo en el piano ese mismo aire marcial, preludió los primeros compases de un acompañamiento, á los versos que tenía por delante.

La conversación se hacía general en una atmósfera caldeada de entusiasmo, entre damas y caballeros, militares y sacerdotes, que en aquellos tiempos frecuentaban el estrado, donde eran con tanto respeto escuchados, sin apercibirse de lo que, sólo y aislado en un rincón, *piano piano* tarareaba Don Blas *sotto voce,* cuando la más atenta de las damas, se le acercó interrogando:

—¿Qué está haciendo, mi maestro? Y.i vé Vd. que nos encontramos en apuros. ¿No se animaría á ensayar algún acompañamiento para tan hermosa composición?

—Tentándolo estaba, mi Señora Doña Mariquita; permítame llevar esta hoja, que si el lúnes puedo traer algo presentable, á falta de otro mejor, le correjiremos entre todos.

Y recogiendo el impreso y su capa, mientras en ella se embozaba, le despedía la entusiasta patricia: «Vaya Vd. y que el Santo Rey David, poeta, músico, guerrero y buen patriota, le preste su númen. Mañana es domingo, vaya, enciérrese y tenga acierto. En la noche del lunes le esperaremos con algunas amigas aficionadas para aplaudir su música. Inspirado por Dios y por la pátria, no puede resultar mala».

## II

En momentos que solicitan cronistas extranjeros se archive el Himno Nacional, no creemos de inoportunidad recordar su tradición.

Aunque el erudito Señor Zinny refiere, que en Septiembre de 1812, el Secretario del ejército al mando del General Belgrano, Doctor López, bajo la sombra de enorme

*tipa* (árbol tucumano) cuatro cuadras al Norte del paso Río de las Piedras, arrobado en el delirio de esa victoria, compuso la canción, declarada más tarde Marcha Nacional, que comunica nueva vida y dá nuevo sér al argentino que la escucha, suponemos más exacta la versión del propio nieto del prócer. Refutamos á Zinny, pues el 3 de Septiembre de 1812, aún no se habían alcanzado las victorias de San Lorenzo, Salta y Tucumán, que el Himno menciona. Por esto, más probable es que la noche del 8 de Mayo de 1813, durante la representación de la trajedia de Ducós: *Antonio y Cleopatra*, saliera el Señor López de la *Casa de Comedias*, emocionado por la inspiración patriótica, que fué á derramar en vibrantes estrofas, y que siguen hablando al corazón del argentino,—muchos años después que su autor no habla,—en su pequeño escritorio, casa de sus abuelos, Perú N. 535.

Pero la tradición de la música que acompaña su canto, que nos ha llegado yá mutilada por las podas de Esnaola, Albornoz y Calzadilla, es otra. No podemos discernir doble corona al poeta, que no fué, como el de la *Marsellesa*, autor de los versos y su música, debiendo en justicia consagrar una parte del aplauso, al autor de música tan elevada, que entusiasma á los más incultos.

Elocuente y conmovedora es esta poesía, pero en más ámplios horizontes se dilatan sus notas musicales. No sólo en Europa, á extranjeros que no comprenden una palabra de la significación de los versos, vimos conmovidos por sus vibrantes notas, sinó también en nuestros campamentos, á rudos soldados analfabetos.

Los que nos enseñaron la religión de nuestros padres, enseñaban á la par, como su complemento, la religión de la patria, en la oración matinal. Iniciadores de sus primeros cantos fueron, sacerdotes tan ilustrados como Fray Cayetano Rodriguez, Vera y Pintado, Argentino, autor del Himno de Chile, y en la mayor parte de la América latina, sacerdotes encargados de trasmitir el amor á la patria, tuvieron participación en los primeros himnos, que cierto aire de familia semeja al primogénito, el argentino.

.....

Después de uno, dos y tres ensayos ante los conter-

tulianos de la Señora Thompson, y la sala del Señor de Luca, (según lo recuerda el Doctor Juan María Gutierrez), se invitó para el más vasto salón del Consulado; y en vísperas del 25 de Mayo, refiere el Doctor Lopez (nieto), reuniéronse las señoras de Thompson, Escalada y otras, para asistir á la audición de música tan sublime. Allí, damas y caballeros, tribunos, sacerdotes y guerreros de la revolución, se pusieron de pié en aquel concurso, y en respectuoso silencio oyeron las notas de un himno, que debía ser el monumento más duradero de la revolución argentina.

## III

Por entonces, si los poetas, los buenos poetas de casa, apenas eran dos, á quienes la Asamblea conceptuó dignos de encargarles tan magna obra, los compositores musicales, entre buenos y malos, eran *nones*, y no alcanzaban á tres. Aún este único, catalán y brusco, por congraciarse con los dominadores en la revolución, nó por amor á la nueva causa, creyó hallar así medio para proporcionarse voluntades.

Y en esto se parece igualmente nuestro autor al de la *Marsellesa*. Siendo uno y otro adversos á la revolución, compusieron música, ménos inspirados por amor pátrio, que de temor á venganzas que el retraimiento suscitaba. Rouget de l'Isle, fué perseguido por soldados franceses á quienes arrastrara á la victoria, entusiasmados por su inspiración. Parera, salvado de un modo trágico, tuvo que huir á la Colonia, de la casa de su comprovinciano Larrea, escondido dentro la caja de su piano, donde no es probable fuera tamborilleando la marcha que le ha hecho célebre, hasta inscribirse en honor del catalán Don José Blás Parera, su nombre, en una de las calles de esta capital, casualmente en la que esta tradición escribimos.

Despues de ensayarse en lo de Thompson, Luca y el Consulado, se cantó el Himno acompañado al piano por Parera en la *Casa de Comedias*, la noche del 25 de Mayo

de 1813, como el año siguiente al pié de la Pirámide (recien construida por el Maestro Cañete), y luego en la Escuela de la Pátria, en los campamentos, en la América, resonando desde un polo hasta el otro. Más de ochenta años ha exaltado el espíritu pátrio, y sensible es que antes de terminar el siglo en que nació, decrezca el entusiasmo por la Pátria, de que ese Himno es el Verbo, á punto de arrollar la bandera cierto artista, por no cantarlo, y dejarse espulsar de la Escuela del Estado en que se le costea educación, el hijo de un inmigrante de la antigua Metrópoli, por no entonar: *¡Al gran pueblo argentino, salud!* ¿Es que nosotros mismos asentimos á esta disminución de patriotismo?

Pocos días há, visitando un modesto Cuartel de veteranos, grato nos fué observar cuánto contribuyen á la educación del soldado hasta los lemas sobre puertas y cuadras, cuadros: de episodios como los de Falucho, Cabral, el sargento Vasconcellos, y en libros de lectura, las más resaltantes hazañas de los primeros soldados rasos, que legaron ejemplo en su heroicidad. En contrarias reflexiones, cuánto conduele notar que yá no se canta el Himno al pié de la Pirámide, sin duda porque las mañanas de Mayo amanecen más frías, que aquellas en que, nuestros padres iban á cantarlo en las más crudas; en que los abuelos, entre las nieves de la Cordillera, sólo tenían para entrar en calor el entusiasmo con que sus estrofas electrizan!...

Ni un ladrillo de nuestro monumento de Mayo, ni una sílaba del Himno debe suprimirse, que ello no obsta abrir esta tierra de promisión á los hombres de buena voluntad de los cuatro vientos, que la prefieran para alzar su tienda de trabajo.

## IV

Hemos tenido ocasión de recorrer la mayor parte de los Museos y Catedrales, notando que, ni las banderas francesas rendidas en las de San Petersburgo, han impedido que franceses recibieran en brazos á los súbditos del Czar, ni austriacos creyeron fuera causa á impedir su

alianza con la Prusia, los trofeos que ésta acababa de arrebatarles. Así oímos en España, en más de un aniversario del dos de Mayo, gritar contra los franceses de Bailén, y hoy procuran alianza con sus descendientes. Á poco de haber sido vencida su Escuadra por la inglesa, ejércitos ingleses cruzaban la Península, aliada con ella. *La Marsellesa* es cantada ante la Europa monárquica, sin que ninguno de sus diplomáticos crea deber reclamar, porque execre cual tiranos y déspotas sanguinarios á todos los Reyes.

.....

Y para sellar esta tradición con palabras más autorizadas, vienen como de molde, éstas del *poeta de las tradiciones*, pues no está demás recordar, que si argentino fué el autor del Himno de Chile, argentino también era quién decretó el del Perú.

«En 1821,—refiere el ilustre Palma,—el Protector del Perú, Don José de San Martin, convocó á un certámen musical, del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno Nacional de la República. De las seis presentadas, la del Maestro Alcedo, también fraile en su orígen, obtuvo la palma. Apénas terminada su ejecución en el clavicordio del Señor Riglos, (hermano de Don Miguel), cuando el General San Martin, poniéndose de pié, exclamó:

—*Hé aquí el Himno Nacional del Perú!*

«En la noche del 4 de Septiembre, festejando la rendición del Callao, se cantó en el Teatro por vez primera. La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo, es indescriptible para nuestra pluma. Mejores versos que los de Don José de la Torre Ugarte, merecía el magistral y solemne Himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el patrioterismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento, y desdichadas en cuanto á corrección de formas. Hay en ello mucho de fanfarronería portuguesa, y poco de la verdadera altivez republicana; pero, con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la canción nacional se altere ó cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres, los que con su sangre fecundaron la liber-

tad y la República. No tenemos derecho, (que sería sacrílega profanación), á correjir ni una sílaba en esas estrofas, en las que se siente á veces palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.»

Ni de encargo corresponderían mejor, tan sensatas reflexiones, aplicadas á todos los Himnos que consagran la revolución por la Independencia de América. ¡Bien es verdad se ha observado no corre una gota de sangre argentina por las venas de los que semejante profanación proponen, como la de que á poesía de nueva factura, ceda su puesto, el viejo Himno que consagra las glorias argentinas!

# La Casa del Encuentro

## I

Di que anduvieran jugando *á las esquinitas,* no se encontraban nunca.

Yá á sus cuarenta y tres años el uno, con algunos ménos el otro, por el mismo camino en prosecución ambos de idéntico objeto caminaban, caminaban sin encontrarse, acaso por la misma razón de seguir el uno trás del otro. Parece increible: dos personajes de los más culminantes en la Revolución Americana, saliendo de Buenos Aires, yendo á estudiar á la Metrópoli, vueltos á ésta, en tantas idas y venidas, sin andar á *las escondidas,* no se alcanzaban, por más que idéntico destino les impulsára por la misma senda.

¿Cuáles serán éstos dos grandes prohombres de la Revolución, tan calumniados como aplaudidos, y tan descollantes como no hubo otros?

## II

Entre las Estaciones «Rosario de la Frontera» y «Metán», (Ferro Carril á Salta) minuto antes de rodar en el largo puente sobre el *Rio Yatasto,* y dos minutos después, dejada la Estación de este nombre, se enfrenta á la *Casa del Altillo,* como le llaman los caminantes.

Aislada, triste, medio derruída en su soledad, inclinada y como llorando por todas sus goteras, distínguese sólo de las que á distancia se divisan, por un altillo sobre el granero. Aquí se levanta cerca de la ribera la histórica Casa del célebre abrazo, doscientos pasos á la izquierda, siguiendo en la Provincia de Salta á su Capital, hoy en campos de Gómez-Rincón.

No fueron las mulas de Olavedolla, que al fin resultaron de Gómez, las únicas que en este rincón pastaron; del caballo de guerra de los primeros soldados argentinos, como de la mula de paso del cansado viajero, desmontaron á la sombra de la casa en ruinas, estudiantes, luego tan célebres como Don Valentín Gómez, Vicente Anastasio Echevarría, Mariano Moreno, Vicente López, Doctor Don Manuel Alejandro Obligado, y los Doctores Carrasco, Anchorena, Ocampo, Agrelo, Saenz, Monteagudo, Gorriti; Zavalías, Zuvirías, Zavaletas, Zapatas, Zorrillas, y demás letras ilustradas de Salta y Tucumán. Más tarde, las mulas de viaje de Güemes, Warnes, Moldes, Zelaya, Superi, Helguera, Arenales, Alvarado, Balcarce, Pueyrredón, Dorrego, Holemberg, y tambien las de Belgrano y San Martin, pastaron en breves descansos en aquel rincon, hoy de Gómez-Rincon.

Mústia y sola, pero nó muda, como abatida bajo vieja capa de ennegrecido verdín, há más de un siglo asoma allí su alto mojinete, cual arrumbada cortesana de otros tiempos.

Al cruzar por primera vez el escabroso camino de nuestras primeras victorias, recordando íbamos cuánta fatiga, hambre, desfallecimiento y cansancio, subiendo y bajando la montaña, cuántos trabajos pasaron nuestros padres por legarnos una Pátria libre é independiente. Recorriendo campos donde cada árbol guarda una tradición, reflexionábamos en voz alta, refiriendo las proezas de Güemes, Lamadrid, Zelaya, Moldes, Warnes, Gorriti, á uno de esos oficialitos *decorativos*, en mullido asiento arrastrado por veloz locomotora, que iba quejándose de la fatiga en ejercicio dominguero. A bala y descalzos, sin pan ni abrigo, por diez, y quince años prolongaron sus

ejercicios en tan vastas y áridas sierras, los pobres soldados de la Patria.

¡Cuán cierto es que chozas como palacios, ciudades y regiones enteras, valen ménos por sus piedras y monumentos, que por lo que éstas conmemoran!

Remonta el navegante el Alto Uruguay, cuyas floridas riberas adornan palmeras y sauzales, indiferente á la monotonía del paísaje, cuando al enfrentar á Yapeyú, indica el guía: «Aquellos son los naranjos en que un niño, luego inmortalizado por sus hazañas, ensayaba su instintiva inclinación en combates infantiles á naranjazos», y el viajero reanimado desciende, nó satisfecho hasta arrancar por su mano, uno de esos bellos frutos de oro del propio árbol que dió sombra á San Martin. Tal, quien sigue el camino de Tucumán á Salta, por breves minutos que se detenga el tren en *Estación Yatasto*, corre á saludar esos viejos muros que un día cobijaron los dos más grandes soldados de la Independencia.

## III

Allá por los años de 1770, en la calle de su nombre, (Belgrano, hoy número 420) vino á la vida un niño de italiana estirpe, que concluida su educación primaria en la Escuela de la Pátria, pasó á cursar estudios superiores en la Universidad de la Metrópoli. Ocho años después, llegó al mundo en las selvas de Misiones, otro precóz guerrillero, y mientras éste aprendía la ciencia militar en el Colegio de Madrid, obtenía el primero sus triunfos en Salamanca y Valladolid. Como habían pasado las calles de Buenos Aires sin encontrarse, cruzaron las de la Córte.

Desde el año 1778 al 94, ambos en España, pudo más que el acaso, juntarles el propio orígen que atrae; pero mientras el Abogado se perfeccionaba en el estudio del Derecho, de la Economía y demás ciencias, se le nombró primer Secretario del Consulado en ésta, San Martin afilaba su futuro sable de los Andes, alcanzando los primeros laureles en Melilla y Orán, combatiendo al lado de

Daoiz, y en Rosellón, Torrebatera, Castillo de San Telmo, San Marcial, y toda la estrecha zona española donde fueron corridos sus invasores.

En la víspera del arribo de San Martin á Buenos Aires, Belgrano acababa de salir á enarbolar la primera bandera en el Rosario, que pronto hizo flamear victoriosa en Salta. Fué solo al año siguiente, que al vencedor de Salta y Tucumán empezaron á llegarle palabras de aliento, y espresivas cartas, del que sólo conocía por cartas.

Personajes hay que se revelan en un rasgo desde el primer paso. Mientras que Alvear, al despedir á San Martin, jactábase ante sus amigos con la célebre frase portuguesa: *Já se frustó ó home!*, yendo él á recojer en Montevideo los fáciles laureles de victoria preparada por Rondeau, rehusaba San Martin tomar el mando en Jefe desde el primer día, del ejército de Belgrano, en que éste se adelantó á pedir sus órdenes.

. . . . . .

—¿Todavía falta mucho para llegar donde Belgrano? preguntaba San Martin en el último relevo, (28 de Enero de 1814).

—El General llegó á la Posta inmediata, anoche,—contestó el postillón.

Y en ella fué el abrazo, abrazo más fecundo que el de Guayaquil, de dos hermanos de armas, cuyas almas entreabiertas se compenetraron al calor de un mismo nobilísimo sentimiento, pues que estos dos grandes hombres, no tuvieron sinó unos mismos ideales por la independencia de la Pátria.

Benéfico fué este abrazo, conjunción del pensamiento de ambos para impulsar el carro de la Revolución, atascado, ménos en los pedregales de ásperos desfiladeros, que en pequeñeces, enemistades y miserias de rivalidades, ambiciones y lucha civil.

Cual el caudillo Güemes, otros querían ser supremos é independientes, (campeando cada uno por sus respetos) dueños de su provincia natal. No fué Alvear el único que pretendía encaramarse desde las murallas de Montevideo, imponiéndose sobre toda la República. Pero San Martin, más genial en sus vastas vistas sobre los ámplios hori-

zontes que abarcaba, complementóse con la esperiencia recogida de Belgrano, aún en la misma derrota, y reconociendo el escenario y los hombres que le rodeaban, levantó el espíritu de los combatientes, depurando el ejército de díscolos; confió luego la defensa de esa frontera á sus bravos vecinos, y fué á empollar en la de Mendoza, el huevo del águila que trasmontó los Andes.

## IV

¿A qué reasumir en cuatro rasgos, grandiosas figuras que no es permitido desconocer á un argentino, y que mejor resaltan en dos ó tres toques de propia mano, de estos compañeros de armas que tan dignamente se apreciaron?

En los momentos de aproximarse la hora que cayera el uno en brazos del otro, escribía Belgrano:

«Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que «pienso que Vd. se me acerca; por que estoy firmemente «persuadido de que con Vd. se salvará la Pátria, y podrá «el ejército tomar un diferente aspecto. Estoy solo: esto «es hablar con claridad y confianza; no tengo ni he tenido «quien me ayude, y he andado los países en que he hecho «la guerra como un descubridor. En fin, mi amigo, espero «en Vd., compañero, me ilustre, me ayude, y conozca la «pureza de mis intenciones, que Dios sabe no se dirijen «ni se han dirijido más que al bien general de la Pátria, «y sacar á nuestros paisanos de la esclavitud en que «vivían».

..... .....

«Empéñese Vd. en volar, y en venir no sólo á ser mi «amigo, sinó maestro, compañero, y mi Jefe si quiere; per«suádase que le hablo con mi corazón, como lo compren«derá, con la experiencia constante que haga de la volun«tad, con que se dice suyo—*Manuel Belgrano*».

La última, fechada en Tiencho el 26 de Enero de 1814, concluye así:

«Mi amigo querido: Paso á Vd. los partes que acabo «de recibir de Dorrego. Llegará y verá Vd. las mismas

«almas muertas: todo esto proviene de los males morales «que se trata de hacer cundir por los mismos que debe- «ríanse empeñar en desterrarlos. Pronto dará á Vd. un «fuerte abrazo, su: *Manuel Belgrano.*

Y por demás impaciente, este claro espíritu honrado que presintió el génio militar de San Martin, cuando tuvo noticia de su aproximación, aunque enfermo y abatido, saltó á caballo, adelantándose á recibirle.

A su vez, San Martin apreciaba en altos términos al virtuoso General Belgrano, escribiendo al Gobierno:

«De ninguna manera es conveniente la separación del «General Belgrano de este ejército. No encuentro un Ofi- «cial de bastante suficiencia y actividad que le subrogue «en el mando de su Regimiento. Me hallo en unos países, «cuyas gentes, sus costumbres y relaciones me son abso- «lutamente desconocidas y cuya topografía ignoro. Sólo «él puede suplir esta falta, instruyéndome y dándome las «noticias necesarias, (de que carezco) como lo ha hecho «hasta aquí. De todos los demás Oficiales de graduación «que hay en el ejército, no encuentro otro de quién hacer «confianza, ni tienen los conocimientos tan extensos é in- «dividuales como los que él posée. Su buena opinión entre «los principales vecinos emigrados del interior y habitantes «del pueblo, es grande. Y á pesar de los contrastes que «han sufrido nuestras armas á sus órdenes, lo consideran «como un hombre útil y necesario en el ejército, por que «saben su contracción y empeño, y conocen sus talentos «y su conducta irreprensible. En obsequio de la salvación «del Estado, dígnese V. E. conservar en el ejército al Ge- «neral Belgrano».

## V

El abrazo del año catorce, celebrizó la humilde *Casa del Altillo* (en la desierta campaña de Salta) que se aparta del camino, á la manera que ya se aparta ó aleja en la memoria la hermosa imágen del modesto General Belgrano, cayendo á pedazos, como los girones de glorias que recuerda. Yace triste y polvorienta, después de un siglo que se levantó á mitad del camino de nuestras glorias,

que tanto trascurrieron, estudiantes y soldados, ávidos en el aprendizaje que les dió renombre. En poco ó nada se diferencia de sus congéneres. Una hora de permanencia de Belgrano, la hizo célebre. ¡A tal punto quedan huellas indelebles por donde los héroes pasan!

No fué milicia la inclinación de Belgrano, pero el verdadero amor á la Patria, le llevó al espontáneo sacrificio, desinteresado, de la más sublime abnegación. Vino á la vida poco antes de la Patria, de que fué uno de sus precursores. A su fallecimiento, (año 1820) la Argentina desfallecía también, conducida al linde del precipicio por las luchas y rivalidades de *tantos patriotas*, que perdían la Pátria por su ambición.

.....

Después de algunos años, San Martin agregaba: «Para « reemplazar al General en Jefe del Ejército, yo me de- « cido por Belgrano. Este es el más metódico de los que « conozco en América: lleno de integridad y talento na- « tural, no tendrá el talento de un Moreau, ó de un Bo- « naparte en punto á milicia, pero créanme que es lo « mejor que tenemos en la América del Sud. »

En 1817, vuelto Belgrano á Tucumán, levantó la Pirámide que aún existe en la antigua Ciudadela, nó á la gloria de sí mismo, como se criticó, sino en conmemoración de la de Chacabuco, que reputaba la más grande victoria.

«Desde el día del histórico abrazo en Yatasto,—agrega el ilustre biógrafo de ambos, General Mitre,—estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mútua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martin era el génio tutelar de la América del Sur. San Martín, en todos los tiempos, y hasta en sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo, como una de las glorias más puras del nuevo mundo. »

Finalizamos la visita á *La Casa del encuentro* con opinión tan autorizada, sobre el benéfico resultado del célebre abrazo que conmemora.

# El Salón de Madame Mandeville

## I

RA este salón el más concurrido desde antes de llevar ese apellido la Señorita Sanchez, que fué igualmente Señora de Thompson, tres nombres distintos y una sola verdadera. Fué también el más largo, nó solo por sus trece varas de longitud y seis de ancho, en el que llegaron á bailar sesenta parejas á la vez, sinó porque reunió lo más selecto de nuestra sociedad. Desde antes de 1806, hasta después de 1866, en largo medio siglo, con breves interrupciones, pasó por él cuanto de notable llegaba al país. Tan consecuentes fueron sus comensales, que todavía en ésta última fecha, concurrían treinta años há, algunos de la juventud elegante de 1837.

Yá *el año de la Reconquista* se reunían en torno á la mesa de malilla, las bellezas de su tiempo, rodeando al *Virrey de la Victoria*, y codeándose Pueyrredón, Saenz Valiente, Sarratea, Lezica, Escalada y Almagro, con Berresford y sus Ayudantes, que hallaban en tan amable sociedad lenitivo á sus breves horas de prisión.

No fueron meras sonrisas de banalidad, efímera galantería ó crítica de modas, lo que en ese ambiente de tolerancia y cultura se desarrollaba. Entre dos amables cortesías, San Martin combinaba con el Mayor Alvear, el color del uniforme y equipo del «Regimiento de Granaderos», que ambos organizaban, entrando allí al pasar para el Cuartel del Retiro, (1812); como Rivadavia, en otro ángulo del salón, daba los últimos toques al «Reglamento de la Sociedad de Beneficencia» (1822), y en 1826, el Almirante Brown, ofrecía al General Balcarce bautizar con su nombre el buque más velero de la Escuadra, en recuerdo del que firmó el parte de nuestra primera victoria. Mientras señoritas y caballeros *flirteaban* entre la danza, la amable dueña de casa, dábase tiempo para secuestrarse breves momentos en el aposento de sus secretos, y trazar con la velocidad de su pensamiento, páginas que han quedado hasta nuestros días, palpitantes de sentimiento pátrio.

## II

La noche del 15 de Octubre de 1812, numerosísima era la concurrencia. Ostentaban sus joyas y belleza en estrado principal, las primeras patriotas argentinas, que ofrecieron al Gobierno el armamento costeado con su propio peculio, elevando la nota que la señora Thompson terminaba con este bello pensamiento: «Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra Libertad.»

Acompañaban á la activa Secretaria perpétua de toda noble iniciativa, las señoras: Quintana, Remedios, Nieves, María y Eugenia Escalada, Ramona Esquivel y Aldao Petrona Cordero, Rufina de Orma, Isabel Calvimontes de Agrelo, Encarnación Andonaegui, Magdalena Castro, Angela Castelli de Igarzábal y Cármen Quintanilla de Alvear. Esta, y el dueño de la casa, Señor Thompson, hacían *vis-á-vis* en la cuadrilla de honor, al Mayor Alvear, con la espiritual Mariquita; el Comandante San Martín acompañando la Señora de Escalada, y el General Balcarce,

la de Quintana. A las de Azcuénaga, Casacuberta, Gómez, Elía, Luca, Riglos, Sarratea, Barquin, Balbastro, Rubio, Oromí, Casamayor, Soler, La Sala, atendían galantemente los Señores: Luca, García, Viamont, Rojas, López, Pueyrredon, Larrea, Tagle, Olazábal, Guido y otros.

Pero la nota sobresaliente de esa tertulia, en celebración de la victoria de Belgrano, no lo era tanto el Capitán Helguera, quién volara desde Tucumán con el parte Oficial, (rodeado en antesalas por militares, ciudadanos y aún sacerdotes, como Don Valentín Gómez, Molina, Rodriguez, pidiendo los primeros, detalles de la acción, y todos, informes de sus deudos en el ejército), como la gravedad del Jefe de Granaderos, derretido, cual simple cadete, ante la más jovencita, candidato oficial de tan tierna candidatura. El mes anterior yá había obtenido licencia para desposar, á la que tan pocas horas le fué dable endulzar los días nublados del gran Capitan.

Notado el idilio por la dueña de casa, al pasar del brazo de Monteagudo, le hizo exclamar: «Observe Vd. á Hércules, teniendo la madeja en que le enreda Onphala. Parece que San Martín vuelve de Libia!...»

.....

Y esta ilustrada señora de ingénio, supo colocarse siempre al nivel de las exigencias, siendo la primera en todas las manifestaciones de patriotismo y caridad. Fué así designada por sus compañeras, para pronunciar el discurso tan sentido como elocuente, el 3 de Julio del año 26, en la Sala Argentina, presentando al General Brown, á nombre del bello sexo argentino, una bandera de Almirante, inscrito entre orlas de laurel, en letras de oro: *Al día 11 de Junio de 1826*, que terminó con esta frase: «Ofrenda de su admiración, las señoras esperan que os acompañará en los combates que emprendéis en defensa de nuestra Pátria.» El bravo inglés, todo conmovido, contestó: «Que una vez enarbolada aquella bandera, no vendría abajo, sinó cuando cayera el palo, ó se sumergiera el buque.»

Un poco antes, nombradas las primeras socias que formaron la Sociedad de Beneficencia, ésta su Secretaria fundadora, ofreció la comida de recepción, á la que, si

no faltó ninguna de sus consocias, sí faltaron más de una pieza de su numerosa vajilla de plata, pués marino inglés hubo la habilidad de sustituirlas por loza inglesa, tratando de convencer, que más valor tenía una porcelana china, ó cristal de Bohemia, que fuente de plata macisa del Perú. A lo que la anfitriona contestaba: «Sí, pero como yá ha dejado de ser nuestro el Alto Perú, el Potosí se aleja.»

No impidió esto enviara al Contra Almirante la bandeja de plata tan elogiada, añadiendo la negrita esclava, recado en su media lengua: «Manda decir mi amita que las naranjas también son para su merced». El contenido, fruto era del hermoso naranjo de su patio, y el continente, obsequio del Señor Lezica, hecho á martillo en Chuquisaca.

Rodeaban á Madame Mandeville, la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, Doña Mercedes La Sala, y á su izquierda, la Vice-Presidenta María Cabrera; en frente, á uno y otro lado de la otra Secretaria, Isabel Casamayor de Luca, Doña Joaquina Izquierdo, y Doña Manuela Aguirre, siguiendo las Señoras Cossio de Gutierrez, Foguet de Sanchez, Azcuénaga, Cipriana Viana y Boneo, Isabel Agüero, Josefa Ramos, y Chavarría de Viamont.

Alegre y concurrida tertulia siguió á la comida, en que descollaban por su gracia y *sprit*, las Sosas, López, Sarratea, del Pino, Coronel, Lezica, Lozano, Garrigós, Espinosa, Darragueira, distinguiéndose por su galantería, los jóvenes: Garmendia, Azcuénaga, Alcorta, Terrero, Gómez, (Don Goyito), Wilde, Lezica, Olazábal, Balcarce, Elía, Luca, Calzadilla, Olaguer Feliú, Varela y otros.

## III

Delgada, de baja estatura, no llegó á ser una belleza, al par de la de sus hijas y nietas, remarcables tipos de esbeltez, sobresaliendo, sí, por aquella otra más durable belleza de la inteligencia, como lo comprueba su atracción, rodeada de todo lo más distinguido, y por su gran corazón y obras de beneficencia, que en pós de sí ha dejado. Su fina educación, desde los primitivos tiem-

pos de la *Pátria vieja*, le hacía descollar, así en su fácil expresión en diversos idiomas, cual por su habilidad en el clave, el arpa y el canto.

De su ilustración como escritora, dejan muestra numerosos documentos, en el archivo de la Sociedad de Beneficencia. El General Guido la compara en sus cartas á Madame Récamier, y el poeta Echeverría, oyéndola cantar al arpa sus poesías, en música de Esnaola, la denominaba *La Corina* del Plata.

En una de esas tertulias, después de encargada la Sociedad del Colegio de Huérfanas, tuvo ocasión de escapar á su saloncito para escribir, entre dos rigodones, la siguiente plegaria:

« *Oración que se enseñará á los niños expósitos.* »

« Padre Nuestro que estás en los cielos, tú eres nues-
« tro solo Padre ¡por que los que nos dieron el sér nos
« han abandonado y arrojado al mundo sin guía ni am-
« paro! No los castigues, Señor, por esta culpa, pero dad-
« nos resignación para soportar nuestra horfandad. No
« permitas que cuando nuestra razón se desarrolle, sin-
« tamos ódio y rencor contra los autores de nuestra des-
« gracia; que ella nos sirva de ejemplo para no imitarlos;
« dadnos, Señor, entendimiento para aprender, á fin que
« podamos adquirir con nuestro trabajo nuestra subsisten-
« cia. Háznos humildes, pues no tendremos tantos motivos
« para que nuestro amor propio sea irritado; dadnos un
« juicio recto para sabernos conducir; no nos abandone
« jamás tu misericordia; inspira caridad á los corazones
« que nos protejan para que no se cansen de nosotros,
« y háznos, Señor, dignos de tu gloria!»

.....

Fué, desde antes de su matrimonio, una de las más ricas herederas. La manzana entera, limitada por las calles, hoy Cangallo, San Martin, Cuyo y Florida, se contaba entre los cuantiosos bienes de sus antepasados; la *Quinta de los Olivos*, desde las « Cinco Esquinas » hasta la Recoleta, y la Chacra de trescientas varas, por legua y media de fondo, desde la lengua del agua, trás la Iglesia de San Isidro, mínima parte fueron de sus cuantiosos bienes.

La sociedad elegante de entonces, como al presente

y en todo tiempo, siempre ha sido dispendiosa. Aunque en los tiempos que tradicionamos, al chocolate de la tertulia, no seguía la mesa cargada de flores y frutas, ni la moda de un nuevo traje por noche, ya había empezado á venderse en solares, la gran manzana referida; por sólo catorce mil pesos, la Quinta con lagares y esclavos, en la que ésta escribimos, y posteriormente en diversos lotes, los terrenos de San Isidro, excepto el contiguo al que habitara (actual propiedad de la sucesión Gramajo) que regaló á una de sus íntimas, para tenerla en su inmediación.

La casa que describimos á continuación, de tres altas ventanas con rejas, (apareciendo como en alto) abría su ancha puerta bajo el número 98 de la calle Florida, (hoy 273), y subiendo sus cinco escalones de mármol, se entraba al patio. Por la primera puerta de la derecha, introducíase al gran salón, tapizados sus muros de riquísimo damasco de seda. En medio del techo de espejos, enmarcados en espléndido maderaje, pendía una riquísima araña de plata, y gran chimenea francesa en el centro, había ya sustituido las antiguas copas de bronce con fuego. Muebles de brocato amarillo, bajo cortinaje de lo mismo, completaban su mobiliario; hácia el testero opuesto al alto estrado, el arpa y el clavicordio, donde ensayó el Maestro Parera, la música del Himno Nacional. Floreros y zahumadores en las esquineras, y sobre mesitas ó consolas de pié de cabra, altos espejos venecianos, con plateados marcos de lo mismo.

En sus últimos tiempos, lucían una de las rinconeras, entre pebeteros de plata, la taza de Sévres, y grandes floreros que Luis Felipe obsequió á la esposa de su representante, en ocasión de repetidos actos de prodigalidad para el Hospital Francés. Pasando una salita, seguía el gran comedor, con sus altos aparadores relumbrantes de argentería. Antecediendo al salón, el gabinetito de confianza, con elevadas ventanas á la calle. A otro cuarto de entrada, ó antesala, se subía por los cinco escalones antedichos, pues, bajo tan altos pisos, había un gran sótano.

Suntuoso era el aspecto de aquel salón donde bailaban la contradanza, el minué, la polka de variadas figuras, en que se lucía el piecesito sobre medias finísimas caladas,

ó bordadas de oro ó acero, zapatitos de raso negro, con atacados; el traje sobre el tobillo; muy tirante la pollera; el talle corto lo mismo; de dos mangas muy anchas, peinetones y peinado de bucles.

De aquel movible jardin de bellezas, destacábase en su salón color de oro, elegante y coquetona, la señora de la casa con su espléndido collar de perlas, pero de ménos reflejos que sus pequeños ojos vivísimos; sumamente graciosa y atrayente, derramando *sprit*, teniendo una palabra amable para cada uno.

## IV

A más del ilustre poeta argentino Don Juan Thompson, su primogénito, y Don Julio Mandeville, Secretario de la Legación Argentina en Lóndres, (su último hijo), ornato fueron de su salón cuatro bellísimas hijas, tan finas cómo bien educadas: Clementina, de admirable cuerpo escultural, con cierta tinturita de coquetería de buen tono; la espiritual Magdalena, que tanto era galanteada en francés, como en inglés, idiomas que hablaba bien, pero nó mejor que el de sus expresivos ojos, sumamente habladores; Florencia, preciosa, fina, delicada, tipo algo ideal, que descollaba en la danza por su agilidad, y la Albina, la blanca Albina, tocando el arpa admirablemente como ninguna en su época: sus manos lindísimas y casi transparentes, recorrían las cuerdas arrancando májicos sones, que iban á levantar éco en más de un corazón. Completaba grupo tan interesante el Señor de Mandeville, Cónsul General de Francia por muchos años, esbelto y buen mozo, de distinguida y antígua familia, vivo, inteligente, atrayente; tocaba todos los instrumentos en los cuartetos ó quintetos que se improvisaban, supliendo el eximio aficionado cualquier instrumento que faltaba.

El Dr. Lopez, recuerda con cuanto tacto y disimulo la Señora de Mandeville, con su gran talento, educaba indirectamente, de una manera hábil, á jóvenes del tiempo, en que lo eran, Alberdi, Gutierrez, Florencio Varela, etc.

Refería en la conversación los defectos y malas costumbres adquiridas sin pensar, y ellos se reían, repitiendo *sotto-voce*: «Al que le caiga el sayo, que se lo ponga». Quería mucho á la juventud que daba esperanzas para la felicidad del país. ¡Hasta dónde el roce de la mujer de distinción, acaba disimuladamente de completar la educación en cuantos le rodean! Y este es uno de los descollantes méritos de tan gran dama, así en lo político, como en lo social.

Empezó por reunir sus amigas para adquirir los fusiles que armaron á los Patricios, ofreciendo banderas por sus propias manos bordadas, reuniendo luego en su salón cosmopolita, extranjeros y nacionales de todas las opiniones, cual en oásis donde todos se encontraban bien, en suave atmósfera de tolerancia; como empezó por ser Secretaria de la Sociedad, que llegó á ser Presidenta. Fundó la primera Escuela de ambos sexos en la campaña, y también la Escuela Normal, convirtiendo su salón en escuela de buenas costumbres, de elegancia, de buen tono. Su prolongación no fué sólo en los frecuentes almuerzos y meriendas *(Quinta de los Olivos)*, á la sombra del primitivo que dió nombre á ésta donde escribimos, sinó también en la referida Chacra de San Isidro, al pié de sus barrancas, y en el *Bosque alegre*, las cacerías de patos en la playa del gran río, empezadas, concluían por improvisados bailes, en el antiguo solar de sus abuelos, trás la Iglesia del santo Labrador. *Hotel de Madama Mariquita*, llamaban á este antiguo caserón, (Colegio de Aravena, posteriormente) los oficiales de la Escuadra, por la hospitalidad con que se les obsequiaba!..... .....

.....

Al recordar que Don Vicente Fidel Lopez, es el único superviviente de sus contertulianos de aquella generación, de que el sabio Don Diego Alcorta fué Profesor de Filosofía, el acaso nos trae, de su última amiga, la cartita que estractamos. Ella, la Señora Casamayor de Luca, y Spano de Guido, fueron sus mas íntimas. Consolando á una de sus nietas, escribe á las noventa y seis navidades, con letra nada trémula, la solitaria de San Isidro: «Sé por una «cruel experiencia que en las pérdidas irreparables, sólo

«el tiempo tiene el poder de dar el ánimo y la calma. Me «refugié en mi Quinta, inmediatamente después de haber «recibido uno de esos golpes terribles que casi matan, y «en mi desesperación me dije: «Yo también voy á desapa- «recer para siempre del mundo». De esto hacen ya treinta «años, y desde entonces vivo aislada la mayor parte del «tiempo, completamente sola, y al fin he conseguido sa- «ber que la soledad tiene también sus ventajas; pero para «tenerlas, es preciso que la soledad sea absoluta; si se «abre una brecha en ella, desaparece.»

.....

También eran, sus asíduas en aquella época, las Señoritas de Arana, Beláustegui, Cordero, Lahitte, Garrigós, Velez, Castelli, y los jóvenes Avelino y Mariano Balcarce, Lozano, Esnaola, Terreros, Peralta, Arenales, Riglos, Garcia, (Doroteo), Casajemas, Posadas, Gowland, Alvear, (E.) López, (F.) Azcuénaga, Lahitte, Olaguer, Alcorta, Pinedo, Esteban Moreno, Faustino Lezica, Lorey, Treserra, Cherón, Du Brossay; luego sus hijos políticos, los cuatro últimos.

Sin el temor de no ensartar rosario más largo que de quince misterios, otros tantos nombres conocidos podríamos agregar, pues, solo desde la moderna introducción de la tarjeta de visita, unos cuantos miles de ella, colecciona el libro de la amistad de tan digna dama, con religioso cariño conservado. Y esta noble amistad de larga consecuencia, por tantos años prolongada, herencia ha sido de una, dos y tres generaciones. No fué Santiago Estrada el único intelectual de nuestra generación, que galanteara vecinas de la calle Florida en 1866, en aquel salón y ante la misma dueña de casa, á cuya mesa de malilla se habían sentado sus abuelos, sesenta años antes.

## V

Hace más de treinta años, una de las últimas veces que tuvimos el gusto de verla, la encontramos limitando por Francia é Inglaterra, es decir, entre sus representantes. Acompañando nuestro buen padre, á felicitarla en el arribo de su hijo, Don Juan Thompson, referíamos al ilus-

tre poeta, cómo un año antes instalamos en la capital de Corrientes, la Redacción de «El Nacionalista», en la misma casa de las Señoras Berón de Astrada, donde veinte años atrás había él fundado otro periódico liberal, órgano de la cruzada libertadora del ejército de Lavalle. La animación que resurgía en el patriota tales recuerdos, fué interrumpida, al interrogar el Contra-Almirante francés:

—Madama. ¿Cómo Vd. tan amante de todo lo que es francés, y esposa de uno de sus representantes, no ha llegado en sus viajes á Francia?

—Por el canto de la uña!—contestó con gracia.

—No comprendo, señora! Tan distante de ésta mi tierra, y tan cortas que usan aquí las uñas....

—Ahí verá Vd. Señor Contra Almirante! Cuando en vísperas del bloqueo francés empezó á ser mal visto mi esposo, Cónsul General, tuvo que salir para Francia. Acreciendo sus dolencias, ménos por obligación que por cariño, creí deber ir á cuidarle. Mis hijas estaban ya casadas, y éste, mi Juan, no podía volver al país, declarado *salvaje unitario*. ¿Qué le parece, Señor Contra-Almirante? No siendo francés el idioma en la Pampa, le pronuncia muy mal este *salvaje?*

—Oh! Madama! Salvajes con la ilustración de Mr. Thompson, tan reputado hombre de letras, codiciaríamos muchos en Francia.

—Bien; en ese más prolongado eclipse de mis amigos, aunque muy miedosa para el mar, decidí embarcarme. Hasta Montevideo fuí bien, pero al llegar á Río Janeiro, tan deshecha pamperada azotó la barca de vela que me conducía, que no obstante llamarse «La Esperanza» sin ésta quedé, de ver más á mis hijas. Pero, al fin, la espléndida Bahía de Río Janeiro, tranquilizó mi espíritu y el mar. Allí no iba tan mal, rodeada de la primera sociedad, en Corte que damas y caballeros son tan amables y obsequiosos. Jóvenes como Diego Alvear, Posadas, Costa, la familia Vernet, Daniel, Cárlos y Eduardo Guido, me hicieron con sus atenciones y cuidados olvidar los sufrimientos de la tormenta. Al día siguiente de un baile de Córte, (todavía ésta, mi nieta Florencia, guarda el vestido, con el cual, del brazo del Ministro Argentino,

General Guido, hice *vis-á-vis* al joven Emperador), me invitaron para una merienda bajo la cascadiña en Tijuca, donde el Marqués de Caxias me ofreció una manzana, que si no fué la de Eva, casi-casi fué la de mi perdición. Notando en sus rubicundos colores, pequeña picadurita, rasqué un poco la corteza. ¡Quién le dice á Vd. que amanecí con todo el dedo hinchado, hinchazón que al segundo día avanzaba á la mano, y al tercero, por todo el brazo, con agudos dolores! Este segundo susto me hizo reflexionar, y me dije: «¿Donde vás, Mariquita? ¡Vuélvete!» Bien pudiera recaer ó sorprenderme grave enfermedad, y en viaje tan largo, acompañada sólo de una sirvienta de confianza, no me decidí á cruzar el Océano. Recibí mejores noticias de mi marido, y el amor de un hogar que todavía podía rehacer para mis nietas, me retornó á la playa natal. No recuerdo día de mayor satisfacción, como el que volví á entrar á ésta mi casita de la calle Florida, donde nací, he pasado ochenta años y espero acabar en ella. Aún para morir, en ninguna parte se halla uno mejor que en su rinconcito de casa propia....

## VI

Y á ese espíritu fuerte, que cual lámpara de aceite íbase apagando lentamente, veíamos salir de nuestra Iglesia parroquial los domingos, del brazo de una ú otra de sus rubiecísimas nietas, de aquella misma Iglesia de la Merced, cerca de cuya pila bendita, setenta años antes, otros muchos domingos, repetía al esbelto jóven que le alcanzaba el agua: «Por más que se opongan, siempre de Thompson». Todavía pocos días antes á su fallecimiento, concurrió allí con su lujoso vestido recién *traído,* conducida por una de esas bellezas.

Dotada de una inteligencia superior, como la mujer más ilustrada de su época, Rivadavia la inició en la idea de formar una Sociedad de Beneficencia, que á la vez que elevára el nivel intelectual de la compañera del hombre, le abriera más vastos horizontes por su mejor preparación. Medio siglo más tarde, Sarmiento también

encontró en ella la más hábil coadyutora para las reformas de la educación, según el sistema norte-americano. Desde los Jardines de Infantes, Escuelas de ambos sexos, en la ciudad y campaña, hasta la Escuela Normal de mujeres, la enseñanza superior con las Profesoras traídas de Norte América, todo progreso tuvo implantación bajo su Presidencia.

Nació con la aurora de este siglo, (anticipándose á su siglo) en la casa que el Señor Sanchez Velazco edificó ciento veinticinco años há. En el último invierno de la vida, al través de los cristales de su aposento, á los que le aproximaba su cariñosa Florencita, divisaba melancólicamente, caer las hojas del decrépito naranjo, plantado en el centro del ancho patio el día de su nacimienio. Al través de las rejas de esa ventana interior, era su postrera recreación su verdor y sus flores. Recordaba, cómo le había dado sombra por toda la vida, y también los azahares de su velo de desposada. Ellas blanqueaban ahora al pié del tronco que se curvaba yá hácia la tierra, semejando pálida mortaja próxima á cubrir sus restos. Refería que ni el sábio Bonpland, ni Holemberg, lograra extirpar el hormiguero criado en su tronco, cómo las amenas pláticas que bajo el follaje coronado de doradas frutas, distrajeron sus horas en distintas épocas, con el Mariscal Santa Cruz, el Conde Waleski, Mackau y el Marqués de Caxias, pues honrada había sido con la amistad de todos los notables y hombres de letras que concurrieron á centro tan culto y agradable.

Una imaginación viva y abierta á todas las impresiones de lo bueno y de lo bello, indulgencia notable, y urbanidad esquisita, daban á su trato, á sus confidencias y á sus cartas, cierto encanto que constituía el amable imperio ejercido sobre su virtud. Por esto, el reloj que desde la chimenea de su alcoba, marcó la hora de su muerte, había señalado muchas veces á Saavedra Belgrano, Rivadavia y Pueyrredón, á Presidentes, Ministros y Diplomáticos la hora de sus tareas, detenidos por su atrayente conversación. Aquel reloj sigue parado en su última hora, y ¡doble coincidencia! decrépito y carcomido,

secándose el árbol plantado á su nacimiento, murió con su dueña.

De opuestas ideas á su íntima superviviente, treinta años há secuestrada en la soledad de su Quinta, Madama Mandeville, quería morir como había vivido, rodeada de las flores por sus propias manos cultivadas, que perfumaron su vida, y de la amistad que endulzó sus más bellas horas. Y así en sus conversaciones, recordaba las últimas amigas con que había tomado mate á la sombra del histórico naranjo, señoras de: Telechea de Pueyrredón, Correa de Lavalle, de Zumarán, de Angelis, Villanueva de Armstrong, Reinoso de Pacheco, Plomer de Lozano y la Marquesa de Forbin-Jackson.

.....

Cierto día, siendo Secretario del Departamento de Escuelas, de que era Director Don Juan Thompson, en momentos que nos daba instrucciones para la visita de inspección á las de campaña, insinuando si fuera posible pasar la frontera y proponer en las tolderías más inmediatas Escuela para los indios, bajo la dirección de jóvenes indígenas educados por el filántropo Señor Francisco Larguía, entró á la Oficina la anciana madre de nuestro digno Jefe. Desatendiendo cuanto le rodeaba, bajó precipitadamente de su asiento, fué á besar la frente de la madre amada, y conduciéndola al primer asiento, (respeto filial que por desgracia se extingue) siguió explicándole sus proyectos de extender enseñanza á los últimos aduares. La ilustrada señora, agregó: « Haces bien, hijo. Cada uno en la extensión que le sea dable, debe concurrir al mayor desenvolvimiento de nuestras facultades, único camino de alcanzar el perfeccionamiento. Si nada se lográra, quédenos la satisfacción de la iniciativa, guiados por ese bello sentimiento de Caridad, que nos lleva á amar á todos y á enseñar al que no sabe.» .

# La última carga

## I

En la batalla que el historiador de Rozas denomina *Cuti-Zaingó*, los portugueses del paso del Rosario, sobre el Rio Santa María, y que con más propiedad podría llamarse *La batalla de las desobediencias,* entre descollantes episodios de nuestros primeros militares, resalta el siguiente, que alcanzamos á recojer de propios lábios del ilustre General Paz.

Denominamos «la batalla de las desobediencias», pues que empezando por el General Lavalleja, que al ir á ocupar el puesto designado en el plan, (reserva á la derecha) le pareció mejor formar á la vanguardia del ála izquierda argentina, y allí quedó; luego el Coronel Blanes, oriental, no quiso obedecer al Coronel Paz, como á su vez éste cargó contra órden expresa, y Lavalle sin ninguna.

Yá había muerto el Coronel Brandzen y regresaba Paz de su primera carga sin haber conseguido conmover el cuadro de alemanes, cuando al pasar el General en Jefe, alcanzó á oirle cierta ironía que picó su amor propio. En el deseo de sacarse la espina, rehizo de pronto

su Regimiento, iniciando una segunda carga á fondo, cuyo ímpetu se llevó cuanto tenía por delante, logró conmover la infantería, al frente, y empezando á vacilar el ejército contrario, inclinó el triunfo á los argentinos.

Divisando con su anteojo el General en Jefe que el coronel Paz cargaba sin órden, despachó su Ayudante de campo, Coronel Martinez Fontes, para que le ordenara detenerse. Tarde llegó éste, cuando los Escuadrones regresaban. Fué entónces que volviendo el General á gran galope le increpara irritado:

—¿Sabe Vd. á cuantas fuerzas enemigas ha cargado?

—¡A cuántos tenía á mi frente, General!

—A dos Batallones de infantería alemana, y un Regimiento de Caballería. Coronel, queda Vd. en suspenso.

## II

La infantería no tuvo la mejor parte en la batalla, ni los cañones del Coronel Iriarte, si bien retardados en formar baterías, diestros Oficiales como Pirán, Chilaver, Moreno, Nazar y Arenas, abrieran brecha sus certeros tiros en las líneas portuguesas que dominaban las alturas. Pero la Caballería desplegó en todas partes la brillantez del 16° de Lanceros, de cuyo bravo Jefe Olavarría, refiere el parte: «Maniobró como en un día de parada». Medina y los Coraceros habían cargado la División Abreu y Caxias á la derecha, como los Coroneles Garzon y Thompson á la izquierda.

Yá había caído trás Brandzen, Besares, el mismo Paz rechazado por la División Barretto, (infantería y artillería alemana). La División Callao, cuyo Jefe no observó su nombre, y Leixao y Braun que cayó cerca del Marqués de Barbacena, siguieron al fin la suerte de las Caballerías de Bentos Gonzalez, Bentos Manuel y todos los *ventos* del Brasil, dispersándose hácia los cuatro puntos cardinales.

Alvear termina su parte, con estas palabras: «El Coronel Paz, á la cabeza de su División, después de haber prestado servicios distinguidos desde el principio de la

batalla, dió la última carga á la caballería del enemigo, que se presentaba sobre el campo, obligando al Ejército imperial á precipitar su retirada.»

La lucha se inclinó contra los portugueses, arrollados por Jefes de tan merecido renombre como Mansilla, Soler, Olazábal, Paz, Lavalle, Olavarría, Iriarte, Pacheco, Brandzen, Oribe, Chilaver, Vilela y Medina. Terminada la batalla de Ituzaingó á las dos de la tarde del 20 de Febrero de 1827, todos los Jefes y Oficiales superiores fueron llamados ante el General en Jefe. Cuando cruzaba Paz el campamento, de cada Batallón salían sus Jefes á saludarle, persuadidos de que su última carga había sido el principio de la derrota. Los de más confianza le repetían: «De esta echa se cambia el color de las palas» A lo que el Coronel Paz, contestaba con reserva: «Por el contrario, he sido suspendido».

El General en Jefe, ya más desahogado, le dijo:

—Pero, al fin Coronel,—Vd. no me ha dicho por qué cargó sin mi órden.

—Una Caballería enemiga amenazaba mi frente, y la última órden del día, autoriza á los Jefes de División, á obrar, á falta de órden, segun las circunstancias.

En seguida llegó Lavalle, que regresando con gran retardo, le recibió el General con dos piedras en la mano.

—¿Por qué ha desobedecido Vd. las órdenes, habiéndosele dicho que no se alejara de la vista del campo de batalla?

—Porque los riograndenses son volvedores Señor General, y mientras quedaba un grupito al rededor de Bentos Manuel, volvían á rehacerse.

—No sabe Vd. que ha podido comprometer el éxito de la batalla, y quedar cortado del centro?

Después de estas y otras exclamaciones sobre el estricto cumplimiento del deber, y las prescripciones de Ordenanza, despidió con cajas destempladas al brillante adalid, que se creía llamado para agradecérsele sus remarcables servicios.

Alvear repitiendo que las cargas sin órden dada, comprometían la victoria, seguía manifestando su disgusto por la conducta de Paz, y como el Coronel Dehesa

defendiera á su comprovinciano: «Ha dado una carga sin precedente por la que merecía un castigo», replicó: Perdone, Señor General: el Coronel Paz la ha llevado para salvar el honor de su Regimiento.

—El Regimiento no es de él, sinó de la Nación. El Coronel Paz es un bravo á quien estimo, pero la primera cualidad de un soldado es la subordinación.

## III

Pasada la hora de lista, y cuán triste es la primera lista sobre el campo de batalla, donde tantos no pueden contestar, otro Ayudante de Estado Mayor volvió al galope á llamar á los coroneles Paz y Lavalle, y cuando éstos llegaron al paso de sus sudorosos caballos de guerra, compañeros en las fatigas de aquel día, yá encontraron al Jeneral en Jefe más humanizado.

—Señores Generales!—dijo: Y no encontrando al dar vuelta á Mansilla, Soler, Lavalleja, únicos de ese grado en el Ejército, se miraron los dos compañeros. Queda levantada su suspensión, agregó, dirigiéndose á Paz; y como son Vds. los Coroneles más antiguos del ejército, con la autorización de proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo con el grado inmediato, como á los que más han coadyuvado á la victoria de este día. Pero, no hay que olvidar, Señores, que la subordinación es el principio de la disciplina; que sin ésta no hay unidad ni ejército posible; y los Oficiales maniobreros de San Martin, tienen la costumbre de iniciaciones, que bien pueden comprometer la victoria.

.....

Nuestro ilustrado amigo, el historiógrafo General Garmendia, en su interesantísimo estudio sobre las campañas de Aníbal, traduce la siguiente anécdota histórica, cuya similitud, justifica cargas como la del General Paz.

«Esperando el momento oportuno, y teniendo la conciencia de un gran deber nacional, desobedeció Seidlitz en la batalla de Zorndorf una órden de Federico II, y

esa desobediencia fué causa de la victoria. Cuando la infantería prusiana estaba en plena derrota, recibe reiteradamente la órden de ponerse á la cabeza de sus Escuadrones y cargar al enemigo. Seidlitz, no creyendo el instante favorable, no cumple la órden en el primer momento. Irritado Federico, le hace decir que la desobediencia le costará su cabeza, á lo que contesta el egregio General de Caballería, (que fué el primero de su tiempo) teniendo siempre la vista fija en el enemigo: «Id á decir á S. M. que después de la batalla, dispondrá de mi cabeza. Ahora la necesito mucho para su servicio.» En seguida carga con sus treinta y un Escuadrón, sablea á la caballería rusa, cae sobre el gran cuadro, y destruye una tercera parte del ejército. Este rasgo demuestra el verdadero génio de un General de Caballería. ¿Cuánto tiempo de trabajo y de observación le habría costado para adquirir tanta penetración? Si Seidlitz hubiese cargado fuera de tiempo, como inoportunamente lo ordenaba Federico II, se hubiese perdido la batalla».

.....

Recogida esta tradición de los propios lábios del ilustre General Paz, nos fué confirmada con la descripción de la batalla, que, á nuestro pedido escribió el Señor General Pacheco en 1865, según lo recuerda en su última publicación el Doctor Quesada, narración idéntica en todo, á la que anteriormente oímos al Señor Olazábal, quién repetía: «*la última carga* del General Paz, vino á coronar la victoria de Ituzaingó!»

Compendiaba así su cuento el autor de tan notables *Memorias*, tan parco de elogios para sus contemporáneos, (que en sus tres gruesos tomos no se encuentra esta referencia:) «Indudablemente la obediencia pasiva es la base de la subordinación, sin la que no hay disciplina. Ni ofrecerse, ni escusarse, corresponde al militar, limitándose al cumplimiento de sus deberes. Pero ésta, como todas las reglas, tiene su excepción. Si bien es cierto que una carga á tiempo, dada sin órden, pudiera llegar á comprometer el plan general de la batalla, cuando se viene el enemigo encima, no hay soldado que se cruce de brazos y espere órden para rechazarlo».

# Un Príncipe Alcalde en la Colonia

## I

En los días que la Condesa francesa, que introdujo con su industria el bienestar de sus vecinos en el Chaco, cae traspasada por la flecha del salvaje, y otra noble rusa sigue entre las nieves del opuesto estremo (Punta Arenas) cultivando papas, recordaremos, cómo un súbdito inglés de sangre Real, llegó á ser Alcalde en la Colonia del Sacramento.

Si bien todavía no se ha hecho entre nosotros la observación del ingenioso empresario *Cherubini di Parma*, de que en su tierra todos los napolitanos tocando el órgano por las calles son Príncipes, ó poco ménos, encuéntranse en nuestra vasta campaña más de un Marqués, Conde ó Barón, persuadido de que, ménos producen pergaminos nobiliarios, que ovejas, bien sean pampas, en éstas, dedicándose á industrias de mejor presente, y más próspero porvenir.

Y á propósito de ésta tradición, ¿sabéis curiosas lectoras, por qué en la cronología de los Reyes de Inglaterra no se cataloga el V de sus Jorges, á pesar de ser hijo del IV? Nó por que muriera aquel en temprana edad,

sinó simplemente porque... porque... en fin, yá llegareis á comprenderlo sin mayores aclaraciones.

Los Jorgesitos reales dieron siempre mucho que hablar, y muchos reales y libras que contar, bajo, y sobre el trono de la Gran Bretaña, aunque poco ó nada hicieron por el esplendor de corona que tan mal llevaron. El Jorge IV, (alhaja de la familia), fomentado por un su tío, tan vicioso como él, y mal inclinadito desde la cuna, llamado *el Príncipe de la Moda*, puso á ésta, los caballos más corredores y las mujeres *idem*.

Por estafa, en carreras de los primeros, fué expulsado del *Derby*, y en las que corría con las *trotadoras*, Príncipe tan casamentero, á todas ofrecía amor perpétuo, y nó de un día. Entre las ochocientas mil libras esterlinas que por él pagó el Rey, y los últimos dieciseis millones que por deudas de garitos, orgías y otros de esos sus lucrativos entretenimientos, abonó el Parlamento: entre el casamiento en secreto con su abuela, que tal podía ser la vieja mojigata Mistress Fritz Hebert, y el público, con la primita Carolina, que salió la horma de su zapato, de matrimoniarse hubo con otra alta dama de Córte. Junto á ella, arrodillado hallábase frente al Ministro luterano, Biblia en mano, é iba ya entre dos latines, para que ménos entendieran, á bendecir unión, á su bendición anticipada, cuando el *whigs* Burke, su íntimo de calaveradas, apartando á la ex-doncella, ruborosa y velada, llegó á tiempo de pronunciar al oído ésta misteriosa palabrita, que dió al traste con todo.

—«¡Salve, oh! mi Rey ¡El padre de vuestra Magestad, acaba de ser declarado demente!»

De orgía en garito, y de una á otra locura, su vida no fué un ejemplo. Aunque de añeja ascendencia, desde cien años atrás, série de insanos, lunáticos y extravagantes, había ésta producido, cuyo *espécimen* fué ese Jorge III. Su hijito le iba en zaga.

En tronera poco escrupuloso, cansado de esperar corona que no llegaba, grande fué la emoción de tan inesperada noticia, y al salir precipitadamente, ni tiempo hubo de ofrecer al mensajero, como albricias, ocupara su puesto, llevándose la pálida belleza con todos sus adefesios. En la

interrumpida ceremonia prendió el largo velo de la casi desposada, la vela caída de su trémula mano, y azorado el percundante tomó el vuelo, llegando á Palacio antes que volviera de su largo desmayo la engañada beldad, de quien, no sabemos si todavía esperará arrodillada al real novio.

## II

No en aquella ocasión, pero sí más tarde, Príncipe tan tronera cual su padre, llegó á ser Rey como él, bajo el nombre de Jorge IV, y aunque en el andar del tiempo, por seguir la costumbre de sus abuelos se casó, no lo fué con la madre de su primogénito, más propiamente unigénito, si bien cuando llegó al trono, no debiendo dejar sangre real en el arroyo, trató de proteger indirectamente ese fruto de clandestinos amores, luego en la versátil Carolina no alcanzara á tener fruto de bendición.

Ello es que la ex-doncella abandonada, entregó á criar el niño á una familia, en la campaña de Dublin, cuya caritativa señora le cuidaba con verdadero amor maternal. El pobrecito, silencioso y entristecido desde su infancia, bueno, inteligente y dócil, crecía en nobles sentimientos, recordando despues, que allá, en las nebulosidades de la niñez, todos los años por Navidad, llegaba una hermosa señora, trayéndole juguetes, dulces y regalos, á la casita blanca donde se criaba, acariciándole con tanta vehemencia y extremos, y con cariños á los de ninguna otra parecidos.

Doce años tendría, cuando dejó de cruzar el canal esta bella aparición, y las tan esperadas visitas no llegaban ni por Páscua ó Navidad. Luego supo el niño que esa hada misteriosa que colmaba de manzanas y esterlinas sus bolsillos, había fallecido, y fué éste su primer pesar. No muchos años pasaron, sin que una noche de tormenta en el cielo, y también en el alma del jóven apesadumbrado, le llamara cerca de su lecho de muerte, esa otra

buena mujer que él creía verdadera madre, á quién como tal amaba, y de quién entre lágrimas oyó:

—«¡Voy á morir, y no quiero llevarme secreto al otro mundo. Yo no soy tu madre. Lo fué aquella cariñosa Señora de tus sueños infantiles, que si no bajaba por el caño de la estufa la Noche-Buena, para llenar de dulces tu zapatito, hasta su última Pascua vino siempre á estrecharte contra su seno maternal. Por más que te amo como á hijo, aquella buena señora de los regalos, que nunca te pudo abrazar sin lágrimas, y cuyas caricias encontrabas más dulces que todas, fué á quien debistes el sér. Toma esta caja de secreto, que para tí me confió, haciéndome prometer que sólo en mi último trance te revelára ésto. Muero con el sentimiento de dejarte tan jóven. La seriedad de tu carácter me abona que tu juventud no será borrascosa».

Higgens, el falsificado, á quién otro nombre correspondía, dobló la rodilla, besó á su madre adoptiva, y lloró para adentro, ese llanto más amargo, cuyas lágrimas no salen. Fué éste su segundo pesar. La caritativa mujer que tanto amaba, no había sido su madre; algo sospechaba yá, y el secretito póstumo revelába su procedencia, recomendándole reserva, que mal guardada, podía costarle la cabeza. Desde entonces cayó sobre su espíritu tan profunda tristeza, que fué extendiéndose como velo de melancolía sobre pálida cara tan séria, que nadie vió sonreir en toda la vida. Luego no faltaron comadres de barrio, (no sólo en tiempo de Shakespeare prosperaron) cuyas murmuraciones, *piano piano* al principio, y nó tan bajas después, llegaron al contristado joven. Empezó á atar cabos, comentando el secretito de la caja, las periódicas visitas de la aparecida, con algunas otras revelaciones á medias, escapadas en conversaciones de la nodriza sobre el orígen de niño, que á orgullo tenía haber amamantado, y su procedencia real quedó apénas velada....

## III

Triste y taciturno, aislado y abatido, bajo el triple sentimiento de la revelación sospechosa, de la madre abandonada, avivado con la muerte reciente, se decidió á dejar la Irlanda. Perplejo en sus cavilaciones, distanciado de la plebe por ingénita nobleza, y de los nobles por el descorazonado Príncipe, la Escuadra que en aquellos días zarpaba, determinó su alejamiento.

A tiempo que cruzaba las calles de Lóndres, acertó á pasar el tesoro arrebatado de las Cajas Reales en Buenos Aires, y esta casualidad, sin duda, atrájole á tan lejanas regiones como las del Río de la Plata. Pero como al acabar de contar en el Tesoro la última esfinge de Cárlos IV, de esa arrebatiña al descuido, llegára la noticia que, pasada la siesta, los hijos de la tierra habían despertado por sus derechos; á meterlos en vereda se embarcaba un gran ejército, en cuya nave Capitana consiguió deslizarse este descendiente de Reyes, que saliendo á correr tierras, quería probar fortuna, yá que fuera hasta entonces la suya tan ingrata.

Uno, dos, y tres emisarios le siguieron á bordo en empeño de que cambiar de rumbo, con promesas y ofrecimientos de cortesanos. No hubo forma de cejar su carácter inflexible; desechando todo, contestaba tener fuerza y voluntad bastante para abrirse lugar en el camino del honor y del trabajo, persistiendo en ir más lejos de los que le habían abandonado, cuando de más auxilio necesitó; y como sobre el Rey consideraba la Pátria, á defenderla iba hasta el fin del mundo.

Larga y penosa fué la travesía. Si nublado dejaba el cielo de su Patria, tormentoso era el mar sobre el que arribara á Montevideo la mañana del 3 de Febrero de 1807, contándose entre los asaltantes de la plaza, que por su brecha penetraron esa madrugada. Vária es la fortuna de las armas. En la del 5 de Julio del mismo año, herido y maltrecho se encontró sobre el pretil de la Iglesia de San Miguel, en ésta. Cuando al caer la

tarde, fría y lluviosa, caía también la bandera británica de esa torre, en que no llegó á flamear, al ser por ella cubierto, sus colores le avivaban recuerdos. La humilde casita blanca en la campaña de Dublin, aquellas tan efusivas caricias maternales, sin sospechar lo eran, de la blanca y rubia señora que tanto bien le hacía al estrecharlo en su corazón; la otra honrada mujer que le criára, y también el tétrico fantasma, ese Rey sin corona y sin corazón, que abandonára, entre otras muchas, á su pobre madre, como después por reales orgías á la veleidosa Carolina, ménos fiel que aquella: todas esas memorias de la infancia anublaban su última hora.

Aterido de frío y desangrando por más de una herida, entre el barro y la lluvia, largo tiempo se prolongó su desmayo. El Comandante del Batallón de Arribeños, Ocampo, le recojió llevándole al cantón más inmediato, antigua casa de Terrada. Al día siguiente, en tibia atmósfera semi-oscura, distinguía en la intermitencia de la fiebre, dos piadosas señoras que le cuidaban, haciendo el silencio al rededor de un confortable aposento. El bueno del inglés, que creíase achicharrado con el agua hirviendo arrojada por briosas defensoras, ó requemado en la helada de esa noche triste, se convenció de que en todas partes hay caridad! Cuando un mes después, completamente restablecido manifestára al dueño de casa le permitiera retirarse, y dejar de ser gravoso á quienes ya tantos beneficios debía, le contestó:

—Los ingleses se han ido de esta tierra. ¿A dónde vá usted? Es bien jóven, para no perderse en país desconocido. Quédese con nosotros, que como buenos cristianos, aquí no se malquiere á nadie.

—Si puedo ser útil en algo,—respondió el reflexivo inglesito, que por lo callado le llamaban las negras esclavas «el silencioso», con mucho gusto; pero como boca inútil, de manera alguna.

—Quede Vd.; le buscaremos trabajo; un hombre honrado nunca está demás en ninguna parte.

Y con estas y otras, y las niñas de la casa, á quienes empezó á instruir en el inglés y el piano, á la vez que

le instruían en el idioma del país y sus costumbres, fué aquerenciándose tanto á la tierra y á la familia, que miras iban de no salir de ella. Llevaba los libros, la correspondencia, y también cueros y lanas á Montevideo.

## IV

Años pasaron, creciendo en salud y robustez, cuando restablecida la paz entre los Príncipes cristianos, Casas inglesas empezaron á extender sus negocios en el Plata, antes que Don Juan Anna, Mac Dougall, Britain, Mac Craken, Shèridan, Bell y otros, llegaran con las primeras merinas. Habilitado y al corriente de los negocios, fué uno de los primeros que introdujo animales finos en el Estado Oriental, para el cruce y mejoramiento de razas en su cabaña, á inmediaciones de la Colonia. A la otra Banda se trasladó con la bella señorita de Gonzalez que desposara, y á poco andar, el inteligente criador extendía igualmente en otros Departamentos sus negocios, expidiendo lana por cuenta propia desde aquel puerto.

Lunático ó excéntrico, se apodaba al inglés que, de zapato con hebilla de plata sobre media de seda y calzón corto, vestido siempre de negro bajo ámplias alas de sombrero semi-cuákero, ensimismado y pensativo, cruzaba sobre jaca de raza, las cuchillas orientales, ó las de ciertas calles de la vieja ciudad en la Colonia del Sacramento.

En otra ocasión, uno de los Agentes de la Casa de Plomer, recorría esa campaña en busca de lanas finas. Llegó al puesto de un irlandés ovejero, quien le informó: «Por estos pagos no hay más Cabaña de finos que la del Príncipe, en aquel gran monte que se divisa, asomando allisito no más, trás la última lomada. La *Estancia del Príncipe Inglés* llaman, porque en realidad lo es. Nunca quiso aclarar nada al respeto, cuando se le ha interrogado. Yo lo sé, porque vinimos en un mismo barco, de nuestra tierra. A bordo le distinguían como persona muy principal, y antes y después de los ruidos de 1807, en que juntos caímos prisioneros, los Oficiales repetían que era Príncipe.»

Allí llegó el activo comisionista, y muy luego á casa de sus lindas hijas en la Colonia, que siguió frecuentando, yá no en busca de refinamientos lanares, sinó por cuenta propia. Resultado de tantas idas y venidas, entre dos tazas de thé inglés, pidió la mano, la más pulida mano de las que tocaban el piano en su sala.

Su casa era frecuentada por lo mejor y más culto que al Puerto arribaba. Desde el ex-Presidente Rivadavia, en su ostracismo voluntario, el General Paz en su forzado destierro, los Almirantes Brown y Greenfield, el General Garibaldi, Lavalleja primero, y Rivera después, todos los personajes de fuera ó dentro del país, pasantes ó estantes, formaban en su sala el *rende-vous* de más alta cultura.

De notar era la distinción y el respeto con que le trataban los marinos ingleses, contrastando la circunspección de su carácter en sus pocas palabras, con la alegría y bulliciosidad de sus hijas, á cual más bella. Larravide, Vidal, Estevez, Barros Pazos, Rivera Indarte, Enrique Lafuente, Berro, Ocampo, no fueron los únicos jóvenes que mariposearon al rededor de este verjel de rosas semibritánicas. A ese nido de bellezas, como llamaba el poeta Echeverría, llegó otro sobrino de su tío, Comandante de Arribeños, desposando luego la más gentil de las tres.

Modesto y bueno, servicial, recto, humanitario y de honradez á toda prueba, no fué extraño que más de una vez, por complacer al vecindario, se nombrara Alcalde á tan severo personaje, que por su gravedad y distinción, elejían sus convecinos como *hombre bueno*, y aunque de pocas, muy pocas palabras, satisfacían sus fallos equitativos. Así le denominaban el *Alcalde inglés*, y acaso por la rectitud de su justicia, mal queriente empezó á ser de los que á ella guardaban poco respeto.

Cierto día se presentó una partida de los Cerros de San Juan, y amarrado codo con codo llevó á otro de los pretendientes de las lindas rubias del inglés, nó por el delito de pretendiente, sinó por haber aconsejado á un vecino, reclamára por intermedio del Cónsul, indemni-

zación, al salvaje atropello del que la autoridad local le hiciera víctima.

Arreándole todos los caballos y carneando las más finas merinas, susto mayúsculo le pegó otra partida, de las muchas que campeaban por sus respetos en los alrededores del Establecimiento. Esta no pasó de susto; á la tercera fué la vencida, sin dejarle tiempo para asustarse.

## V

Una hermosa noche de luna llena, tan clara, como las que reflejan sobre amatistas, ónix y preciosas esfloresencias cristalizadas en los cerros orientales, desde temprano empezó á llenarse la casa del inglés bueno en la Colonia, de vecinas, amigas y conocidas. Su jóven hijo que tocaba admirablemente el piano, alcanzando al regreso de Lóndres á ser famoso Profesor, hacía gemir las notas más sentimentales en quejumbrosa armonía, y sus hermanas, adornados de flores sus elegantes peinados, contertuliaban con jóvenes, de los que, yendo ó viniendo de Buenos Aires ó Montevideo, concurrían á aquella modesta sala, mientras que hombres y señoras, y aún extraños ó alejadas, seguían entrando, asombradas unas, otros admirados, y silenciosas otras de velo negro sobre la cabeza.

—Vaya! No sabrán nada,—se repetían. Hasta el Señor Cura que poco frecuentaba al inglés raro, entró con grave y reservado continente á saludar la Señora.

Llena de luces y flores, mesas, consolas y rinconeras, con las ventanas abiertas por el calor, seguía el piano su prolongado lamento, resaltando la alegría en animada conversación, y las risas de damas y caballeros.

Al pasar la ronda como todas las noches, conduciendo la llave del Portón de la Ciudad amurallada, escapóse una voz: «¡Pobre el inglés!» y cuando yá tarde, recojida en el silencio de las altas horas de la noche, la anciana señora, cabeceando quedára trás la ventana entreabierta, rezando su rosario de costumbre en el rincón más oscuro, llegó á

oir á la más pizcueta de las Muzleras, terminación de una frase en cuchicheo:

—No sabrán nada! Más vale así. Siempre hay tiempo para llorar. Una noche ménos de sufrimiento, es una ménos.

Entonces la devota Señora lloró sin saber por qué. Asomaba como el vago presentimiento de la desgracia, y empezó á cavilar. ¿Qué significaría esa inusitada concurrencia. Personas que hasta sin relación llegarán, atraídas por caritativa compasión, con propósito de consolar á las que nada sabían de qué desconsolarse, y á quienes suponiendo llorando, encontraban riendo. Alguna baja frase, cortada de pronto, al acercarse en alelado corrillo, comentando la desgracia del día, y el no haber recibido carta de su marido en toda la semana, detuvo de pronto su pensamiento, sintiendo como un golpe, ante sospechosa expresión reveladora. Agregó á los de costumbre de su largo rosario, un Padre Nuestro y una Ave María por la salud y bienestar del ausente, que se desvelaba, trabajando en las rudas faenas de la Estancia, para que nada faltara á sus numerosas hijas.

¡Y qué triste fué el despertar de aquella larga noche de insomnio, en que no pudo pegar los ojos, recojida bajo melancólica impresión! Todo el mundo lo sabía, ménos la familia; por más que malas nuevas vuelan, los más allegados lo ignoraban. Con el amanecer fué la revelación!

La más linda de sus hijas, Josefa, había ido á misa muy temprano, por ser domingo. Curioso mujererío se atropellaba. Habían traido un muerto á la Iglesia. Llega á la Sacristía, y allí encuentra extendido sobre la alfombra á su padre, con una puñalada en el pecho.

Entonces sí, el llanto desesperado de todas las niñas, tan contentas la noche anterior, atrajo transeuntes, vecinas, y aún indiferentes.

Una partida de Oribe había cercado la Estancia del *inglés lunático*, como aquel le denominára por la poca ayuda que daba á sus secuaces. Entrada ya la noche, ladraron los perros, oyó ruido de sables y espuelas; estaba comiendo; se levantó con la servilleta y el pan en la mano. Toda la peonada andaba por el monte.

—Ave María! Ave María Purísima!—gritó una voz entre las sombras.—¿No hay gente en la casa?

—Adelante, amigos!—contestó el patron, acallando los perros desde el corredor—A buen tiempo llegan! Bájense! ¿Quieren comer?

El gaucho inmediato nada respondió, pero el más viejo, dijo al de atrás:

—Velay! Carambal Nos ofrece pan, el que venimos á matar. El Sargento agregó:

—¿Vd. es el patrón inglés?

—Yó soy; ¿qué se les ofrece?

Y no bien había contestado, cuando yá apeado el de alma más atravesada, dándole la zancadilla, trató de degollarlo de un golpe. Atajado le hundió el puñal en el pecho.

Bárbaros! Era inglés, rico, decente, educado, nada politiquero, aconsejaba la justicia, por entónces deidad desconocida en ambas orillas del Plata, sospechado de *salvaje unitario*, delito bastante era para ser, en tal forma sacrificado!

## VI

Cuando poco antes remontó el primer Vapor las aguas del Paraná, haciendo escala con todos los buques de la Escuadra anglo-francesa en el Puerto de la Colonia, dió el Contra-Almirante inglés, en la nave Capitana, un baile á la familia de este ilustre británico. Ante él, todos los Oficiales se descubrían con respeto, pues que para ellos no era un misterio que por las venas de aquel esbelto rubio hijo de Albión, corría sangre real. Pero él, orgulloso de estirpe, jamás se descubrió ante un Oficial francés.

Pacífico, de pocas palabras, laborioso y hombre de bien á carta cabal, era este fruto de amores clandestinos, sin los vicios del padre, á quien por dos veces el Estado tuvo que pagar sus deudas de juego y disipación. Antes y después de subir al trono, sembró el mal ejemplo de sus escándalos, pasando todo el reinado en contiendas bochornosas con su real consorte, en las que el Gobierno

y Parlamento tuvieron que intervenir, sin haber adelantado un paso el Reino por su acción,antítesis fué del hijo, que no llegó á reconocer, que si en su conducta no se le parecía, sí en su aire y semejanza.

Niño, amó á su madre, quien no cubriera su falta con un crímen; joven, dió su sangre por su Patria, como no lo hicieran su padre ni su abuelo, de bochornoso recuerdo; hombre yá, con su industria y perseverancia, introdujo el refinamiento de una raza que hoy hace la riqueza del Estado Oriental; dejando numerosa prole, orígen de otros tantos hogares honrados en una y otra ribera del Plata. Como hombre de bien, amó la justicia, y por su defensa sucumbió.

Cuando la nobleza está en el corazón más que en la sangre, Príncipes y Condesas, aún arrollando pergaminos de abolengo pueden ser ejemplos de labor y honorabilidad, en todas las circunstancias de la vida, como sobre cualquier zona de la tierra!

# El que arrebató la bandera

## I

El General Belgrano, más hábil político que militar, tuvo el dón de atraer mayores simpatías á la causa de la Independencia, con su palabra y su ejemplo, que con su espada.

Yá al regreso del Paraguay venía derramando buena semilla á lo largo del camino, si bien caídas en terreno poco propicio para la libertad, que más lozanos retoñaron allí, posteriormente, los arbustos de Francia, López y el último tirano. La propaganda esa, resultado semejante dió al de las invasiones inglesas, que, si rechazaron la conquista los hijos de la tierra, no hicieron oídos de mercader á sus alhagadoras advertencias: «Yá ustedes son grandecitos, y á los trescientos años, no deben estar esperando les llegue desde dos mil leguas distante, hasta Alcalde. En todo caso, entre seguir siendo Colonos de la última Nación, ó de la primera del mundo, prefieran coleccionar libras inglesas.»

Todavía hay quien piensa hicieron mal en no aceptar consejos tales, pero nuestros buenos padres, siguiendo sus nobles aspiraciones, presintieron algo mejor, y se hicieron independientes. Desde que salió Belgrano de

Buenos Aires, prolijo agricultor, continuó la sementera. En el Rosario, inauguraba la bandera Nacional, distinguiendo en esa solemnidad al santafecino Maciel, que izó la primera bandera. En Córdoba, predicó la Revolución, atrayéndose la juventud más entusiasta, y militares, sacerdotes, doctores y hacendados, coadyuvaron con gusto, siguiéndole entre otros vecinos el Señor Don Mariano Benitez, acaudalado comerciante de aquella plaza. En Santiago, como en Salta, sedujo con sus caudillos locales todo el gauchaje, como en Tucumán no fué Helguera, su Ayudante predilecto, el único de la dorada juventud que le acompañó hasta el último.

De Benitez, ejemplo digno de recuerdo, recibió en Córdoba, trescientas onzas; en Santiago, numerosa mulada; en Tucuman, dentro de ordinario pañuelo de yerbas, (no quedaba otro), atadito que vale lo que pesa, nó solo por contener todas las alhajas de su mujer, sinó por la abnegación con que arrancaba ella, las últimas *arancadas* de sus orejas, predestinadas á oir luego tantas cosas malas, celos, envidias, despecho, emulaciones y calumnias, y hasta chismes de viejas vecinas, en que tan entusiasta patriota, su honrado marido, tildado fuera de felón.

Pero ¡cómo ha de ser! Tal es el pago de la ingrata humanidad. Hacer bien para sólo recojer ingratitudes. ¡Cuán cierto que todo el que se mete á Redentor, sale crucificado! Qué extraño aconteciera igual al Ayudante, si su mismo General Belgrano, murió en la ingratitud de sus conciudadanos!

Sucedió, que, cuando llegáron á Salta, habiendo Benitez ofrecido á la Patria, su dinero, haciendas y alhajas, no teniendo más que dar, se dió á sí mismo, como un esclavo y su persona para todo servicio. A ese negro Perico, su último siervo, la casualidad le convirtió en su salvador.

Conociendo como pocos todas las entradas y salidas, cuestas y serranías de Salta y Tucumán, caminito al Alto Perú, por sendas desconocidas guió al Ejército de Belgrano, entre desfiladeros tan inaccesibles, que cuando

Tristán vió descolgándose la tropas argentinas á su retarguardia, exclamó admirado:

—Preciso es sean águilas, para desfilar por tales cerros.

Y águilas había en el ejército de los patriotas, por la majestad de su vuelo y lo escudriñador de su mirada, cual comprobó serlo ese mismo Señor Benitez.

## II

A eso de las dos de la tarde, el 20 de Febrero de 1813, Benitez que hacía veces de Ayudante del Cuartel General, en el crítico momento de la batalla indecisa, se aproximó á Belgrano, advirtiéndole en voz baja que parecía flaquear el ala derecha.

—Vaya Vd. á todo galope, y trasmita mi órden al Comandante de ese Batallón, que cargue inmediatamente. Si trepida, péguele un tiro y haga cargar Vd.

No poco trabajo costó dar con el susodicho Comandante, que se mostró indeciso, hasta que repetida la órden con mas energía, poniéndose al lado del medroso Jefe de tan valientes soldados, le acompañó á iniciar la carga, que si no llegó á cruzar bayonetas, fué porque, desconcertado el Batallón enemigo, dió vuelta caras. Entónces Benitez, mejor montado, logró en su avance, arrebatar la Bandera del «Batallón Cuzco».

Con ella desplegada, regresaba al galope hácia el Batallón del que se había adelantado, y fuera por pique del Comandante, obligado á cargar, ó que realmente entre el acre humo de la pólvora y la polvareda de los que corrían, le desconocieran, fué recibido á palos y cintarazos, tomándole por abanderado enemigo. Hubiera pasado de mediana paliza, por equivocación, á no ser el leal esclavo. Después de ayudarlo á islar, cortando el porta-banderas, rezagado por el propio peso de su bandera, prendiéndose á la cola del caballo de su amo, regresaba gritando en su media voz de negro bozal:

—Si es mi amo! No le peguen. Es mi amito, que ha tomado la bandera de los chapetones,—y gritaba apartan-

do las culatas de unos, fusiles y bayonetas de otros, y poniéndose por primera vez delante de su amo, si no evitó caer herido sobre el caballo muerto á sablazos, consiguió salvar al ciudadano que arrebató la primera bandera.

Yá el 12 de Agosto de 1806, el Comandante Pueyrredon, á la cabeza de los Húsares, había arrancado la bandera inglesa, como luego sobre el campo de San Lorenzo, el teniente Buchardo la española. Eran gentes del oficio, que oficio es de bravos argentinos aprisionar banderas, sin dejar cautiva la propia; más, éste comerciante cuya habitud fué espedir muladas á Sumalao ú Potosí, demostró en su heróica abnegación, cómo no es incompatible á un corazón bien puesto, pesar barras de plata é improvisarse soldado, y soldado heróico segun las circunstancias.

.....

Medio siglo después, otro vecino de la ciudad de Corrientes, el Doctor Don Félix Amadeo Benitez, guiando por cuestas desconocidas la División al mando del General Paunero, enseñó el camino de la victoria trepando á la *Batería del Naranjito*, del otro lado del Arroyo, sobre el Puerto, y avanzando intrépido, tomó la primera bandera paraguaya al lado del Mayor Sagari, al caer éste muerto en el Cuartel de la Batería, contiguo á la primera ventana por donde penetraron Charlone, el Capitán Martin García, Saenz y otros.

Este bravo vecino de la Ciudad de Corrientes, que en el desembarco de las tropas argentinas el 25 de Mayo de 1865, guió las primeras guerrillas por cuestas, barrancas y subidas, solo por él conocidas, salvando á numerosas familias de la ciudad en la noche aciaga, mereció especial recomendación en el parte de la batalla. Notable coincidencia de intrepidez distinguió á dos abnegados ciudadanos del mismo nombre, á tan larga distancia de tiempo y lugar.

No fué la única recompensa que Don Mariano Benitez, hijo de Córdoba y avecindado en Salta, recibiera por su heróica acción. Si nadie puso en duda ésta, y Belgrano lo recomendó á la consideración pública, si

él nada pidió, creyendo sólo haber cumplido un deber al dar cuanto tenía á la Pátria, los que luego la dirijieron, estrecháronla de tal modo en sus mezquinas ambiciones, que casi le dejaron sin ninguna. Nacido en Córdoba, los cordobeses lo malquerían, por haberse trasladado á Salta, y los salteños tildábanle extranjero, en estrecha política de barrio. Y hasta en ello, resalta igual coincidencia en ambos Benitez. Sin ser militares, tomando banderas, pues también al Doctor Benitez, hijo de Entre Rios, llegó á llamársele extranjero en Corrientes. Habían pasado los tiempos de la *Pátria grande*, y los politicastros de nuevo cuño, no se convencían que los nacidos en Córdoba, Salta, Entre Rios y Corrientes, tenían por Pátria, la de todos los argentinos.

## III

En la época en que cada caudillo de provincia se creía soberano y absoluto dueño de casa, Güemes empezó á perseguir con ahinco á los que en su Provincia no eran sus comprovincianos, y poniendo en práctica la máxima: «el que no es mi amigo es mi enemigo», emprendióla vivamente contra el cordobés Benitez, declarando que: «no contentos con tener el pandero en su tierra, por toda endija pretendían introducir baza los cordobeses, sempiternos ergotistas, cucharitas de botica, que en todas partes se meten.» Cuando encarceló á unos y persiguió á todos los que á su estrecha política se oponían, sacrificó á Benitez, creyendo cortar de raíz la oposición, cortando su cabeza.

Así en una ocasión, salía de la Ciudad de Salta, escoltado por cuatro tiradores, y al cruzar el campo de *la Cruz*, iluminado por la luna llena que asomaba trás el Castañar, dijo Benitez al Oficial conductor de la partida:

—Como no sé donde me llevan, permítame echar pié á tierra, y hacer mi último rezo ante esta cruz, cuyo letrero: «Aquí yacen vencidos y vencedores», me trae á la memoria que aquí mismo quité la primera bandera á los españoles, cuyas tropas todavía nos rodean. Al poco

rato de persignarse se levantó á besar la cruz negra. En el mismo sitio se conserva hoy sobre blanco basamento, otra, en sustitución de la que plantada por Belgrano, arrancó Tristan. Saltó luego en su mula, agregando al Oficial que le conducía:

—Sigamos, aunque no sé adonde.

—Hasta la eternidad, patroncito, según la órden que dió el General, de pegarle cuatro tiritos, para que no siga embrollando la lista.

Al Señor Benitez, que de valiente tenía yá dado pruebas, no acoquinó la frescura del Oficial, hablándole al lado en voz baja:

—Hombre! Siquiera me hubiera dicho esto antes, para arreglar mi mujer y mis cosas. Tengo familia, intereses, y al fin, siempre he servido de algo más que taco de cañón, para que se me despache así, por la posta, con cuatro.

—Con ninguno es la intención de despenarlo, pues mi Comandante repitió: «En cuanto al Jefe de la revuelta, que lo lleven al desfiladero de los ladrones, y le peguen una puñalada. Que lo lleven esta noche, así mañana amanecerá como asesinado por salteadores.»

—No está muy limpio eso, pero como al fin de alguna enfermedad se muere, sea mal de bala, ó mal de médicos, yá entregué mi vida á la Pátria, cuando me dí á su servicio. Más tarde sabrán quién ha servido mejor, cada uno en su esfera.

Y acaso quebrantado el Oficial, por más inquebrantable elegido, como verdadero valiente, no gustaba mucho de comisiones semejantes. Cuando rezando hincado al pié de la cruz, vaciló si debiera despacharlo, tocado por aquella invocación: «Yó tomé aquí la primera bandera al enemigo», medio ganado iba yá, y en voz baja seguíale repitiendo, al avanzar paso á paso, apartándose de los soldados:

—Mire, Señor: como Oficial de confianza me han elegido para esta fea comisión, pero yó que no he tenido asco en matar más de un maturrango en campo leal, nunca he muerto á un hombre desarmado. Yo le conozco á Vd. y entre los Oficiales, muchos le tienen por hombre guapo.

Le ví la noche de la batalla aquella, cuando entró á la Iglesia y arreó con todos los flojonazos que se habían refugiado, y con la furibunda Goda que echaba sapos y culebras desde el púlpito, animando á los chapetones, que no se animaban. No sé cómo componérmelas, porque al fin me vá la cabeza, y no es lo mismo morir peleando, que matar sus propios paisanos.

—A mí no me importa tanto morir, si no pensára quién vá á dar vuelta á mi mujer y mis negocios, desarreglados. Pobres mis hijos, todos tan chicos!

—Eso es lo de ménos. A la patrona no le ha de faltar quién la dé vuelta. En cuanto á sus cosas, sus bienes, yá los arreglarán quiénes se apropien. Pero no es eso... Esto de matar un hombre guapo, un hombre indefenso, me revuelve las entrañas. Mire Señor, usted tiene fama de corajudo, y por eso lo han de haber puesto primerizo en la revuelta contra mi General, para que pudiera cortar la soga si quedaba colgando. Le propongo una cosa. Voy hacer apartar un poco los milicos, y muerte por muerte, vamos á pelear en una de estas encrucijadas. Yó le doy la espada que traigo entre las caronas, y desenvaino el alfiler éste, más corto. Si tiene la suerte de achurarme, salte en mi propio caballo, y escape; si nó, de todos modos morir peleando es mejor.

—Me conmueve su oferta; pero yó no tengo por qué comprometerle, y ménos por qué matarlo. De todas veras le agradezco su buena voluntad. Cumpla no más la órden que trae. Si vé alguna vez á mi mujercita, se la recomiendo muy mucho. Entréguele este reloj, y dígale que mi último pensamiento ha sido para ella; que cuide nuestros hijitos!

—Caramba! Yo también tengo hijos. Mire, vamos á hacer otra cosa. Vd. es conocido en todas partes. En la primer *Pascana* que lleguemos, vea de repartirles *chicha brava* á los milicos, y cuando los note medio almareados, salte el caballo del Sargento, que viene mejor montado, y rumbée para dónde le parezca. Después, si me penan por el descuido, veremos cómo salir del paso.

.....

Y así sucedió, pero con tan poca suerte para el fugitivo, que huyendo de los paisanos que le llevaban á fusilar, tropezó con la vanguardia enemiga que lo puso en Capilla para lo mismo. Conocedor de todos los caminos, tomó el ménos frecuentado, en escape que, no podía ir atrás sin encontrarse con partidas de Güemes, y tampoco para adelante, pues todavía merodeaban avanzadas de los españoles.

## IV

Galopando Benitez campo afuera, sobre el caballo cuyo dueño dormía la tranca, creyó asegurar mejor su evasión, alejándose de todo camino frecuentado, y vaqueanazo de cuantos á muchas leguas á la redonda había, se dirigió al que en otra ocasión, por ménos conocido, eligiera para conducir el ejército de Belgrano á la victoria. Cerca del General Tristán se hallaba *Barbarucho*, cuando al descubrir con su anteojo, descolgándose de sierra inaccesible los soldados de la Pátria, le hiciera exclamar: «Es preciso sean águilas para haber trepado tan alto.»

Y fué por esta empinada sierra sin camino, que venía bajando la misma noche oscura, que iba subiendo el fugitivo. Al ser tomado éste por los *vichadores:* ¡Perra suerte la mía!—exclamó el *Doctor Banderita*, como le apodaba el *Capitán de papel*, y algunos otros de sus colegas, que de lo mismo parecían en lo endebles y cuerpeadores, que no llegaron á tomar ninguna, ni siquiera las rezagadas en el Parque.—De Caribdis á Scilla! Escapo de las garras de mis paisanos, para caer en la de sus enemigos,—se decía, mientras amarrado codo con codo, en ancas del Sargento de la partida, se le conducía á presencia del Comandante *Barbarucho*.

—Aquí le manda mi Teniente, dijo el conductor, el primer bombero que ha caído. Dice que no lo ha despachado, por no hacer ruido que ahuyentara alguna partida que ha de andar merodeando por estas breñas.

—Bueno, pero éste no hace ruido. Tome mi facón, y degüéllelo,—contestó el Jefe.—¿Cómo dice que se llama el insurgente?

—Mariano Benitez,—contestó con varonil entereza el bravo argentino, dos veces en una misma noche condenado á muerte.

—Ah! Es Don Benito, el de la tienda en la Plaza? Espere, á ver qué noticias trae.

Y haciéndole desatar, le dijo:

—Venga, amigo, vamos á hablar un poco, antes de seguir el viaje largo.

—Como disponga, Comandante. No es la primera vez que he visto la muerte. Ella y yó nos conocemos de vista.

*Barbarucho*, que á parte de las barbaridades que tal nombre le atrajeron, era sin disputa un valiente, y conocía el renombre de tal, en el que interrogaba, habiéndole visto alguna de las nueve veces que, entrada por salida, llegaron las tropas españolas á la ciudad de Salta, empezó á preguntarle donde acampaba Güemes, si andaba con mucha gente, si había triunfado la revolución que sonaba para derrocarlo, y en fin, cuántas ulterioridades convenía saber para asegurar mejor el golpe.

—Es en vano siga preguntando,—contestó.—No me llamo felón, y antes de ser adversario de Güemes, opositor á sus arbitrariedades y atropellos, soy argentino. Junto ó separado con Güemistas, como todos los hijos de la tierra, he peleado contra los que pretenden arrebatarnos nuestra independencia. Puedo ser adversario político de Güemes, pero nunca se hará de mí su espía y delator. Así que, degollado ó fusilado, abrevie esperas. En mi raza no hubo nunca un traidor.

Yá por que estaba en *chicha, medio tiemplao*, ó que el bárbaro, rasgos tenía en que no lo era: «Me gusta el mozo!—exclamó—y háganmele á un ladito, que para matarlo hay tiempo. Déle el caballo más flaco, y entréguenlo al cuidado de mi asistente. El me responde de este hombre, si se escapa.

Y al lado del Jefe siguió bajando la cuesta que tan penosamente fuera subiendo. Sea que el valor contagia,

y la altivez siempre impone á los más valientes, ó porque reconocido adversario de Güemes, creyera atraerle, ello es, que contra su costumbre, léjos de ultimarlo, le trataba con cierto respeto la escolta de *Barbarucho;* que siempre la educación y la entereza se imponen. Estas apariencias, dieron cierto colorido á imputaciones, que luego se desvanecieron.

## V

La partida de godos entró sin sentir á la Ciudad de Salta. Güemes, sorprendido en casa de su hermana, apenas tuvo tiempo de saltar su magnífico *ruano,* y á uña de buen caballo, galopó hasta el bosque inmediato, no sin haber sido alcanzado por balas de los asaltantes. Rodeado de sus fieles, espiró á los pocos días, dentro del vecino monte. La partida de *Barbarucho,* emboscada en el *San Bernardo,* se retiró por el Castañar, lamentando el fracaso de la sorpresa, sin saber quedaba mortalmente herido el caudillo patriota. Pero cuando al General enemigo llegó la noticia, le recordó Benitez, que seguía preso, cómo había sido tratado el mismo Tristan, hospedado en la Plaza, frente á su casa, y distinguido por Belgrano á punto de disgustar á sus acompañantes, cuando al salir del *Te-Deum* entró á saludar á su condiscípulo prisionero, *Barbarucho* humanizado, y á ruego de otro Oficial español, (también condiscípulo de Güemes en España), y testigo de su denuedo, luchando juntos contra los ingleses en las calles de Buenos Aires, pidió y obtuvo, se le mandára su Médico al General enemigo que agonizaba en el monte.

.....

Con ménos apariencias se hizo un traidor; repitiéndose que, fracasada la conjuración contra el célebre caudillo, fué Benitez á delatar su situación, para volver guiando al enemigo.

Cuántas veces las apariencias acusan! Aquella fiel esposa que desafió la maledicencia contra su honra,

por salvar al marido; Alvarez Campana muriendo de pena el día del desagravio á su honor ultrajado; el otro empleado del Banco, muerto en su destitución, antes que los cien mil pesos extraviados reaparecieran en el fondo de una Caja; como otras víctimas de la calumnia, recordadas en anteriores tradiciones, no són las únicas que comprueban, una vez y ciento, cuántas otras las apariencias acusan!

Su vida entera justifica la honorabilidad de este digno ciudadano. El Gobierno le reconoció dineros que para auxilios de la Pátria había adelantadó. Sus convecinos, sin ser salteño, llegaron más tarde á nombrarle Gobernador de Salta. Entre los hijos de esta Provincia en que se avecindó, le llenaron de consideraciones; pero á pesar de su vida ejemplar, de su abnegación y desprendimiento, de sus servicios de toda clase, primó por algún tiempo la calumnia de los íntimos del infortunado caudillo, que el aplauso y la gratitud al primer ciudadano que arrebató una bandera.

Calumnia! Calumnia! Que siempre de la calumnia algo queda!—repetía Maquiavelo.

# Suicidio-manía

## I

Por ráfagas suelen recrudecer los suicidios entre nosotros, aumentándose en la época de calores y crisis comerciales ó políticas.

En cierta ocasión, un muy mi amigo, perseguido por adversa fortuna, llegó á decirnos: «Cansado de sufrir, estoy desesperado. Tengo ganas de pegarme un tiro. No hay negocio que me salga bien. Mis amigos han desaparecido desde el día de mi pérdida en la Bolsa. Mi querida, la mujer que quise con alma y vida, casi hasta el crímen, me abandonó. Sin nadie con quién compartir las amarguras de la vida, á nadie hago falta. No se me echará de ménos en el mundo. Mejor es concluir de una vez y no acabar lentamente. Todavía me resta un revólver que nunca marró.

—Amigo mío, le contestamos, la mayor desgracia, sobre todas, es no creer en nada, ni en nadie. Pero aún así, es tan breve el camino de la cuna á la tumba, que no vale la pena de dar el menor paso por aproximar lo único irremisible.

Otra mañana, oimos una detonación cerca de nuestro

Estudio, y corriendo á la casa contigua, presenciamos escena que jamás se nos borrará. En su ámplio lecho, un honrado comerciante, lleno de salud hasta un minuto antes, presentaba el rostro atravesado por dos balas, del revólver que todavía empuñaba su crispada mano; hallándose además, un cordel en el cuello, cerca la navaja de barba, y un frasco de arsénico á medio consumir. Rodeábanle media docena de niñitos, gateando la menorcita por subirse hasta los restos inanimados, preguntando toda llorosa al padre enmudecido por una eternidad:

—Papá! Papá! Qué tienes? Qué te pasa? No quieres contestar á tu hijita querida? — Difícil nos fué separar, toda llorosa, la bien amada de su corazón, la última hija que seguía lloriqueando.

—Papá! Qué tienes? Qué te duele? Por qué no hablas?

Pudo hablar el papel que leímos sobre el velador: «Señor Comisario: á nadie se culpe de mi muerte. Dejo á mis hijos cinco millones de pesos. No se dirá que me ha acobardado el trabajo».

Comprobando ley de atavismo, recordamos otro caso en familia, que, cada generación cuenta un suicidio, cuando nó dos. El señor Ica, rico comerciante de esta plaza, repetía que no creía en quiebras casuales, pues todo comerciante honrado, tiene como comprobar al día el verdadero estado de su Casa y de su Caja. Que toda quiebra es más ó menos fraudulenta.

Exijido por la ampliación de su giro, y confiando en la honorabilidad de sus empleados, fué, estuvo y vino á Chile. Por entonces, los pocos buques á vela que de Valparaiso á Buenos Aires venían, cuando no quedaban en el camino, retardaban mucho. Permaneció ausente largos meses, y como se le ocultaba el mal rumbo de sus negocios, que no solo entre hacendados el ojo del amo engorda al buey, cuando bajó en el desembarcadero, sorprendieron al Señor Ica las noticias que en su media lengua, daba el hijito enviado á recibirle.

—Papá! papá! Ya no somos ricos. Estamos pobres; no ha quedado ni una alfombra en casa; se llevaron cuanto dejaste.

—Qué dice este niño?—respondió. Y al sirviente se le trababa la lengua.—Qué dices, hijito? Y tu mamá?

—Mamá está buena, pero siempre triste y suspirando.

Y sin preguntar más, seguía silencioso y cavilando el honrado comerciante con el hijito de la mano, hasta entrar en su casa, la misma que acaba de desocupar «La Prensa». Acentuando sus desconfianzas al encontrar todo desmantelado, su mujer deshecha en lágrimas, refirió la quiebra, el embargo, el remate de aquella lujosa mansión de otro tiempo, apenas yá con cuatro sillas

Ningún pormenor ó detalle averiguó. Todo le era revelado, al buen padre, por lo que á la vista tenía. El robo del Cajero en quién confiaba, había originado la ruína. Recordaba el principio tantas veces por él repetido, que un comerciante honrado no puede quebrar. La aflijida esposa, ni se alejaba un momento de su atribulado compañero. Perdido éste el apetito y la palabra, consumíase en el más absoluto mutismo, triste y macilento, permaneciendo en el rincón de su escritorio.

Y siete días no pasaron al que con tanta efusión abrazara á los suyos, sin que en las primeras horas de nublada mañana, al oir una detonación, la esposa saltando del lecho, le encontrara caído sobre la mesa en que tantas letras, giros, cheques y pagarés había firmado por millones, para proveer los Ejércitos de la Pátria, y aún para obsequiar sus numerosos amigos, de los que solo uno acudió en la hora de su infortunio. Todo se lo llevara la quiebra, pero como cachivache inservible, arrumbada había quedado una vieja escopeta que, aún enmohecida, tocando el pié su gatillo, no faltó el tiro, que le abriera la garganta y la entrada al otro mundo.

.....

Uno, dos y tres miembros inmediatos de este reputado comerciante, acabaron por suicidios en la misma forma. Todavía el Doctor Blancas menciona, que uno de ellos le legó su cadáver para que buscára la bala de su primera tentativa, en que reincidió.

Siguiendo esta misma predisposición atávica, recordamos igualmente, que á la reprensión que recibió el jóven Checo por el mal resultado de la cosecha, en

Chacras de trigo, regresando á la Estancia se colgó del corredor, cuyas columnas todavía conservan grabados los nombres de las más reputadas artistas y *primos-donos*, leyéndose el de Merea y Nina (1850).

Siguióle en el camino del suicidio, su hermano menor, en la sospecha de que le hubieran robado su único hijo, y poco después, otro sobrino de éste. El día que esto escribimos, anuncia La Prensa el quinto suicidio, en descendientes de la misma familia. Contraste resaltante fué también el de uno de los jóvenes periodistas que con mayor entusiasmo coadyuvaba á la propaganda contra la suicidiomanía, escudriñando sus causas y buscando su remedio, cuando propusimos «la conspiración del silencio» al rededor del suicida, quíen en la derrota de la batalla inmediata, al caer prisionero, se suicidó!

## II

En época de verano, de alcoholismo, ó bancarrota, a la publicación de un suicidio, se han seguido dos ó tres inmediatos. No há mucho, un tercer amigo nos condolía con sus desgracias, agigantadas por su imaginación, pues todavía una gota de amor embellecía sus largas soledades.

Era en época que la suicidiomanía acrecentaba sus prosélites, y al ocultarle de sobre su velador el *Wherter* de Goethe, que tantas víctimas ha producido, nos dijo: «Es inútil la tal conspiración del silencio, al rededor de la víctima, y todos los remedios que se proponen. Está de Dios que el suicida nace con su manía, y cuando la fortuna es adversa, no hay Dios que la levante. Si eres realmente mi amigo, hé aquí mis disposiciones: confío á tu amistad de tantos años su cumplimiento. He dicho á mi hijito que voy á hacer un viaje; le llevarás á tu Quinta los primeros días; después ahí queda dinero bastante, y te pido le mandes al Colegio de los Jesuitas en Guipuzcoa, confiándolo al Padre Coloma, de cuya moralidad estoy persuadido. No aprecio á los Jesuitas como Compañía, pero como educacionistas, creo no tienen rival.

Los libros que he leído de este Padre de la propaganda, abonan su experiencia.»

Cansado toda la noche en infructuosa discusión, por persuadirle que todavía le quedaban deberes que cumplir, compendiamos:

—Bien, pues que no puedo convencerte que el hombre es el único animal que se mata, te pido el postrer favor. No te suicides en todo el día de mañana. Vás á hacer una última obra buena, llevándole limosna y consuelos á una pobre viejecita en la miseria, que mantiene á media docena de nietos, de la hija que consumió la tísis y la máquina de coser. Vive trás la Iglesia de los Pasionistas. El padre de esos niños murió de insolación jugando á la pelota en verano, (plaza Eúskara.) El Superior de la Iglesia frente á ésta, te acompañará á visitar su protegida.

Arreglamos en su ausencia, fuera el niño esa noche á la cama más pronto, para que se levantara temprano, aleccionándole cómo despediría al papá que iba de viaje. Aunque Jorge dudaba, si era bueno ó malo lo que estaba dispuesto á consumar, alguna vaga idea religiosa restaba en él; y algo de aquellos santos principios que una buena madre cristiana inculca en la primera infancia, y que nunca se borran del todo. Confesaba era lo único que sentía separarse de ese querido niño sin madre, pero en conciencia creía chancelar cuentas, dejándole medios de subsistencia. Quería á tan excéntrico amigo, y temblando por la última prueba, le pedí viniera á dormir por última vez en el dormitorio contiguo al de su hijito, y que, si insistiendo en su maldita idea, le encontraba cadáver al día siguiente, yá iría munido de certificado de defunción por cualquiera enfermedad, para encubrir las formas, y evitar que una mala sombra persiguiera á su hijito que tanto amaba, señalándose el *hijo del suicida*.

Lo prometió, y en la última esperanza, aprovechada su ausencia para colocar al lado de su lecho la pequeña camita del niño, entre la de su padre y el velador donde guardaba el revólver, se le recordó que el papá iba á partir para un viaje largo, muy lejano, que insistiera le llevase.

## III

En esta tierra, abiertas todas las puertas del trabajo, que no existe verdadero pauperismo, donde nadie se muere de hambre, raro, rarísimo es el caso en que la miseria ponga punto final á la vida. No obstante, hasta seis suicidios en un día sólo, se contaron en el de mayor calor del presente año en la ciudad. Escaso es en el resto de la República, y sobre todo en la campaña, este engendro de la civilización, resultado la mayoría de casos, de perturbación mental.

Los hombres, y entre ellos los célibes, dán mayor número de suicidas, siendo el arma de fuego, la que más se prefiere en ese rapto de desesperación.

En época donde todos quieren aparecer, lucir y descollar, al par del rico, el que no lo es, el delirio de las riquezas, de las grandezas, de mando ó superioridad; la vanidad, el orgullo, la ambición, todas las pasiones que deslumbran y enagenan, aumentan los desertores de la vida, cuya enfermedad recrudece, como en toda epidemia, durante el estío abrasador. El que ha perdido en su giro, en la Bolsa, ó el juego; disgustos domésticos, amores desgraciados, pasiones contrariadas, la perra suerte, la ostentación, el falso honor, toda esa efervescencia de la soberbia, que atrae la perturbación antedicha, es lo que produce mayor número de suicidios.

Un caudillo de barrio vé truncados sus planes por los mismos de quiénes más cooperación esperaba, y el fracaso de la ambición, arma su propio brazo con el revólver homicida. Otro jóven rico, ha saboreado á los veinte años todos los goces de la vida; agostado en su aurora, hastiado, se precipita de la azotea. Desairado en sus amores, otro se envenena, y á cuántas ¡ay! mujeres engañadas, los fósforos sobre el velador abrevian sus días.

.....

Grande fué la admiración, cuando penetrando al venir el día en el dormitorio del amigo, lo encontré llorando con su hijo en brazos, en animada charla.

—Papá, papá! no te vayas. No me dejes solito. Soy

tan chico... La sirvienta me vá á pegar. Yo no quiero que te vayas. Si no puedes quedarte, llévame en la gran bolsa de viaje, que cuando era *coquito* me solías meter. ¿Te acuerdas cómo sacaba la cabecita por sobre tu hombro, y abrazándote me subía á tus barbas, me hacías mil cariños y me alzabas dentro la maleta: diciendo me querías mucho, y que nunca me abandonarías.

Y el parloteo continuaba entre risas infantiles. Entonces, en una de las vueltas por el dormitorio, sin que se apercibiera el amigo, yá tocado por aquel encantador balbuceamiento, quité las balas á su revólver, y poniéndolo á su alcance, volví á afearle sobre el fijo pensamiento que le absorbía, terminando con estas reflexiones, que si insistía en tan fatal resolución, la cumpliera en aquel momento, si le faltaba el corazón para su hijo; de lo contrario, jurára ante aquella criatura no atentar nunca contra su vida, pues le dejaría huérfano.—Toma esa arma. Mátate, si no te crées hombre para cumplir deberes contraídos.

Todo conmovido me abrazó llorando, y besando frenéticamente aquella rubia cabecita, al través de cuyos sedosos bucles aparecía una carita azorada, al ver por vez primera llorar á su padre, que le oprimía sobre el corazón, pronunció el juramento que le exigimos, y que hasta hoy ha cumplido.

Verdad es que ménos confiaba en el revólver descargado, que en la disposición de ánimo preparado por su última obra de caridad, los consejos del Capellán de Pasionistas, y sobre todo por el cariño apasionado que tenía á ese niño. Mientras reste una gota de amor sobre la tierra, se vacilará siempre romperse el corazón!

Mientras más eficaz remedio no se descubra, contra este mal del día, en la época de las pasiones borrascosas que todo lo exalta, insistimos en promover la conspiración del silencio al rededor de cada uno de esos lamentables fracasos de la vida.

¡Cuántas veces al contagio de mal ejemplo, la publicación de un suicidio, ha producido otros!

# El Balcón del Señor Riglos

## I

De todos los balcones de esta ciudad, si nó el más viejo, es incuestionablemente el de más historia. Frente á él asoma el balconcito revolucionario, donde salió á luz la revolución de la Independencia. Desde éste, y antes de esa fecha, había empezado á mirar con buenos ojos el Señor Villanueva á el contiguo, actual propiedad de su nieta.

Antiguas historias cuentan que al grupo histórico en que sobre el arco mayor del Cabildo, discutía Alzaga con Liniers, durante la lluviosa tarde del 5 de Julio de 1807, insistiendo se incluyera la devolución de Montevideo, en los tratados que firmaron los ingleses en la Quinta del Señor Riglos, respondía el *Virrey de las indecisiones*: «No enredemos la lista con nuevas exigencias,» cuando á aumentar el grupo llegó Villanueva, agregando: «Desde que los vencidos piden prisioneros del año pasado, equitativo es exijamos aquella plaza.» Este Señor siguió mirando de rabo de ojo el codiciado balconcito, juzgando que más sólidamente conservaría en esa propiedad las

enmohecidas *peluconas*, que de tan escondidas en las profundidades de su huerta, (Bolivar 160) casi se perdieron de vista....

Edificado por Duval, que poco lo disfrutó; ansiado por Villanueva, que luego sus nietos, biznietos y tataranietos corretearon jugando entre sus barandas; obsequiado al General San Martin, que no tuvo tiempo de asomar á él, recuerda historia tan vieja, como la anciana que después de ciento cuatro años, acaba de fallecer á sus fondos. La buena de Doña Marcelina Entrena de Arboleda, (hoy todos tienen *dón* y *de*), fiel sirvienta más de un siglo, en la familia Villanueva y Riglos, conservaba en su feliz memoria, diálogos del siglo pasado con su primer amo, y alcanzó los balbuceamientos de la quinta generación, arrullando al tataranieto de aquél.

## II

Largo, angosto, decrépito, alli asoma hace un siglo, avergonzado por el olvido en que las reedificaciones le dejan, entre la primera casa de tres pisos y la más antigua de teja, también con balcón, primitiva Casa del Seminario, de Policía, y después, sustituida en angosto y larguirucho caserón de la Intendencia.

Sacado en subasta, á consecuencia de la quiebra de Duval, fué el más alto postor Villanueva, del más sobresaliente balcón en la plaza, á quién el Doctor Anchorena por exigencias progresistas, vióse obligado á dar un empujoncito hácia adentro, antes, mucho antes de resignarse á voltear su pared de enfrente, ó recoba Vieja.

Con anterioridad, en ocasión que por denuncia de un negro esclavo, llegó Liniers á tener noticia de los *macuquinos* que seguían enterrados en la huerta del Alcalde, de opiniones contrarias al Virrey, para preservarlas de todo verdín, mandó trasladarlas al algibe ó socavones del Fuerte, si bien dando recibo en forma, porque el Virrey de la Victoria fué honrado á carta cabal.

Y con ese papelito, menos humedecido que la imágen

de Cárlos IV en las *mejicanas y columnarias*, se presentó Villanueva, años después, creyéndose con la casa en el bolsillo; pero faltaba el rabo por desollar.

Para mal de este buen Señor, dragoneaba entonces como Fiscal de Estado, el Doctor Vicente Anastasio Echevarría, que si luego creyó obra buena armar corsarios en justa represalia contra la antigua Metrópoli, primordial cuidado puso en defensa del Fisco, cuyos intereses bien confiados estaban á su honorabilidad. De tal forma ajustó las cuentas en quiebra casual, que Duval quedó con buen nombre, y sin casa Villanueva, por más que forcejeara en llevársela. Alegaba el Fiscal, que aún cuando se reconociera deuda al señor Villanueva, los derechos del Fisco eran privilegiados. Ese comerciante debía tanto y cuanto por aforos, alcabalas, entradas y derechos de aduana, suma que, sin duda, pagaría el día del juicio final, de no finiquizarla ya. Y como agregara otra cierta cuentecita, (multas por contrabandos ú olvidos de Duval) todavía quedaba corto el celoso Fiscal, al solicitar se adjudicara el inmueble al Estado. Así quedó sin casa Duval, Villanueva y el Fisco, como luego San Martin, por andar tomando aires de sierra, en las de Chile y el Perú.

Pocos meses después que regresara San Martin de Europa, casándose con la más linda porteña de la calle de su nombre, ocupó el solar de donde salen hoy las más nítidas ediciones del señor Peuser. Breve fué, brevísima la luna de miel para el héroe americano, que saltando en su brioso corcel de guerra desde el umbral de ese hogar, alcanzó en su primer galope la victoria de San Lorenzo, siguiendo á las de Chile y Perú. Al volver, coronado por los frescos laureles que crecieron á las márjenes del Maipu, como débil retribución á sus eminentes servicios, el Gobierno argentino le obsequió la antigua Casa Duval.

Más tarde, apesadumbrado y abatido, apenas tuvo tiempo de alzar su hija, que le siguió en el largo ostracismo. Un día pasó de largo, saludando el balcón al cruzar la plaza, con ella de la mano, y su gloriosa espada bajo el brazo, por todo acompañamiento, y cuando

concluída la contienda del Brasil regresó rehusando bajar á tierra, desde valizas extendió poder para que se realizaran sus bienes, ubicados en tierra que no volvería á ver.

Fué entonces que el Señor Escalada, cuñado del General, ofreció en venta esa finca, en tan mala época, que escasos interesados habo. La Señora Dolores Villanueva recordando los vehementes deseos de su padre, pidió á su gentil esposo Don Miguel de Riglos la comprára. Allí continuó una segunda generación, fiestas, banquetes y recepciones que su señora madre seguía, aún en su viudez, conservando en alto, el tono y buen gusto de nuestra más distinguida sociabilidad, en que fué Don Miguel, como sus ilustres antepasados, de los más descollantes *gentlemans*. Sus dignos descendientes prosiguen la tradición de familia.

## III

Mi señora Doña Javiera, alta, escuálida y devota, tan aficionada á los niños como toda tía, que no asciende á mamá, obsequiaba con tantas flores y perfumes el altar de Santa Ana en La Merced, como con caramelos y confites á los escuderos de nuestro barrio, llamándoles desde su balcón sobre la antigua *Confitería de los Suizos*, (actual Bazar Colón) nos había dicho, al vernos pasar con libros descuajeringados, un sábado más temprano:

—Mira, hijito: si el sábado que viene yá sabes leer en carta, y me lées de corrído con pocos puntos este viejo mamotreto, te voy á llevar donde has de divertirte.

Y como difícil es dejar sin cumplir promesa á muchacho pedigüeño, ofrecimos todos los trompos y bolitas de que disponíamos, al mayor de clase, porque nos repasára las letras más indispensables para deletrear patitas de mosca, en cuya descifración se nos ofrecía premio desconocido. Grata fué nuestra sorpresa, cuando antiguo pergamino de hermosa letra sacó de lo mas hondo de su cómoda la buena señora, tan aficionada á chicos, caramelos y pastillas de benjiú con que zahumaba la peladita calienta-piés, disputando aquellos los confites que repar-

tían sus numerosas mulatillas. Resúmen era de su contenido, lo que á la espera de prenderse los fuegos artificiales refería esta señora, al primero que representó la España en el país, Don Vicente Casares, quien con la Cruz de Cárlos IV al pecho, celebraba la pérdida de éste su Virreynato.

Menos atención prestábamos á la contienda de los sobrinos de la casa, Marquitos Suárez y Tomasito Armstrong, sobre quién había ayudado mejor la misa esa mañana: el uno en La Merced, y el otro en el Colegio, que á la narración de la Señora Doña Javiera Riglos, ante el anciano de blancas patillas abiertas, tan perfumadas como su lustroso cráneo. Abstraía nuestra atención, porque ésta, la misma referencia era que leyéramos el último Sábado, frente á la imágen de Santa Ana, y cuyo premio ofrecido fué llevarnos á presenciar los fuegos en la noche del 25 de Mayo, desde el balcón de Riglos:

«Pues aunque en sociedad tan reducida como la nuestra todos nos conocemos, – decía;—si bueno es ser, no está demás haber sido, y así estaba recordando á estos niños, que, si por lo de Villanueva descienden de la más antigua familia, pues desde el siglo pasado *vareaban* plata numerosos esclavos en la huerta de su casa solariega frente á la de mis padres, en aquella cuadra, (antes del Colegio) deudos tienen enterrados dentro de esta Catedral, (el Arcediano Riglos), por la nuestra, más remota y nobilísima es su alcurnia.

Y como el caballero español sabía de que pié cojeaba la aristocrática dama, tan perfumada de incienso como de rapé, alentábale á seguir el mismo tema, que reasumimos:

«Oriunda de Tudela es la familia de Riglos. Desde los años 1500, en que yá figuraba Don Pedro, Diputado de la provincia navarra, y su hermano Don Gil, continuando en Castilla La Vieja, sigue la sucesión hasta Don Juan de Riglos que casó allí con Doña Fermina de la Bastida y Thomas, teniendo por primogénito á Don Miguel, (nacido en Mayo 5 de 1649), quién vino á Buenos Aires, donde desempeñó cargos de gran importancia. Llegado á General, desposó una de sus más bellas vecinas, Doña Josefa Rosa de Alvarado y Sosa, de la muy ilustre casa

de los Alvarados, cuyos fundadores en el siglo VIII), fueron de los primeros Godos que entroncaron con sangre real. Limitándonos á tiempos más inmediatos, si nos fuera dable saltar desde el balcón, al *Salto de Alvarado*, refiriríamos el muy celebrado que ese compañero de Cortés dió en Méjico, la víspera *de la noche triste*, en cuya hazaña aún se conserva allí su nombre. A la conquista del Perú concurrió el Mariscal Don Alonso de Alvarado, ayudando á Gonzalo Pizarro con tan eficaces servicios, que á su muerte mereció que el Emperador Cárlos V, retirado yá en el Monasterio de Yuste, escribiése á su hijo, Felipe II: «He sabido que ha muerto el Mariscal Don Alonso de «Alvarado; encargo mucho tengais cuidado de hacer mer-«ced á sus hijos, porque lo són del mejor español que «ha salido de estos vuestros Reynos». A lo que contestó « el Rey: Tendré mucha atención á lo que mi Padre y «Señor me manda, y esta carta y decreto se entregue á «los hijos del Mariscal para que me hagan recuerdo».

Del anterior predicho matrimonio nació en ésta el Capitán Don Marcos José de Riglos, quién luego desposó una de las ricas vecinas Doña Francisca Javiera de San Martín y Avellaneda, nieta del Maestre de Campo, Don Juan de San Martín y Rodriguez Umanes. Hijo de éstos, fué Don Miguel Fermin de Riglos y San Martín, Caballero de la Orden de Santiago y Sargento mayor de esta plaza, que falleció siendo Gobernador político y militar de Mojos y Chiquitos. Casado con Doña Mercedes Lasala y Fernandez, á más de la antenombrada Javiera, sólo dos hijos le dió esta porteña: el Miguelito de nuestro cuento, y el menor Don José, que fincado en Lima, desde la época que acompañára al General San Martín, quedó de Cónsul general de la República Argentina, casándose con la Señora Manuela Diaz de Rávago y Abella Fuertes; entroncándose luego con las familias de Varela y Valle, Cabrera, García de Rovina, Orbegroso y Martinez de Pinillos, Panizo, Prevost y Moreyra, Cacho y Lavalle, Paz Soldan, Osma y Sancho Dávila».

Las armas de la ilustre Casa de Riglos, se componen de escudo, dividido en cuatro cuarteles: el primero, cuatro cruces con sus peanas y formas, (hostias de oro en campo

encarnado), y el segundo y tercero, bandas azules ondeadas en campo de oro, tal y como se hallan en la Iglesia parroquial de San Pedro, de la Ciudad de Tudela. Allí se hallan grabadas en la primera columna contiguo al altar y Capilla mayor al lado de la epístola, yaciendo al pié de dicha columna, la sepultura de esta familia.

## IV

Lejos se remonta pues el abolengo del muy alto Señor cuyo elevado balcón tradicionamos, y desde mucho antes de desposarse la primogénita del Señor Don Estéban Villanueva, costumbre era en sus abuelos mantener salón, como el primero de la sociedad en que figuraban. En el siglo pasado, lo fué así el de su predicho abuelo, y desde los comenzamientos del presente, refiere un viajero ingles, comentando las casas de Riglos, Alvear, Barquin, Balcarce, Sarratea, Balbastro, Rondeau, Thompson, Rubio, Casamayor, que entre los salones de Escalada y Mandeville, descollaba el de Doña Ana de Riglos:

«Yá viuda esta señora mayor, en extremo agradable «é inteligente, chispeante, bien nacida, con un título de «aristocrática etiqueta de la vieja escuela, se dejaba ver «de todo el mundo, y sus tertulias eran de las más ame«nas. Su hijo don Miguel se educó en Inglaterra, y regresó «á Buenos Aires en el mismo convoy que yó, en 1813. Era «éntonces un guapo mozo de 21 años; hablaba el inglés «correctamente: se vestía en *Bond Street*, y fué uno de «los pocos que realmente supo aprovechar de la educa«ción inglesa. Era, y con razón, el preferido de su madre, «y hermana, y más aún de su tía Doña Eusebia de Lasala, «la mujer quizá de mejor carácter, de más franqueza y «de mayor bondad que había en Buenos Aires. Aunque «yá léjos de la juventud, era siempre la más cortejada en «la tertulia y la más querida por la mayoría de nuestros «marinos, á causa de su bondadosa y constante disposición, «para corregir los disparates lingüísticos que cometían, y «por su anhelo en aplacar la crítica acerba de la triste «figura que hacían en el baile criollo.»

«La casa de la Señora Riglos, ó como acostumbraban «llamarla: *Madama Riglos* fué el centro de reunión de «los ministeriales, y se la hubiera podido designar con «toda exactitud como la dama jefe de la facción Tory, en «Buenos Aires.»

De antiguo abolengo venían los recibos del Señor Don Miguel de Riglos y Lasala, y como todo progreso crece, aumenta y avanza, gran concurrencia llenaba sus salones. Ese desborde de bellezas, parecían flores pendientes inclinadas en su larga baranda, y era la mejor vista de la plaza en toda festividad pátria. En más de treinta años apénas hubo parada, desfile ó procesión, cuya mejor sociedad no asomara allí.

Entonces no se anunciaban los noviazgos por diarios, sin crónica social, pero mayor publicidad y significación tenía la pareja de amartelados, exhibida en diálogos más largos que el balcón, creyendo presenciar, desfile que no veían, *un veinticinco de Mayo*, confirmándose más, si en el mismo sitio reaparecía el *nueve de Julio* siguiente, y mucho más, si á semejanza de tercera amonestación arrodillábanse en el mismo sitio, al pasar las andas de la procesión del *Corpus*, que hacía la primera estación en el improvisado altar adornado por las numerosas mulatillas de la casa, entre damascos y cortinajes que de sus rejas colgaban. Aún en época inmediata, en toda fiesta de tabla, la concurrencia de distinguidas damas que no cabían en los salones municipales, llenaban los del Señor Riglos. Alegre iniciación de amores fecundos fué aquel canastillo de flores vivas, á punto que, reunidos los descendientes de quienes encontraron allí su cara mitad, no cabrían en la sala, cuán grande es, ni en sus dos pisos, convertidos en sinnúmero de Escritorios, las abuelitas que, complacidas, verían desfilar hoy numerosísima prole.

## V

Notable *rendez-vous* fué su salón, muestrario permanente para el transeunte extranjero, del bello sexo argentino. El caballero Riglos sabía recibir como pocos.

Alto, delgado, activo, bien intencionado, servicial, intelijente, entusiasta y liberal, á muchos benefició, tenía un corazón bien puesto, y un espíritu tan gallardo como su figura. Filántropo de vocación, nunca solicitó empleo alguno, pero aún en medio de malos tiempos supo encontrar forma de proteger al pobre y al huérfano, observando el más escrupuloso manejo en los dineros públicos que le fueron confiados.

Desde el tiempo de los peinetones, antes, mucho antes de las gorras y el sombrerito, desde el peinado de *bananas*, bucles, patillas, y el más sencillo de bajo rodete, cabellera empolvada, enrubiecida, plateados ó dorados cabellos, jopo, bandó, rulos, peinado imperial alto, bajo, y demás formas, á ese balcón asomaron todas las modas, hasta los inolvidables rulos yá canos, de las elegantes Señoras: Almagro, Quesada, Bonavía, Lahilte, Pineda, Pinto; como toda forma de calzado, divisándose en lo alto, la puntita del pié de el antiguo sin taco, el de góndola, coturno, zapatos, botines, botas, cayendo sobre ellos vestidos de medio paso, corto ó de larga cola, sobre tontillo, miriñaque, ó las doce enaguas anteriores á éste, que enfermaron por su peso y ajustadísima cinturita de avispa, á más de una currutaca; la Maldonado, y Dolores Bayá, víctimas del corsé; toda variedad de modas se ha exhibido en tan preferente local...

Un día asomó el Jefe de Policía al contiguo balcón, y estático cayó de rodillas. Como el gallardo General no era flojo de piernas, ni padecía de vértigos, creyóse fuera por adorar las imágenes que en procesión desfilaban. Muy joven, había sido uno de los más activos chisperos de la revolución, y en la mañana de Mayo, de los que en la plaza más grupos populares uniformára bajo ese mismo balcón. Después de llevar la bandera azul y

blanca á las mayores alturas de la tierra, diestro ginete, antes de regresar coronado con los laureles de Ituzaingó, ganó en unas célebres carreras el Gobierno de la Provincia de Entre-Rios. Nó porque el Gobierno de aquella Provincia estuviera sobre el tapete, ó se echára á los dados, cuál la túnica del Salvador, sinó porque con los mismos carrerinos, concluido el juego, derrocó al Gobernador, sustituyéndole por su majestuosa persona. No padecía pués, de nervios ó vértigos, y atribuyóse talvez el mareo ó deslumbramiento á vividos reflejos del sol poniente, á tiempo de atravesar la boca-calle de las Torres el Señor Obispo Medrano, llevando la custodia exhornada de brillantes, cuyos resplandores enceguecían. Pero Su Ilustrísima llegó á ponerla en el altar de la plaza; y aún después que entre cantos é inciensos, salmodias y músicas de violines, seguían los faroles, el General no salía de su abstracción, hasta que el deslumbramiento vecino se eclipsó, entrándose Agustina Rozas, en cuyas miradas, prendado quedaba por largo tiempo el viejo General Mansilla.

Acaso fué el de esa hermosa Agustina, el que inauguró los noviazgos, en los anales de esta sala, cuando el compromiso salió afuera, ó se hizo público, ó salieron los novios al balcón, cuyas puertas cerráronse treinta años después, al casamiento de la niña de la casa, con el más grave de nuestros Abogados, entre los discípulos del inolvidable Doctor Alcorta, obteniendo la mano de la gentil señorita, cuya genealogía recordamos desde cuatrocientos años atrás.

Fuera de otros tantos compromisos que fracasaron, cuyos azahares no llegaron á florecer, sobre él, ó á su pié, mirando á pasantes que no acababan de pasar, nacieron ó prosperaron en ese nido de amores, los de las señoritas: Rozas, Lastra, Beláustegui, Garmendia, Carranza, Terreros, Saavedra, Castellanos, Plaza Montero, Rubio, Fernandez, la Carmencita y otras, á cuyo alrededor revolotearon Mansilla, Lezica, Cázón, Armstrong, Villanueva, Suarez, Yáñez, Vivar, Carranza, Drago, Basualdo, Oromí, Carreras, Elizalde, Llavallol, Pineda, Herrero, Larrazábal, Velazquez, Gowland, Rolón, Guido, Rubio, Elor-

tondo, Halbach, Roque Perez, Arana, Bilbao, Monasterio, Gutierrez, Frías, Ocampo, Rodriguez, Lezama, Martinez de Hoz, Molina, Alvear, Arrotea, Llambí, Escalada, Pacheco, Haedo, Boneo, Senillosa, el paquete Urioste, Juan Martín Estrada, Perez del Cerro y tantos otros.

## VI

Lleno de actividad, en perpétuo movimiento, siempre apurado, llevándose postes y muchachos por delante, tropezando con viudas y viejas, en buen y mal tiempo envuelto en su inseparable ámplia capa española, que una hermosa andaluza le enseñó á usar en doce diferentes arrebozos, tan elegante y gallardo aparecía: yá llevando el pendón de ánimas, dentro ó fuera de la Catedral, ó en contínuo cierra-puertas, entrando y saliendo por todas, en precaución de que colado airecillo constipara sus amigas, alegre, sonriente y devoto, se vivió el Señor Riglos sus ochenta navidades, con igual buen humor, derramando bienestar en todos sus alrededores.

Decíase que su cortesía era tal, que agobiados por su exceso, llegaron á ser alguna vez los convidados, víctimas de su obsequiosidad. No había forma de evitarse los veinte platos de su opípara mesa, y más larga sobremesa de mantel largo, nó sólo los juéves, sinó en las frecuentes fiestas de tabla, por las que el servicio doméstico solía protestar en semanas de puros juéves.

.....

Asegúrase con frecuencia, no se puede frecuentar la Córte sin adular cortesanos, pero aunque lo pareciera, este dignísimo ciudadano no fué verdadero rozista, ni en época que florecían rosas en su balcón. Desempeñó durante la dictadura más de un puesto público, pero sin mancha ni tacha salió su nombre. Defensor de Menores, supo defender el huérfano y al mísero, cuando léjos de ser tales empleos rentados, muchos pesos se desembolsában en su desempeño. Como Director del Banco, evitó el despilfarro de muchos otros. En tiempos que recibir á un extranjero era pecado, fué su casa una de las pocas

que hospedaban permanentemente á todos los representantes diplomáticos y consulares, como á cuanto viajero de distinción llegó al país.

Todo esto y mucho más representó el Señor Don Miguel Riglos conservando dignamente elegantes costumbres y esquisitas maneras en época aflictiva qué, el saber ponerse la corbata, suficiente fué para ser tildado *salvaje unitario.* De vasta ilustración y finos modales, hablaba con tanto entusiasmo y vivacidad, que en incesante movimiento activo, hasta sus largos brazos tomaban parte en diálogos que no era fácil interrumpir. En uno de ellos, cierta picaresca Eloisa, de la vereda de enfrente, entre las contertulianas de todas las noches, y en la antigua casa Barquin de Dávila, le interrogó:

—Dígame, Señor Defensor de Menores, ¿la menor que sale de la casa paterna, siguiendo consejos de su guía espiritual, tiene pena de muerte?

—De ninguna manera, Señorita, ni aún juzgada por Juez competente. Es una atrocidad que clama al cielo lo que se ha hecho. Y continuando su ferviente peroración á manotones, con tal fuerza llegó á chocar su mano derecha en la punta de un cuadro, que se la recalcó. A entablillarla llegaba la vecina de el lado, esposa del sábio Doctor Muñiz, quién, como las Señoras Sosa, Terry, Ibáñez, Marin, Beccar, de la misma cuadra, (San Martín entre Lavalle y Tucumán) comentaban reunidas en el comedor interior, el bárbaro fusilamiento de esa mañana. Todas ellas venían de postrarse ante la hermosa imágen de talla «Nuestra Señora de las Mercedes», dentro altísimo nicho de cristales en la antesala, rezando el rosario por el descanso de la infeliz Camila.

Entrando otra ocasión al despacho del Presidente, Señor Escalada, en la Casa de Moneda, de cuyo Directorio formaba parte, alzó la rosa caída en el umbral, y saludando con ella en alto, dijo con maliciosa sonrisa: *Homni soit qui mal y pense!* El casto José, que no entendía de esos latines, esperó el regreso de Don Leonardo Gonzalez, que acompañaba la perfumada solicitante hasta la puerta, para comprender la traducción, que le

ruborizó. Durante una de esas intermitentes garúas primaverales, conversaba con su concuñado Don Tomás Armstrong á la puerta de Don Juan Fernandez, cuando divisó, indecisa en atravesar la esquina de Cueto, á la elegantísima Señora Cármen Z. de Saavedra. Verla, precipitarse hácia ella, y nó satisfecho con darle el paraguas, extender su larga capa y ofrecerle la mano para ayudarla en el mal paso, fué uno de los actos de su frecuente galantería, con la misma exajerada cortesía que bajaba al medio de la calle por ceder la vereda, según refiere Mansilla en sus *Causeries*.

## VII

Recordamos cuán acelerado entraba al Despacho de Gobierno, tirando capa, bastón, sombrero, pañuelo, guantes, cuanto á mano tenía; y detrás, el muy corpulento Coronel Castañón llamando á la Ordenanza, negrito Manuel, recojiera todo; mientras su flaca hermana, que á pesar del calor no omitía sus tres pañuelos de costumbre, impetrando la protección oficial para una de sus muchas asociaciones de Caridad, agregaba:

—Tenga compasión señor Gobernador de esta *pobre huerfanita*, pues como mi hermano Miguel ha sido tantos años Defensor de Menores, todas las pobres del barrio me tienen por su defensora perpétua.

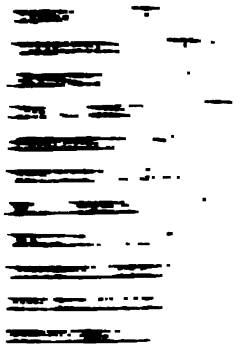
Otra mañana, subía la escalera que conduce á ese balcón misia Agustina Rozas, dejando en pos el perfume de sus especiales pastillas, en contraste de negras mal olientes en cada escalón, á la espera de audiencia. Sorprendido el Defensor en bata matinal, apenas tuvo tiempo de tropezar con dos ó tres mulatillas que rodaron al paso, apresurándose á introducir en la sala tan distinguida visita. Vuelta á su interrumpida tarea, agitado y de pié, dijo á su auditorio de todos colores:

—Estoy de prisa: hablen todas á un tiempo!—Y concluída la gangolina y algazara de chinas y zambas, á marimba de negros parecida, en la que una madre recla-

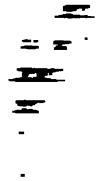
maba su menor, otra, entregaba dos, que la noche antes escapáran con soldados de bajo Cabildo, y múltiples demandas semejantes, al acabar de dar oidos á verdinegras aventuras que no eran para oídas, despachó tan apeñuscada clientela, pasando á perfumarse, y de corbata blanca, antes de tomar asiento en la mesa de almuerzo, fué á saludar de nuevo á la inesperada visita, con que al salir de misa se acompañara su esposa. El primer saludo en *rob de chambre* no tenía valor, para tan cumplido caballero.

Confirman nuestros recuerdos los del viajero inglés transcriptos, como otro humorístico escritor, que treinta años más tarde agrega: «De aquella mansión lujosa de «nuestro *lord inglés*, como llamaban al señor Riglos, es «de donde salieron los más descollantes enlaces en nues«tra alta sociedad. Habitaba su casa propia, sobre la «plaza Victoria (Bolivar 11), donde se vé hoy gran balco«nada, al lado de lo que fué Casa de Policía, arreglada «con lujo y *confort* deslumbrador: cortinajes, tapices, sedas, «tisús, muebles dorados, arañas, etc., etc. y el comedor, «que es lo positivo, donde se daban los más sontuosos «banquetes. La vajilla, los cuchillos de postre, eran de «oro y plata. Ninguno sabía hacer mejor los honores en «continuadas fiestas. De su mesa podía decir el más «exijente de los gastrónomos que la frecuentaban: *díme «cómo comes, te diré quién eres!*

«A ese ancho y largo balcon asistían, entre multitud «de buenas mozas, Manuelita Rozas y Juana Sosa, á ver «pasar la concurrencia en las funciones patrias, desde «que este distinguido caballero, el más culto si los había, «sufrió resignado la tremenda tiranía de Rozas sin poder «abandonar el país. El tirano le nombró, cuando vino «la época de calma, en la que Manuela su hija, y Agus«tina Rozas imperaron en su espíritu, Defensor de pobres «y menores, de la Catedral al Norte, época de felicidad «y de bonanza para todos, pero de decadencia para el «señor Riglos, que empezó á entristecerse y á declinar, «hasta terminar sus días en el seno de sus amigos, ro«deado de las consideraciones de cuantos le conocieron «y sentido hasta no más, falleciendo cerca de sus ochenta».



...o final, tradicionando sólo recuer-
...iciado, por beldades de dos y tres
...remos extralimitar de sus escenas,
...uchas, no menos interesantes, de ca-
...io y beneficencia, iniciáronse en su
...unas de las cuatro hijas del señor
...a, ó por los descendientes del inolvi-
...liguel, cuya honorabilidad llevan bien
...s descendientes.



# Palermo

(Su tradición)

**1849**

## I

Bajo *el árbol del perdón,* como llegaron á llamar al añoso aromero, cuyas ramas sobresalen aún por cima de la tapera del tirano, en aquella mansión que, si posteriormente ha sido el *rendez-vous*, ó cita de las Gracias, era entonces «Quinta de las lágrimas», y en la mañana del 3 de Febrero de 1849, leía una joven á su sombra, numerosa correspondencia.

Alta, delgada, pálida, ojerosa, la bata de su blanco vestido, prendía ovalado medallón de oro. Alzándose un poco el viso rosa, en el movimiento de su *mecedora,* dejaba entrever zapatito del mismo rojo color del moño, que adornaba sus cabellos castaños, cuyas enruladas hebras bajo la sien, formaban dos *patillas* á la moda.

La negrita del mate, le alcanzaba en sus idas y venidas numerosas cartas que seguían llegando. Aunque no solo en las tardes de Palermo la concurrencia se aglomeraba en sus paseos y bosque de magnolias; de día, de noche, á todas horas se recibía y no era aquel el primer miércoles fijado por Manuelita, como día de recibo.

Mansión de los contrastes pudiera llamarse á ésta, que al medio siglo cae bajo la piqueta demoledora del progreso, reasumiéndolos el aromero, que en vez de doradas flores, mostraba sólo desnudas espinas. Mientras que á su sombra una mujer joven, bondadosa, sensible hasta las lágrimas, si bien en disimulo forzoso corrían para dentro, que es más amargo el llanto que no sale, en esta ocasión humedecían las páginas, que eran como un lamento prolongado. En todas ellas solicitábase la protección ó el amparo de ese Angel bueno, así en justicia llamada Manuelita Rozas, por los que se acogían á su amor filial, cerca de ese ángel malo, que apenas pasó un día sin inventar algún ultraje á sus semejantes.

Por que bueno es recordar á esta brillante pléyade de cabecitas rubias que diariamente desfila bajo las sombreadas avenidas, que el pié de cada uno de sus más viejos árboles ha sido regado por lágrimas de madres, esposas, é hijas, quienes pocas veces evitaron fuera salpicada de sangre la verde alfombra del recortado césped.

Diez años no duró el reinado del tirano en aquella mansión de flores y de llanto, pero sí, en medio siglo, apenas habrá faltado una hora de placer ó de esperanza á las dos generaciones que le sucedieron, bien puede asegurarse que, más almas afligidas y desconsoladas ocurrieron allí, que las que en alegres cabalgatas, meriendaspic-nics, ú ostentosos equipajes lucieron luego en el bosque.

## II

A pesar de las ingentes sumas y millares de brazos, por muchos años empleados, para transformar aquel páramo que las crecientes del vecino río inundaban, no fué nunca un Paraíso, ni para los más íntimos satélites de Rozas; sí, antro del crímen en que llegaron á fusilarse doscientos hombres en un día, mansión de horrores, donde muchas cayeron en larga orgía de sus noches sin sueño.

Palermo fué un infierno. Á su puerta había un ángel. No siempre sus alas extendidas, alcanzaron á protejer

cuantos bajo ella se cobijaron. Si su generoso corazón no alcanzó á derramar las flores de su nombre en el camino de Palermo, apartó de él acechanzas que le rodeaban, si bien contadas veces le fué dable alzar la espada flamigera de la justicia, que no podía volver contra su padre.

Muchas órdenes sangrientas partieron de esa tenebrosa morada del crímen. Su *crugía* fué el purgatorio de muchas almas en pena. Cuantas cabezas colgaron de los árboles de Palermo, cuya edificación empezó antes del terrible año cuarenta!

.....

No era extraño pues, se enfriara el mate ó lo devolviera con desgano la joven que al doblar la última misiva, suspirara tristemente, desconfiando alcanzar la mitad de las gracias solicitadas. Desde los cien azotes por simple falta á lista de tarde, hasta la última pena; de solicitud de desembargo, á licencia para regresar de la inmigración, apénas había deudo que dejára de ocurrir á la protección de la hija del tirano, de quien era ella su primera víctima. Con igual bondad contestaba á todos, sin dejar de prodigar esperanzas, que en verdad poco abrigaba.

Al terminar la numerosa lectura cotidiana, fué Manuelita á poner los memoriales en el altar de San Benito, bajo la vela de la Candelaria que en la función del día antes bendijera el Padre Camargo, después del último sermón del ex Jesuita Magesté, y arrodillada en la Capilla pedía en ferviente oración se apartara todo peligro de su tatita.

.....

Don Juan Manuel no tenía hora fija de trabajo, ni para comer, ó dormir. Su fiel negro Adolfo, era el guardián más inmediato de su sueño, pues con frecuencia dormía en verano con puertas y ventanas abiertas, quedando de servicio toda la noche alguno de sus escribientes de confianza: Carrasco, Argerich, Gallardo, Saenz, Balcarce, Arzac, Gallegos, Torres, Seguí, bajo la dirección del Coronel Rodriguez. Los Profesores de Manuelita, Don Juan Camaña, el de los veinticinco mates; Fontana, de fran-

cés; Camelino, de piano, tenían habitaciones en el pabellón extremo al de la suave y bondadosa discípula. Ni aún en los de ésta había alfombras, cortinas, cuadros, ni otros adornos; apénas zahumadores y profusión de espejos. Frugal en sus comidas Don Juan Manuel, á más del puchero y asado diario, se limitaba á postres de mazamorra, locro, arroz con leche, ó dulce de zapallo. La china María Eugenia, que tenía menos de china que de ingenuidades, con patrón de gusto poco delicado nó sólo en el comer, hacía de repostera ó ama de llaves en todas las dependencias de la servidumbre, primera sirvienta para todo servicio.

En el campamento de bajos ranchitos de paja y barro, techados con teja colorada, trás la Quinta del poeta Varela, quedaba la *Crujía* ó depósito de condenados, así llamada, porque cuando se oían crujir los granos de arena bajo las fuertes pisadas de Rozas, que siempre se aproximaba aceleradamente, crujían como ellos los huesos de los martirizados. Este hombre de bello aspecto, ojos celestes, semblante sanguíneo que vestía por lo general pantalón azul oscuro con vivo colorado, chaleco punzó, blusa y gorra color pasa, llevaba contínuamente una larga caña en la mano.

En la Capilla frente á la hermosa imágen de la Purísima, sentábase en el largo sofá de cerda negra el Padre Fernando Capellán de Palermo, á oir en confesión las arrepentidas que se arrodillaban á sus piés. Cuentan que alguna vez al oir en confesión una de las espías mazorqueras, le reprendió desde la primera palabra:

—Por la señal de la Santa Cruz...!

—De la Santa Federación diga, que Santa Cruz (Don Andrés) es salvaje unitario.

Rozas concurría allí los Sábados á rezar *la Salve*, en medio de su familia y servidumbre, con caridad tan indiscreta, que alguna noche llegó á concluir su rosario agregando: «un Padre nuestro y un Ave María, para que el Canónigo Palacios no siga viviendo mal con Doña.....»

Don Eusebio de la Santa Federación y el mulato *Bigud*, no eran los únicos locos en Palermo.

## III

Poco después del almuerzo, sonriente y satisfecha, corría Manuelita al despacho del Oficial Mayor con las solicitudes en que consiguiera hacer escribir al márgen la palabra: *Concedido*, por la férrea mano que todo lo aplastaba.

Como día de recepción, los miércoles era mayor el número en su sala, y aunque el almuerzo fuera temprano, si bien nó tarde la comida, pues se acostumbraba cenar, solía servirse lijero *lunch* en el bosque de las magnolias, ó en la barca. A ésta se dirigía la niña pasadas las horas de calor, con sus íntimas: las Caneva, Larrazábal, Gómez, Velazquez, Pinedo, y sus tías, la hermosa Agustina, Mercedes la poetisa, María Josefa la chismosa, Gregoria la compasiva, acompañadas de caballeros, bajo los verdes sauzales, hácia el barco varado, cuyo piano llegó á tocar Esnaola y Marotto, en dúos con el violín del inolvidable Sivori. Subiendo iban la estrecha escalera, cuando llegó el Ministro de Su Mage. tad Británica, Don Enrique Southern, diplomático de poncho cabalgando sobre recado criollo, recordando á la Señorita que venía en apero nacional, por haber ofrecido acompañarla así en su paseo á caballo.

No obstante disculparse ella haber olvidado caería en miércoles el día indicado, oyendo Rozas el diálogo, á media escalera, agregó: «A un representante de la Gran Bretaña no es conveniente desairar», y miéntras servía el thé sobre cubierta, la fiel mucama Eugenia fué á traer el caballo de la señorita.

Agregáronse á la cabalgata improvisada, Juana Sosa y Angela Saravia, no sin hacer Rozas la selección de los acompañantes, de modo á serle urgentísima una cópia encargada á Don Juan Camaña, primer pendolista y taquígrafo entónces, y marido después de la Saravia, en cuya personería fueron dos de sus sobrinos más buenos mozos: Franklin Bond y Luchito Mansilla, con Ladislao Martinez, y Herrera.

Se emprendió el galope por el camino perfectamente regado todas las tardes, y también todo colorado como

los carritos aguateros. Desde el encargado de recoger cada hoja que caía, á gallego por naranjo, (invirtiéndose seis mil pesos de jornales diarios) vestido de rojo chiripá, gorro de manga caída, largas rejas entre postes colorados, camino de peatones color borra de vino, enrojecida arena que festoneaba el más ámplio de blanca conchilla, línea interminable de soldados, cual roja faja sobre la ribera, formados á la hora de lista tocando la banda militar *el tambor de Palermo*, hasta las rojas margaritas silvestres que asomaban tímidamente, como pidiendo disculpa al dueño de aquella mansión que todo lo enrojecía, por nacer en verde prado, á todos lados fulguraban encendidos colores, cual el inflamado horizonte de esas magníficas puestas de sol en Palermo. Del primer galope, llegó la cabalgata hasta el rancho del pescador de la Recoleta, y dando vuelta Manuelita su brioso *colorado*, que cintas del mismo color adornaban de la testera á la batícola, subía frente á la antigua Quinta Del-Sar, cuando el Ministro Inglés, preguntára:

—¿Por qué llamar Palermo de San Benito?

De tal interrogación tomó pié la gallarda amazona para dar una lección de historia al galope, al británico moscardon que la mareaba como su antecesor, con insípida galantería y melosidades á media lengua. Los representantes de Su Majestad Británica parecían traer por entónces, la doble misión de halagar al tirano y obsequiar á su hija.

—« Fué, contestó, por que la suegra de Torrecillas, dueño del primer terreno adquirido por *tatita* aquí, llamaba *Arroyo de Palermo* á éste, cuyas escavaciones se han prolongado hasta frente las casas. Habiendo viajado por Sicilia, se le antojaba semejante en algo al de su Capital, llegando en su fantasía á divisar (cual un pequeño Etna en erupción) al elevarse sobre la torre de la Recoleta humos de quema en los mataderos; y azulado mar de Sicilia, en este inmenso río, cuya opuesta orilla no se divisa. Desde el regreso de la espedición al desierto, acampó aquí la última de sus Divisiones, aumentada cuando el bloqueo de los franceses, por ser campamento estratégico para ocurrir, yá en defensa de la ciudad,

ó en previsión de cualquier desembarque sobre la costa.

«Torrecillas adquirió el terreno más inmediato á la actual quinta de Unzué, á cuyo costado corría casi exhausto el arroyito Palermo. Hácia el opuesto extremo sobre la barranca de Corvalán, cerca de la Calera de los Franciscanos, un viejo vecino había levantado la pequeña Capilla á San Benito, para que sus negros esclavos no carecieran de misa los Domingos. De la unión de estos nombres encontrados en los confines de la propiedad, combinóse el de Palermo de San Benito, con que fechaba Rozas su correspondencia, más que de la tradición siciliana que la espiritual Manuelita refiriera al inglés que andaba perdiendo los estribos por ella.

## IV

Y en esto llegaron donde hoy se alza el *chalet* color chocolate, (Departamento de Agricultura) deteniéndose á contemplar las alegres cabras del Sargento Basualdo, priscando por las barrancas, y regresando á todo galope á la barca de donde partieron.

Como el chistoso Mansilla (Don Adolfo) interrogara desde la alta borda: «¿Qué han hecho del ingles?» contestó Juana Sosa: «Con las calabazas de Manuela se le aflojaron las cinchas.» Al poco rato llegaba el embajador en recado á gran galope, seguido de la Ordenanza de confianza de rojo chiripá que acompañaba á la niña, en previsión de cualquier servicio, aunque era Manuelita una de las primeras amazonas.

Bien se dice que no hay más linda vista que un hermoso rostro. Nó la puesta de sol entre arreboles y encendidas oriflamas deslumbrára en ese momento al entusiasta amartelado, si nó la hermana del Dictador, que de aquella altura admiraba la magnífica sinfonía de colores. El último rayo de sol, jugueteando sobre los desordenados cabellos de Agustina Rozas quebrábase entre encajes flotantes de la sombrilla punzó, formando nimbo que doraba toda su esbelta figura, al destacarse sobre el límpido horizonte azulado, cual la bella Diosa de la tarde.

.....

A la comida siguió el baile, baile improvisado de todos los miércoles, en que el maestro de piano agregaba algunos de los jóvenes Ambrosio, Tiburcio, Espinosa, Albornoz y otros parditos que tuvieron su popularidad, empezando por los coros de la Catedral, hijos ó nietos de la familia artística á que dió escuela el Canónigo Picazarri, y de quien fué el más sobresaliente discípulo, su sobrino Don Pedro Esnaola, nuestro primer compositor.

No era costumbre en esas sencillas tertulias invitar á Manuelita. Ella elegía compañero de vals, á que era muy aficionada. Por consideración de estado, haciendo los honores de la casa, vióse obligada á figurar en la primera cuadrilla, con el Ministro inglés, personaje de más categoría. A su frente, Don Prudencio Rozas perdía el compás, estraviando figuras por hacerle figuritas á una de las más hermosas niñas de Romero, que luego desposó; el Cónsul de Prusia, Señor Halbach bailaba con la bella Agustina, y su no ménos bella señora, con el caballero Riglos.

Así como á la mesa, pocas veces asomaba Don Juan Manuel en el salón, y en su testero principal descollaban en el estado mayor de señoras, las de: Arana, Belaústegui, Larrazábal, Rolón, mientras que hácia el opuesto extremo, sobresalían: la elegante señorita Avelina Pinedo, por su aire majestuoso, al lado de la blanca flor del aire Pepita Larrazábal, y de las señoritas Arana, Terrero, Barra, Romero, Ezcurra, Mansilla, asediadas por Martinez de Hoz, Estrada, Arredondo, Gonzalez Moreno, Elizalde, Mandeville, Arcos, Hernández, Perez del Cerro; y en grupos de entrepuertas, rodeando á Don Antonino Reyes, los empleados de Secretaría: Beascochea, Lafuente, Carrasco, García Fernandez, Saavedra, Camaña, Máximo Terreros, Fontana y otros.

Ese día no había sido la concurrencia de carruajes tan numerosa, pero sí la de señoras y señoritas á caballo, algunas ya con el sombrero alto inglés, tan repudiado por Rozas, como las gorras de moda que empezaban á usarse, de la inolvidable Madama Ristorini.

Sin embargo, se notaban por sus buenos equipajes, el que conducía á la señora Agustina Rozas de Mansilla y

su familia, uno de los carruajes de Luis Felipe que el Ministro francés obsequió á Don Juan Manuel; y entre los modernos, hacían contraste el de la Señora Ana Pantaleón de Fragueiro, de la familia de Armstrong, de Don Benigno Velazquez, con el viejo cascajo de Doña Flora Azcuénaga, y el alto coche rojo tirado por mulas blancas, del Ilustrísimo Obispo Medrano.

## V

Bien que cual anotamos, los contrastes en Palermo empezaban por el Señor de aquella residencia, de espíritu perverso bajo hermoso rostro, continuaban en esa naturaleza espléndida, donde flores y músicas deleitaban alrededor de galerías, en las cuales frecuentemente oíanse suspiros y lamentos de muchas desventuradas. En esos mismos días de recibo en que esta buena hija procuraba atraer hasta las voluntades más esquivas ó alejadas del círculo de su padre, Rozas tenía alguna chocarrería, ó pesada burla que resaltaba como la nota disonante.

Toda agitada y llorosa salía ese miércoles la bella Agustina, de las habitaciones interiores de su hermano, diciendo al primero de los jóvenes que encontró al pasar la antesala:

—Venga Emilio; acompáñeme al jardín; necesito tomar un poco de aire.

—Pero, qué tiene Agustinita? Qué le aflije?—preguntaba el galante Doctor Agrelo, tratando de consolar la bella aflijida.

—No vé este bárbaro de Juan Manuel, que en todo se ha de meter! Hasta las gorras declara *salvajes unitarios*, y las que nos acaban de mandar por el último Paquete á Mercedes y á mí, las ha ido á poner á las mulas del Obispo, porque dice no debemos usar modas de gringas, con hojas verdes!

.....

En otra ocasión, divisando bajo los sauces al Doctor Velez y el Señor Armstrong, quiénes criticaban *sotto-*

*voce* la manía de edificar sobre arena y en un bajo, arcos que yá se abrían y rajaban en suelo movible, hizo abrir la jaula de la tigra mansa de Palermo, y como ésta al pasar se alejara del grupo que se proponía sorprender, el chacotero Don Juan Manuel fué á referir á las señoras que «la fiera se había asustado al ver tanta fealdad reunida.»

Otro miércoles se empeñaba en hacer subir á los más tímidos en cierta especie de *hamaca rusa*, que en vez de girar en círculo, como las calesitas de la plaza dando vueltas, su rotación era ascendente, subiendo y bajando con mayor peligro, pues ya Lerbet había sido su víctima. No era la última de las diabluras de Rozas, en los días de recibo de su hija, lo que susto mayúsculo ocasionó á los currutacos, haciendo abrir la válvula del Vaporcito manejado á mano, cuando navegaba en lo más profundo del lago, y de cuyo naufragio no fué sólo Márcos Arredondo quién á pique estuvo de tomar grave pulmonía.

En otras circunstancias Rozas, que si mucho comía, nunca bebía, ni fumaba, hacía gala de obscenidades en su conversación, hasta verse obligada la pobre Manuela á levantarse ruborizada, por las picardías que provocaba. En el almuerzo de esa misma mañana, empezado como de costumbre dando á besar la mano á su hijo Juan, al concluir de bendecir la mesa, produjo entre sus bufones la siguiente chocarrería, interrogando á Eusebio el de la Santa Federación:

—Pero al fin, ¿cómo la vás á tratar? ¿qué vás á hacer de la niña cuando te cases, si consigues te eche la bendición su Paternidad el *Padre Bigud?* Contestando el loco con palabrotas más verdes que la ensalada de pepinos olvidada entre los postres, arrancaron de Rozas carcajadas á desternillarse, al mismo tiempo que alzaba, besando el pan caido al suelo.

Ese Miércoles 3 de Febrero de 1849, al oir el inimitable violín del célebre Sivori, que parecía heredado del inmortal Paganini, contentóse con decir á Don Pedro Esnaola:

—Más me gusta la guitarra de mi payador Chano!...

## VI

Con el toque de diana empezaban los castigos, cuyos ayes se prolongaban más que su música, ordenados en la lista de tarde, que terminaba con vivas al Restaurador y á la Santa Federación. Entre las mañas del tirano, predominaba la de que todo el mundo había de arreglar la hora por la de su reloj. El cañonazo á las ocho de la noche, era la señal de silencio en el campamento, y de regulador para los relojes; sonando al mismo tiempo otro, del Buque de la Escuadra en valizas.

.....

Mucho tiempo después, tuvimos ocasión de entregar en Lóndres á Manuelita, semillas de ese su árbol predilecto, que una de sus fieles, nuestra buena amiga María Antonia Beláustegui de Cazón, nos encargara poner en propias manos; y hasta su último año, el Coronel Guerrico Jefe de la Escuela Naval allí, le enviaba aromas del espinillo á cuya sombra oyera tantas desgracias. Hoy se desgaja de viejo en el antiguo «patio de las piletas», dentro de las cuales se cultivaron las más raras plantas introducidas por Casajemas.

Cuando vagábamos anoche entre ruinas, á la luz de la misma luna que alumbró en Caseros la última noche del tirano, siguiendo las guías de dinamita dispuestas para hacer volar los arcos, nos acercamos á cortar una rama del *árbol del perdón,* en la «Quinta de las lágrimas».

Lleno de grietas y carcomido, profundo hueco han dejado sus descascaduras, y al arrancar aquel gajo, gemido á éco parecido del pasado, creíamos oir en su concavidad, acaso de alguna víctima que desfalleciera sin esperanza sobre sus raíces, y luego en el lamento de sus ramas por la nocturna brisa, como el doble aleccionamiento que deja la tradición de Palermo. En todas partes se puede ser buena, y aún llenar bella misión sin dejarse contagiar en mala atmósfera; que todo noble corazón aún en las mayores angustias, puede llevar un rayo de esperanza al menesteroso. Entrañan otra más elocuente enseñanza esos techos que caen, bajo los que se meditaron los ma-

yores crímenes; que nunca jamás en circunstancia alguna, debe un pueblo abdicar sus derechos, depositar en un hombre *la suma del poder*, ni investirle con *facultades estraordinarias*.

Al rededor de los arcos edificados por el maestro mayor Don Salvador Sartori y Cabrera, según los planos del Señor Senillosa, se plantaron cien mil sauces que el primer Vapor *Manuelita* transportó de las islas, para rodear la mansión que: residencia del tirano, Colegio Militar, Escuela Naval, centro del más hermoso paseo en la Capital de la República, cae con sus muros hechos polvo en el 47º aniversario de la caída del más grande de todos los tiranos, yá cumplida la profecía del poeta:

*¡Ni el polvo de tus huesos,*
*La América tendrá!*

3 de Febrero de 1899.

# El Fundador

(Su tradición)

1580

## I

Frecuentemente se tropieza con ingratitudes de la Historia, que la tradición debe correjir. El que abrió los cimientos de esta Ciudad y otros muchos, aquel bravo español, tesonero como vizcaino, que caminó más esta tierra en viaje desde Panamá á Bahía Blanca, después de trescientos setenta años no tiene una piedra que recuerde su nombre en toda la América. Verdad es que ésta, (el mundo de Colón) no lleva su nombre, y para no quedarnos nada de él, hasta el polvo de sus huesos acaba de regresar á España, como el último repatriado. En cambio, al recorrer el mundo por él descubierto, tropezamos con muchos monumentos que no son de americanos. Sin salir del barrio, aquí entre nosotros, no hay peligro de encontrar alguno á Mendoza ó Garay, pero al pisar la ribera, el primero que se divisa es el de un revolucionario extranjero que nada hizo por la tierra.

Alejándonos de reflexiones, que más á la Musa severa de la Historia corresponden, exhumaremos algo de la crónica ligera de sus tiempos.

.....

Aunque no es nuestra intención trazar la biografía del fundador de Buenos Aires, rasgos de él tan resaltantes presentan de relieve su figura histórica, que no es dable dejarlos en el tintero. Cuenta la tradición que este bravo hijo de Villalba de Loza, llegó á la América con su tío Pedro Ortiz de Zárate, Oidor de la Ciudad de los Reyes, á sus quince años, en la comitiva del Virrey Blasco Nuñez de Vela, donde permaneció hasta la muerte de Gonzalo Pizarro. Con el General Juan Nuñez del Prado, cooperó á las poblaciones de Tarija y el Tucumán. A la muerte de Zárate, reunióse en Charcas á otro su tío, Juan de Zárate, quien le encomendaba las cosas más dificultosas de la guerra como al más resuelto y valeroso. Cuando aquel fué nombrado Gobernador del Río de la Plata, designó á Garay Algualcil Mayor de toda su Gobernación. Después de permanecer siete años en Santa Cruz de la Sierra, llegó á la Asunción yá casado con Doña Isabel Becerra y Mendoza en 1562, y de allí descendió á fundar el pueblo de San Salvador, sobre el Río San Juan, en la costa oriental.

Cuando Zárate, su protector, obtuvo el título de Adelantado, legó en testamento sus derechos á el Almirantazgo y Gobierno de estas Provincias á quien se casara con su única hija habida en la India, Leonor Yupangui, de la Casa Mango-Inga-Yupangui, nombrando á Garay Capitán General, Teniente Gobernador y Justicia Mayor, con poderes para representarle.

A fines de ese año, en el último viaje de Zárate á la Asunción, pasando por Santafé, mostróse muy satisfecho de ésta su fundación, y falleciendo dos años después, el 3er Adelantado, instituyó á Garay, Albacea, encomendándole saliera á buscar un buen novio, así como para su hija.

¡Ay! y qué difíciles eran por lo general encomiendas tales, en que las más veces, empezando por quedarse con los bienes el Albacea, solían cargar también con la heredera, si era indispensable. No así Garay, honrado y generoso, que desde el primer momento se apresuró á cumplir el encargue de su protector.

## II

Veinte abriles floridos con toda la canela de picante *chola*, suavita como *quichua*, y por añadidura, un mundo de dote. ¿Cómo andaría la melonada de aquellos tiempos trás los pedazos de la Juanita? Descendiente de Incas, heredó el título de «Marquesa del Paraguay», primero de la cadena nobiliaria, cuyo último eslabon fué *Roque Don*, quién en vispera de abolirse los títulos entre nosotros, compró el *Dón*.

Tan poco dados á títulos fuimos siempre, que hasta del que el Rey acordó á Liniers, (Conde de Buenos Aires) reclamó el Cabildo de esta Ciudad, haciendo saber á su mismísima Majestad «que no tenía derecho para andar manoseando nuestro nombre en fruslerías y banalidades.»

Buena, bonita y barata, si rodearían galápagos á la que en el canastillo de la Carrau Chuquisaqueña llevaba entre otras chucherías ¡la mitad de las casas en Chuquisaca, Estancias y ganados en Charcas, un Potosí en minas; siete mil ducados de renta en España, la Gobernación del Plata, y el referido Marquesado estrecho, así, como desde los confines del Perú al fin de la América, ó del mundo por entonces conocido!

Al lado de los productos de estas tierras, las flamantes archimillonarias neoyorquinas de la República democrática, que han puesto en moda ir á comprarse un marido blasonado al viejo mundo, aparecen pobrecitas de solemnidad!

Hasta el mismo Virrey del Perú quería cazar de su mano á la niña ésta, amamantada por la vaca de la fortuna, empezando por alejar á un su primo que pretendía ciertas *primadas*. Pero, el que estaba más cerca, Oidor, con oído atento á cuanto rumorcito sobre la percundante llegara, fué Don Juan de Vera y Aragón, quien sin prévia licencia, llamóla á casorio entre gallos y media noche. Bien que media noche era por filo, la misma del matrimoniamiento con su abuelo (que tantos años distaban entre los veinte abriles de la doncella y los setenta del doncel), cuando

desairados chuquisaqueños, pasaban cantando al pié de la ventana, en destemplada vihuela.

« El viejo que se casa
con mujer niña,
él mantiene la cepa,
y otro vendimia ».

Aún no concluída la luna de miel, si es que la hubo, llegaba *chasqui* de real órden á quitarle la novia, el empleo y el oído, al Señor Oidor, á quién como miembro de la Audiencia prohibido le era casarse dentro de su jurisdicción.

Si no pudieron llevarse la primera á Palacio, que ya había pasado de novia, sin empleo y sordo para toda la siega dejaron á el de Vera, sin duda para que no siguiera oyendo en repetidas serenatas, cantorcitos subversivos y encocoradores á éste semejantes:

« El viejo que se casa
con mujer bonita,
hasta que llegue á vieja
el susto no se le quita ».

Si por su bonitura debía conservarla bajo fanal, sus riquezas pesaban, pesaban tanto como los inviernos de Don Juan y amarrado á dos anclas, no quedaba como para andar de la Ceca á la Meca. Este casamiento de Juanes que no produjo Juanitos, dió mucho que hablar á todos los Juanes de la vecindad. Prometido había Aragón que si facilitaba su empresa, reales serían los honorarios de Albacea, como el traspaso de todos sus derechos; y al recibir el novio la bendición del Cura, recibió Garay el nombramiento ofrecido.

.....

## III

Fué entonces que persistiendo éste en su proyecto de abrir puertas á la tierra, alzó bandera de enganche, publicando en el Paraguay la población de Buenos Aires, y así que hubo reunido sesenta mocetones, la mayor parte criollos, embarcó parte en una Carabela y dos

lanchones aguas abajo, siguiendo él por la costa, arreando mil caballos y quinientas vacas desde el Pilcomayo, de donde su antecesor Cabeza de Vaca no introdujo una sola de sus homónimas.

Aconsejado Garay por tres de los compañeros de Mendoza no repetir su error de repoblar en los bañados, elijió la meseta más inmediata. Empezó el Fuerte sobre la curvatura saliente que dominaba la canaleta del Riachuelo, viniendo entonces la embocadura del Puerto primitivo á quedar frente á la actual bocacalle Victoria.

El Sábado 11 de Junio de 1580, bajaba entre él y un fraile la primera Eva de esta tierra, haciendo contraste en su pobreza, con la más rica heredera que autorizaba la fundación. La «San Cristóbal de Buenaventura», primera Carabela construida en el Paraguay, siguió viaje para el otro mundo, á la semana siguiente, llevando Fray Juan de Rivadavia, Custodio de estas Provincias, comunicaciones de Garay, que informaban á Felipe II de la repoblación de Buenos Aires, acompañado de Alonso de Vera y Aragón descontados con éste, la mujer Ana Díaz y el fundador, no desmiente el Acta recientemente descubierta, lo que todos los historiadores han repetido: «Que Don Juan de Garay sólo tuvo sesenta compañeros para la fundación de esta Ciudad». Los tres otros testigos, apénas si lo fueron del primer día de Buenos Aires. Entre todos, solo diez eran españoles de España: nada extraño fué que los criollos en mayoría, empezaran desde entonces á abogar por los derechos de la tierra.

## IV

Siempre que hemos predicado sobre el tema de la gratitud de los descendientes, que es como predicar en desierto, nos ha parecido hacen oídos de mercader las ochocientas mil almas, en la última fundación de Garay. Valiente, honrado, confiado hasta el descuido, enérgico, sagáz, activo y organizador, tuvo la visión del porvenir, insistiendo en abrir puertas á la tierra, con cuyo objeto fundó esta Ciudad, que en la Metrópoli se clasificó de

escape, ó puerta falsa, á la única de esta América, por Puerto Cabello. El introdujo también, entre otras muchas cosas buenas, los primeros ganados bovino y ovejudo.

Nada avariento ni vengativo, fué generoso en exceso, por lo que no dejó otra fortuna que su nombre á sus hijas, cuya primogénita casó con Hernandarias de Saavedra, novia muy distinta, en su pobre canastillo, de la más rica heredera mencionada.

.....

Recordamos que en el tercer centenario de Buenos Aires reunimos al rededor de una mesa de fraternidad, representantes de la prensa de todos los colores. Allí, desde lápida con su nombre sobre la piedra angular en la encrucijada, (calle de San Martín y Rivadavia) hasta inmensa Isla artificial en la boca del Plata, rodeada de Puertos, Diques y Depósitos para facilitar la afluencia de cuantos quieran venir á probar fortuna: cuadros, estátuas, colonias, pueblos, monumentos y hasta libros á su memoria, todo, todo se propuso, á razón de proyecto por barba. Cada periódico presentó uno, quedados todo en lo mismo.

Pero hay apasionamientos históricos, y es efectivamente Garay santo de nuestra devoción. Desde que empezó á borronear papel nuestra pluma de tradicionista, uno solo de los aniversarios de *su milagro* no dejamos pasar, sin celebrarlo el 11 de Junio, que milagro de los más grandes fué sin duda, alcanzar con sesenta compañeros, lo que Mendoza no logró con dos mil.

..... .....

No hace mucho, al pasar el Señor Presidente de la República, General Roca, por la Estación que él propuso denominar *Juan de Garay,* en los campos á que éste llegó en su incursión al Sur, uno de los reporters en la inauguración del Ferro Carril al Neuquen, criollo por más señas, preguntó: «¿Quién sería éste paisano tan poco conocido en el pago?» «Un... *indio malo,*—contestaron,—que tuvo aquí la guarida de sus malones hasta que le mataron en la espedición al Río Negro!»

.....

Una vez más, solicitamos del activo Intendente Señor Bullrich antes que deje de serlo, coloque la primera pie-

dra del monumento que debemos al fundador de esta Ciudad, Don Juan de Garay, en el centro de la Plaza Colón, frente al actual Palacio de Gobierno, solar en que levantó el primer fortin, (ángulo S. E. confluencia de las calles Victoria y Colón).

.....

Si algún distraído viajero al arribar á esta playa, interrogára cuáles son sus méritos, ó el fundamento de su estátua, contestáran con más elocuencia sus obras: «Mirad cuanto os rodea, girad la vista en contorno, y cuanto abarca y mucho más, fruto es de esa semillita que hacen trescientos diez y nueve años dejó caer á su paso por esta tierra, sin que en tan largo tiempo, lo háyamos tenido para recordar al sembrador.

*Sábado 11 de Junio de 1899.*

# La última parada

## I

Fué ésta la última parada durante la tiranía, y la única en que formó el tirano.

La mañana del 9 de Julio de 1851 amaneció húmeda, gris, lluviosa, como sus congéneres de toda la semana, del mes, y de todo ese largo invierno tan frío y triste como el del *año negro* (1840). Esto no impidió que á más de los Batallones de línea, en pié desde el toque de diana, lo estuvieran también los Cívicos, en marchas y contramarchas dirigiéndose á la Plaza Victoria. A las diez en punto, hora en que el aguacero yá no era lluvia, sinó diluvio torrencial, el Jefe de la «División Palermo», (2,500 hombres en las tres armas) la extendía en línea de batalla, como larga cinta roja, uniformados de chiripá y bonetes colorados. Una hora después comenzado el Tedeum en la Catedral, al que asistían las corporaciones civiles y militares, continuando la lluvia con tanta fuerza, cayó una de las perillas del arco mayor en la Recoba Vieja, sobre la anciana que conducía dos niños á presenciar el desfile desde el balcón de la abuela.

Al continuar los Oficios en la gran Iglesia casi vacía, donde la nota más saliente eran las banderas rendidas, con malos ojos vistas por Agentes extranjeros, como la lluvia siguiera, el Jefe que mandaba la parada envió á preguntar á Rozas si resguardaría los Cívicos bajo las Recobas, durante el sermón de cierto Canónigo, que entre glorificaciones al tirano y anatemas á Urquiza, más largo fué que sermón de cuaresma.

Partiendo al galope el Ayudante Masculino, detuvo su braceador á pocos pasos del Gobernador, en momentos que rodeábanle curiosos Oficiales de la marina inglesa, dando hurras y vivas, aplaudiendo al verle todo mojado á pié y chapaleando entre el barrial como el último de sus soldados.

—Conteste Señor Ayudante,—dijo—que de cuándo acá el Superior manda pedir órdenes á un Jefe de División.—Con lo que partió Masculino al galope, quedando corrido el corpulento Inspector de Armas, General Don Agustín Pinedo que, calado por la lluvia hasta los huesos, si allí no se heló, fué por estar destinado á derretirse bajo el sol canicular del 3 de Febrero inmediato, muriendo de sofocación en la derrota.

Cuando las campanas anunciaban el acto solemne de *la elevación*, presentando armas todo el ejército, (luego que terminaron las salvas de los buques y el Fuerte) Rozas al mandar echar armas al hombro, exclamó:

«Al Dios de la Libertad! A la tierra argentina, Salud! Gloria perdurable á los ilustres patriotas que acordaron virtuosos el juramento santo de nuestra Independencia de los Reyes de España, y de toda otra dominación extranjera».

.....

Uno de los pilluelos color tierra, asumiendo por sí representación de toda la muchachería, gritó el: «*Gloria eterna al magnánimo Rozas*», que por aquellos tiempos se canturreaba en pulperías y andurriales. *Real y Medio*, famoso Tambor mayor, de altísimo penacho cual sauce llorón caído por la lluvia, le regaló una divisa federal, igual á la que adornaba al perro del Regimiento.

Todo era colorado en aquellos tiempos: librea federal,

color de sangre, cintajos en testeras, pretales y baticolas, del mismo rojo color á que no escapaban puertas, rejas y postes, como cuanto la vista descubría; la ciudad entera revestida del mismo rojo color; largos cintillos colorados á regueros de sangre parecidos; los soldados, sobre la frente; las señoras, en sus trenzas; los civiles, colgando sobre el pecho. Fué ésto sin duda lo que inspiró la postrer estrofa al *poeta-mártir* en la última noche de la tiranía, cuando el mismo Rozas sorprendió maldiciendo su nombre al Jefe de Cirujanos. Atraído por luz que filtraba de su galera, abrió de pronto la portezuela, diciendo con inusitada tolerancia: «Doctor, se ha ordenado no haya luz alguna en el campamento». Un paso más, y hubiera leído la maldición de Cuenca:

«Roja tu cara está; roja tu frente,
Tu pescuezo, tu pecho, ó lo que sea;
Rojo está lo escondido, lo presente
Y lo que ménos quieres, más rojea».

La muerte, dejó inconclusa esta octava.

..... .....

El General Pinedo siguió revistando por retaguardia las tropas que daban frente al Paseo de Julio, y Rozas mandando echar armas al hombro, ordenó media vuelta, repitiendo los vivas:

«¡Viva la Confederación Argentina!»

«¡Viva la Honorable Junta de Representantes!»

«¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!»

«¡Muera el inmundo desertor de la sagrada causa americana, Santa Cruz!»

«¡Muera el asqueroso desertor de la sagrada causa americana, Flores!»

«¡Muera el loco traidor, salvaje unitario, Urquiza!»

## II

Al terminar el *Tedeum*, salía Manuelita Rozas yá con muy reducida comitiva, subiendo al balcón del Señor Riglos para ver pasar las tropas, colocada entre el Ministro de Hacienda Doctor Insiarte, que representaba la per-

sona del Gobernador en la Catedral, y el Señor Southern Ministro de S. M. B., rodeada de algunas señoras y otros Agentes extranjeros.

Rozas contramarchando, emprendió la retirada por el Paseo de Julio. Al enfrentar la casa del General Pacheco, (confluencia de las calles 25 de Mayo y 9 de Julio, antes de la «Bateria Abascal») mandó «¡Armas al hombro!» «¡Vista á la izquierda!» en honor de aquel guerrero de la Independencia.

Llegado á la barranca del Retiro, ordenó al Coronel Hernandez siguiera con la División á su acantonamiento de Palermo, y saltando en el caballo que allí le esperaba, cruzó á galope la ciudad, seguido de sus Ayudantes, hasta la casa de Gobierno, (hoy Correo), de cuya azotea presenció el desfile de las tropas. Marcando éstas *paso de respeto*, como se decía, habían estado esperando en la calle Santa Rosa que el Restaurador de todas las leyes subiera con su galoneada gorra de pastel, á saludar sus buenos federales, quiénes dejaron de serlo pocos meses después, volviéndole las espaldas en la primera ocasión.

De inusitada solemnidad se empeñó Rozas en rodear aquella su última parada, que así la presentía, desde que declaró al más poderoso de sus sostenedores «loco, traidor, salvaje unitario», á consecuencia de su pronunciamiento dos meses antes.

A ocho mil cuatrocientos ochenta hombres, ascendieron los que formaron en ese aniversario de la indenpencia, incluida solamente una compañía de cada uno de los cuerpos del ejército de línea y milicia, con sus cuarenta y tres piezas de artillería volante.

A la muchichanga zaparrastrosa y embarrada, indispensable avanzada de todo desfile, seguían los altos gastadores, que parecían más gigantes con sus morriones de media vara sobre el largo mandil de blanca gamuza, llevando al hombro hachas, picos y palas. Pitos y tambores, chinescos y medias lunas, el bombo y los platillos formaban la banda de música. Trás el primer batallón al mando del Coronel Quevedo, de blancos *vericuis* cruzados sobre el pecho, seguían: el del Mayor Aguilar; del Comandante Ximeno; de Romero (D. S.) el Batallón

«Serenos» del Comandante Larrazábal; el del Teniente Coronel Herreras y del Mayor B. Romero. En pós de la Brigada, brillante Artillería de Chilavert, (cada cañón tirado por doce artilleros y escoltado por dos cuartas de diez y seis), cerraba la columna el «Escuadrón de Abastecedores» á las órdenes del Coronel D. Valerio Sanchez, todos uniformados de colorado.

Entonces no marchaban como al presente ambulancias de la Cruz Roja á retaguardia, y muchos fueron los enfermos, que por tan fría y prolongada lluvia, cayeron postrados. A más de uno, tocó en la parada el punto preciso donde caía á plomo grueso chorro de agua del saliente caño de azotea, permaneciendo sin moverse horas enteras bajo martirio tan inquisitorial. Otros mal abrigados y peor alimentados, todos en ayunas, caían extenuados ó entumecidos. A pesar de que Rozas pretendiera desplegar en aquella última parada todo su poder, haciendo ostentación de fuerzas, muchos de sus soldados, pálidos y macilentos, decaídos del entusiasmo federal de pasados tiempos, más semejaban espectros movidos sin voluntad, asistiendo á los funerales de la Santa Federación que el tirano personificaba.

## III

Pocos meses después el escenario se hallaba transformado por completo. Parecía que la Patria Vieja y los hombres de Mayo resurgían con nueva vida. Era el propio autor del Himno Nacional Gobernador de Buenos Aires, y se vieron por vez primera los últimos restos de los militares de la independencia congregados bajo las bóvedas de la Catedral, rogando á Dios no volviera ningún tirano. Ausente el Gobernador propietario, otro glorioso General le sustituía, Brigadier Don Manuel Guillermo Pinto. El Secretario predilecto del Protector, General Guido, mandaba la parada, y el hermano político del mismo General San Martín, Coronel Escalada todavía con garbo y gentileza, llevaba la primera bandera de la Guardia Nacional.

Todo había cambiado, cual si la fuerte lluvia pa-

sada hubiera lavado, ó destiñera el rojo. Nueva mariposa salía de la crisálida esplendente de brillantes colores; un pueblo activo, alegre y animado, demostrando su expansión entre vivas y gritos de entusiasmo, llenaba calles, plazas y paseos. Celestes y blancas eran las banderas que adornaban balcones, puertas y ventanas, y de blanco y celeste marchaban en fila numerosas escuelas infantiles. Gallardetes, estandartes y banderas, revestían los arcos, el Cabildo, la pirámide, las recobas; festones y guirnaldas, cenefas, cintas y colgaduras, como el cielo azul celeste que, al cruzarle majestuosa nube blanca sobre aquella misma plaza la lluviosa mañana del 25 de Mayo de 1810, diseñó los colores de la bandera, al pueblo que nació aquel día.

¡Qué de músicas y cohetes, bombas y griteria poblaban los aires, de movibles multitudes atropellándose á la plaza Victoria, reflejando todas las caras satisfacción por veinte años comprimida. El hijo de un Virrey guardia de Corps de Carlos IV, Teniente Coronel José Olaguer Feliú, como maestro de ceremonias, daba colocación respectiva por antigüedad á los Jefes, restos de los gloriosos soldados de la Independencia, que concurrían á orar por la felicidad de la Pátria, en las naves adornadas con banderas rendidas por el esfuerzo de sus hijos. Llenos de escudos, medallas y condecoraciones lucían, al lado del Almirante Brown: los Generales Alvarado, Paz, Martinez, Insiarte, Pacheco, Lamadrid, Pirán, Coroneles Zapiola, Guido (R.), Rodriguez, Espejo, Olazábal, Quesada, Singler, Segui, Somellera, Pedernera, Frías y otros.

Cuando á la conclusión del *Tedeum*, formados en masa alrededor de la pirámide los Batallones del Coronel Echenagucía, de Rivero, Virasoro, Madariaga, la brillante Artillería del correntino Solano, la Guardia Nacional y el ejército todo, el ilustre General Guido, empezó aquella elocuente proclama: «Cuarenta y dos años há que el pueblo de Mayo se reunía sobre el mismo suelo que vuestras columnas ocupan»... Al concluir entre aplausos, los ancianos lloraban y la multitud atropellábase á besar el obelisco de Mayo.

## IV

¡Con qué entusiasmo celebrábanse en aquellos tiempos las fiestas pátrias! Como si la Pátria saliera de prolongado aletargamiento, todo el mundo se echaba á las calles, y estrecha era la plaza para contenerlo. Por todas partes músicas y gritería, cohetes y bombas; la atmósfera gris impregnada de pólvora, recordaba el acre olor de los combates dados para poder congregarse un pueblo libre.

Las fiestas populares seguían, y los niños que habían saludado cantando al rededor de la pirámide, el primer rayo del sol, subiendo al tablado, en danzas alegóricas y giros armoniosos, entretegían cintas celestas y blancas. Al concluir el baile, el mayorcito de los escueleros pronunció una loa tan conmovedora, que á su final se vió más de un anciano de la *Patria vieja* secando lágrimas. Preferidas diversiones eran: calesitas, el palo jabonado, rompe-cabezas, á toda hora rodeado por muchachería bullanguera, entre arcos moriscos que adornaban la plaza, festonados por guirnaldas de flores y bombas de luces celestes y blancas. Hasta un ensayo anticipado de iluminación á gas, se probó en las noches del 29, 30 y 31, pues que por lluvia del 25, postergáronse las fiestas. La célebre Nerea cantaba en la Victoria el Himno Nacional, en sustitución de los vivas de Santa Coloma *al magnánimo Rosas,* al levantarse el telón, repetidos el Nueve de Julio. El elocuente Canónigo Flores glorificaba el aniversario de la Pátria, desde el mismo púlpito en que se endiosara al tirano el año anterior. Cuando se elevaba majestuosamente el gran globo desde el Cuartel de Echenagucía (hoy Universidad), empezó en el mayor órden y alegría el baile de los soldados de tan distinguido Batallón. En él hicieron acto de presencia emigrados como: Don Juan María Gutierrez, Gorostiaga, Ferreira, los Doctores Somellera y Cárrasco, entremezclados con jó-

venes militares: Mitre, Hornos, Conesa, Pirán, Bustillos, Lezica, y otros beneméritos Jefes, que regresaban á la apertura de las puertas de la Patria.

Hubo explosión de entusiasmo pátrio que duró por toda una generación, la que asistiera á la caida de la tiranía. Luego, frío más glacial que el de crudo invierno, fuese extendiendo é infiltrando poco á poco desánimo aletargador, desvaneciéndose como en penumbres lejanas la conmemoración de glorias argentinas.

Yá no quedaba en pié testigo alguno del 25 de Mayo de 1810. Iba todo entusiasmo y manifestación de regocijo borrándose, en nietos olvidadizos de hazañas de ilustres abuelos. Parecía que el 25 de Mayo amaneciera en mañanas más crudas. Prudente era precaverse de influenza y fríos, que en las más heladas montañas no habían achuchado á los viejos que nos dieron patria. Prudente se encontraba también nó mortificar sentimientos en extranjeros, que al alzar la vista durante la celebración de fiestas pátrias, miraban con malos ojos en la Metropolitana banderas inglesas, españolas, portuguesas, trofeos rendidos por el esfuerzo de nuestros padres.

.....

No ha pasado medio siglo del aniversario que festejábamos con nuestros compañeros de escuela, el año de la caida del tirano, cuando ya se proyecta suprimir la conmemoración de la Independencia.

¿A qué tanto cohete inútil? ¡Tanto ruido por nada! Los jovenes de la Guardia Nacional se cansan de estar parados. Sin duda no descienden de aquellos férreos guerreros á quienes no fatigaron sierras y montañas. Fundamento de nuestro bienestar fueron sus sacrificios. Pasaron. Solo nos quedan muertos ilustres. ¿Para qué recordarles? ¿Estará á punto de extinguirse entre los argentinos el sentimiento de patriotismo?

Próximos á desaparecer: el Himno, la Pirámide y la conmemoración pátria, hay yá quien se atreve á proponerlo! no será difícil que el 9 de Julio de 1916, en vez de

encontrarnos: las manos entrelazadas nacionales y extranjeros, cantando el Himno Nacional al pié del obelisco de Mayo, revestido de mármoles de las catorce Provincias pregunte alguno al pasar: «¿Qué hubo en el centro de esta plaza?» Tal vez el más avisado de los escueleros llegára á interrogar:—«Papá: ¿qué celebraban el 9 de Julio que me han contado no había ántes escuela en ese día?

.....

# El Cuarto de San Martín

## I

La *Casa del altillo, del encuentro, la Casa del abrazo,* llaman á la que, en el camino de Tucuman á Salta, sobre el Río Yatasto, se encontraron por vez primera Belgrano y San Martín, que no se movió de su sitio; pero el último Cuarto de éste, también célebre, es un *Cuarto viajero* y en Brunoy, Boulogne ó Buenos Aires, siendo uno sólo, en tres partes distintas estuvo.

Cnentan que la Santa Casa donde moró María Santísima, cierta Noche-Buena sin luna, se la robaron los ángeles, conduciéndola cerca de Roma (á Loreto), donde actualmente se visita, y con sus mismas dimensiones se encuentran en Nazareth sus cimientos, que por pesados no alzarían con ellos. Sin la reproducción de tal milagro, mientras que descubrimos como, por arte de Birlibirloque, vino del uno al otro mundo este Cuarto encantado, recordaremos un poco de historia vieja del olvidado Libertador de medio mundo.

.....

Cumplen cuarenta y nueve años que espiró el gran Capitán, quién con menos batallas obtuvo más resultados.

Recien llegado de Europa, y como para sentar la fama que le precede, apenas dá una carga de caballería en territorio argentino, y no necesita dos, porque sus famosos *Granaderos á caballo* despejan todo el campo. Pasa los Andes, y distrayendo el ejército enemigo, que se crée invadido por todos los boquetes de la Cordillera á la vez, le deshace en una sola batalla. Un año trascurren los politiqueros de uno y otro lado de la montaña, entre si deben ó nó auxiliar el ejército de su mando, para dar el golpe de gracia en la Capital de los Virreyes. Mientras rencillas civiles abren más buracos que el enemigo, con refuerzos del mismo Perú, vuelven á presentar todas sus fuerzas, las mismas que, en otra batalla á orillas del Maipú, dispersa para siempre. Con figuras de contradanza, aproximaciones y círculos concéntricos, esparciendo sus guerilleros por el interior, y aproximándose paso á paso á la Capital de Lima, toma ésta sin tirar un tiro.

## II

Habíamos tenido ocasión de saludar su cuna en Yapeyú, recorriendo todos los campos de sus victorias; recordado en el de San Lorenzo al valeroso correntino Cabral que le salvó; en Chacabuco y Maipu las más bellas páginas de su historia militar; como en Lima, cuyos peruanos le aclamaron su Protector; en Guayaquil, la sala del célebre abrazo; habíamos seguido las huellas de sus pasos sin alcanzar algo palpable, y hubiéramos seguido hasta el fin de la tierra por tocar lo que de él restaba, y prosternarnos ante sus cenizas venerandas!

Al fin llegamos! Entre un baile y una comida de amistad, ofrecida por su hija con la más esquisita galantería, se nos presentó la ocasión deseada. La noche del 25 de Mayo de 1872, celebrando en la Legación Argentina de París el aniversario pátrio, que en parte alguna se festejaba como allí, pareciendo flotar la sombra

amada del padre de la Patria dentro del hogar de sus hijos, el Señor Ministro dijo al despedirse: Se ha bailado, divertiendo á los vivos, y brindando por los manes del héroe de nuestros compatriotas; mañana visitaremos sus restos.

Y así fué. El próximo Domingo el Señor Balcarce nos esperaba en su hermosa Quinta de Brunoy, con su distinguida esposa la Señora Josefa San Martín y Escalada, su hija Josefa Balcarce y San Martin de Gutierrez Estrada, el esposo de ésta, y la hermana del Señor Ministro, María Balcarce.

Atravesando la Quinta descendimos al pequeño Cementerio, y ante el sepulcro del General San Martín caímos de rodillas, contemplando la urna cineraria que guarda los restos del más grande americano. Hoy dentro más rico sarcófago, se custodian en nuestra Catedral Metropolitana.

Este gran hombre de bien que la historia señala el primer argentino, habitó sus últimos seis años en el Cuarto que describimos, antes de su breve gira por Enghien y otros balnearios buscando restablecerse, hasta llegar á Boulogne, donde le sorprendió la muerte. Recordamos que en esa piadosa peregrinación acompañábamos otra ilustre dama argentina, la Señora Isabel Alvarez de Viñal, hija del General Alvarez Thomás, y el joven Gregorio Lezama. Delante las cenizas del General, nos refirió la propia hija, los últimos momentos del padre querido.

## III

Levantado contra la voluntad del Médico en cuya casa se hospedaba, sintió de pronto un nuevo ataque, recostándose en el lecho de la hija, á cuyo aposento había pasado. En aquel su último día, (17 de Agosto de 1850), rodeábanle, á más de la hija y el Señor Balcarce, el Médico Mr. Jordan, y su familia tan caritativa; el Señor Rosales, Ministro de Chile, (que siempre se encontró bien un chileno al lado de una gloria argentina) y el

Abate Haffreingue de la Catedral de Bolonia, en cuyos brazos espiró como á las dos de la tarde. Cuando al día siguiente llegaron el Señor Don Félix Frías y Don José Prudencio Guerrico, rezaban al pié del féretro dos Hermanas de Caridad, y el Señor Frías tan patriota como piadoso, puso un Crucifijo de marfil sobre ese abnegado corazón que yá no latía.

La iniciativa del Director de nuestro Museo Histórico, Señor Carranza, (digno sobrino del erudito historiógrafo y anticuario Doctor Angel Justiniano Carranza, que las letras argentinas llorarán por muchos años), tan incansable coleccionista de todo un pasado glorioso, acaba de restaurar con los mismos muebles, el último Cuarto de San Martin en el Parque Lezama, y en el mismo aposento del malogrado joven recordado.

Aquí llegamos al *cuarto viajero*, que sin moverse, se echó á andar, fenómeno (aún en el siglo de la electricidad, del movimiento contínuo y de las luces) á milagro mayúsculo parecido, si no aclaráramos el sucedido.

Cuando fué Albacea de su buen amigo el Banquero Aguado compró San Martín la casa de campo de *Gran Bourg*, en el Parque del Marqués de Brunoy, vecina á la del trájico Talma, (Luis XVIII había conferido el título de este Marquesado al Duque de Wellinghton, en agradecimiento á su victoria de Waterloo) dominando el valle que cruza Yéres, á medio camino del Ferrocarril de París á Fontainebleau. Tuvo este Cuarto dos ó tres transformaciones, pero el mobiliario fué siempre en igual colocación dispuesto. El de la pieza contigua al comedor en Brunoy, había sufrido ligera modificación, de cuando le visitaron los Señores Varela (Don Florencio 1844) y Sarmiento, cinco años después. Trasladado á Boulogne sur-Mer, fué restablecido en Brunoy como le describimos en 1872, y reconstruido hoy en nuestro Museo con toda fidelidad, según el croquis de la Casa Grande Rue 105 Boulogne-sur-mer, Departamento del Pas de Calais donde murió. Entrando á la derecha, por la puerta que abría el jardín, donde en el Cuarto de Boulogne aparece la chimenea, estaba el sencillo *toilette*, y en la cabecera contigua, al lado de la baja cama de hierro, el pequeño velador. En la pared que

sigue, donde señálase una puerta, habia un armario y dos sillas á uno y otro lado del sofá; sobre ese mismo muro y á los costados del paisaje de Chacabuco, dos pequeñas *marinas;* en el otro testero, frente á la cama, un escritorio; sobre él, el retrato de Bolivar grabado, y arriba de éste, el de San Martín al óleo envuelto en la bandera, y debido al pincel de la profesora de su hija, (Bruselas 1832). Una silla frente á cada ventana ocupaba el cuarto costado, decorando el primitivo muro de entrada cuatro *marinas*, principales episodios del combate de Abukir.

Sobre la chimenea en el centro de esta pared, (entrada al jardin en Brunoy) y en el muro de enfrente, antes y después de la muerte de San Martín, se veía el reloj de mármol coronado por la estátua en bronce de Napoleón, entre dos pequeños candeleros del mismo metal. Al centro de la habitación la pequeña mesa cubierta de paño verde, y en su testero el sillón. Cerca de ella, todas las mañanas se ocupaba con suma prolijidad en limpiar sus *chismes de guerra,* como llamaba el General á la espada, pistolas de arzón y otras viejas armas. Sobre el alto escritorio, la caja de cigarros y pajuelera.

Entre los cuadros que adornan su aposento aquí, falta una pequeña *aguada* de su pincel, (tan aficionado el padre á las *marinas*, como la hija á retratos al óleo), representando el combate en que su Regimiento de Murcia se batió contra el mismo Nelson en el Mediterráneo, el 12 de Febrero de 1792.

¡Reservado estaba á otro 12 de Febrero, hacerle célebre en Chacabuco!

## IV

En tan estrecho cuarto del más grande de nuestros guerreros, se refleja la sencillez de sus costumbres en lo modesto de su mobiliario, llamando sólo la atención algunos objetos por los recuerdos que despiertan. Así en los pasadores y cerradura de la puerta de entrada, leíase: *Luis XVI me fecit*, de propias manos del Rey cerrajero;

y el Estandarte ofrecido por la Municipalidad de Lima, bordado por la madre de Cárlos V., según díceres. Contemplando estos objetos, dió márgen á la espiritual observación de un republicano francés durante la última visita de Sarmiento á San Martín: «Guerrero que independizó medio mundo, bien merece que, bordados de una Reina adornen su dormitorio, y cerrojos de reales manos guarden recuerdos de sus glorias».

En otra ocasión, en que Sarmiento y el señor Guerrico le explicaban las crueldades de Rozas, á quién San Martín resistía creer tan tirano, medió la célebre escena entre las nietas del General, que en todo era grande.

Quejosa y *haciendo pucheros* se acercaba la nietecilla á refugiarse entre los pliegues de la ámplia capa del viejo abuelo, y lloriqueando repetía tener frío su muñeca, cuyo vestido acababan de romper. El grave protector de pueblos y muñecas, interrumpiendo la conversación de sus amigos y el mate amargo en el ostracismo, más dulce cuanto más lejos de la Pátria, abriendo el ropero sacó unas cintas amarillentas y descoloridas, diciendo al dárselas: «Toma hijita, abriga bien tu muñeca con ésto».

A poco rato, fijándose los anteojos la señora Balcarce, y alzando la cinta que la nietecita consolada dejó caer, al leer en letras casi borradas: *Bailén, 8 de Junio de 1808,* dijo:

—Padre, ¿Vd. no se ha fijado en lo que dió á la niña? ¡Es la cinta de la decoración que el Gobierno de España acordó á los vencedores de Bailén!

—¿Y qué?... Para qué sirven todos estos cintajos y decoraciones, si no bastan á detener la lágrima de un niño?

.....

Sobre esa misma mesa central escribió San Martín la nota en que ofreciera á Rozas su espada, por haber protestado contra la invasión extranjera, defendiéndose en el *Paso de Obligado* de la Escuadra Anglo-francesa:

—Yo no creo tan tirano al General Rozas, contestaba á los emigrados unitarios,—es preciso hayan decaí-

do muchos los argentinos que yo conocí, para que se dejen dominar por quien Vds. llaman *un cualquiera.* Exajeran sin duda; las luchas fratricidas donde se antepuso la ambición al patriotismo, les habrán debilitado? ¡Cuántas veces, sólo la mano de un Gobierno fuerte logra reprimir contiendas civiles, que son la ruina de la Nación. Al fin Rozas, ha defendido siempre la Independencia Americana!

.....

Por observar estrictamente toda fidelidad al modelo que la nieta del ilustre prócer envió del Cuarto histórico restaurado en nuestro Museo, su dilijente Director no ha creido oportuna la observación de coleccionar dentro de él, todas las reliquias del Gran Capitán. En otras salas se conservan con igual cuidado: el uniforme de parada, que pocas veces vistió el que no fué General de parada, (tan ricamente bordado en Lima, como sólo se bordó otro para Bolivar); sus veneras, medallas y condecoraciones; sus pistolas y otras armas, pero sobre todas, la reliquia de mayor importancia del Protector: *su corvo sable de los Andes*, que brilló sobre las altas cumbres como la más resplandeciente aureola de su gloria!

# Amor que mata

# Amor silencioso

## I

El 7 de Octubre de 1859, acompañábamos como Ayudante al Señor Coronel Don Martín Arenas, Jefe Militar de la Isla de Martín García, regresando de inspeccionar los trabajos de la nueva «Batería Buenos Aires», que siete días después había de saludar á cañonazos la Escuadra de la Confederación, comandada por el Vice-Almirante Cordero, de cuyo entierro regresamos hoy, á los cuarenta años. Pasando por el camino de la Cruz que conduce al Puerto Viejo, el artillero de Ituzaingó, que á pesar de la nerviosidad de su expresión era muy observador, se detuvo al borde de la más profunda cantera. Su buena vista descubrió flotando á nivel del agua, un par de zapatos como de persona caída en el abismo. Inmediatamente ordenó al Capitán Andrés Sisco bajára con algun picapedrero práctico. A poco rato, pasó el parte de haber pescado un cuerpo de mujer, que el Médico de la isla Doctor Casullo reconocía ser de Carolina Cavallero.

Encargándosenos entonces levantar el sumario para esclarecer el por qué aquellas dos chancletas flotaban en verdosas aguas estancadas, de sus antecedentes exhumamos hoy la tradición, que en nuestros papeles de tantos años archivábamos bajo el título: «*Amor que mata!*

## II

Separado Martín García por la estrecha Canal del Infierno de los amarillentes arenales en la costa oriental, que resplandecen bajo el sol como extendido manto de oro, las corrientes del Paraná y el Uruguay que forman el inmenso Plata, se mezclan al rededor de la verde isla, bien llamada la llave de ambos ríos, brillando á lo léjos como una hermosa esmeralda.

Morena y esbelta, desarrollada entre los aromeros y ceibales de aquel canastillo de flores en medio de las aguas, era Carolina la más modesta y retraída muchacha de la Isla. Alta y callada, al lado de la madre tinaja por lo ampulosa, parecía el palo ó pala de revolver lejía, para la ropa de toda la vecindad que entre ambas lavaban. Rubios cabellos sombreaban sus mejillas llenas, y un par de grandes ojos más azules que las aguas que rodean el peñasco, animaban su semblante.

Todas las tardes se le encontraba sentada con su costura en la falda, al pié de la Cruz que el año anterior había dejado el Ilustrísimo Obispo Escalada, en la primera Misión religiosa á la Isla que recuerda el nombre del timonel de Solís. Pasaba largas horas haciendo calceta ó *cribos*, mirando al cielo y también á los Oficialitos que subían ó bajaban la cuesta á la hora de lista, y á todas las horas. Silenciosa, séria y contemplativa, parecía muda imágen de la melancolía, contestando, cuando contestaba moviendo apénas la cabeza, con un «buenas tardes». Pero entre los jóvenes de la guarnición el Alférez Cárlos, espigado, altivo, de desenvueltas maneras y lengua suelta, fuera porque hablára el dialecto napolitano de sus padres, ó por su simpática fisonomía, más atrayente con sus finos modales, le impresionó desde el primer momento, tuvo

privilegio de hacer entreabrir esos apetitosos lábios de cereza, bien fuera con uno que otro monosílabo más ó menos esplícito. Si sus lábios pronunciaban poco, sus ojos hablaban mucho.

El *tío Pipa*, como llamaban al padre de Carolina los barqueros del Puerto Viejo y del Canal del Infierno, por la cantidad de líquido que como esponja absorbía, cuando alguno de sus compadres bromeaba sobre alhaja tan preciada, solía contestar, que del amor en público no temía: la niña estaba guardada por el cerrojo de su virtud. El que la *pastoreaba* hacía el gasto de toda conversación. Sus largos *sólos* tenían por testigos los pasantes del camino real, que eran muchos, y los ojos de su mujer que eran de muy larga vista. Trás de tan asíduo cortejo, la jóven empezó á sospechar donde la conduciría el caminito tan bien pintado por Cárlos, pero yá el diablo tentador había conmovido suavemente su corazon ávido de emociones en quien, si no sabía leer en carta, deletreaba de corrido la malicia del percundante.

Pasó uno y otro día, y al fin de tantas pasadas volvió á encontrarla al pié de la Cruz, la tarde que, habiéndole llegado el collar de corales encargado á su rubia lindera en la Plaza Libertad, consiguió á su ruego, después de muchos dimes y diretes, ajustar su broche sobre el blanco cuello de la esquiva y agreste beldad. Si ella, ruborosa y sorprendida lo aceptó, la madre uraña le devolvió inmediatamente.

—¿A qué viene eso? Nada tienes que aceptar de un hombre,—reprendía á la pobre, colorada como la amapola de su huerta. ¿No tienes vergüenza te vean en larga conversación todo el día con un recién venido?

—Pero nó en secretitos.

—Yo no sé de qué! Eso no más faltaba, te lo trajeran todas las noches al lado del fogón.

—Y qué tiene, si el pobre tirita en la Batería?

—Que se enfríe ó achicharre; le han traído para cuidar tu casa, ó para que le cuides?

—Para defendernos á todas, porque dicen que hay unos hombres muy malos, que vienen en los barcos á robarnos, y hacernos no sé qué cosas...

—Yo lo que te digo, es que no sigas con ése. Mañana ó pasado relevan la guarnición, se vá con la música á otra parte, y cuando vuelva *Bachichin* de Martín Chico, le van á contar que has andado hablando con un desconocido.

—Si ya le conozco.

—Sí, pronto se conoce á los hombres. Ni después de muertos.

La muchacha se fué lagrimeando al rancho, é hincóse al borde de su cama, preguntando á Santa Bárbara bendita (patrona de imposibles) si hacía mal en lo que hacía, ó era un imposible lo que deseaba.

## III

Pasó un mes y otro más, y los diálogos en las encrucijadas seguían, ya á la sombra de la Cruz, ó á la entrada del espinoso monte de aromeros, (donde no penetraban de temor á las espinas y otras cosas), se prolongaban entre un jóven demasiado despierto, y una niña demasiado apagada, aunque no yá tan adormecida en la hora del despertamiento de las pasiones. A su obstinación, vino á agregarse la contra materna que faltaba para impulsarla en desfiladero cuesta abajo, tan fácil de resbalar.

Tres meses duraron estos amores al aire libre, los que por parte de la inocente víctima habían llegado á su período más álgido, cuando la Compañía con que Héctor Varela relevara la de Avelino Anzó, fué á su vez sustituida con la del Capitán Don Francisco Giménez, hasta el presente tan entusiasta patriota como entonces.

Si larga fué la lista de tenorios de una y otra, en que Manuel Rodriguez, Cateura, Lobato, Boneo, Salazar, el Ayudante buen mozo, el rubio Thörne y demás Ayudantes de Arenas, Marotta, Jáuregui; Becar, (Cosme), Barbará. Casalla, Eduardo Basavilbaso, Smith y otros merodeaban, sólo el Alférez Cárlos de la «Batería Buenos Aires» dejó profundamente impresionado el corazón de una bella isleña.

Tan á lo sério tomó la faláz promesa del tenorio

porteño, que al saber su próxima partida, á su natural adusto y reservado acentuóse profunda melancolía. Pero la verdad es que aquel galanteo á noventa días vista; (entretenimiento en el estudiante-soldado, que si hacía su primera campaña militar veterano era en otras, ducho y acorazado, creía poder jugar con el corazoncito de inocente campesina), raíces más profundas que la cantera donde trabajaba su padre habían echado en ella las esperanzas risueñas, las ilusiones infinitas que bajo un cielo color de rosa esparcían sus palabras de miel.

La noche última llegó. El día siguiente al toque de diana, debía reembarcarse Cárlos con su Compañía para San Nicolás de los Arroyos. A larga sobremesa de la Oficialidad, en la del Capitán Varela había seguido función de bufos, que llevara para amenizar lánguidas horas de guarnición, descostillando de risa las bufonadas del Conde Manguí. el canto del negro Vaccani y personajes como *Don Pepe el de la Cazuela y Bayoneta Calada.* Poco después se comentaba la farsa de estas figuras, que casi llegaron á ser históricas, en *el fogón de los Generales*, como algún clarovidente pudo denominar el en que *mateaban* Campos, Garmendia, Bernal, Molina y Máyer que á tan alta graduación llegaron, cuando agazapándose el travieso Alférez del grupo se perdía entre las sombras, yendo á saltar el cerco de su adorado tormento, donde entre dos sueños, la virtud adormecida despertó al éco del bien amado.

De «amor», «amor mudo» ó «sin palabras», de *mátalas callando*, chafaban sus convecinas á la pobre Carolina por aquellos amores de tan intensa violencia en el corazón de la silenciosa, como banales en el irreflexivo tenorio de campamento.

Media noche era por filo, cuando la afiebrada jóven desesperada revolviéndose en su lecho sin poder dormir, entre suspiros que levantaban éco dentro el corazón maternal, en la pieza inmediata oyó un golpe en su estrecha ventana, como el que otras noches oyera sin contestar.

– Qué me querrá?—y entre la duda y los temores, aproximóse temblando adonde no había querido llegar.

—¡Te vás y me dejas, después de tantas promesas, de tantas mentiras!—dijo.

—Me voy y te llevo. Qué quieres, los deberes militares son primero; vamos: el barco que nos conduce está al pié de la barranca, el campo está desierto, y el patrón te vá á ocultar de todos hasta que traspongamos el río.

—Imposible! Yo soy doncella honrada; si pude prometer ser tu mujer, jamás consentiré ser tu manceba. Tú me perseguiste, yó te rehuía, y al fin de tantas noches de insomnio, de fiebre, de vacilaciones, cuando estás seguro de mi cariño, te me vás. Separación por siempre, pues ni tú puedes llevarme, ni yó puedo seguirte. Sólo has creído á medias en la honradez de mi amor, sin duda porque tan pronto dí oídos á tus palabras. Cómo crées abandone mis padres que me cuidaron desde chiquita, por seguir á un hombre que al día siguiente de contestar á su cariño, me deja así, sin ninguna esperanza?

—La guerra tiene imposiciones ineludibles.

—Ay! No dijistes eso antes! Aquí todos ustedes no han venido á hacer otra guerra que á las pobres muchachas de la isla, burlándose de su ignorancia. La que no ha volado, la han abandonado. Yó vivía tranquila con los míos, haciendo calzeta y sin hacer caso á *Bachichin*, el preferido de mi madre para mi. Y ahora te vás y me dejas desesperada.

—Estamos en guerra! Qué quiéres! Donde manda Capitán...

—Pero la guerra no es toda la vida. ¿Volverás?

—El soldado no siempre tiene vuelta. Vén conmigo. Sígueme. ¡Vamos!

.....

Y en estas y otras reflexiones, el viento entrometido dió un portazo, cerrando con estrépito el postigo, y levantándose la madre á tan providencial aviso, interrumpió la insidiosa cita.

Grande fué su sorpresa, y si nó despertó al padre, para que con la tranca de la misma puerta denunciadora

alejara al importuno, fué porque de más sabía, difícil era su despertar bajo una *tranca*, más pesada que la de ñandubay, la de infernal coñacón que á diario propinábase noche á noche en la pulpería del Puerto viejo.

## IV

A la mañana siguiente, cuando entre el Yeruá y el Río Bamba cruzaba el vapor «Constitución», remontando la corriente hasta la embocadura del Guazú, dos humos se elevaban: el del barco que se alejaba, y el del fuego prendido en el mismo sitio de las frecuentes citas, consumiendo cuantos recuerdos el ingrato le obligára furtivamente á recibir. Más tarde, como la Vírgen al pié de la Cruz, desde sus gradas mústia y silenciosa, divisaba entristecida la engañada Carolina, entrando á las islas del Delta, el Vapor que llevaba á otros amores y á otras campañas, al primer hombre que había amado.

—Quiera Dios que sufras como me haces sufrir, que engañado por otras, encuentres la muerte donde corres á buscarla,—exclamó la napolitana iracunda, al ver llorando su hija sin consuelo.

Desde ese día simismando y pensativa vagaba de la Misión á la Batería, de ésta á la entrada del monte de espinillos, caminito al Canal del Infierno, frente á la costa oriental, donde intentó arrojarse corriente abajo, prendida á la cola de la yegua blanca en que se escapaban los desertores. Continuamente se le veía al borde de las canteras más profundas, hasta que después de tres días de lluvia se arrojó á la más inmediata.

Una semana transcurrió sin encontrarse la desaparecida, y como de cualquier modo, la madre que era demasiada gruesa para caer en soponcios, única sabedora de la cita sorprendida, cansada de buscarla por todas partes, volvía al padre Pipa diciendo:

—«Si quieres encontrar nuestra hija, sigue las huellas del Alférez Cárlos». A tal punto estaba convencida que su Carolina de tan buen corazón, á quién había

trastornado el seso las palabritas del Oficial en mala hora venido, apasionada y sin saberse defender, loca de amor, habría saltado por la ventana.

Una semana después de la desaparición, y dos del reembarco de los Guardias Nacionales, las chancletas de la sumaria descubiertas por el Jefe de la Guarnición, vinieron á desmentir la sospecha de la madre afligida. Rapto, suicidio ó fuga, en cualquier forma quedaba sin hija, é inculpando al estudiante que no había llegado á estudiar el efecto de pasión, insidiosamente infiltrada en el inesperto corazón de una sencilla campesina, rebosando de ira en *vendetta* napolitana, maldijo aquel falso amigo, ante el cadáver de su hija.

El Doctor Casullo, constató la muerte «asfixia por inmersión», al entregar al Jefe del Detall, Mayor Jaúregui una piedra del peso de media arroba, que con su propio delantal había ceñido al cuello. Y la madre llorando, al abrir la burda camisa de la pobre Carolina, arrancó de su cuello el collar de corales que le había reiterado, y al arrojarle á la cantera del suicidio, cerraba el puño y mirando el cielo, repetía su maldición á Cárlos:

—Permita Dios que pronto encuentres muerte á ésta semejante, y que tu madre sufra como me haces sufrir!

.....

Cinco años no pasaron, cuando yá Capitan de línea, enviado á sofocar una de las montoneras con que el célebre Chacho merodeaba en los llanos de La Rioja, entretenido en bailoteo y zamacueca de rancho del camino, á tiempo que caramelaba á una hermosa riojana, sin duda por el parecido á su primera víctima, fué sorprendido en preparada celada y pasado á cuchillo con toda su partida.

Supo luego la desesperada madre de Carolina que años antes, al hermano mayor le había hecho asesinar por celos y despecho su propia suegra, y el menor, jugando al barrilete, cayó de la azotea haciéndose pedazos á la vista de la propia madre.

La maldición de otra madre desgraciada se cumplía con exceso!

.....

Jóvenes soldados que cuando salís á campaña se os hace todo el campo orégano, acordaos que dejais una madre en el hogar, y acaso hermanas expuestas en la orfandad. Recordad que:

«También la gente del pueblo
Tiene su corazoncito».

# Traición de amigo

## I

La oscura noche del 5 de Julio de 1827, encapotada y ventosa, salían del antiguo *Café de los Catalanes* en esta Ciudad, tres hombres, tres amigos al parecer, que siguiendo por la calle hoy Cangallo, al llegar á Esmeralda doblaron á la izquierda, abriendo la puerta bajo el número 7, trás la que apénas pudo entreverse á la luz del relámpago, una estrecha escalera empinada y en tinieblas.

Sin duda habrían comido fuerte los misteriosos personajes envueltos en grandes capas, pero por más que intentaban perturbar al de mayor edad, más alegres aparecían sus acompañantes, habiendo acaso buscado en contínuas libaciones la decisión de cabezas exaltadas.

—Yo no entro,—dijo el primero. Esta oscuridad expone á romperse una pierna. La lluvia vá á caer, y hemos bebido mucho. Estoy cansado; mañana es lo mismo.

—Nó, hombre; yá estamos aquí y nos refugiaremos mientras pase el chubasco. Entremos.

Y el diálogo fué cortado al asomar otro personaje en lo alto de la escalera con una luz en la mano, diciendo:

—¿Ya están aquí? Suban pronto y cierren la puerta, que el viento apaga la vela.

—¡Ah! bueno; si está mi tocayo — dijo Alvarez, que era el de edad provecta,—entraré; pero no nos detengamos mucho. El ruido de sus propios pasos en la vieja escalera, impidió apercibiera el de cerrojos echados á la puerta de calle, agregando:

—Pero esto se halla muy desmantelado. ¿Dónde está el piano que venimos á probar?

—Más adentro. Siga no más; yo le guiaré,—contestó Alaga, el de la luz.

Vacilante Alvarez, entraba confiando en las palabras de éste, que como el mayor de los calaveras en cuyas garras había caído, solía librarle de pesadas bromas de sus compañeros.

—Aquí no hay nada, ni silla en qué sentarse,—repetía al pasar á otra pieza, cuando uniendo la acción á la palabra: ¡Siéntate en ésta! dijo Arriaga, el primero de sus acompañantes, echándole sobre un sillón de brazos, á tiempo que con prontitud sin igual, Marcet el otro, amarraba sus brazos á los del sillón con cuerdas preparadas, diciendo:

—Prepárese, amigo, que vá á morir.

—Pero hombre! no sean cargosos. Para bromas, basta. Desátenme. No voy á tener fuerzas para tocarles el piano.

—¡Qué piano, ni qué piano! Aquí no vamos á oir las voces de otro piano, que las tuyas, le contestaron.

Y aterrada la víctima al brillo del puñal en manos de Marcet, temblando yá sin habla, dirigió una mirada de espanto, implorando socorro á su tocayo, quién dijo:

—Sí, Pancho; resígnate, es preciso que mueras.

—Pero, ¿qué mal les he hecho amigos? Les daré cuanto tengo; déjenme ir;—balbuceó con entrecortadas palabras, cayendo en estupor, anonadado por la voz y la actitud enérgica de Marcet que dominaba la escena, entre sombras apénas interrumpidas por la vela de baño encajada en la *limeta* que acababa de empinar Alaga.

—No hay tiempo que perder. No hemos venido á oir jeremiadas....

—¡Pobre amigo! dejémoslo. Basta con quitarle lo que

tenga encima y hacerle firmar un pagaré para cada uno, decía Arriaga.

—Yá es tarde para echarse atrás, Don Melindres; el que no ayude, acompañará á este viejo á cenar en los infiernos,—agregó Marcet, levantando de los cabellos la cabeza del desmayado.

—Espera un poco,—gritó Alaga, entrando con la tohalla y palangana;—es preciso no chorrée sangre,—poniendo ésta bajo la garganta de su amigo, en el instante que Marcet la cercenaba de un tajo maestro.

.....

Momentos después, hecho desaparecer todos los rastros de sangrienta escena, mientras Arriaga asomaba un farol al balcón de los viejos altos de Lafranca, Marcet sujetaba la cabeza con la tohalla al cuello de la víctima, y ayudado de sus dos compañeros, descendían la fatal escalera con el cadáver del amigo, que tanto vacilára en subir. Puesto entre los dos dentro del carruaje, aproximado á la señal del farol, dijo Alaga:

—Todavía una precaución.—Encendió dos cigarros, puso uno en boca del muerto, y subiendo al pescante tomó las riendas.

## II

Desde antes del beso de Judas, hasta la edad presente, se ha considerado la traición conforme le define la ley: «el más negro crímen del corazón humano». Si á ella se agrega ser cometida por el otro yó, la otra mitad que nos complementa, el amigo íntimo, es doblemente horrible, y apénas se hallará pena condigna.

Uno de esos desgraciados encontramos en nuestro camino, arrastrando la cadena de sus remordimientos, y éstos fueron tales, que cual si llevára estampado indeleble estigma sobre la frente, errante por todo el país, no tuvo cabida en parte alguna. En cuantas se presentaba, como por súbita revelación operábase el vacío á su alrededor. De antigua familia, finos modales, educación distin-

guida, atrayente por su trato, llegó á desposar una de las más bellas damas de su tiempo. La ociosidad de su juventud, el contagio de malas compañías, la ambición de fatal belleza, y sobre todas, esa pasión del juego que tanto subyuga, causas fueron para ir hundiéndole día á día en la degradación.

Rápidamente recorrió con vertiginosa celeridad las siete gradas del crímen, y si no llegó á la del cadalso que subieron sus compañeros, fué porque de su Estancia era la raza de nuestros más veloces parejeros. ¡Cuán cierto es que la ociosidad es madre de todos los vicios! Cuando su cuantiosa herencia venía barranca abajo, para alhagar víctimas de su seducción, ó como mero entretenimiento, entregóse al juego, y cuando la fortuna que le había sonreido, más se alejaba, ensayó la estafa que le condujo al robo, como algunos lances llamados de honor, aún entre los que no le tienen, le llevó del duelo al asesinato.

Él, vagando por toda la tierra, sin encontrar una mano honrada que no se alejára al contacto de la suya. La mujer querida, cuyos despilfarros, ostentaciones y caprichos, le habían impelido al crimen, entregada á todos los vicios. El hijo amado vagando, perdida su razón la noche que imprudente rival le revelára ser su padre un asesino. Sus amigos íntimos, en la espectación del cadalso en la plaza pública, purgando un crimen, cuya pena prolongósele cincuenta años; el rechazo de los suyos, la maldición de los extraños, la infamia en pos de sí, siguiéndole como la sombra al cuerpo, tal fué la vida de este jugador!

.....

Los más raros ejemplares víctimas del juego, encontramos en nuestros viajes. En el de Valparaíso al Callao, un rico minero peruano, llevaba buque de su propiedad cargado de barras de plata, y aburrido en la monotonía de larga navegación, invitó á jugar al Capitán.

—Es prohibido jugar á bordo, contestó. Sobre todo al Capitán de la nave.

—Pero, qué tiene! Aquí yo soy el dueño; puedo dispensar la prescripción reglamentaria,—replica.

—No tengo dinero para jugar.

—Por eso no importa. Le prestaré.

—Gracias, señor; el mal ejemplo... los testigos... no acostumbro.

—Nos aislaremos en la cámara. Venga, ayúdeme á pasar el mal rato.

Y á los tres días de reclusión de aquel *mal rato* que resultó peor, salía el insaciable jugador habiendo perdido: la primera noche, cuanto dinero llevaba; todas las barras de platas en la segunda, y el buque con toda su carga en la tercera, pasando al Capitán que empezára sin una *blanca*.

Y fuera de las horas de juego, bien que eran todas, ó casi todas, este acaudalado peruano fué excelente padre de familia, á cuyo hogar no permitía la entrada, ni del más íntimo de sus compañeros de carpeta. Dadivoso con todos, fué de especial generosidad para con sus empleados. Todavía recuerda el señor Don Pedro Agote, encargado de la administración de sus minas, en la que dejó una máquina de su invención, *la Agote* para agotar frecuentes inundaciones, que encontrándole sobre escuálida mulita color ratón inspeccionando los trabajos, le preguntó, si por la estrecha cuesta de esos Cerros (Copiapó) podría regularizarse camino carretero; y sin más averiguar, al viaje siguiente envió desde el Perú un buque cargado de carretelas, americanas, tilburys, boggs, volantas y carricoches para comodidades de la Administración.

## III

No enumeraremos el fin fatal de jugadores que observamos en California, Baden, Mónaco, aunque difícil nos ha sido borrar de las impresiones de viaje, la del ruso que apareció colgado de añoso olivo trás esa casa de juego, á la mañana siguiente de haber perdido su último franco, buscando así, á la sombra del árbol de paz, la tranquilidad alejada de su espíritu, desde las febricientes horas de juego. A otro inexperto jóven parisién, que en

el «Expreso de Niza» regresaba, después de haber hecho saltar la *Banca*, cierto vecino de wagón aprovechando su descuido, le fajó con ligereza maestra, el pañuelo empapado en cloroformo, y dejándole dormido por la eternidad, facilitó el fácil pasaje de las sumas ganadas, á su bolsillo.

Aún sin salir de entre nosotros, cuántas veces el último *copo de banca*, tuvo por apéndice la detonación de una pistola. Todavía está fresca en la memoria aquel inteligentísimo abogado, que habiendo perdido á la carpeta cuanto tenía, se pegó un tiro! Años antes, otro inolvidable jugador, jóven de apreciables prendas, apareció suicidado en los potreros de la Boca, la mañana anunciada para visita de inspección, en la Oficina de Papel Sellado á su cargo.

Recordamos entre muchos, ese otro crudo tucumano, jugador desde la cuna, que nunca hizo otra cosa, contendor sin rival en los «Cuarenta Billares», quien á pesar de la honorabilidad á que sus buenos modales daban viso, entreteníase en componer cartas de cuantos almacenes rodeaban las casas de juego que frecuentaba; y no tuvo reparo en robarse á sí mismo, esparciendo bajo las macetas del patio, los estuches de alhajas de su propia esposa, para simular robo por extraños.

.....

Algo parecido era el resultado de la escena descrita, que si no condujo al suicidio, sí, al más espantoso crímen: el asesinato del amigo por el amigo.

Del crímen la huella, y aunque algunas había borrado la lluvia de la noche anterior, nó todas las gotas de sangre caídas en el umbral acusador. La primera beata madrugadora, husmeó con fino olfato de Sacristía, al pasar para la de alba, (misa en San Miguel) que terminada llevó el cuento.

Coincidía tal denuncia con el silencio en esos altos de Lanfranca, frecuentemente de jolgorio y algazara, después de muchos días de inútil rebusca trás comerciante tan conocido, como Don Francisco Alvarez. Citado su hermano Angel para reconocer un cadáver encontrado en la Quinta de Alaga, resultó el de su propio hermano.

La soga arrastra, pero nó arrastró hasta el fondo los restos de este infortunado. En otras ocasiones la inocencia descubre el crímen, y fué un niño juntando naranjas, al recojer la que dentro la noria cayera, á quién sorprendió la mano de un muerto levantada, cual el dedo de la Justicia pidiéndola al cielo, que al cielo clama la traición.

Las malas compañías de que se rodeaba Alaga tenían por director al más redomado pícaro llegado por aquéllos tiempos de Cataluña, disimulando bajo impasible antifáz el corazón más depravado.

Tiró el diablo de la manta y se descubrió el pastel, comprobándose que ese Marcet, enrolando en la ruleta de sus calaveradas á varios otros inclinados á las mismas, después de haber envenenado al comerciante que le protejía, antes de casarse con su rica hermana, siguió su misión emponzoñadora, deshaciéndose por el mismo proceder, de la negra esclava que sospechára su crímen, luego los mismos blancos polvitos traicioneros á su esposa, con objeto de pasar á terceras nupcias, con otra jóven de mejor fortuna. Comprobóse fácilmente fué él quien proyectó la lista de los más ricos solterones, para hacer tronar las peluconas que enmohecían en sus talegas; que seducido por los planes de su compañero de carpeta, y la ambición de su propia esposa, se dejó arrastrar Alaga, y Alvarez su íntimo amigo, fué la primera víctima de su larga lista.

Arriaga y Marcet de pronto aprisionados, (la voz pública les sindicaba), confesaron de plano lo inconfesable. A uña de buen caballo escapó de la horca el tercero.

## IV

Setenta años después todo ha progresado en esta aldea de 1828. Todo: la felonía, el engaño, el agiotage, el robo, el chantage, el delirio de las grandezas, la embriaguez, la traición, y sobre todo el juego.

Cuántos amigos vendidos por la codicia! Cuántas mujeres perdidas por la vanidad y el lujo! Sobre todo, esta

infernal pasión del juego que todo lo invade, lo corrompe y degrada. Yá no se juega al ajedrez, damas ó dominó, en el Cáfé por pasatiempo, sinó hasta el café por costumbre. En los Frontones, sobre el color de la pelota, si es blanca ó negra la que trae mayor ganancia, como se apuesta al zaino ó picazo, por su color en el Hipódromo. Se empieza á jugar el billar que distrae, siguiendo á la cancha, si al entrar no se ha tropezado con un lotero cuyo desquite entra á tentar en el Club, donde es invitado á perder el Domingo en las carreras, el resto de liquidación que la víspera le fué igualmente fatal en la Bolsa.

Y esta es de la concurrencia más decente, que por tal no frecuenta ruletas; y garitos, ocultos sólo al ojo vijilante del gallo policial, ó reñidero de éstos, de bochas, taba ó monte.

Por todas partes se juega hoy más que en tiempo alguno, en las casas y en la calle, en los Clubs, Círculos ó Vapores, y aún en tren expreso. Se juega hasta si es rubia ó blanca la primera mujer que pase. Si saldrá con la pata derecha ó izquierda el caballo del tramway detenido. La manía de apuestas es tal, que el último ahogado en la Dársena fué víctima de ella. Al lanzarse al agua un marinero para salvar al pasajero que el descuido precipitó, fué detenido por quien apostaba nó le salvaría. La detención de ese minuto dió ventaja al ocioso mirón, que viera salir con los ojos cerrados para siempre, la víctima, objeto de su juego á la muerte.

.....

La mañana que sacaban de la cárcel Arriaga y Marcet para ser fusilados, cerca de la horca cuyo aspecto les aterró, descollaban entre la apiñada multitud los escueleros de Don Rufino Sánchez, formados bajo la recoba vieja frente al Fuerte.

No bien concluía el suplicio del cínico Marcet y Arriaga el arrepentido, dirijió á los niños el inolvidable educacionista, la patética alocución que así terminaba: «Miraos en ese espejo, queridos alumnos. Ved adónde conducen las malas compañías. Se empieza por hacer *la rabona*

fraternizando con los peores compañeros. Síguese por sustraer algunas pesetas para jugar con los pillos de plaza, y el vicio infantil creciendo en el jóven, vá aumentando con sus años, dando luego por frutos, hombres como los que veis colgados. Si de la embriaguez apenas dista dos pasos el crímen, del encono y la reyerta, sólo uno el asesinato. El hombre borracho, capáz es de asesinar la propia madre. Hé allí dos que asesinaron al amigo íntimo.»

.....

Y en este sentido fué tocante la moraleja que á todos conmovió, no quedando compañero sin llorar á lágrima viva, según oimos al Doctor Emilio Alvear, discípulo de Sanchez, y testigo de la escena.

.....

Convicto y confeso Marcet, el indómito catalán no consiguió una pistola, frustrándose su deseo de descargarla sobre el Juez Cueto que le sentenció. Arriaga seducido por éste, arrepentido luego, entregó al Confesor la carta para su honrado padre, que al leerla á punto estuvo de fallecer. Alaga, reservado al más prolongado suplicio, huyendo de tapera en galpón arrastró por muchos años la insoportable cadena del mayor desprecio. A poco andar, la mujer fatal (una de las más bellas de su tiempo, según el voto de Agustín Rozas que era voto en la materia) solicitó casarse. Condenado á muerte su marido, tenía perdidos todos sus derechos civiles y maritales, según ella. No consiguiendo un segundo marido legal, los muchos que lo fueron de ocasión, dieron con ella en el Hospital. De él salió como muerta, resucitando por la noche en el Cementerio, y muerta de verdad se le encontró al día siguiente, abrazada á las rejas del portón de la Recoleta que no consiguiera abrir.

Su hijo, el hijo de sus primeros amores, cuando por despecho indigno le revelaron la muerte de su padre, que él creía perdido en el naufrajio; cuando supo en qué clase de naufrajio había muerto civilmente, dióse á buscarle por todas partes. Aquel no tuvo valor para abrazarlo, y huía de pueblo en pueblo á que llegaba el jóven, ante los pasos del desesperado. Una noche en

Curuzú-Cuatiá, supo que el caballo cuya carrera oía al sentarse á la mesa, alejaba al padre. Este había estado contemplando al través de la endija el noble sér que le buscaba. Al reconocer en su rostro rasgos de la mujer que amó hasta el crímen, haciendo el mayor esfuerzo para retraerse á los brazos del hijo ansiado, un momento vaciló, entre pegarse un tiro, ó caer en los brazos que con tanto afán se le tendían. Aquella noche el que tanta tierra había corrido en busca del padre que no conocía, perdió la razón. Hablando sólo vagaba por las calles, en las mismas que derrumbada por el vicio, el juego y la prostitución, la elojiada mujer de 1828 encontramos más de una vez, ébria y en girones, arrastrando sus restos, encendidos por el alcohol, después de haber perdido en el juego, su pasión dominante, la última alhaja con que el esposo realzó su belleza.

## V

Cuántos males trae esta maldita pasión! Los cinco sentidos, fijos al asomo de una carta. La atención se contrae, la digestión se detiene, al insomnio sigue la fiebre, ni come, ni duerme, ni descansa el jugador, abstraído por completo en la aparición del Rey que sin escolta alguna aprisiona, tortura y anonada. Bien puede caer el techo, hundirse el piso, desplomarse á su lado el contrincante; el jugador no siente, ni piensa, ni se conduele por cosa alguna que no sea la ganancia que le afana. Insensibilizado por la emoción, ni goza cuando gana, y sí, sufre cuando pierde. Sometido á toda privación, ¡cuántas enfermedades por largas horas de vida sedentaria, sin movimiento, ni aire, ni luz, devorando impaciencias, aferrado, encadenado, en el banquillo que reconoce suplicio, pero que no se decide á abandonar, ni al llamado de la mujer desesperada, ni al grito del hijo sin pan.

Ni sospecha que un caballero de industria le roba, que el amigo le traiciona y trampea, que el vecino le mofa; juega, pierde su fortuna, la salud, su familia; sigue jugando. No tiene yá qué, y juega sobre su palabra. Falta-

rá á todo, pero la deuda del juego es sagrada, y empeña, engaña, estafa, y hace por satisfacerla, lo que nó por dar de comer á sus hijos. Se apoca y vilipendia, se acobarda, en reyertas con tahures más audaces; se degrada y se pierde, pero juega.

¡Cuántas veces en incursiones de observación contemplábamos cabezas encanecidas de damas y caballeros, agrupados, rodeando la verde carpeta en Badén ó Monte Carlo! Cuando todas las pasiones se han apagado por la nieve del tiempo que enblanquece, parece que una de las últimas que agita es la del juego; la ansiedad por que asome *el Rey*, que si llega vestido de otro color, se lleva cuanto apuesta. Agitados, desencajados, los ojos febricientes, un golpe de dados les deja en la calle, en la desesperación y la miseria. ¿Quién se compadece del jugador? Sus compañeros de tapete son los primeros en volverle espaldas.

Nótanse anomalías como éstas: si alguien entra á despojaros en vuestra casa, todas las arma os son lícitas para defenderos. Al penetrar al garito, á la casa del despojo, vais atado codo con codo y los ojos vendados, impotente, medio vencido, cegado por la pasión que os ciega, sin la esperanza del menor auxilio. El amigo, del que en cualquiera otra parte podríais esperarlo, que su abnegación le llevaría quizá hasta sacrificarse, el amigo íntimo está combinando, á no dudarlo, el modo de haceros perder cuanto antes la paciencia, el dinero y la salud.

Si la embriagez sube á la cabeza y consume al borracho, el juego degrada el corazón y acaba con la familia. La familia del jugador con tan pernicioso ejemplo no tiene por qué salir dechado de virtudes. De todo el que os despoja podéis defenderos, aún queda la esperanza de recuperar, ménos de aquel centro donde concurrís para que os despojen. Sentado entre dos ladrones, hoy rico, mañana pobre, de casa alguna de juego jamás salió un opulento; pero sí hubo jugador que al apuntar la última carta, apuntaba al mismo tiempo su revólver bajo la carpeta para hacer saltar su cabeza, cabeza de familia, que sólo sirviera para arruinar á toda ella.

Cartas compuestas, dados cargados, ¡cuánta pillería

rozando entre gentes de mala ralea y tahures que á la luz del día no se atreven á saludar en la vía pública, entre las sombras de una noche sin fin! Cuántas veces falsos espejismos de la revancha han empujado por vertiente resbaladiza hasta el crímen.

Obra provechosa sería abrir campaña contra el juego: leyes y decretos, prevenciones, reglamentaciones, multas y castigos, la autoridad tiene medios para refrenar el mayor de los vicios que corroe, gangrena, avanza, se extiende y multiplica por todas partes.

Si ya no es dable amarrar al cañón de los azotes en pública afrenta al jugador, como en otros tiempos, sí, puede extenderse lo reglamentado en algunos Bancos: «Todo empleado que se encuentre en casa de juego, en carreras, ó tuviera *costumbre de sacarse loterías*, será destituido.» La Iglesia como la prensa, eficáz ayuda podrían prestar contra la propaganda del juego, que yá no queda rincón que no invada, hasta en centros de la más culta sociedad.

## VI

Y este sermoncito más largo que de cuaresma, estemporáneo no es, si se recuerda que los más brillantes calaveras del año 28, fueron á parar en la horca, cuando arruinados por la pasión devorante de la época, nó en tal magnitud desarrollada como al presente, conspiraron filiar un grupo de ricos solterones, para seguir jugando con sus despojos. Ochenta mil pesos contantes de Alvarez se repartieron sus tres asesinos.

*El Tiempo*, periódico redactado entónces por el Doctor Belgrano, sobre la misma mesa en que su sobrino el ilustrado Doctor Vega y Belgrano redacta hoy su homónimo y llega siempre á tiempo de descubrir la verdad, por hilo que las más veces queda colgando, descubrió la madeja del tenebroso crímen, que el Señor Perdriel, Jefe de Policía desenredó. Poco después de la autopsia hecha por el sábio Doctor Don Salvio Gafarot, el cartulario Don Miguel Mogrovejo leía la sentencia de muerte, condenando

á Arriaga y Marcet por haber asesinado á el amigo pena, que aunque estrema, leve aparece ante la más tremenda que por cincuenta años torturó al tercero, que consiguiera huir de la justicia de los tribunales.

La indignación pública clamaba por castigo ejemplar, y aunque á un buen mozo nunca faltan madrinas, y la sensibilería de entonces, como la actual, atenuaba crímen pasional, toda súplica se estrelló contra la enérjica actitud del Gobernador Dorrego, apresurándose á firmar el *cúmplase* de tal sentencia.

.....

La víspera de la ejecución, el único hombre á quién el pueblo de Buenos Aires no podía negar nada, en aquellos días de su gloria, subía las escaleras del Fuerte, conduciendo del brazo á otro anciano temblando entre el temor y la esperanza. Al honrado padre de ese calavera, cuyas malas compañías le condujeran al crímen, ante la intervención del bravo Almirante Brown, limitóse ofrecer el Gobernador que, si antes de la hora señalada, llegaba la noticia de la paz con el Brasil, se conmutaría la pena del joven arrepentido.

Por mucho tiempo el actual Vice-Almirante Cordero, Oficial muy subalterno de la Escuadra Nacional entónces, ignoró el contenido de la nota que se le ordenó llevar á toda vela, para que demorára su entrada en cualquier parte que se encontrára el «Bergantin Balcarce, donde los Generales Guido y Azcuénaga, eran esperados con la ratificación de los tratados de paz.

Al descender los cadáveres de los ajusticiados, ocultándose ya el sol del 17 de Septiembre de 1828, las campanas de todas las Iglesias se echaban á vuelo, porque su último rayo reflejaba en el confin del Plata, sobre banderas de todos los colores que empavesaban el mensajero de paz.

Hé aquí lo que se leía en *El Tiempo*, postrer epitafio sobre la lápida del ajusticiado:

.....

«Falta media hora para salir del suplicio, y mi corazón siente más que la muerte, la infamia. Por eso, y para satisfacción de mis queridos padres, de mis parien-

tes y amigos, y sobretodo, en obsequio á la Religión Católica en que aquellos me educaron, y es en este terrible momento mi único consuelo, autorizo al Presbítero Don Tomás Ladrón de Guevara para que en los periódicos de esta ilustre Capital, ó en el modo y forma que mejor le pareciere, haga entender á los vecinos de ella, y al mundo todo, que mi corazón se resistió siempre al crímen; que si le cometí fué por efecto de *las malas compañías*, y cuanto á las verdades católicas, nunca dudé de ellas y ménos en este trance fatal.

Sirva pués mi confesión de satisfacción á mis queridos padres, á mis dulces parientes y buenos amigos, y sirva de escarmiento al mundo civilizado».

«El infeliz y desgraciado Juan Pablo Arriaga».

*En la Capilla, á las 9 1/2 de la mañana del 16 de Septiembre de 1828.*

# La bandera salvada por un Río

## I

¡Qué malos son los piques! pero los que se arrastran sobre las arenas del Paraguay, ménos mortíferos que los que pican el amor propio!

Repitiendo la última órden: «Cuidado! no pasen más allá del Puente», sentóse el General más diestro jugador de Ajedréz en el Ejército de la tripe alianza, á la sombra del palmar cerca de su blanca tienda, saliendo con el *peón* frente *al Rey*. Tenía por contendor al jóven Doctor Gallegos, simpático Cirujano de la División, de todos querido por lo servicial de su carácter, y nada gallego, sinó criollo, y bien criollo del barrio de San Nicolás, aunque rubio y sonrosado. Seña particular, profunda cicatriz, cruzando la mejilla, de patada del caballo, á cuya cola aprendió á nadar en sus rabonas á la Botica de Don Rodolfo, por la bajada de Santo Domingo. Fué este buen compañero, franco, activo y de tan abierto corazón, que en la penosa campaña que marchó de farmaceútico llegó á Cirujano por su mucha prác-

tica, tan hábil en cerrar heridas, como los paraguayos en abrirlas. Adquirió renombre de esperto cirujano, y como yá lo tenía de consumado ajedrezista, empecinábase el enérjico General en la revancha, pues, á pesar de alardear no haber encontrado quién le ganára, había quedado vencido en la última partida de la noche anterior.

Pocas víctimas caían sobre el tablero, cuando más de una enrojecía la tierra. Los tiros se oían á corta distancia, bien que su éco alejándose, señal era de que las guerrillas de vanguardia avanzaban en su descubierta. Llevaba el bravo coronel Martinez de Hoz por segundo, aunque más modesto y callado, otro Comandante nó ménos bravo que él, de corazón bien templado: Gaspar Campos. Escuálido por contínuos ayunos, en vida tan accidentada y llena de privaciones; tostado por el ardiente sol del Paraguay, modesto, jovial, afable, de fácil palabra y de buenas acciones, un poco burlón si se quiere, pero de fino *esprit*, cuya gracia realzaba la seriedad con que disfrazaba la sátira; de placentera fisonomía y corazón bien puesto; bajo, aunque nó tanto como su hermano Luís María, era el Comandante de los *Cazadores de la Rioja*, conducidos al Paraguay por un tercer hermano Julio, muerto al pié del cañon en la Plaza del Parque, como el sobrino que llevaba su nombre, Gaspar; cuyas fuerzas todas mandaba un cuarto hermano, el General Don Manuel, tan arrojado como todos los Campos.

Era hasta cierto punto antítesis de su Jefe inmediato en aquella ocasión, alto, buen mozo, bravo y caballeresco, dadivoso y esbelto, Miguel Martinez, que al salir de la más culta sociedad para los Campos del Moro tuvo á gala engaucharse por atraer popularidad entre los paisanos. Con buen número de éstos se presentó en el Cuartel General de Concordia, y desde Ayudante del General ascendió hasta Coronel de milicias.

No fué un Jefe de línea, pero sí un bravo batallador de oficio, de altivo donaire, confiando todo á la pujanza de su brazo. Fueron dos grandes amigos con muchos puntos de contacto, y antítesis en otros que servía de engarze en estos, Gallegos, íntimo de ambos, como lo revelan sus correspondencias en «La Nación Argentina».

## II

Esta partida de desafío había empezado con ardor. Parecía cuestión de piques ó amor propio comprometido. Todavía iban á mitad del juego, cuando no oyéndose yá el fuego, oyóse la carrera de un caballo á escape, del que arrojándose el Oficial se cuadró, y haciendo la vénia, dijo al General:

—El Coronel Martinez de Hoz manda pedir refuerzos á V. S., por atacarle numerosos enemigos.

—¿No han pasado el Puente?

—Sí, Señor General.

—Caramba! A ver Ayudante! mande salir el 3; que ensille el Escuadrón de servicio. Y siguió avanzando las piezas mientras que avanzaba también Martinez, Campos y los valientes riojanos. En el rubio Gallegos su encarnado natural de rubicundas mejillas empezó á palidecer, y el General, aunque nervioso y activo generalmente, con más calma que otras veces, todavía el brazo en cabrestillo del balazo en Curupaity, continuó armando su cigarrillo con la única mano que acababa de mover un marfil, diciendo: *Jaque á la Reina.* Evitando el *jaque,* contestó su adversario:

—Los que están verdaderamente en *jaque* son nuestros compañeros Gaspar y mi tocayo.

—Ordené no pasaran el Puente.

—¿Cómo ha mandado General, un par de locos juntos?—se permitió observar respetuosamente.

—Les tocaba el servicio del día, y aunque un poco atropellados, la experiencia de esta larga campaña debe haberles calmado su primer ímpetu, haciéndolos más pródigos de la sangre de sus soldados. En esto estaban del diálogo y el juego, cuando un segundo Ayudante llegó al galope, repitiendo:

—General! el Coronel Martinez manda pedir auxilio. Se halla atacado por doble número de fuerzas.

—Apresúrense. ¡A ver esos del *tres*, que no se mueven! Ayudante: al Comandante del Escuadrón, que salga al galope. Asistente: ensille mi caballo, y vamos. Y mo-

viendo el suyo de marfil, repitió: *Jaque al Rey.* Pálido y trémulo en la aflicción por sus amigos, yá poco atinaba al juego el leal Gallegos, pero comiendo *el caballo* con *un castillo*, se permitió inducirle amistosamente al General que se incorporaba.

—Cuando hombres del temple de Miguel y Gaspar piden auxilio, deben tenerlos á mal traer.

—Sí, ya vamos. Y al decir á su asistente que ajustára la cincha del caballo, agregó:

—Pero, todavía tengo tiempo de ganarle este partido, como voy á ganar ahora el de los paraguayos.

El joven cirujano ya no atinaba, y de buen grado hubiera precipitado su derrota en el tablero, por correr á evitar la de sus compañeros. Pero al valiente General, tan franco y tan afable, solían enagenar irrascibilidades instantáneas que no era prudente provocara un subalterno, aunque más ansioso de pegar un puntapié al tablero para saltar sobre su caballo inmediato, recordaba el agitado Cirujano la máxima tantas veces repetida por el superior: «Subordinación y respeto hasta en los actos más familiares de la vida.»

Resonaban retumbando como trueno que se aleja, los cascos del Escuadrón que partió al galope, y más distante se divisaba el polvo de los infantes desfilando á paso apresurado. Breves minutos transcurrieron, y cuando el cirujano se palpaba la cartera, viendo no faltára ningún instrumento, el General ciñéndose la espada, ya de pié, al dar *jaque* sin salida al Rey, repitió: *gané!*

—Perdimos! gritó el negro trompeta que á uña de buen caballo pudo evitar caer en la celada.

—¡Cómo, perdimos!—increpó el General,—y tienes aún la cabeza sobre los hombros. ¿Por qué no has tocado á *degüello* con tu corneta?

—¡Por qué ya no hay quien degüelle, Señor!

## III

¡Qué malos son los piques, y los piques de amor propio son los peores. Días antes de aquella fúnebre noche en que hacían su última cena la víspera de Curupaity,

una rueda de valientes Jefes argentinos, presintiéndola tal como lo fué, (22 Septiembre 1866) los Coroneles Rosetti, Charlone, Fraga, Alejandro Díaz, al rededor de la carpa del General Don Emilio Mitre en el campamento del Paraguay, platicaban del valor sereno, del valor arrojado, del valor contemplativo, del valor paciente, de espera ó constante, del que anima, contagia, inflama, ó el valor frío, estático que no alienta, como de el valor silencioso que no contagia.

Cada uno refería diversos episodios de que habían sido testigos, y los testigos de la Carpa del General, sin General, á más de sus ayudantes de campo, lo eran: Rivas, Arredondo, Orma, Martinez de Hoz, Campos, Estéban García. El Coronel Martinez exclamó al salir: «Sí, yo conozco muchos valientes á las doce del día, delante de muchos», á lo que agregó Lúcio Mansilla: «A pesar de haber tratado muchos guapos, no conozco ninguno que si en medio del sueño le despierta el bramido de un tigre en actitud de asaltarle, no se asuste. El cuento aquel de que Napoleón se dió vuelta al lado de la pared cuando el genízaro que velaba su sueño, se acercó puñal en mano á su cama, no pasa de cuento; y en cuanto á muchos de nuestros guapos de oficio, son nombradías usurpadas.»

Yá al dispersarse la reunión de Jefes que habían ido á saludar al General Mitre por ser 11 de Septiembre, volvió el esbelto Coronel Martinez de Hoz, de encender en el fogón inmediato el rico habano que nunca le faltaba ni en las mayores penurias de los campamentos en que chapaleaban sus granaderas, y los recuerdos de guapos se reanudaron. Así al concluir de referir muchas heroicidades de argentinos, agregó: «No he conocido todos esos guapos. Allá por el Moro pululaban muchos de larga fama que á todos metí en un zapato, avanzando donde nadie hai do».

Un poco picado el Comandante del Rioja, pues aunque de pocas palabras, sospechaba una indirecta, por haber también andado domando potros y matreros, no lejos de Quequen Grande, contestó algo retobado: con su risita

burlona: «Donde vá cualquier otro, llega también un Campos». A lo que el Coronel Don Mateo Martinez del 3 de Oro, que se aproximaba saludando á todos, dijo: «Caballeros, qué malos son esos piques! No conozco nada bueno de emulaciones inútiles. Cada uno debe ir donde le manden, y San se acabó. El soldado cumplido, ni ofrecerse ni esquivarse».

Y este resentimiento por rivalidad, este afán ó emulación por amor propio, dió siempre tan malos resultados, como la fatal partida de Ajedrez ganada por un General, cuando sus soldados perdían....

## V

El 18 de Julio de 1868, ordenó el General de vanguardia al Coronel Martinez de Hoz hiciera un reconocimiento sobre Reducto Corá, frente á la isla Guaicurú, que el Jefe paraguayo Caballero acababa de artillar con dos piezas de calibre, un poco más abajo del frente á Humaitá (en el Chaco).

Marchaban en columnas paralelas un Batallón argentino por la costa, y otro de brasileros poco más al interior entre el monte. Arrollados los paraguayos llegó Martinez sobre el Puente, de donde se le había ordenado no pasar, pero incitó al Comandante Campos que tenía desplegados en guerrilla descubridora sus Cazadores. Llegaron hasta muy cerca del Reducto, y al descubrir Martinez numerosas fuerzas emboscadas que le cerraban la retirada por retaguardia, desprendió á su Ayudante Fábrega en su propio caballo, más cuando quiso hacer avanzar el resto del Rioja, yá era tarde.

Envuelto sobre el estero *Acaguazú*, fué deshecho el resto de los argentinos. Muerto sobre el campo Martinez, al ver caer al abanderado, corrió Campos á levantar la bandera, y precipitándose hácia el Río, apénas tuvo tiempo para arrojarla á su corriente salvadora antes de ser prisionera. Luego el Mayor Arana,

el Sargento Dionisio Ibáñez y treinta y tres soldados, fueron tomados con él, muertos sus demás compañeros, y rescatado sólo Ibáñez al año siguiente, el único que pudo contar el cuento.

Al serle presentados los prisioneros de la sorpresa de Acaguazú, al General Caballero, elojió su conducta como valientes, pero cuando por Humaitá fueron internados al Paraguay, el Supremo López no tuvo consideración ni para el bravo Comandante Campos, que tan heróicamente se había señalado. Desechó todos los canjes de Jefes paraguayos por él propuestos, como desairó á todos los Agentes extranjeros, á quién el viejo patriota Don Martín Campos interesára por la salvación de su hijo. Llegado al Ibicuy con los pocos sobrevivientes del estero Acaguazú, la víspera de su agonía cambió la franja de oro de su pantalón por una mazorca de maíz, y murió recordando su viejecita.

La bandera argentina que él encomendó salvára el Rio Paraná, arrastrada por éste corriente abajo, fué pescada del buque en vanguardia de la Escuadra aliada: el General en Jefe la obsequió á la digna madre de Campos. Hasta el presente al abrir los ojos la buena madre que ha dado tantos hijos meritorios á la Pátria, es lo primero que vé colgada en su aposento, enviando su oración matinal por aquel cuya valentía la salvó!

La bandera de la Pátria es su símbolo, y como su real imágen, en su defensa se han hecho las mayores heroicidades, si bien la costumbre de verla día á día parece vulgarizar esa enseña sagrada. En medio del Océano, en los más alejados confines, en todos los peligros y en todas las alegrías, flameando sus colores nos deleitan y consuelan. Le ofrecemos nuestra sangre, nuestras fatigas, nuestras canciones, y cuando desfallecemos, la última mirada del moribundo sobre el campo de batalla es á ella; cuando la divisamos en medio de los mares, nos exalta y alegra el corazón: es un pedazo de la pátria que fulgura á la distancia; también los que sucumben en larga travesía, envueltos en ella descienden á las profundidades del líquido elemento.

Niños, viejos y mujeres, defended á todo trance vuestra bandera aún en las más críticas circunstancias.

En más de una ocasión fué levantada por el águila, llevada en sus garras; otras por el perro del Regimiento, á escape con ella, consumida en llamas ó escondida bajo tierra. El aire, el fuego, la tierra, todos los elementos sirvieron para evitar cayera prisionera. Un heróico argentino de gran corazón, rodeado en un círculo de fuego, cuando le faltaba la tierra, el aire, cuando no le quedaba otro recurso la arrojó al río, y confiándola á sus aguas su corriente la salvó como en otros tiempos la del Nilo al Salvador del pueblo de Dios.

Pero ¡ay! qué malos son los piques!

# La tertulia del Señor Guerrico

## 1852

### I

Va á cumplirse medio siglo que empezó esa larga tertulia que ha durado veinticinco años, reuniendo noche á noche escogido número de los hombres más conspícuos de nuestra sociedad, en aquella sala de los cuadros, frente á la puerta de calle, (Corrientes 537) cuadrando el primer patio á la que, si Don Juan Cárlos Gómez clasificó en *El Nacional* «Club de los pelucones», con más verdad pudo llamarse, antesala del progreso.

Desde la caída del tirano, apénas hubo iniciación significando adelanto alguno, que no fuera apoyada ó propagada por esos buenos viejos, tan patriotas, tan honrados, tan desinteresados. Todos duermen yá el sueño eterno, excepto uno que otro de los concurrentes accidentales, segundas partes, ó jóvenes de la casa. En política, empezaron allí: la oposición que impidiera al vencedor de Caseros subrogára al vencido; las célebres sesiones de Junio (1852) en defensa de los derechos de Buenos Aires hasta el día que Urquiza mandó echar los Diputados á la calle,

la resistencia á este caudillo hasta quebrar su influencia; la campaña concluída en Pavón para entrar las catorce hermanas del brazo por las anchas puertas de la Nación, en vez del estrecho pasadizo por que se pretendía introducir á empujones la mayor de las hermanas, cuya corpulencia le imposibilitaba pasar; campaña al tiranuelo de la vecindad, afilando entre sombras sus garras para acechar nuestro descuido, y otras muchas.

Sin ser un Club político, reuniendo tantos politiqueros, todas las grandes manifestaciones tuvieron en él su resonancia. En cuanto á administración, (reformas y decretos) como que acudía lo más conspícuo del país, toda innovación fué propuesta por alguno de sus concurrentes. Fué allí que se habló por vez primera de una quisicosa ó Constitución de que nunca se había oído, y luego inició en *El Nacional* Velez: Municipalidades, Prefecturas, Codificaciones, propaganda educacionista, obras públicas, etcétera. Recordamos, nó en una misma noche, pero sí en las de un mismo invierno, conferenciando en el rincón de los cuadros más ennegrecidos, cuyas figuras protestaban contra la densa nube de tabaco de todos los colores, al grave Doctor Don Valentin Alsina proponiendo su Código Rural, en discusión con Otamendi, Miguens, Don Martin Campos, Elía, Ramos, Iraola, Olivera, Terreros, Juan Bautista Peña, Atucha, Anchorena, Pereira y los más ricos hacendados; mientras por otro se encrespaban las narices del Doctor Acevedo, argumentando con Lanús, Lezíca, Lezama, Llavallol, Martinez de Hoz, Chas, Ocampo, detalles sobre el Código de Comercio, y más allá el sábio Doctor Velez proponía innovaciones en su obra monumental (Código Civil) ante areópago tan ilustrado como el de los Doctores: Carreras, Pico, Carrasco, Barros Pazos, Esteves Saguí, Dominguez, Elizalde, Tejedor, llegando en otro ángulo á discutirse el reglamento de Fronteras por el General Paz, Zapiola, Escalada, y Barros, Conesa, Mitre, Ortega, Pacheco.

Ninguno de los seriotes personajes históricos, protestando de humareda, que si no les asfixiaba ennegrecía sus dorados marcos, oyendo comentar en altas voces contradictorias la novedad del día ó de la noche, en sus

altas horas, pretendieron salir á respirar ménos cálida atmósfera de patriotismo y de habanos; como al presente en ese mismo ámplio *hall*, tanta belleza desnuda parece deseára refugiarse en ángulo más abrigado de galería interior.

Con las ultimas adquisiciones seleccionadas por el buen gusto artístico del Señor Don José Prudencio Guerrico, es la suya hoy, la primera galería de pintura en el país. Yá así lo auguraron desde tiempo atrás: Pellegrini, Mauvausin, Fiorini, Manzoni, Verazzi, De Martino, y cuantos artistas llegaron en su visita obligada. Ante su progresivo crecimiento, fué la misma opinión de aficionados tan competentes como Don Leonardo Pereyra, Don Benjamin Villegas, y el Señor Don Adrián Rossi, que tuvo la patriótica iniciativa de donar sus valiosos cuadros para fundar el Museo Nacional de Pintura.

## II

Otra noche entraba el Ingeniero Pellegrini, llevando los planos del Teatro de Colón, (luego tan dignamente inaugurado por el famoso tenor Tamberlick, el primero del mundo en aquel año, 1857) que ofrecía con fierro y zinc elevarlo á las nubes, y su colaborador, el poeta gauchi-político Coronel Ascasubi agregar de veleta en lo más alto un gallo, si otro *gallo le cantára*. Un día el Coronel de Ingenieros Camilo Duteill, proponía abrir un agujerito á cada Estanciero, para suprimir la seca con pozo artesiano, ó semi-surgente, en cada Estancia. Antes, Don Fabián Gómez proyectaba su Ferrocarril hasta Valparaíso, que después de cincuenta años no llega, al que seguían el Señor Estrada buscando apoyo para establecer el Gas Primitivo; Don Juan Bautista Peña, Aduana barriguda avanzando ámplio abdómen al río; el constructor del Muelle, ó el Señor Don Felipe Llavallol, que inició los primeros pininos de Ferro-carril á la Floresta. Tan desgraciados trasterazos se produjeron en éstos, que por diez noches viéronse desocupados los asientos de Gowland, Larrudé, Van Praet, Francisco

Moreno, Miró, Balbin, Rams y Rubert, sin que ninguno llegára á contar el cuento, pues no tenían con qué sentarse.

En fin: Puentes, Caminos, Aguas Corrientes, Telégrafos, Compañías de navegación, Fundición Carulla, Tramways, Paseos, Primera Exposición en Palermo, bajo la hábil Dirección del activo Señor Posadas, innumerable sería la lista de obras buenas proyectadas, que no quedaron en proyecto de estos buenos hombres.

Y el génio lleno de iniciativa del dueño de casa, que sin ser literato, ni artista, ni sábio, ni empresario, atraía, congregaba y engarzaba con los eslabones de oro de su buena voluntad piedras preciosas del vasto círculo de sus amigos, ser centro y protección de muchos. Al calor de su franca amistad todo hielo se derretía, y su generosidad y los consejos de su experiencia alentaban al rezagado.

Observando alguno en su antigua galería tal ó cual cuadro, nota disonante entre obras originales, contestaba con su inalterable bonomía el Señor Guerrico:

—Puede esté mal colocado, pero él me recuerda haber acudido á tiempo de consolar en su aflicción un pobre padre sin pan!...

.....

En otra ocasión, era el Señor Halbach, prusiano de orígen y argentino de corazón, representante Consular de Alemania y progresista á todas horas, que salía de la primera casa enlozada con mármoles blancos y negros, (que después regaló el pueblo á su primer prócer) entrando de paso para el Molino á vapor por él introducido, á convencer la conveniencia de cerrar los campos con alambrados, como lo ensayaba en su Estancia «Los Remedios». Recién vino á saber cada Estanciero que las que pisaban dentro su propiedad eran suyas, y nó haciendas vecinas. Trás éste, el benefactor de San Fernando Don Juan Madero, abuelo del Puerto de su nombre, para cuyo alumbramiento propiciaba padrinos, laboriosísimo parto cuya gestación duró veinticinco años, después de otros veinticinco del abortado Puerto Rivadavia. Otros tantos duró la discusión noche á noche, de cuanto nuevo progreso se

realizó dentro y fuera de esta Ciudad, en diálogos tan interesantes y llenos de sinceridad, en que se contravertían opiniones con el único deseo del mejor acierto.

A ello contribuía la buena voluntad y el grano de arena que aportaban ilustres extranjeros como el General Páez, Sárraga, Santa Cruz, Pacheco Obes, y sábios ú hombres de letras como Burmeister, Bravat, Martin de Moussy, Don Florentino González, Juan Bautista Cúneo, Frers, Drable, Mr. Lelong, Eastman, Diego Thompson, recordando á más de los nombrados, á los Señores: Quesada, Acosta, los Doctores Pastor, Antonio Obligado, Eguía, Agote, Frias, Mármol, César Díaz, Coronel Lezica, Cantilo, Varela, Martin Piñero, Barros, Don Gregorio Guerrico, Güiraldez, Don Lorenzo y Don José Gómez, Aguirre, Lynch, Ocampo, Castellanos, Saavedra, Castro, Don Basilio Salas, Llambí, Riglos, Porcel de Peralta, Lalama, Calzadilla, Lozano, Molino Torres, Pondal, Alzaga, Haedo, Ibañez, Anchorena, Olivera, Marín, Ortiz Basualdo, Portela, Don Juan Fernandez, Ventura Bosch, Teodoro Alvarez, Muñiz, Montes de Oca, Trelles, Pereira, Iraola, Albarracin, Rossi y doscientos otros de lo más distinguido de nuestra sociedad.

.....

Hoy que nuestra sociabilidad algo reácia, un tantico egoista, se limita casi en sus manifestaciones á un saludo en Palermo, ú otro de retorno en el corso, calle Florida, cuando más cinco minutos de homeopática visita durante el entreacto, y allá, por muerte de un Obispo algún recibo, todo estiramiento en que todo es grande: salones, ostentación, lujo, toilette, halajas, orquesta, buffet, ornamentación y también tiesura, vanidad, descortesía, todo grande, menos la sinceridad; se echan de menos esas sencillas tertulias de amigos, de amigos de verdad, en que la afección parecía de mejor quilate, y mayor benevolencia y tolerancia.

## III

Extraño parecerá cómo en tan encontradas opiniones de los contertulianos, duró por tantos años la tertulia de Guerrico. Pero es que este buen Señor sin ser un génio, tenía un buen génio que á su alrededor atrajo y conservó con tacto sin igual, en un ambiente de franca hospitalidad, hombres de tantos matices políticos, extranjeros de nacionalidades y pretensiones distintas, que léjos de entrechocarse, él sabía armonizar por su esquisita benevolencia.

Asociado de Rozas, en negocios de campo del tirano, antes de ser tirano, su adhesión desde el momento que empezó á galopar por el camino del despotismo, se enfrió. El 5 de Octubre de 1820, en que Don Juan Manuel retirábase á casa de su madre, y pretestando un dolor de muelas envió su Regimiento al General Rodriguez, Guerrico, Ayudante de éste, caía bajo su caballo muerto, en la esquina de Plomer.

Años después de su alejamiento en Europa, donde llegó á tiempo de acompañar al General San Martín en sus últimos años, al solicitar licencia del Ministerio de Hacienda para sacar de Aduana los cien cuadros, esculturas, monetario que Trelles catalogó como el mejor, y obras de arte que adornaron las salas de sus contertulianos, contestó mal humorado el déspota de Palermo:

—Eh? Yá viene éste con modas de gringos? Para qué sirven todos esos paisajes y retratos? Yó sólo conservo el de mi Encarnación hecho por el sordo García, y pincel más fino, no ha de tener Guerrico en todo lo que trae.

Poco después de la caída del tirano, pudo exhibir su magnífica galería, que á haber éste descubierto tanto verde, azul, y ninguna divisa colorada en retratos de Napoleón, Carlos V ó Felipe II, hubiera condenado sin remisión al fuego.

Como Jefe de Policía, vióse obligado en cierta ocasión á citar á su Despacho un antiguo Juez federal, á quien el Ministro de Gobierno mandaba devolver un es-

crito, por desacato. Como el cartulario observára que si bien trasmitía la reprensión, el decreto ordenaba romperlo en su presencia, el cultísimo señor Guerrico rasgó un pequeño extremo, contestando con ironía: «Puede dar fé, señor Escribano».

Contemporánea á la tertulia de Guerrico, la del señor Don Leonardo Pereyra, en la calle de Victoria, y después de las recordadas antiguamente en lo de Riglos, Escalada y Mandeville, ninguna otra ha durado tanto, que al extinguirse, otra alguna semejante ha sucedido. El cosmopolitismo que invade nuestra sociedad, ricos improvisados, sin otros antecedentes que habilidad para enriquecerse de cualquier modo, *parvenus*, ilustres desconocidos por todas partes, intelectualidades negativas por un lado, y el diario que á todas partes lleva la última nueva, que serviase de sobremesa por el más hábil improvisador de novedades; la política que todo lo invade, lo divide y lo absorbe; el Club que todo lo atrae al rededor de la mesa de juego; el Café, el Billar, son otros tantos elementos disolventes que alejan la sociabilidad de otros tiempos, haciéndonos lamentar las pasadas reuniones del señor Guerrico.

Dos semejantes únicamente hemos encontrado á nuestro paso: el salón de Madama Buchental en Madrid, que se abría al acabarse el Teatro, y el de la nunca bastante ponderada Señora Emilia Herrera de Toro, la protectora de argentinos en Chile, á la que rodeada de amigos y descendientes de todos los matices políticos, se le oía con frecuencia:

—Mañana regresa el sábio Moreno; es preciso vayan á recibirle todos los que me quieren. La fracción balmacedista ha triunfado ayer en el Congreso; yá que tu marido es balmacedista,—decía á otra de sus hijas,—que se empeñe hacer triunfar la candidatura de Fulano para Ministro en la Argentina, y tendrá ocasión de comprobar no ser cierto el dicho de mi ex-yerno: «En cada argentino, Chile debe ver un enemigo» Los errazuristas han vencido en las elecciones; tú que lo sós, hijo mío, haz nombrar agregado de la Legación en Berlín á Fulanito,

para que pueda al mismo tiempo perfeccionar sus estudios médicos».

Si el Señor Guerrico no ejercía la vara májica de la amistad en sus extensísimas relaciones para nombramientos semejantes, sí, dió apoyo en su tertulia á toda buena obra que en veinticinco años se iniciara en esta Ciudad.

Sus hijos continúan llevando bien en alto el espíritu de la más culta y elegante sociabilidad.

# La muerte de un héroe

1841

¡Cuántas veces en prosecusión de la gloria arrostrando los mayores peligros, trás grandes sacrificios, cuando más distante parece, se tropieza con muerte oscura! Desde antes del perfeccionamiento actual de las armas y máquinas de guerra, en que grueso muro de acero resguarda al marino, no fué el valor la única virtud que atrajo la victoria. Si nó en todos los casos, (como Quiroga ó Lamadrid), el héroe que tradicionamos, en muchos de ellos llegó á creer nada había resistible á una carga de caballería.

El cálculo, la reflexión, la estratejia entraba en pequeña cantidad, confiándolo todo á la avasalladora carga de sus Granaderos. Extraño era que, creado en ese Regimiento donde todo era disciplina y obediencia, su desobediencia é indisciplina le precipitaron en repetidos descalabros. Sobre el que puso punto final á su carrera, oigamos el relato del último testigo sobreviviente.

## I

«Toda la noche la pasé en sobresalto,—nos decía en nuestro reciente viaje á Jujuy la Señora Blas de Eguren.—Frente á esta Casa, y en busca del Doctor Bedoya, echó pié á tierra el General Lavalle y sus Ayudantes en aquella de enfrente, de Zenavilla. Como llegára enfermo y fatigado, después de quince horas de viaje por malos caminos, se dejó caer sobre el único catre olvidado en el último cuarto, ordenando que al toque de diana ensillára la División para marchar. En el de la entrada al zaguan, desocupado como todos, se hospedaron el Secretario Frias, y el Ayudante de servicio Lacasa. Echados los caballos al fondo, y dejando un centinela á la puerta, se acostaron en sus recados los veinte hombres de la escolta. A cada rato iba y venía de mi dormitorio á las ventanas de esta sala que mantenía á oscuras. Estaba sola con mi única sobrinita, sin ningun hombre en casa, cuya entrada tranqué. Mis deudos más inmediatos acompañaban al Gobernador, que andaba á monte en campaña; otros se ocultaban, pues desde el encuentro en Rio Colorado todo era confusión y zozobra en este pueblo, ni sabía á ciertas si habían triunfado federales ó unitarios. Mi susto era grande, presintiendo nuevas desgracias. Ganen unos ú otros, los pobres somos quiénes más sufrimos».

«Bien temprano volví á observar esa casa, viendo asomar á la de enfrente un hombre alto, buen mozo, pelirubio tirando á rojo, (después supe era el General Lavalle) quién daba voces, gritando:

—¡Ván á dar las siete y todos duermen en este pueblo. Tendré que hacer echar las puertas abajo. Mis soldados no pueden estar sin comer.

Momentos después apareció un paisano á caballo allá á la cuadra, en el pretil de San Francisco *bombeando*, y como á poco reaparecieran otros con divisa colorada, el centinela dió el *¡quién vive!* El Ayudante Lacasa, á quien el Oficial de una partida de vecinos ordenó se rindiera, mandó cerrar la puerta, gritando *¡á las armas!*

—¡Los enemigos están en la puerta!—corrió á dar aviso.

—¿Qué clase de enemigos? preguntó el General.

—Son paisanos.

—¿Cómo cuántos?

—Veinte ó treinta.

—No hay cuidado entonces; vaya no más. Tranquen bien la puerta y mande ensillar, que ya nos hemos de abrir paso.

Los soldados se precipitaron á tomar caballos, cuando sonaron tiros que estremecieron la puerta, y ahí no más encontró el Ayudante á su Jefe revolcándose en el suelo. Después de pasar, como *vichando* si había gente, un *bombero* de la partida de ocho hombres del Comandante Blanco, se apearon cuatro tiradores para hacer saltar la cerradura. Dos tiros erraron, y aunque el *tape* Bracho volvió á cargar su tercerola, mirando por las ventanas, dos veces marró la ceba húmeda. Sintiendo hácia los fondos ruido de sables y caballos, saltó al suyo, galopando á incorporarse á la partida de que había sido desprendido. Sin duda la bala que perforó la puerta arriba de la cerradura, disparada en el instante en que Lavalle enfrentaba el zaguán, á enterarse del tumulto, le dió en la horquilla del esternón, fué la de la tercerola de José Bracho, soldado del Regimiento «Escolta Libertad», (una de las dos únicas que traspasaron la gruesa puerta) á quien un año después, Rozas declaró *Benemérito en grado heróico.*

«Pasado un momento de silencio, en que no se oía ni veía una alma, se abrió la puerta, y como entre el tumulto y confusión de voces, oí que habían asesinado al General, toda despeinada á medio vestir, atravesé la calle precipitadamente, encontrando á Lavalle tendido en el suelo, con la impresión de la sorpresa estampada en su semblante empalidecido, el corto pelo parado, apénas se veía un chupadito en el cuello, algunas gotas de sangre en la mano derecha, y otras en el chal de vicuña, en los hombros, su cuello abierto sin corbatin, y otras manchas en el zaguán, huellas de haberse arrastrado en las ánsias de la muerte hácia su habitación. Aunque su

mirada inmóvil, vidriosa, como si en cualquier punto me siguiera, me daba miedo. Venciendo el que siempre sentimos las mujeres ante un muerto, me hinqué á lavar la herida, su cara llena de tierra, y la roja barba cuajada de sangre, al mismo tiempo que entretemblando rezaba, pidiendo al buen Dios recibiera el alma que acababa de dejar ese cuerpo que estaba helándose.

«Luego llegó el Teniente López con diez soldados, y atravesando el cadáver sobre una mula, lo llevaron en una carga de petacas. Ví con tristeza desde el umbral de mi puerta, cuando el mismo Señor Frías salió tirando la mulita, y apresurando á su asistente volviera á traer las armas de su Jefe: la espada y la pistola, quedada bajo su almohada. Antes de dar vuelta la bocacalle la fúnebre comitiva, á eso de las nueve de la mañana del 9 de Octubre de 1841, todavía divisaba cómo iba balanceándose y colgando su pié derecho con media y sin bota.

«Después de esa su última noche, primera en que trás mucho tiempo llegára á dormir bajo techo, al despertar temprano, habíase mudado por completo. Estoy viendo la camiseta á rayas, bajo su camisa nuevecita, recién puesta todavía desprendida, la casaca militar de bocamanga y cuello granate descolorido, con bota granadera sobre pantalón azul de franja.»

«Así llegó á *la Tablada*, y pasando por medio de la columna, en doble fila con armas á la funerala, cerraron la marcha, siguiendo sus restos, á la cabeza del último grupo de unitarios que lucharon muchos días por salvar de los que le perseguían. Después supe que en la Capilla de Huancalera tuvieron que descarnarlo, entregando sus huesos al cuidado inmediato del Teniente Coronel Don Laureano Mansilla, hasta que el 23 de Octubre los enteterraron en la Catedral de Bolivia.»

«Vuelta á mi casa, oí gritar á un Oficial: «Antes de retirarnos debemos prender fuego á todo el pueblo.» Avanzando uno de sus soldados hácia la plaza, detuvo al indio que venía en sentido contrario, envuelto en descolorida bayeta amarilla, trayendo carne al hombro.

—De dónde vienes?—le preguntó, de á caballo.

—Yá lo vé! De traer carne de la plaza.

—¿Quiénes están ahí?

—Como mil hombres de la gente de Don Blanco y el Coronel Arenas. Quedan ensillando para venir.

«En el acto dió vuelta á todo galope el esplorador, y alcanzando á sus compañeros en la *Tablada* se retiraron. Cuando más tarde todo quedó tranquilo y fuí á la última misa en la vecina Iglesia de San Francisco, oí á mi Padre Cura que decía en el pretil á una de sus hijas de confesión: «Dé Vd. gracias á Dios de la que nos ha salvado el Angel Rafael, que bajo disfraz de tape vulgar apareció á tiempo, cuando intentaban prender fuego á este pueblo, les atemorizó con anuncio de refuerzos que se hallan bien léjos».....

## II

Tal es la sucinta narración que acabamos de recojer de la única sobreviviente, vecina y testigo en la funesta escena que tuvo lugar dentro la casa Calle General Lavalle, en la Capital de Jujuy. Todavía se encuentra como cincuenta y ocho años atrás, excepto las hojas de su ancha puerta antigua, con huellas de los dos balazos; pueden verse en el Museo Histórico. Entonces eran coloradas, hoy de un verde descolorido, y las que le han reemplazado, de un viejo rojo oscuro, color chocolate, como la casa contigua con los colores que tenía el año 41, y que también á la altura de un hombre conserva señal de otra bala.

Como observáramos á la Señora Blás de Eguren acaso en su memoria divisára desteñidas las bocamangas del uniforme de Lavalle, que era poco probable usára nada colorado en su uniforme durante la cruzada libertadora,—replicó con viveza:—Exacta en todos sus detalles la descripción. En tienda alguna de las provincias hubiérase encontrado una vara de género verde. Recor-

dará Vd. que hasta Garibaldi usaba por aquellos tiempos camiseta roja, bien roja, semejante á la que actualmente luce su hijo en Buenos Aires. Distinguíase Lavalle como Garibaldi, por el cintillo celeste y blanco, los colores de la primera bandera, que cual reliquia sagrada guardamos nosotras las juijeñas.» Este contraste es rigurosamente histórico: Don Juan Manuel Rozas, que lo único que no pudo pintar de colorado fueron sus ojos celestes, usaba en Palermo pantalón azul, aquel mismo año y siguientes.

.....

Cuando llegó á Buenos Aires la primera noticia, no sólo los unitarios pusieron en duda que un General tan valiente como Lavalle, en tantas ocasiones desafiando la muerte cara á cara, le hubiera sorprendido ésta trás de una puerta. Pero el digno Doctor Alcorta explicaba á sus discípulos: «Por desgracia debe ser cierto. A las noticias falsas se les dá la mayor apariencia de verdad para que circulen. Todavía recuerdo el *¡imposible!* tan repetido en todas las bocacalles, al llegar la nueva que un General en Jefe, y tan experto como Paz, había sido boleado en la avanzada. Paz como Lavalle, desconfiando de la exactitud en el servicio, ha muerto al ir á ver si sus órdenes se habían cumplido. A nadie se le hubiera ocurrido inventar lo inverosímil, como que un General en Jefe es muerto por la única bala, al través de la cerradura.

.....

Su vida fué la de un héroe. Vecinos ambos Juanes, y de antigua relación sus familias, tan íntima era ésta, que según el General Mansilla en sus *Causeries*, la madre del niño Lavalle llegó á lactar al niño Rozas, como la de éste, devolvió alguna vez recíproco servicio. Luego los dos Juanitos, desde pequeños se distinguieron en la Escuela de Argerich, por su hermosa letra. Inclinado desde muy niño á la carrera militar, oimos á un testigo que en los primeros días que San Martín se ocupaba en la formación del Regimiento de *Granaderos á caballo*,

cierta noche se presentó el jóven Lavalle (casi un niño, apénas contaba quince años) al Cuartel del Retiro, pidiendo ser inscripto en el nuevo Regimiento.

Se hallaba con San Martin el Comandante Zapiola, pero nó Alvear, que era el Mayor del Cuerpo, y como ménos tiempo ausente del país y de más parentela en él, daba con frecuencia exactos informes sobre los que concurrían. Quedó apuntado en el Rejistro, y cuando al toque de silencio regresára Escalada, le encargó el Jefe del Cuerpo averiguar por sus padres, quiénes eran dos jovencitos de atrayente aspecto (Lavalle y Olazábal) que se habían presentado pidiendo servicio. La familia Escalada dió los mejores informes, pues San Martin no tenía por qué conocer vinculaciones de ésta sociedad, á la que regresaba á los veinte años de ausencia, no llegando en toda su vida á habitar dos en esta ciudad. Así, después de San Martín, Alvear y Zapiola, que fueron los fundadores del célebre *Regimiento Granaderos á caballo*, se incorporaron como sus primeros Oficiales: los Escalada, Olazábal, Necochea, Melián, Pacheco, Barros, Diaz Velez, Vergara, Bermudez y Perdriel.

Aun que muy jóven se dedicaba al estudio con tal ahinco, que yá el 11 de Noviembre de 1812, San Martín propuso para Alférez al cadete Lavalle. Largo sería seguir paso á paso los de este Oficial distinguido desde su primera carga en la Banda Oriental á órdenes de Alvear, á las veinticinco que dió por su órden en la falda del *Pichincha,* hasta la última que dió igualmente sin órden del mismo General en Ituzaingó. La América toda, bordada está de las hazañas de este brillante adalid. El ilustre General Mitre decía en la inauguración de su estátua: «Paz y Lavalle son los dos más grandes Generales de la República». Creemos que Belgrano, con todos sus reveses perdió menos batallas; juzgamos que San Martín fué el más grande militar de la América.

## III

Tenía un gran corazón, pero nó una gran cabeza. Se le tildaba de atropellado, poco amigo de oir consejos, pero no fué cruel, y sí, sumamente honrado. Enérgico, activo, valiente como las armas, sí fué poco reflexivo, pasó todo el resto de su vida en expiación de su único error. Hombre todo sentimiento y patriotismo, generoso, abnegado hasta el sacrificio, dió todo lo que pudo: fortuna, salud, vida, bienestar, posición, fama, todo lo sacrificó por la Patria, hasta caer sin vida por libertarla del tirano que la oprimió tantos años. Se le reprochaba que en guerra contra un déspota, algo del enemigo le había contagiado, en cuanto lo autoritario, imponiéndose á cuantos lo rodeaban, pero en cuanto á lo de no oir consejos, largo, de muy largo oído tendría que ser dotado para escuchar en Jujuy, á los Mariscales que ganaban batallas sobre la mesa de redacción de *El Comercio del Plata* en Montevideo.

Se le criticaba haber tomado para el Norte, y llegado hasta Corrientes, cuando al Sur esperaban su desembarco en Tuyú; que, regresando luego hasta divisar las torres de esta ciudad, se retirára sin intentar su asalto; á lo que contestaba, que en el Sur no había quedado ni un caballo unitario, ó para servicio de éstos, y que á pesar de tantas comunicaciones como las que anunciaban que hasta las piedras de las calles de Buenos Aires se levantarían contra el tirano, ni uno solo de sus habitantes llegó á su campamento inmediato.

Otro cargo se le hace por haberse aliado con extranjeros para derrocar al tirano. El mismo repetido por los partidarios del tirano del Paraguay. Si extranjeros y nacionales tenían igual deuda á cobrar, llevando el mismo camino, la alianza se imponía para remover el obstáculo. Queda sólo en pié el fusilamiento del Gobernador Dorrego, sin forma de juicio, y por su órden. Fué un error, como todo lo que se saca de sus Jueces naturales. Por espiar éste, sacrificó su vida. Las cumbres causan vértigos. Mejor sería no recordar los que mal

le aconsejaron, dejándole después en la estacada. Intrépido y orgulloso, desde el principio se puso en pié para afrontar toda responsabilidad. Arrepentido de un paso en falso, cuando más tarde se le pedía la cabeza del General Garzón, su prisionero, desoyendo á todos le devolvió al enemigo, con cabeza y todo, al mismo campamento donde Oribe cercenó la del Ayudante parlamentario que le conducía, siendo Rufino Varela inmolado á la saña de los federales.

Pero sobre sus errores, se levanta el héroe de Pichincha. En el valle, como en la cima del Andes alzó la imágen de la Pátria, ante cuyos divinos resplandores todo lo inmoló. La foja de sus glorias hállase rubricada por San Martín, Alvear, Bolivar, refrendada en la Argentina, Chile, el Perú y el Ecuador. Cuatro Repúblicas se enlutaron á la muerte de este guerrero de la Independencia, el argentino más condecorado. Cuán vasta es la América, estrecho campo fué para sus hazañas, y los laureles que alcanzó su espada vencedora, bastantes eran á cubrir la sombra de esta figura histórica, que por otra parte resplandece entre las sombras de su última época. En los cordones, escudos y medallas que condecoraban su esbelto busto, por Chacabuco y Talcahuano, Maipú, Pisco, Nazca, Pasco, Río Bamba, Pichincha, Bacacay, el Yerbal, Ituzaingó, testigos de sus hazañas, se lée: «Declarado Benemérito de la Pátria, en grado heróico», «Héroe defensor de la Nación», «Benemérito de la Orden del Sol», «Libertador de Quito», «La República, á los vencedores de Ituzaingó». Pocos presentan más títulos á la inmortalidad.

Y basta, que no esbozamos la biografía del héroe, al penetrar en la casa donde encontró oscura muerte.

.....

Al salir de ella, preguntábamos á su anciano habitante, mocetón el año 40:

—¿Y dígame amigo, Vd. sabe por qué murió Lavalle?

—Porque no tenía corbata, Señor!

—Cómo así?

—Siquiera hubiera tenido al cuello la boa de vicuña que usaba sobre los hombros, se hubiéra envuelto en

ella la bala *del recortado.* Pero aquel Oficialito tan prendido, á quién no faltaba un botón en su casaca militar, cuando lo era de Granaderos, se había hecho algo dejado. Le ví en el campamento en mangas de camisa, de poncho, bajo sombrero de paja de anchas alas, sin el corbatin de ordenanza; y le oí decir había hecho promesa de nó volver á ponerse corbata hasta el día que entrara triunfante en su amada Buenos Aires. Don Juan Lavalle, era bueno como pan bendito, pero el pobre no podía con su génio, un poco atropellado,—agregó el paisano. Lástima que hombre tan guapazo encontrára la muerte trás de una puerta.»

.....

¡No llegó á entrar en Buenos Aires, pero sí á la gloria y á la inmortalidad por la ancha puerta que abrieron sus brillantes hazañas!

# ¿Qué se ha hecho el Estandarte?

I

CUMPLEN ochenta y siete años que flameó por vez primera el Pabellón Argentino, izado por el General Belgrano en las barrancas del Rosario, (Febrero 12 de 1812).

Los argentinos no han perdido nunca una bandera. Ella ha luchado contra ingleses, españoles, portugueses, y visitando Arsenales, Museos, Templos y trofeos de banderas prisioneras, en parte alguna hemos encontrado la argentina, cautiva.

La que cayó como gloriosa mortaja cubriendo el cuerpo del negro Falucho, el inmortal centinela en la Fortaleza del Callao, fué luego recuperada con todos sus Castillos. Y la que hubo de ser cautivada en nuestra última lucha, la bandera salvada por un río, fué confiada á la corriente del Paraguay por el valiente Comandante Gaspar Campos. Hasta hoy la buena madre de estos bravos

hijos de la tierra, (los Generales Campos), es lo primero que saluda con su oración matinal, colgada frente á su lecho, al rogar por sus hijos sacrificados.

Del primitivo Estandarte de civilización, escudriñemos por las hilachas que pudieron quedar en los picos de las Cordilleras, qué se han hecho las puntas de oriflama de la histórica bandera. Como todas las extraordinariedades, se ha puesto en duda hasta su existencia. Lo que no es extraño, cuando se dudó también de esta tierra americana tan vasta como medio mundo, que areópago de sábios en Salamanca declaró «sueños de Colón».

Cuando visitamos el Palacio encantado de la Alhambra, oímos al erudito *Cicerone*, que conocía por sus nombres todas las piedras de la morisca morada: «Esta es la habitación donde estuvo alojada Doña Juana *la Loca*, y sobre ese balcón asomaba al Valle del Genil, al Darro, al Suspiro del Moro, divisando allá á lo léjos la nueva Iglesia de Santa Fé, donde Colón fué á postrarse el día que la Reina Isabel, saliendo de dar gracias por la caída de la Media Luna en los Castillos de la Alhambra, ofreció apoyo para su expedición á las Indias, y donde la Reina Juana distraía sus largas horas de melancolía en bordados de su habilidad. Es fama que aquí bordó el histórico Estandarte que siguió la Conquista del Perú.»

.....

El Señor Don Florencio Varela, que le observára en manos del General San Martín, lo describe el 15 de Abril de 1844, en estos términos:

« El Estandarte es de un género de seda parecido al « raso; color pajizo sumamente apagado, aunque sospe- « cho que ha sido amarillo, y que se ha desvanecido por « el uso y por el tiempo; su forma es cuadrilonga; tiene « de largo cuatro varas y tercia, y dos y tercia de ancho. « En el centro hay un grande Escudo, aproximadamente « de la hechura del contorno exterior de las armas Espa- « ñolas en los pesos columnarios: el cerco del Escudo, es « colorado, y el centro azul-turquí. Parece que hubo algo « bordado en el fondo, pero hoy sólo se distinguen algunos

« labores irregulares que nada significan, hechas con un « cordoncillo de seda que debió ser rojo, cosido á la tela « del Estandarte, como los bordados que nuestras señoras « llaman *de trencilla*. En el cerco del Escudo, en la « parte inferior, y á la derecha, hay un sello de la Mu- « nicipalidad de Lima.»

«Hasta el año 1820, tiene estampado el sello de autenticidad de haber sido sacado el 5 de Enero el Estandarte del Conquistador, pegado en parche de raso en letrero impreso, con el nombre del que lo llevaba. Este monumento notable, bordado por la infortunada madre de Cárlos V, digna hija de Isabel la Católica, pasó á manos de San Martín, por obsequio de la Municipalidad de Lima, al contemplar libre á esta Ciudad de la dominación española, á esfuerzos de aquel General. El daba á este trofeo la importancia que merecía: en sus manos era la prueba más elocuente de la grandeza de la Revolución que su espada había completado: era la asociación de su nombre al del Conquistador del Perú en las páginas perdurables de la historia. En sus últimos adioses, dijo á los Peruanos: «Existe en mi poder el Estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público. Hé aquí recompensados con usura, diez años de revolución y de guerra».

En su testamento ordenaba que después de sus días se volviera el Estandarte y la carta autógrafa de la Municipalidad de Lima, constatando su autenticidad, al Gobierno del Perú. Obsequiado por la Municipalidad de Lima al Protector, que venció allí las huestes españolas, envuelto en el Estandarte de la Conquista regresó á Europa, y en su poder y en el de su familia se conservó desde 1822 hasta 1864.

Cumpliendo la voluntad del Gran Capitán, en la casa de campo del Señor Ministro Argentino Don Mariano Balcarce, esposo de la hija única del General San Martín, reunidos todos los diplomáticos representantes de América, terminadas fúnebres honras de un cabo de año, durante las cuales el ataud permaneció cubierto por el Estandarte, en presencia de su esposa y de otros americanos notables, el Ministro Argentino hizo entrega

solemne de él, al Plenipotenciario del Perú Señor Galvez, cuya acta de recibo firmó con todos sus colegas.

En el salón del Ministerio de Relaciones Exteriores, se exhibió en Lima el año de 1865, pero en la noche del 6 de Noviembre, que bandas furiosas saquearon el Palacio del Gobierno, exaltado demagogo le quemó, según unos aseguran, ó le arrojó al mar, según otros.

## II

Pero lo más extraordinario del sucedido es que después de tanto, aparece que el Estandarte de Pizarro no es de Pizarro, ni Estandarte. Tantas cosas malas se dicen en la Historia, tanto cuchicheo y murmuraciones *sotto voce*, que si no se llega á poner en duda la existencia del Marqués de Pizarro, sí la de su Marquesado; y cierto escritor, venezolano por cierto, y bolivarista por añadidura, agrega: que al cándido de San Martin que creía en la gratitud de los pueblos y otras antiguallas pasadas de moda, le dieron gato por liebre.

Así cuenta el señor Rojas, que el verdadero pendón de la Conquista lo olvidaron los vencedores de Atahualpa en el Cuzco, arrinconado por trescientos años en el Templo del Sol; de allí le sacó Sucre en días siguientes á la victoria de Ayacucho para enviarlo al Vice Presidente de Colombia; este le ofreció á la Municipalidadde Caracas, el que á su vez lo obsequió á Bolivar. A la exposición de tal escritor, oponemos la autoridad de la Municipalidad de Lima, y el testimonio del General San Martin, como de los señores Varela, Frías, Sarmiento, Gutierrez, historiadores de no menos fama, y de más peso que la razón del Colombiano, porque sí.

.....

Intentaremos con paciente investigación, llegar á desenredar madeja tan enredada: si era Estandarte, pendón, bandera, gonfalón, guía ó gallardete. Cual es el verdadero lábaro de conquista, si el bordado por la Reina, ó el de las cordoneras de Madrid.

Claro que no habiendo Perú, ni ciudad de Lima, cuan-

do fué ésta ennoblecida con privilejios y escudos de armas, recién pudo agregarse á la bandera española las armas de la Ciudad que nacía, aunque lo que todavía no existía era bandera española ó nacional, de reciente creación el siglo pasado.

Cuando para proseguir la conquista Francisco Pizarro pedía auxilios á Cárlos V., encargó éste á la Emperatriz concluyera con él los tratados más amplios á su favor, pues le prefería á Cortés, por haber presentado mayores tesoros, muestra de la tierra cuya conquista se prometía por entero.

Partiendo Cárlos V., para sus tierras de Flandes, la Emperatriz Isabel terminó los tratados, y fué en aquella ocasión (1529) que la hubo Pizarro de alancear toros delante de la Reina madre, Doña Juana, á quien refiriéndosele sus extraordinarias aventuras en el Nuevo Mundo, le felicitó, declarándole el más bravo de los españoles.

Cuando en 1537, dos años después de fundada la ciudad de Lima, envió Don Francisco á su hermano Gonzálo á la Corte, trajo á su regreso entre otras recompensas el título de Marqués para Pizarro, el escudo de armas para la Ciudad fundada, y la bandera que la Reina Juana le enviaba, con la que continuó la conquista del Perú, después de fundada Lima.

Pudiera ser otra bandera, más ó menos contemporánea la que con catorce más desempolvó Sucre en el Cuzco, pero del cotejo de ambas, si bien puede ponerse en duda la autenticidad del real bordado, mayores probabilidades abonan, fué la ofrecida á San Martin, la que continuó y concluyó la conquista. La una representa un *Santiago* de mano maestra, entre bordados y pinturas artísticas; la otra, más modesta, es sencilla obra de aficionada que marca con su real inicial *J.* (Juana) bordando las armas que su hijo K. (*Karolus*) Cárlos V. acababa de conferir á la Ciudad de Lima, de reciente creación. Como tal Estandarte de Pizarro de él no se separó, ni salió de la Ciudad por él fundada. Dentro de ella la busca San Martin, secuestrada, escondida por el Conde más godo en su Hacienda. La Municipalidad de Lima comprueba su autenticidad por información solemne,

antes de obsequiarla á su Protector. A haber sido el simple Estandarte Real que batía el Alférez en el aniversario de la fundación de Lima, de moderna factura, no tenía por qué ostentar la cifra de uno de los Reyes de España, muerto doscientos años atrás, ni menos la de la Reina Juana. De Pizarro era, porque para él se dedicó, ni salió de Lima, como no salió él de allí después de su fundación, lo que no se opone á que se siguiera batiendo frente de la primitiva casa del Conquistador hasta el 5 de Enero de 1820. En cuanto á la del Cuzco, no se detuvo allí la conquista del Perú. Simple pique le dió vida, ó visualidad.

## III

Sucre, al enviar el año 25, al gobierno de Colombia, varias banderas españolas encontradas en el Cuzco, agrega en la misma nota: «El Estandarte con que Pizarro entró trescientos años há, á esta ilustre Capital de los Incas (no afirma fuera el de la Conquista), lo remito á su Excelencia el Libertador, como trofeo que corresponde al guerrero que marcó al ejército Colombiano el camino de la gloria y el de la Libertad del Perú».

El Libertador donó á la Municipalidad de Caracas, en 9 de Enero de 1826, el Estandarte Real de Castilla que el ejército colombiano ha abatido en el Perú, conservado alli hasta el 5 de Julio de 1841. Lo que generalmente llaman bandera de Pizarro,—agrega otro escritor, —no es sinó un Estandarte.

«El primitivo campo del gonfalón fué de damasco color de grana, del cual no quedan sinó pequeños fragmentos. Dos grandes cuadros formados de arabescos del siglo XV, cada uno de 127 centímetros de altura y 115 de ancho, ambos de raso amarillo y blanco, retocados de azul y con bordados de hilo de oro, sobresalían en cada una de sus caras. Uno de estos arabescos se conserva casi en su totalidad, mientras que del otro, sólo existen algunos retazos. En el centro del primero

había un círculo de 80 centímetros de diámetro, en el cual estaban bordadas las armas de Cárlos V, en aquella fecha, 1533; á saber, el escudo de Castilla (dos leones, dos castillos y la diadema imperial) rematado por dos cabezas de águila que llevaban sendas coronillas. Del escudo sólo se distinguen los dos leones y uno de los castillos. Las dos cabezas de águila existen, pero la coronilla que tenía la de la izquierda ha desaparecido. Si hubo columnas á los lados del Escudo, ó algunos de los cordones que figuraron más tarde en las armas de Cárlos V, nada se descubre actualmente: el exámen revela que el Escudo es sencillo, comparado con el que más después llevó el gran monarca.»

El tener éste como Estandarte Real de Castilla, y revelar cuál debió ser el mérito de la artista que ejecutó su pintura y bordado, sobre todo el Santiago, comprueban no fué simple aficionada en las distracciones de su melancolía, la autora del descubierto dos años después de aquel que se donó á San Martín.

Y el ostentar el ofrecido á este General, las armas de la ciudad de Lima, comprueba: ó que se agregaron éstas en el Perú sobre la bandera de Pizarro, pues que habiendo estado entrada por salida en el Cuzco, no fué la que de allí no salió, sinó bandera bajo la que continuó sus conquistas, ó que con posterioridad á la fundación de la Ciudad de Lima, la Reina le enviára el Estandarte que puede bien denominarse de Pizarro, pues que hasta su muerte desde que fundó Lima le acompañára.

En nota oficial, el General San Martín declara: «Que á su entrada á la Capital del Perú hizo practicar las más vivas diligencias si el Estandarte de la Conquista había sido llevado por los españoles. A la denuncia secreta que me hizo un español de que existía fuera de la Ciudad, y donde uno de los Marqueses más godos lo escondía en su Hacienda de Chinelce, mandé un Oficial con órden terminante de recuperarlo. Desconfiando hubiera sustituído otro por el verdadero, aunque por su estado de deterioro y signos de antigüedad difícil hubiera sido envejecerlo á propósito, la Municipalidad levantó sumaria y prolija investigación, y en el Acta de su referencia

se lee: «Habiéndose adquirido noticia fidedigna practicándose todas las diligencias que se creyeron oportunas para investigar si era el que se deseaba saber, resulta ser el mismo Estandarte Real con que los españoles esclavizaron á los indígenas».

Escribiendo tradiciones á las que por su naturaleza no se exije un documento Oficial sobre que descanse cada hecho, ván sin embargo dos de puntal, para el que aseveramos, fundado á más de la nota de San Martin y Acta de Cabildo, la declaración de los más notables y antiguos vecinos de Lima, ancianos que ya no tenían edad para mentir, y la confirmación investigada por historiadores de tanta nota como el Doctor Varela, Gutierrez, Alberdi, Sarmiento, Quesada y otros. La propia exigencia del Presidente Castilla, que en vísperas de volverla expontáneamente el General San Martín, la reclama por ser la de la Conquista, aumenta la presunción. El Estandarte del Alferez Real se renovaba cada cincuenta años en Méjico, en el Perú, como en Buenos Aires.

No es sin duda artículo de fé, ni anatematizado queda quién ponga en duda que el Estandarte de la Conquista fué el que cubrió los restos mortales del Protector, pero mucho menos probado se há, que aquellas hilachas, más de telarañas que de otras telas, encontradas en un rincón del Cuzco, en las que sólo la vista de lince del Señor Rojas pudo descubrir desde Caracas, aunque todo borrajeado, un Santiago de mano maestra, sea la rebuscada, sí, cuando más alguna otra de insurrectos, que los fieles á Pizarro arrinconaron.

Mucho más nos afirmamos en nuestros estribos, cuando sin anteojo de larga vista, se descubre á ojo desnudo, el pique que movió al General Sucre, oficiando al Libertador: « Ahí le mando entre banderas viejas la que Pizarro trajo para barrer de indios esta tierra. Esta es la verdadera; *nó la que se llevó el otro!*

# Un milagro en la Pampa

## I

Una de esas nubladas mañanas grises del frío Otoño, en que todo aparece triste al través de melancólica neblina, cierto modesto sacerdote francés, hallábase en la Pampa al Sud de Buenos Aires, en apurado trance del que creía no salir con vida. Sobre árida lomada, bajo nubes encapotadas, divisaba como venía amaneciendo perezosamente el día, día sin noche para él, según se le había anunciado. Ebrias chusmas salvajes le rodeaban, cuyas desgreñadas brujas más feas que un susto, azuzaban la indiada, para que lanceáran cuanto antes al perro cristiano, causa de todos sus males.

La noche entera había pasado el prisionero en contínua oración, encomendándose á todos los Santos, y al aclarar las luces de su último día, recordando la Virgen de los campos de que nuestros paisanos son tan devotos, hizo un voto solemne á Nuestra Señora del Luján, de consagrarse esclusivamente por toda la vida á su servicio inmediato, constituyéndose en propagador incansable de

su culto y de su iglesia, si salvaba por un milagro, que no de otro modo podía salvar.

Denunciado por las adivinas ante el Cacique principal de la tribu ser el introductor de la viruela, péste que á la sazón diezmaba la toldería, sin otro trámite se le condenó á ser lanceado á la salida del sol, y quemado inmediatamente, para extinguir en él, gérmen de epidemia devoradora. De más está advertir que el pobre sacerdote atribulado, tan limpio de culpas como de viruelas, no había llevado otro contagio que el de la propaganda evangélica. Pero había sido sorprendido echando agua sobre los recién nacidos, y exhorcismos acompañados de palabras que ni el más ladino lenguaraz entendía; más, se llamaba Padre, de hijos que no le veían; llevaba corona, (tierra adentro, en que todos son iguales y todo es de todos) á usanza india; indudablemente tenía *gualicho*, (el diablo); andaba en secretitos con las indias, principalmente con aquellas que en el día del alumbramiento iban á romper el hielo de la laguna, donde madre y recién nacido se metían temblando por el frío de su primera ablución, según decían, por hacerles algo, ó bautizarlas según él; sobre todo, era perro cristiano, causa más que suficiente para cargarle ó responsabilizarlo, como única de cuantos males sufría la indiada. No había remedio; todo estaba ya preparado para la ejecución. El cuadro no era cuadro, pero era círculo ó semi-círculo, y en rápidas evoluciones concéntricas de la caballería pampa, iba ésta estrechándose en sus correrías en el valle de la misma.

Sorteados los cuatros *lanceros* que con larguísimas lanzas adornadas de plumeros de avestruz, variaban sus caballos lanzados á la carrera para ensartarle, un moceton se desprendió del grupo, le volteó el sombrero, y aunque no le distinguía corona, crecido el cabello, se detuvo á contemplarlo y tirándole el poncho, dijo al partir á escape: «Tapando hermano, no muriendo de susto».

Pero la actitud de todos los Indios que lo rodeaban, no era para desvanecer el de su ánimo quebrantado por largos y contínuos sufrimientos. Su agonía se prolongaba, y entonces repitió la última y ferviente oración: «Socorred-

me, Madre mía y Señora del Luján, en el angustioso trance que me encuentro. Venir á morir tan lejos de los míos. Yá no veré más mi Iglesia, mi aldeita, ni mis padres. ¡Qué desgracia! Desde los Pirineos llegué á predicar el Evangelio, y al comenzamiento de mi propaganda en estos desiertos, me sacrifican los mismos que esperaba convertir. ¡Dios mío! Os pido la salvación de mi alma. Si es posible escape de muerte tan horrible, hago la promesa de consagrar mi vida entera al inmediato servicio de tu Santuario, y á extender la propagación de tu culto. Oh! Virgen Santa del Luján que nunca desamparaste á los que á tu favor se acojieron, publicaré tus milagros, y caminaré toda la tierra pidiendo limosna para engrandecer tu Iglesia».

## II

Tendido y acurrucado sobre el campo, como vislumbre de última esperanza, por la abertura del poncho *pampa* entreveía á lo lejos al indio que se le aproximó ajitándose en acalorada discusión cerca del grupo que rodeaba al Cacique, y manoteando hablaba á gritos muy lijero sin interrumpirse, señalando con su lanza hácia el lugar donde se hallaba la víctima. Como si descendiera un consuelo en su última plegaria, le pareció observar que entre alaridos y protestas, el tumulto de la indiada se apaciguaba un poco. Cual si se detuvieran en su avance, los círculos parecían dilatarse, y después de mucha algazara imponiéndose el Cacique, la órden de mando hizo bajar á su voz, lanzas que se blandían en el aire.

Entonces arrodillándose en la suprema oración de una agonía que se prolongaba, vió desprenderse al indio amigo, volviendo á todo galope, sofrenar su potro, y gritarle con expresión de contento:

—Salvado hermano! Levantando!

Ni un Demóstenes *pampa* más convincente en su

peroración que el verboso orador de la tribu, abogando por salvar al cristiano que le había salvado.

.....

El Reverendo Padre Jorge María Salvaire, de la Congregación de Misiones, que reconoce como Patrono á San Vicente de Paul, en sus primeras excursiones á los toldos, fué encargado por el Ministro de la Guerra Doctor Alsina de algunos parlamentos de paz, y en vísperas de caer cautivo, diversos socorros había llevado. Poco antes, al salir del Azul, consiguió del Jefe de la Frontera perdonára á un jóven cuatrero que estaba en Capilla para ser fusilado. Casualidad ó milagro fué, llegára éste al toldo de su padre, el día señalado para lancear á su salvador.

..... .....

El Padre Salvaire, desde entonces popularmente conocido por el «Padre Salvado», no retardó mucho tiempo en empezar el cumplimiento de su promesa, y en vez de un monumento, levantó dos á la Vírgen de su devoción. Concluído que hubo la voluminosa *Historia de la Vírjen de Lujan*, que es otro esfuerzo monumental, paciente obra de benedictino, propagando su culto se fué hasta el otro mundo, recolectando limosnas por todas partes.

De Roma regresó con la espléndida corona exhornada de perlas y brillantes, que el mismo Santo Padre (León XIII) bendijo por sus propias manos; la que robada luego del camarin de la Virgen, no fué chico milagro su recuperación. A este ilustrado y meritísimo sacerdote ejemplar, cuya actividad ha elevado la más hermosa Basílica Nacional, no escasearon émulos, envidias, rivalidades, y cuando la prensa denunció el robo de los brillantes de la Vírgen, tampoco faltó gacetillero local anunciando no tener que caminar muy lejos de la Basílica *que nunca se acaba*, para encontrarse las *arracadas* de la imájen en apetitosa china, ama de la Casa rectoral cuyas orejitas color pasa las lucían en el último bautismal del rancho trás la Iglesia.

Calumnia! Calumnia! que de la calumnia algo queda, pero también suele en este pícaro mundo resplandecer la

verdad cual rayo de sol sobre la faz de límpida agua cristalina!

Así, sin atreverse á pedir nuevo milagro, como el que le salvó entre medio de las lanzas de los salvajes, imploraba el Capellan de la Basílica, la reaparición de halajas robadas. Y como la Vírgen paga con creces el fervor de sus devotos, no quiso ser ménos. Ofrecido un monumento á su culto, dos había levantado Salvaire: la Basílica Nacional, y la Historia que preconiza los milagros de la del Luján. Al de su salvación, agregó Nuestra Señora de ese nombre, el de la forma cómo se recuperaron sus halajas, milagro en que intervino el Comisario Otamendi, otro milagro de actividad pesquisadora. Cuando á la Curia llovían anónimos de que el propio párroco era el ocultador, dicho Comisario ponía la mano sobre ladron conocido, en otro pueblo de campaña, y en momentos que derretía á fuego intenso el arco de oro de la corona, cuyos brillantes se hallaron en los bolsillos de hábil Caco de Sacristía.

Incrédulos hay que juzgan verdadero milagro y el más grande, nó el haber salvado Salvaire de ejecución á lo pampa, en la misma, ni la reaparición de caravanas que chismoso calumniador maliciaba en una de esas amas de llaves que San Agustín recomendaba cincuentona, (obra preferida por Curitas de campaña en dos tomos) sinó el haber levántado en época de indiferentismo religioso la Basílica Nacional que se hiergue proclamando la perseverancia y actividad infinita, la constancia y piedad del buen Cura Salvaire, que en gloria esté.

# Centenaria

(RECUERDOS DE ANTAÑO)

## I

YER la enterramos; mañana cumplía cien años. Más vieja que la *Patria vieja*, el 25 de Mayo del año X yá andaba cerca de sus veinte abriles. De carácter blanduzco, como pan sin levadura, nunca tuvo dicho bueno ni hecho malo, sin que ello significára precisamente fuera mal hablada. En sus postrimerías ya cercana la muerte, llegó hasta tener por oficio ayudar á bien morir, como en sus mocedades había ayudado á bien nacer.

En los momentos que se eleva al buen Dios, llega su alma más limpia que patena. Vírgen de alma y también de cuerpo, nunca probó en su largo viaje de cien años el vino, el amor, ni alguna de esas embriagueces que tan rápidamente desgastan el alma y su estuche. Fué mi vecina, ó más bien la de la antigua Chacra de mis abuelos, desde antes que yo fuera vecino, (mucho antes que ellos fueran mis abuelos) crónica viva de todo un siglo.

Doña Encarnación Rincón era una tradición andante, sin moverse de su tronco. Como la mayor parte de las

sencillas gentes de campo, estampada quedaba en su clara memoria toda escena, hecho ó dicho que ante sí pasaba. Había visto *nacer* la Pátria, como solía decir, pues que era mayor que ésta, y sus recuerdos remontaban más allá. Así contaba con detalles de sucedido de la víspera, el día que unos inglesitos desembarcaron por Quilmes, (desde el ombú del corral se divisan hoy sus altas torres, irguiéndose trás la espesa vanguardia de altísimos alamares), y sin decir ¡Ave María! se entraron por su casa. Pero si se metieron como Juan de afuera, no tardaron en salir como ratas por tirante.

Su padre, hijo de otro más viejo Rincón, que tenia el suyo por el *Rincón de Obligado* (del que no trajo más que su nombre y una vaquita barrosa, acampó ochenta años sobre la tierra) había propuesto á ño Sandoval, el *ñato* Casco, y á su tío, padre de Ciriaco *el mellado* y de *Cabeza mora*, ir á ofrecerse de baqueanos á esos pobrecitos viajeros sin rumbo ni alma que les guiara, con la cristiana intención de echarles entre tembladerales, y los que no quedáran empantanados en barros blancos del bañado de Quilmes, y salieran con vida de tales andurriales, cuando atravesaran espesos cardales, prender fuego á éstos por los cuatro costados, para que murieran de un humazo como ratas invasoras.

*Allicito* no más, á cien pasos de su rancho, todavía mostraba la tapera vieja de Contreras, donde se reunieron en tales conciliábulos, señalándola ella al forastero, cual en las montañas suizas la Capilla de Tell, donde Guillermo y sus dos amigos juraron salvar la Pátria.

Veinte años más tarde el Sargento Molina, Pancho *el ñato*, el baqueano Miñana, y veinte compañeros más, rindieron con astucia semejante el Batallón de portugueses que invadió el Cármen de Patagones. Como en todas nuestras solemnes circunstancias el tiempo pasó en dimes y diretes, sus vecinos menos animosos no se decidieron, y por no seguir el consejo de padre, (añadía la buena vieja)—el Virrey perdió la Capital por cuarenta días, y su virreynecia para todo el viaje.

«Pero entonces nos defendimos de los ingleses, y muy luego después aprendieron nuestros gauchos á enlazar *petos*

*colorados*, en el bajo de los hornos, Miserere, ó el Retiro, y doce mil ingleses no consiguieron meternos diente. Lo que es hoy, nos tienen conquistados por completo, y en los Ferrocarriles, en los Puertos y grandes Estancias, (pastores irlandeses) Bancos y Establecimientos, sólo se oye hablar inglés. Bandera roja flamea sobre todo, y mañana ú otro día, cuando nos encontremos en algún aprieto, porque nos hayan prestado, (para ganar más alto interés se entiende), vendrán á cobrar á cañonazos, usanza que yá ponen á la órden del día.»

—Qué tiempos aquellos! exclamaba exaltada mi buena vecina, que también se permitía tener opiniones políticas, ó quisicosas:—«Si los *probes* nacimos para lo mismo, á qué cambiar de amo!» Goda y Federal, lamentaba la caida de España y del Restaurador. «Mejor estábamos con el amo viejo» afirmaba su aserto con una patadita. «En tiempos del Rey vivía una más tranquila. Luego vino Don Juan Manuel, *el padre de los probes*. Entonces no se robaba, bien podía dormirse con todas las puertas abiertas; y si el año cuarenta hubo muertos, en todos los años acostumbra morirse la gente. Peleas y asesinatos en todas partes hay. ¿A qué inculpar al *probecito* Don Juan Manuel? San Días tiene razón, por eso tengo el retrato de Saldías á mi cabecera, bendito Santo de mi devoción, único que ha dicho verdad de Rozas, que yó nunca he variado de mis opiniones, firme como saraza que no destiñe».

«Entónces todos éramos unos, más unidos! Necesitábase en cualquier faena ó recojida ayuda alguna, ahí venían los vecinos á dar la mano, y antes que cayera la lluvia la troja quedaba cubierta. La yeguada que pisaba el trigo en una chacra hoy, iba con las mansas al día siguiente á otra, prestándose por toda la cosecha. Caía alguno al pago y con cuatro palos armaba su rancho á la costa del arroyo, sin que saliera el dueño con que «este campo es mío», que todo el campo es de Dios. Pedía pasar la noche un *probe* gaucho de camino, y noche sin fin se prolongaba, que nunca faltó carne en la enrramada, ni un *cimarrón* en el fogón; y todavía al irse, cuando se iba, se le prestaba un caballo ó dos que no

sencillas gentes de campo, estampada quedaba en su clara memoria toda escena, hecho ó dicho que ante sí pasaba. Había visto *nacer* la Pátria, como solía decir, pues que era mayor que ésta, y sus recuerdos remontaban más allá. Así contaba con detalles de sucedido de la víspera, el día que unos inglesitos desembarcaron por Quilmes, (desde el ombú del corral se divisan hoy sus altas torres, irguiéndose trás la espesa vanguardia de altísimos alamares), y sin decir ¡Ave María! se entraron por su casa. Pero si se metieron como Juan de afuera, no tardaron en salir como ratas por tirante.

Su padre, hijo de otro más viejo Rincón, que tenía el suyo por el *Rincón de Obligado* (del que no trajo más que su nombre y una vaquita barrosa, acampó ochenta años sobre la tierra) había propuesto á ño Sandoval, el *ñato* Casco, y á su tío, padre de Ciriaco *el mellado* y de *Cabeza mora*, ir á ofrecerse de baqueanos á esos pobrecitos viajeros sin rumbo ni alma que les guiara, con la cristiana intención de echarles entre tembladerales, y los que no quedáran empantanados en barros blancos del bañado de Quilmes, y salieran con vida de tales andurriales, cuando atravesaran espesos cardales, prender fuego á éstos por los cuatro costados, para que murier[illegible] de un humazo como ratas invasoras.

*Allicito* no más, á cien pasos de su rancho, tod[illegible] mostraba la tapera vieja de Contreras, donde se r[illegible] ron en tales conciliábulos, señalándola ella al for[illegible] cual en las montañas suizas la Capilla de Tell[illegible] Guillermo y sus dos amigos juraron salvar la P[illegible]

Veinte años más tarde el Sargento Molin[illegible] *el ñato*, el baqueano Miñana, y veinte compa[illegible] rindieron con astucia semejante el Batallón [illegible] ses que invadió el Cármen de Patagones. C[illegible] nuestras solemnes circunstancias el tiempo [illegible] y diretes, sus vecinos menos animosos no [illegible] y por no seguir el consejo de padre, (añ[illegible] vieja)—el Virrey perdió la Capital por cu[illegible] virreynecia para todo el vi[illegible] de l[illegible]

«Pero entonces nos def[illegible] luego después aprendieron [illegible]

la memoria de Doña Encarnación, resaltando como hechos culminantes: «*Invasión de ingleses*», «*Revolución de Mayo*» «*El año de los veinte Gobernadores* (1820) «*Guerra del portugués.*» «*La gran seca de los terragales,* (1832) en que se ahogaron majadas enteras; *El año cuarenta*, en que no mataron más gente que el año veinte;» «*Invasión de Lavalle*, que acampó allisito enfrente, bajo aquel alero, donde su sobrino *Cabeza mora* fué á preguntarle «si él era de la gente de un tal Lavalle muy mentao que venía matando y saqueando; si no había visto su petizo panzón que le habían robado». Franqueza por la que el General le dió un patacón al muchacho. «*El bloqueo de los ingleses*», «*La caída de Don Juan Manuel*», «*Veinte años alegres*» para sus lindos gauchos matreros, tan buenos federales, «*La entrada de Urquiza*», «*El sitio grande*», «*Cepeda*», «*Pavon*», «*Guerra del Paraguay*», que diezmó los mejores soldados, *El eterno continjente á la frontera*» que nunca acababa, por la interminable invasión de indios, que un *dotor* muy *projundo* pretendió detener, abriendo una zanjita. Después, hechos más recientes que habían conmovido esas soledades: Revoluciones que dejáran sin un gaucho ni un matungo todo el pago. Revolución del setenta y cuatro; del ochenta, y la del año noventa; en fin, crisis y atrasos de todo género. Triple crisis política, comercial y relijiosa, que suponía ella venía á hacer tabla rasa con todo lo pasado, como si fuera yá á concluir el mundo, cuando era ella la que concluía.

Y en otro órden de ideas, esta pobre mujer de cien años sentada sobre una cabeza de vaca, á la puerta de su rancho, había visto pasar todo progreso sin pestañear, protestando siempre contra lo nuevo: *El telégrafo*, al pié de cuyo alto poste vecino había muerto su más linda yegua blanca, en la primera tormenta, por alambres que sólo sirven para atraer rayos; *La carreta sin bueyes* (locomotora) cuyas chispas quemaban los trigales que con tanto afán siembra el pobre paisano, y una sola de ellas en sus diarios empaques ó choques mata más gente que todas las carretas del pago en cien años; *La fotografía*, frente á cuyo cañon no era ella la que jamás se puso. Esos otros buques sin vela, que

marchan quemándose por dentro y que había visto en Barracas, á cuyo Puente llegó un día, y que jamás pasó, sin acercarse á la gran Ciudad, cuyas torres divisaba esfumadas en lejano horizonte desde el tronco alto del corpulento ombú, todas esas maravillas del último siglo, que por su soledad pasaban, y que poco admiraba, sin comprender.

## III

Pero lo que más me atraía en los interminables cuentos de la anciana vecina de la Chacra vieja de San Francisco, (que por algunos pesos y muchas carretadas de leña de durazno enajenaron los frailes cuando todo se les caía, hasta las torres de la Iglesia) era la antigua crónica de familia, viva en su memoria desde antes del nacimiento de mis padres.

—Me parece ayer!—agregaba: Era el día de San Francisco (1815). Llegaron al caer la tarde, la pesada galera y dos carruajes más, chorreando las gordas mulas color ratón. En la primera, el Señor Don Manuel, mi Señora Doña Juana, señor padre, como llamaba ella á su suegro, y la segunda esposa de éste, Señora Panchita y el niño Plácido, de cuyo primogénito éste, nunca se separó el padre. Llegaba en otro el Capellán, y chicos y amas, negras esclavas, y cuantos vinieron con los abuelos á tomar posesión de esta Chacra de San Francisco sobre el Arroyo de las Piedras».

«Todavía me acuerdo el primer domingo que me llevaron á misa. En defecto de campana con que alzaron los legos de la Capilla, los muchachos de la casa llamaban misa con la herradura caida á la mula bendita, que moría de vieja bajo los nogales plantados por el amo, y por sus propias manos regados con leche para que dieran nueces gordas. Había quedado fuera de servicio, por los muchos prestados, agobiada bajo el peso de pavos, pátos y gallinas, ofrenda de todos los sábados que el fraile limosnero llevaba al Convento. Hacía de badajo la herradura, golpeando en el gran tacho de cobre de fabricar

jabón. Dilatándose su límpido sonido por el verde valle abierto, atraía numeroso mujererío de todos los contornos, sencillas gentes que no necesitaban de tanto ruido para concurrir á sus devociones. Hoy me cuentan que en la ciudad medio hereje por tantos *naciones* que han venido de todas partes, bien puede sonar á reventar la gran campana de la Catedral, rodeada de Bancos judíos, hasta dejar sordos á sus vecinos, ni los más cercanos despiertan á cumplir con obligaciones relijiosas, ni concurren más de cuatro mozalvetes si no á ver semi-tísicas puebleras, descascarándoseles el reboque de almidón»—agregaba la vieja que nunca pasó por lo de Mr. Moussión.—Ocupaba la derecha del altar la familia del amo, con pionas y esclavas, cuando iban llegando las vecinas de los ranchos de leguas á la redonda, las más guapas mozas del pago en ancas de soberbios fletes, se apiaban de un salto, entrando á la estrecha Capilla sólo el mujererio, tapándose la cabeza, los paisanos hincados en los corredores á la sombra de los paraísos, formaban larga cola hasta el palenque de caballos, cuyo gran número denunciaba el de los devotos».

«Con más fervor y menos palabras allí se pedía: lluvia para los campos, fecundidad en las majadas, la salud para todos, tranquilidad para los vivos, y el descanso eterno para los muertos. Después de la misa, alguna breve plática, mientras los más mocetones *pastoreaban* gauchitas bajo los tres ombúses, (trás el palomar, ó por los hornos) al lado de la vieja que calienta agua para que otro tome mate, mientras el Capellán bautizaba los recien nacidos cuyas abuelas cargaban sin poder señalar el padre».

«Luego, antes que cayera el sol fuerte regresaban, derramándose la chorrera por valles y lomadas hasta perderse de vista hácia la Tablada vieja, el Paso de las Piedras, Cañada de Gaete, donde poblaron después Salá, Salas y Salinas, Sandoval, Chiclana, Cepeda, Castaño, Benavente, Dréyer, Brown, Hardy, Letham y cuantos ingleses llegaron al pago á refinarlo de ovejas y ovejeras».

## IV.

En el órden que desde el plano de Don Juan de Garay señaládose dentro el éjido de esta Ciudad solar para los Conventos de Dominicos, Franciscanos y Mercedarios, se les repartió Chacras ó Estanzuelas. Para los Domínicos sobre el arroyo de su nombre, desde el Puente Chico, ó de la Crucesita, á medio camino de los Quilmes. Corriente arriba hácia el Oeste, sobre el Arroyo de San Francisco, la que describimos, y un poco más lejos la Chacra para los Mercedarios.

Esta buena vecina, cuya larga vida llegó casi á enlazar el siglo XVIII con el XX, tan buena como servicial y atrasada, tuvo un su tío que la complementaba, dignos representantes del pasado que se vá y que no creemos del todo inútil dejar estampado en parte, pues que, si el presente entraña gérmenes del porvenir, aquel, engendro fué del anterior, y de todos ellos debemos recojer experiencias.

Un día Don Francisco, el viejo *tío Pancho* del pago, alto, grueso, corpulento, que no aprendió á escribir, pero sí á labrar cuantiosa fortuna por el trabajo honrado y perseverante, encargó le compráran y amuebláran una casa en la ciudad, allá por la calle Independencia, Chile ó Méjico, pero de ningún modo pasando el otro lado de la *Calle Federación*. Los estancieros del Sud nunca fueron norteros.

Grande fué su contento cuando entró á su casa, trás la Iglesia de la Concepción, ancha, retacona, bajo sombrero de tejas morunas: primer patio como Estancia, segundo con corredores, huerta para chanchos y fruta de corral, caballo, etc., etc. Lo que más alhagaba al paisano es que le hubieran comprado casa con ombú, á cuya sombra iba todas las mañanas á rasquetear, limpiar y conversar con su caballo. Era *su crédito*, un *gateao-malacara* tan bien enseñado, que le acompañaba á tomar mate después de la siesta, sobre el ñudoso tronco del árbol criollo, el único ombú en pié que restaba en el *barrio de los tambores*. Le recordaba el más añoso y

corpulento sombreando en una de las lomadas de *los Quilmes*, el rancho de la Estanzuela, y como símbolo nobiliario, grabó á fuego en el tronco la marca de sus vacas, especie de blasón ó escudo en sus numerosas haciendas.

Todo lo encontraba ancho, espacioso, desahogado, hasta aquellos cuartos en hilera, *derecho viejo*, en que algún travieso noctámbulo, desde la ventana sobre la vereda podía derribar de un tiro, bien fuera con sal, á la china en chancletas que la mermaba en la cocina. Seguía la sala, el aposento, y si alguna contrariedad encontró en su nueva casa el viejo estanciero, fué la inmensa *cuja* de cuatro elevadísimas columnas, frente á la cual, llegada la hora de acostarse, exclamó: «Muy lindamente está todo. Bueno debe ser este armatoste, pero la cama, para la patrona! Cirilo! tráeme el recado, y tiéndele en el suelo *pelao* á los piés de la *cuja*; mejor es á lo que te criastes! El hombre es animal de costumbres y he de morir donde he dormido toda mi vida: sobre mi recado.»

Años después más viejo, enfermo y ciego, todas las mañanas se hacía traer el caballo ensillado dentro del dormitorio subiéndosele á él con dificultad, haciéndose la ilusión de seguir al tranco para la pulpería en el paso del Arroyo. «Hé de morir con las riendas en la mano», repetía, y así sucedió. La hija, tan vieja casi como él, hasta el último día parando el caballo bajo el naranjo del patio, pasaba sus largas riendas al través de las rejas de la ventana, poniéndolas en las manos yá frías de su nonagenario padre. Los que hayan alcanzado al anciano General Don Crispín, en Gualeguay, pueden atestiguar no fué el *tío Pancho* el único ciego á quién halagaba ésta vanidad de hombre fuerte, muriendo con las riendas en la mano.

Y así se vivió noventa años el *tío Pancho*, cien la sobrina Encarnación, y en otra esfera, en su linda Quinta de Santa Lucía, (Barracas, pasada la Esquina de la Banderita), á sus ciento cinco años la Señora Piñero de Escribano. Antiguamente las gentes sencillas del campo vivían más en su ignorancia y parsimonia, sin preocupación, léjos de las pasiones que desgastan y apocan. Hoy

se vive más de prisa, rápidamente se avanza como devorando el tiempo que vuela y escapa para todo escaso, en mayores comodidades sin duda, y confort que el progreso ha acumulado, pero se descuenta vida agitada y tan aceleradamente, que se vive casi por sistema eléctrico.

Todo se ha suprimido; el largo vivir, el dolor al ménos se ha circunscripto ó limitado, aún la muerte irremisible, si no se ha prohibido, se le engaña ó disimula, disfrazándola en suave sueño sin sufrimiento imperceptible narcótico, desvanece el sueño de la vida en el de la muerte, al que se entra como por engaño, despertando en el otro mundo narcotizado.

Tío y sobrina, dignos representantes fueron de nuestro atraso cien años há. Apesar de su parsimoniosa vida, sin sentir, sin pensar, vegetativa, sin emociones, siempre igual, inalterable y monótona hoy como ayer, mañana como hoy, largo camino recto sin vuelta, sinuosidades, bajos, altos, ni recodo, dudamos sean muchos los que prefieran vivir cien años en tales circunstancias, cual inalterable agua de lago en calma.

Pocos restan yá de aquellos que cantaban:

«Feliz el que nunca ha visto
Más río que el de su Pátria,
Y duerme anciano á la sombra
Dó pequeñuelo jugaba.»

# El primer periódico

# El primer tipógrafo

(Tradición de la época del Virrey Avilés)

## I

¡Qué buena cosa es la prensa! ¡Cuantos males han causado los periódicos! Apénas surje invento alguno (nuevo destello de la inteligencia) la prensa le universaliza con la instantaneidad del pensamiento. Apénas hubo secreto, ó mal de prójimo que mortifique ó aminore, que la chismosa no se apresure á esparcir. A diario notícia las novedades del día, como publica la desgracia humana. Tanto bien ha producido la prensa, como calamidades trajo su abuso. Resúmen de todos los conocimientos, trompeta de la fama, que los dilata, llegó á llamársele *cuarto poder del Estado*, después que un médico alemán, por más señas, publicó el libro para curar las enfermedades que producen los periódicos.

La prensa es un apostolado y una propaganda.

Ella enseña, dice, predice, infiltra, inculca, machaca, insiste, pero á la larga triunfa, se abre camino y objeciones, rutina, costumbres, obstáculos, sombras, errores; nada resiste, nada queda en pié; todo cae á sus golpes de ariete día á día repetidos. Ella propaga la luz, el movimiento y la vida intelectual, la noticia, el invento, la última novedad; dá vida á la idea que vuela iluminando almas que se entreabren al rayo de la verdad. Los bracitos que movieron la primera prensa entre nosotros, fueron los de espósitos. Esos hijos sin madre dieron vida y calor á la palabra imprimiéndola, propagando la buena lectura que germina buenos sentimientos.

Todas las mañanas parten hácia los cuatro vientos trenes y Vapores llevando en millares de hojas, lo que se ha pensado, lo que se ha dicho, ó proyectado, lo que se ha hecho y hasta lo que no se ha hecho, lo que simplemente se ha ideado en esta inmensa colmena de ochocientas mil almas, la más alta expresión sud americana. Ella nos enseña día á día, nos educa é ilustra hora por hora pone á nuestro alcance los mil conocimientos útiles, anuncios indispensables de lo más conveniente y perfeccionado, concurriendo á nuestro mejoramiento. Todo esto se debe á esa fugitiva hoja matinal, curiosa y charlante que como las rosas vive solo el espacio de una mañana. La prensa engendra el renombre, hace la opinión, forma la Fama, pone á la moda los conocimientos más preciosos, divulga lo notable. Su mutismo hace el vacío al rededor de lo más meritorio; todo se olvida y desfallece sin su aliento. Fuera de su atmósfera, nada hay más allá del alcance de la vista. Todo muere, y hasta esa misma muerte pasa ignorada, si no lo noticia la imprenta. Ella nos hace estar presente á cuántos sucesos, ó acontecimientos notables. Apénas se produce ruído ó movimiento alguno en cualquier extremo de la tierra, y éste mágico conductor acústico prolongando su éco, lo repercute por toda su redondez.

## II

—Que repiquen en Harlen!—repetía un buen Cura holandés la víspera de San Arbogasto, pero la tarde se acababa y los repiques no se oían. Y era que el sacristán enamorado, más que de sus campanas, de la hija del Cura, distraído como todo enamorado, había llevado consigo la llave del campanario en su paseo de todas las tardes á orillas del río, donde á la sombra de verde sauzal y en trozos de él recien cortados, entreteníase en tallar las iniciales de su bien amada, entrelazadas con las suyas y unidas por la flecha de Cupido.

Con sermón más largo que la Cuaresma en que estaban, fué recibido al entrar en la Casa Rectoral, pero si San Arbogasto quedó ese año sin repiques, á la humana especie nació un nuevo sentido por tan plausible casualidad. Gutemberg, amigo del sacristán distraído, visitándole bien de mañana para averiguar el por qué se habían suprimido los repiques á Santo de su devoción, al mostrarle algo que sacaba bajo su almohada, dijo:

—Por éso, que pesada reprimenda ocasionó.

Desdoblando el inventor de la imprenta el pergamino que guardaba agreste obsequio de novio, mientras que éste lamentaba encontrar manchada su única hoja: —Eureka! exclamó exaltado su amigo Juan, (de cuyo nombre tomaron los tipógrafos por Patrono á San Juan Nepomuceno). ¡Yá apareció aquello! Tras esta manchita prosigo muchas noches sin sueño. Ella rescatará de muchos errores á la humanidad. La presión de un sueño que milagro me revela y juzgas un mal, proporcionará mucho bien: alimento intelectual y también material que redimirá de doble miseria.

.....

Desde tiempo atrás, ensayando diversos métodos de impresión, no había descubierto más sencillo procedimiento que el revelado por la casualidad. Pero desde

ese primer estampado que dió orígen á la impresión, hasta la llegada de ella aquí, transcurrieron sólo trescientos cincuenta años. A la imprenta descubierta en un Estado libre de Alemania, la República de Venecia dió aliento y abrigo. De Holanda á Inglaterra y de Francia á España, todavía retardó mucho en venir de Misiones á Córdoba, y de ésta á Buenos Aires. Fué también en Venecia la primera aparición de *La Gazetta*, antes que el más viejo periódico del mundo, (The English Mercurio, Julio 23 de 1538, que vimos en el Museo Británico) y si demoró como todo progreso en llegar á la madre pátria, tanto como de España aquí, después del primer periódico en Lima, bajo la redacción de Cabello, fundó éste aquí *El Telégrafo*, que con las primeras luces del siglo vino á alumbrar la región del Plata.

En todas partes hubo diario antes que imprenta, pero entre nosotros, veinte años después de establecida, recién apareció, cien años después que en Misiones se imprimiera la primera hoja en esta América. Viejo como el mundo es el periódico, y sin remontarnos á lo referido por Tácito en sus *Anales*, sobre la publicación de *Los Fastos* y *El Acta diurna*, especie de gacetillas locales fijadas en los sitios más concurridos, (periódico en embrión) mentidero público, gradas de pretil, plaza, férias entre los romeros ó espectativos de Puertos, que acudían á oír y propagar exajeraciones del navegante, que «miente como un viajero», nació el noticiero, el propagador, gacetilla parlante, manuscrita, antes de impresa, Correos, Gacetas, Papeles nuevos, Mercurios, Telégrafos, y cuanto Almanaque ó anuncios han inundado el planeta.

No vamos á seguir la genealojía de esta numerosísima familia de hojas impresas, que inauguradas el siglo XV en Venecia, *Gazetta*, (del nombre de la moneda de tres cuartos que por ella se pagaba) siguió caminito de Génova á Holanda, donde germinó la semilla del más ilustre hijo de Maguncia, hasta nuestro *Telégrafo*, que sin duda por inaugurarse como la primer Gaceta en Francia (1609), mal verso encabezaba, como el anuncio de la

protejida por Richelieu, todo en verso; ni siquiera de la primera que en América (Gaceta de Boston) publicó Franklin en 1719. Basta recordar como progenitores de nuestros diarios el que en 1758 apareció en Madrid, (después de *El Aviso*, Semanario del Sábado) yá con Real privilejio, escepción que á él y sus descendientes no evitó que la Santa Inquisición apagára de un soplo. Llamábase aquel padre de la prensa en nuestro idioma *Diario noticioso, curioso, erudito, comercial, público y económico*, título con que en 1790 publicó otro en Lima el mismo Cabello, cuyos periódicos pendieron siempre de capilar tan sútil como su homónimo, en quién eran tan ralos que no llegó á peinarlos en plural.

Pero como enunciamos, veinte años antes de éste periódico que nació en verso y murió en lo mismo, por satírica *Letrilla* que indigestó, llegaba la Imprenta cojeando en el mismo metro desde las sierras, que siguiendo fatal ley de atavismo, de ese mal del metro ó versos cojos, adolecieron cuantos gacetilleros vinieron á este mundo.

Y no podemos decir enfermedad de la época, que de todos los tiempos ha sido la versomanía, desde el *Salterium*, primera impresión de Gutemberg, la *Gaceta* de Richelieu, el *Mercurio* en España, la primera impresión en América, *Salmo* (Misiones, 1701) *Letrilla* del devocionario de Santa Teresa, (primer impreso en Buenos Aires (1780), *El Telégrafo*, hasta el último diario que acaba de aparecer en el *país*.

## III

En uno de los viajes en que el Señor Basavilbaso regresaba de recorrer las postas que estableció hasta Potosí, trayendo en sus petacas el célebre cuzqueño Rivera, autor del primer grabado en Buenos Aires, y talvez del mismo en que Concolorcorvo, autor de la primera *Guía de ciegos caminantes*, elojiaba su actividad por la propaganda de las luces, descansando en Córdoba (Co-

legio de Jesuitas sin Jesuitas) cuyos cofrades ayudára á embarcar en este puerto, mal de su grado, bajó á sestear al sótano más fresco. Allí halló tirados los restos de la Imprenta que esos Misioneros consiguieron introducir, en la que apénas tiempo hubieron de una sola impresión, encontrando entre los huérfanos de Jesuitas, uno, que por reunir en su nombre el de todos los Santos, no le habían alcanzado para pronombre. La tradición le recuerda Santo á secas, aunque con el tiempo llegó á ser Santos de Carolla, sin duda por haber nacido en la Hacienda de ese nombre, Chacra de los Colejiales, Colonia hoy limítrofe á Jesús María, y otra de tantas propiedades de los *pobres* Jesuitas. Usaba el huérfano por única almohada la vieja prensa, cuyos restos se veneran bajo cristales (Museo Histórico) y cuando á poco de irse los padrecitos con la música á otra parte, mandó el Virrey Vertiz trasladar á ésta la Imprenta, para que sus productos auxiliaran la Casa de Expósitos, dar á éstos una industria, y aplicarla como todos los bienes de *Temporalidades* á difundir la enseñanza, solicitó el fundador de Correos trasladáran con la prensa al expósito que la cuidaba como su adición ó complemento. La Imprenta, á que un sentimiento de amor y relijión dió vida en el sueño de Gutemberg dentro el Convento de San Arbogasto, para propagar la palabra evangélica, su traslación á ésta Ciudad tuvo por orígen otro sueño de Basavilbaso.

.....

Recordando la observación y el tino con que los Jesuitas descubrían la especialidad ó inclinación de cada uno, y desarrollaban el natural instinto del niño, dedujo Basavilbaso que el cordobesito Santos, si no había nacido en la prensa sobre que dormía, producto de la que limpiaba, y con quien conversaba en el subterráneo, debería serlo de alguna de las *cholas* que el Padrecito tipógrafo administraba, y que según Sarmiento, nó como producción expontánea se reproducían á destajo, así en Misiones, Carolla, la Ranchería (nuestro Mercado

viejo) ó trás los numerosos Conventos cuya propaganda *fide* no contrariaba la propaganda *especiem.*

Vino pues Santos el tipográfo con la imprenta de Córdoba cuidando de sus tipos y enseres, que al fin nos llegó este progreso como todos los del coloniaje, á paso de mula; y el día que se instaló en la vieja Casa de *Temporalidades* (Perú y Moreno) fué el gran *día de Santos*, quién por lo á ella encariñado, fué ascendiendo su fámulo, entintador, parador tipógrafo, prensista, hasta que durante la Administración de Aguiar, llegó á dragonear de Regente. Siguió á éste Dantás, y tan productivas eran las gruesas de *Cartillas*, *Catecismos* y *Catones*, únicas impresiones, que por pleito de tres años esquivó la entrega de la Imprenta de Niños Espósitos á Garrigós, á pesar de haberse éste casado con la imprenta, quién para poseérla con mejor derecho, (raro consorcio) empezó por matrimoniarse con la expósita que de mano de la Junta se le administrara, quedando así incrustado entre prensas, burros, tipas, tipos y tiperos.

Hubo exámen de doncellas entre las mejorcitas y la que obtuvo, no más puntos, si no ménos en picardigüelas, elegida fué como madrasta de la imprenta y tipógrafos. Fué bajo la regencia de Garrigós que fundó el Coronel Cabello el periódico en que aparecieron las primeras plumas argentinas.

No hemos alcanzado á escudriñar si este Santo dejó muchos santitos según larga familia de buenos tipógrafos que entre nosotros le reconocen su primogénito, pero todo esfuerzo de obra laudable digno es de aplauso por lo que, sin personificar en Cabello la institución periodística, debemos un recuerdo á su iniciativa, y al grupo de intelectuales que le acompañó.

Desde cuarenta años atrás, proponíamos en *El Guardian de la Ley* levantar un monumento conmemorativo, en *El Nacionalista* cuya imprenta incendió el último caudillo, como remedio más eficaz de extinguir el fuego que á todo caudillaje hicimos, en la Oración fúnebre al inaugurarse el Panteón de la Sociedad *Tipográfica Bonaerense*, en el discurso que corre en folleto á la fundación

de la primera Biblioteca de campaña, en los artículos de *La Nación*, (Enero 12 de 1882) y en cuantas oportunidades nos ha sido dable predicar, propagábamos la religión de la gratitud, que tanto nos obliga á levantar un monumento á la prensa, de que recibimos ésta luz intelectual que ilumina el camino del peregrinaje en la tierra.

## IV

El Sábado 1° de Abril, en el primer año del siglo que acaba, salió aqui á luz ese mensajero de la misma. No se animó á llamarse órgano de la opinión pública, que ni en voga estaba el público, ni había opinión en la minúscula Capital de Virreynato tan dilatado. Si pequeño era su formato, largo, muy largo fué su nombre: *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Rio de la Plata,* agregados los títulos de su fundador y Redactor principal Francisco Antonio Cabello y Mesa, estremeño, Coronel del Regimiento provincial, fronteriza de Infantería de Aragon en los reinos del Perú, Protector General de los naturales de las fronteras de Jauja, abogado de la Real Audiencia de Lima, é incorporado por Su Majestad con los de Su Real y Supremo Consejo de Castilla, etc., llena quedaba la primera de sus cuatro estrechas planas en 4° menor.

Periódico de miércoles y sábados, tuvo por colaboradores los primeros publicistas argentinos: Lavarden, Belgrano, Castelli, Moreno, Rodriguez, García, Azcuénaga, Medrano, Fúnes, Chorroarin, Vera, Monteagudo; peninsulares tan notables como: Cabello, Cañete, Cerviño, Alsina, Araujo, Casamayor, Montero, Arenales, Leiva, Neira, Perdriel, Muñoz, y como corresponsales: el Oidor Cañete en Potosí, al naturalista Hanke en Cochabamba, el poeta Prego de Oliver en Montevideo, y Tuella en Santa Fé.

Si largo fué el nombre de periódico de tan corta vida, más larga fué su gestación, que nó nueve meses, sinó nueve años duró, antes de obtenerse licencia para su alumbramiento. Bien que como queda dicho de un cabello muy fino pendía su existencia, á pesar de su papel ordinario, tipo idem y redacción lo mismo; apénas pretendió extender sus nacientes alas hácia el campo de la critica, le mató el peso de sus muchos nombres.

No murió del mal de *los siete días*, pero á los diecisiete meses cuando empezaba su *despecho*, falleció de despecho, asfixiado por falta de aire, que en aquellos tiempos no se respiraba el de la libertad por estos barrios, si después se abusó tanto de la libertad de imprenta que ella contribuyó á la elevación de un tirano.

En el último artículo se proponía mandar poblar Colonias en bahías de San Mateo, San Blás ó Bahía Blanca, á solterones recalcitrantes que no prefirieran cargar con doncella pobre, pues que de cada treinta mujercitas apénas una se casaba, ó malcasaba, mientras que tendidos á la *bartola*, sesteando á la sombra, engordaban en sempiterna haraganería los que habían venido á poblar estos desiertos. Predestinados estuvieron nuestros campos del Sud á privilegio de gente de mal cariz por fundadores, que si Rozas encarretó las paseantes de media noche, para que siguieran empantanándose en las cenagosidades del Arroyo Azul, otro Jefe de Policía, bien devoto por cierto, recojió las *palomas blancas*, para que continuáran anidando en la bahía de su color, á que cincuenta años antes destinaba el *Telégrafo* nó á mujeres, sinó *á hombres de vida airada.*

Y aunque mucho resintió á suscriptores y *lectores de ojito*, que si el primer ciento de aquellos no llegó á triplicarse, á cuadruple número alcanzaban los de cafés y pulperías, (como los suscriptores sin suscripción que el cobrador de dos pesos oro por mes, nunca encontraba) creen otros que el articulito ese fué un brulote, subversiva y maliciosamente introducido por uno de los redactores del segundo periódico. Don Joaquin Araujo escribía al Dean Fúnes «era preciso fomentára el *Semanario de*

*agricultura, industria y comercio*, para que no suceda lo que al *Telégrafo* que yá se halla con todos los Sacramentos, esperando por horas su fallecimiento.» No obstante el privilegio exclusivo del primero, había venido con más robusta vida el segundo, y aunque *El Censor*, Malaespina no se le atrabancára la de su nombre en la garganta, dejado había sin censura el artículo encocoradorcito, el Virrey suprimió *El Telégrafo* que ya llegaba á ofrecer cincuenta pesos por cada Memoria sobre agricultura, industria, comercio ú otro ramo útil.

## V

Apesar de sus toscos elementos, así materiales como intelectuales, debemos gratitud á esos primeros tímidos ensayos del periodismo que de tan humildes pañales se ha desarrollado en tal magnitud, á punto de que hoy no se podría vivir, ó mal se comprendería la vida sin periódicos en esta inmensa colmena.

Todas las trabas puestas á la libertad de Imprenta (de que es lamentable se haya abusado en parte alguna como entre nosotros) á su discusión, á su propaganda, son otras tantas pantallas opacas que velan la luz diáfana del pensamiento, atenuando sus resplandores.

La prensa es como la nave sagrada en que navega el pensamiento, y éste buque en viaje contínuo, imperturbable, al través de todos los malos tiempos, conduce, dejando de puerto en puerto las nuevas ideas, que agitan y renuevan las sociedades, girando con la celeridad del relámpago.

¿No consideraremos los primeros tripulantes de esa nave dignos del menor recuerdo?

Por falta del espejo reverberador del pensamiento, cuántos génios ignorados habrán muerto en gérmen, durante la penumbre del coloniaje? Por efímera que sea su existencia, la inmensa luna de ese espejo vá reflejando en diario movimiento, quedando en sus hojas la hue-

lla de una época. Cuántos ¡ay! han desfallecido por dar vida á ajena idea. Cientos de esos pobres, eternamente espósitos en el banquete de la vida, cuántos virtuosos tipógrafos se extinguen prematuramente aspirando á diario el sutil aire letal, polvo de plomo levantado de las cajas á los pulmones, envejeciendo prematuramente toda una juventud, encorvada de la mañana á la noche sobre los *burros* del trabajo diario, por dar vida á la hoja que á todos despierta llevando una alegría, ménos al fatigado jornalero que la produce; sacrificándole hasta sus horas de reposo.

Compendio, enciclopedia ó resúmen, largo telescopio, trompeta de la fama que resuena á todos los vientos, boca de León siempre abierta como el de San Márcos, á la perpétua denuncia, rayo de luz, reflejo de vida, todo lo retiene y reasume su foco, como en inmenso cosmorama.

Eso, mucho más que éso es la prensa; antorcha perennemente ardiendo del pensamiento en lucha, ella enciende la luz en todos los cerebros, en sus columnas aparecieron los pocos sábios que en el mundo han sido, los intelectuales, los políticos que reforman y vienen mejorando la humanidad.

## VI

El Domingo 19 de Julio de 1890, salíamos de admirar la preciosa joya artística sin rival que se llama Catedral de Colonia, embarcándonos al pié de sus gradas para remontar el Rhin encantado, cuyas riberas bordan los más románticos Castillos de la Edad Media. Entre los pasajeros de esos Vaporcitos liliputienses, nunca falta *cicerone* cuya profunda ciencia tudesca le permite señalar con toda gravedad el Castillo donde el Diablo inventó la imprenta, para perdición de los hombres, antes de llegar á las ruinas en medio río, en que las ratas se comieron al Obispo que escomulgó tan diabólico in-

vento. Pasados los viñedos de Meternick, en cuyo Principado se elabora el más rico vino del Rhin, al caer el sol cuyos últimos rayos, reflejando sobre el gran monumento levantado á las glorias de toda la Alemania, en la montaña de la opuesta orilla, fulguraba nimbo de oro sobre la corona de la hermosa *Germania*, arribámos á Maguncia, saludando á los pocos pasos la estátua de su hijo predilecto. Fijando Gutemberg el pensamiento con la sombra de la palabra, la impresión, ménos indeleble su tinta que la de la fotografía, (donde el sol es el pincel) al perpetuar así el pensamiento, vino á formar algo como la inmortalidad entre los mortales. Pocas impresiones nos han conmovido tan profundamente como al palpitar en nuestras manos la primera hoja impresa (Biblia latina en Maguncia) en que parece palpitar el sentimiento del inventor. Nuestro corazón se agitaba de reconocimiento y admiración, reflexionando sobre el trabajo infinito, la fé y la perseverancia del que reveló un nuevo mundo intelectual, las vísperas que el génio de Colón revelára al viejo mundo, éste otro que habitamos.

El fijó el pensamiento instable fugitivo. El pensamiento destello de Dios, reflejo de un alma que especializa al hombre, la imprenta la perpetúa por la multiplicación, suprime el tiempo y la distancia y establece la contemporaneidad de todas las edades. La palabra impresa que tanto se compone de tinta y de papel, como de lo que siente y conmueve, de lo que se piensa é impulsa, nos pone al alcance de todos los tiempos, convirtiéndonos casi en vecinos de aquel viejo Moisés que bajaba la montaña con la primera hoja escrita en piedra, del mismo barrio de Homero y Tucídides, padres de la Poesía y de la Historia.

El pensamiento, puente misterioso entre el hombre y su Creador, estampado por el invento de Gutemberg, queda presente ante el hombre de todas las edades, y cual reverberación del Verbo Divino, enlaza pueblos y naciones, con la invisible cadena de las ideas que engarzan, generan y desarrollan todo progreso. La imprenta ha dado álas á la palabra y ella es el más estrecho vínculo de fraternidad entre las naciones.

Hojead una colección de antiguos periódicos, y recibiréis impresiones semejantes á las que asomados á elevadísimo mirador de donde se descubriera el camino recorrido. Vistas, usos y costumbres, todo bajo la mirada: fiestas, obras y paisajes, trajes y modismos, como escenas de la víspera.

«Esto matará á aquello», dijo Victor Hugo, amenazando con el libro cuya primer página imprimió el propio peso de Gutemberg, contemplando esa magnífica página arquitectónica en piedra, de Catedral no más espléndida que la que veníamos de admirar. Hoy al salir del siglo del gran poeta, podemos adjurar con más inmediación: el diario matará el libro.

Y á los fundadores del periodismo que agranda nuestra vida, que nos sirven á diario las novedades del mundo, que al abrir los ojos nos presenta lo que ha pensado la humanidad la noche antes, el proyecto, la acción, la palabra, que en cualquier extremo de la tierra se ha pronunciado, los que encendieron esa lámpara, no serán dignos de un recuerdo?

De aquellas primeras cuatro estrechas páginas, al espléndido establecimiento de *La Prensa* que antes de elevar la luz á mayor altura, publicó números de 48 grandes páginas, distancia semejante hay á los *dos burros* perniquebrados en que Franklin inició la *Gaceta* de Bostón, al nacimiento de un siglo en cuyas postrimerías el *New York Herald* tira quinientos mil ejemplares diarios, (*Le Petit Journal,* en París dos millones) paga en cuarenta mil dollars un solo telegrama, envía excursiones científicas hasta el centro del Africa, y Vapores á todas partes.

Si debe pasar de mano en mano, de generación en generación la antorcha de la verdad, cómo olvidar reconocimiento á los que esparcen la verdad, á los que entre nosotros dieron los primeros pasos en nó trillada senda?

## VII

En la prensa, como en toda empresa, vencer los primeros pasos es lo más difícil. Largo trayecto ha recorrido entre nosotros el periodismo en su primer siglo. Alcemos la primera columna miliaria, como los Romanos levantaban de trecho en trecho, jalones en el camino de la civilización, para dejar señalada la primera etapa en el término del siglo.

La prensa es un poder y una fuerza, ariete que golpeando día á día, abre brecha en los más gruesos muros de la rutina. Ante esa débil hoja de papel hasta el más poderoso palidece. Aún Napoleón suprimió los periódicos cuando empezó su despotismo. «Yo he visto temblar los más bravos caudillos acostumbrados á afrontar impávidos el cañón, ante la artillería de los tipógrafos», exclamaba con palabra vibrante, el elocuente periodista Juan Cárlos Gómez, al dictarnos un curso de Derecho, en las aulas de la Universidad. Poco tiempo pasó y bien de cerca palpamos la comprobación de su aserto, al encontrar á nuestro regreso quemada la Imprenta en que fundamos *El Nacionalista* fustigador del caudillo Cáceres, en la Capital de Corrientes. No consiguiendo apagar sus fuegos á ponchazos, melenudos de su escolta guaraní, le prendieron fuego, en la misma casa del patriota Serapio Mantilla, que cuarenta años antes el Gobernador Ferré fundára el primer periódico, y en el mismo año que la Imprenta nacida en esa Provincia (1707, Misiones) obsequiara Rivadavia al Gobierno de Salta, concluían allí sus restos llevados por Ascasubi, fundiéndose los últimos tipos en balas de plomo, para rechazar (1867) las *montoneras* de caudillos como Varela, Potrillo, Minuet y Barsoviana, intentando civilizar con sus chuzas, al apagar las luces que la Imprenta esparce. Así desde los primeros débiles bracitos que manejaron la prensa de Niños Espósitos, digno de recuerdo es *Santos* el cordobesito, quién venía discutiendo con el carretero Félix Juárez porque no cuidaba con los res-

petos debidos los sagrados útiles de Imprenta destinada á civilizar la Pampa que cruzaba, yá que por conducirla había cobrado cuarenta pesos sin afianzar quiebras. Este, como el negro esclavo de Aguiar, que resultó buen tipero, Oliver, Ortiz, Jambin marinero escapado de la barca Americana, fueron los primeros tipógrafos en tan reducido número, que veinte años después, en el del *Telégrafo*, donde se ofrece en almoneda un título de Castilla y una negra, sin grietas ni goteras, con todas sus entradas y salidas libres de servidumbre. (tan palurdo como el negro pregonero el cartulario que igual formulario usaba para la venta, así de predio rústico ó de esclava) se anunciaba «que el próximo Viérnes no saldrá número, porque de los dos componedores el mejorcito se halla con tercianas». Pero así éstos, como Vertiz y Basavilbaso, promotores, y Aguiar, Sotoca, Dantás y Garrigós, impresores, dignos son de algún recuerdo.

La imprenta ilustra y corrompe. Organo de la multiplicidad del pensamiento, faro que guía, suelen sus eclipses esparcir tinieblas, convertida en ludibrio, picota de infamia ó canal de injurias. No consideramos la que vive del pujilato, de la difamación, el escándalo y la crónica verde. Este es el reverso de la medalla, la nota disonante en todas partes, la sombra en toda obra de hombre. Los que convierten el santo apostolado de la prensa en canal de difamación por donde desbordan las pasiones enconadas, los que inventaron el *chantage* con la palabra impresa, esos tales son los Judas de su apostolado, desvirtuan su misión y cometen *simonía*.

El diario que antes del periódico escrito, nó por haber nacido en el noticiero de corrillo de barrio, ha dejado de elevarse á la altura, no se puede vivir hoy sin él, no se comprende la vida en ningún centro sin este éco del mundo. Prueba al canto: Más alto que la ambulancia de sus heridos, y al pié del telégrafo, esa otra imprenta del aire, acaba de establecer el ejército inglés en el desierto de Africa, el wagón de su imprenta, y si los *Boers* aislados de sus semejantes sienten algo en medio

de sus victorias, es sólo que sin prensa, aislados, sin comunicación con el mundo no pueden hacer saber cómo un puñado de patriotas decididos en todo momento, antes de dejarlo pisar por la invasión, saben defender el suelo sagrado de la Pátria.

Pero, estraliminamos la tradición.

El que encendiera el primer horno de donde se nos reparte el alimento intelectual que nos sostiene, el pan nuestro de cada día, ¿no merece siquiera una memoria?

Debemos hacer el silencio al rededor de los que produjeron la mayor resonancia?

Incitamos á patrocinar el monumento que deberá levantarse sobre la piedra que en el centenario de la introducción de la Imprenta se colocó en la Plaza cuyo nombre recuerda el de Belgrano, primer periodista argentino, al frente de la que lleva el nombre del Secretario de la Junta, periodista de la Revolución, en esa calle de Moreno donde salió á luz *El Telégrafo*. El mismo Club Industrial que la consagró; la Sociedad Tipográfica que ha congregado bajo una lápida de piedad los restos de sus virtuosos hijos; Círculo de la Prensa, de Cronistas, ó Ateneo, todas esas asociaciones, ó cualquiera de ellas, puede honrarse con la iniciativa. Bajo la protección de la prensa que tòdo lo engrandece, fácilmente con poco esfuerzo se realizará el hermoso monumento á sus fundadores.

En toda senda reconocemos abuelos. Los iniciadores del periodismo no merecerán acto alguno de gratitud? No debemos negar un recuerdo á los que con sus luces iluminaron el camino desde nuestra cuna, y dieron vida y vuelo y permanencia á la palabra vibrante de patriotismo, que plumas bien templadas, como luego sus espadas, abrieron ancho camino á la verdad y á la justicia, que difundieron con la palabra y ese otro acero que brilla más léjos.

Deberían sacarse diseños á concurso por el Centro de Artistas. Bien pudiera coronar el monolito de mármoles del Azul, San Luis y Jujuy, el busto de Gutemberg, ornado

su basamento con medallones en bajo-relieve de Belgrano, Castelli, Moreno, Monteagudo, etc. Levantemos el monumento á la prensa al saludar su centenario, (1° de Abril de 1901), bien no sea más que, por los que algo le deben, que en uno ú otro sentido son cuantos se sustentan de ese alimento intelectual que todas las mañanas se reparte á domicilio con el «pan nuestro de cada día».

*1.° Abril de 1899.*

---

## POST-SCRIPTUM

Por no extender esta yá demasiado larga tradición sobre el primer periódico, dejamos en el tintero muchos datos interesantes sobre tipógrafos, prensistas y Regentes de más ó ménos renombre que han propagado ó ilustrado la prensa, agregando únicamente como apéndice curioso la fecha en que este elemento de progreso llegó á cada una de las Provincias del Plata:

Córdoba, 1766.—Buenos Aires, 1780.—Montevideo, 1807. —Tucumán, 1817.—Santa Fé, 1819.—Mendoza, 1820.—Entre Rios, 1821.—Corrientes, 1824.—Salta, 1824.—San Juan, 1825. La Rioja, 1826.—Jujuy, 1852.—Catamarca, 1855.—San Luis, 1855.—Santiago del Estero, 1859.

En Lima hubo periódico desde 1790; en Buenos Aires, 1801; Montevideo, 1807. En Chile, sólo en 1811, si bien el actual *Mercurio* de Valparaiso que apareció (12 de Septiembre 1827) y en el que se ensayaron periodistas argentinos tan brillantes como Sarmiento, Alberdi, Frías, Peña, Piñero y Gutierrez es hoy el decano de la prensa de nuestra América y del mundo del habla castellana, después de *El Diario de Barcelona*, que cuenta yá ciento cincuenta años. Recuérdanse como primeros periodistas ó fundadores: En el *Telégrafo* de Buenos Aires, al Coronel Cabello; Montevideo: *La Estrella del Sur*, 1807, T. Bradford; Tucuman: *Diario Militar del Ejer-*

*cito Auxiliar del Perú,* 1817, Belgrano; Mendoza: *El Termómetro del día,* 1820, Juan Escalante; Entre Rios: *Correo Ministerial del Paraná,* 1821, General Mansilla; San Juan: *Defensor de la Carta de Mayo,* 1825, Salvador María del Carril; La Rioja: *El Boletin,* 1826; Catamarca: *El Ambato,* 1855, Molina; San Luis: *La Actualidad,* 1855, Manuel Saenz; Santiago del Estero: *El Guardia Nacional,* 1859, Ezequiel Paz; Santa Fé: *El Federal,* 1819, Carrera.

# El primer Almirante

(Su tradición)

*A mi Alejandro, en su infancia.*

## I

Puesto que á las tormentas inevitables de la vida, pretendes desde tan temprana edad, agregar las tempestades del mar, el día que subes á la nave de guerra cuyo puente llegar puede á ser cuna de gloria, oye algunas aventuras del que dió nombre á este Buque-Escuela, antes de conmemorar en el que hoy lleva, la primer batalla dada más allá de las fronteras de la Patria.

Grande cuanto es la América, cuanto lo es el mar que la circunda, fué el vasto campo donde flameó bien alto la bandera azul y blanca, enarbolada con gloria desde su primer día, al pié de cuyo mástil, antes de los quince años haces hoy la primera guardia.

Porque bueno es sepas que el pabellón argentino tuvo por Patria todo el mar, y desde su nacimiento, hácia los cuatro vientos del Oceano su sombra protejió al

oprimido, y del Plata á las Antillas, de las costas de Europa hasta el Mar Indico, hizo conocer con honor bajo todas latitudes, los colores y las armas de «esta nueva y gloriosa Nación».

Oid algunos rasgos del Capitán que puedes tomar de ejemplo, noble tipo de valor é hidalguía, de abnegación y constancia, quién desde grumete llegó al más alto grado.

.....

Ménos años que tú contaba Williams, cuando le entusiasmaban los cuentos de la abuela en largas veladas de un crudo invierno, al rededor del hogar, allá en la verde Erin, con las proezas del célebre niño que, á tu edad, preguntaba con toda ingenuidad: «¿Qué cosa es miedo?» El éco de los triunfos del marino mimado de la victoria le exaltó, y al ver bajar un día casi en pedazos, como su buque, pero cargado de laureles á Horacio Nelson en brazos del pueblo inglés que le aclamaba, acabó por decidir su inclinación á la mar.

Al día siguiente de enseñarme el inolvidable Doctor Rawson la ribera del Hudson donde se recibió entre mofas y sibildos á Fultón al embarcarse en el primer buque impulsado por el vapor, que pronto impulsó el progreso del mundo, aguardábamos el Vaporcito que remontando el *Delaware* nos conduciría á la mansión del Padre de la Patria (en Mont-Vert). El sábio Médico refería lo siguiente: «Por esta misma playa vagaba, poco ménos de un siglo há, un pobre niño llevando por todo equipage al hombro atado á la punta del bastón, un par de pantalones remendados, cuando la casualidad le hizo tropezar con el patrón del inmediato buque anclado. Atrayéndole la vivacidad y aire resuelto del niño que acababa de perder su padre, á poco de arribar á América en busca de fortuna le preguntó que si era trabajo lo que buscaba, lo había á bordo, recibiéndole inmediatamente de mozo de cámara. Cuando se tiene un corazón honrado y ánimo dispuesto se vá muy lejos, y ese niño vagando en su horfandad por esta ribera, trepando á las járcias desde ese

momento subió, y subió de la cofa á la verga, de la cruceta al tope del alto mástil, llegando en nuestra tierra al más alto grado.

.....

Bíen pronto cambió á bordo de una nave de guerra, en la hora de las verdes esperanzas de la vida, presintiendo que él también podría ser bajado en brazos del pueblo, aclamado vencedor. Nacido en aquella isla en que todos nacen gente de mar, pronto pasó su primer cuarto de hora, como en todas las carreras, el más difícil, entre las asperezas de la maniobra y los tumbos de las olas. No habiendo dejado enemigos que combatir sobre las costas de Europa, Nelson, el Napoleón del Océano, retardada allí su hora, impaciente, viró de bordo con rumbo al nuevo mundo, escudriñando otro teatro para sus hazañas.

Así arribaba el año XI, en el «Gran Napoleón», buque mercante, á la Ensenada de Barragán. Llegó á tiempo; y ésta fué su primer fortuna, que no hay como llegar á tiempo para seguir tan veleidosa beldad, ciega y saltando en un pié huye fugáz, sin dejarse alcanzar.

Los momentos eran propicios: necesitábanse buques y quienes los mandáran. Ocupado el industrioso Capitán en su pacífico tráfico de cueros y frutos del país, de una á otra ribera de este río, al bajar un día en Montevideo, le sorprendió que la autoridad del Puerto hubiera convertido en empedradores de calles á sus leales marineros. Arrebatándolos, transformó su pequeño buque en nave de guerra, y la tripulación en soldados expertos.

Rápidamente armó dos ó tres barcos más, echando así los cimientos de la primera Escuadra Nacional, que en Montevideo y Martín García, afianzó el nuevo pabellón con una doble victoria.

## II

Un día arribó á un puerto lejano, muy distante de ésta su pátria adoptiva, pero nó tanto que no llegáran más tarde en pós de su nave victoriosa soldados argentinos, bajo el pabellón que él hiciera conocer.

Anunció su presencia sobre el «Guayaquil», resonando sus cañones como la primera voz de esperanza para aquellos pueblos todavía bajo el yugo colonial. Derribó Fuertes, arrastró baterías, destruyó cuanto á su paso se opuso, y á punto estuvo de enarbolar la bandera de la Independencia, muchos años antes que Bolivar arrebatára aquel pueblo á la España y al Perú, cuando rápida bajante de la estrecha ría, dejó encallado su pequeño Bergantin «Trinidad», (9 de Febrero de 1816), sus diez y seis cañones inutilizados, y la mitad de sus hombres muertos ó heridos.

Abordado por veteranos españoles, de pronto la victoria vuela de sus mástiles, y su triunfo se convierte en derrota. El Jefe enemigo, vencedor en la mayor parte, del puente grita: «¡Rendíos, bravos marinos!» El Capitán Williams se cubre con la bandera que encuentra á mano, precipitándose á la Santa Bárbara, y responde mecha en mano: «Si no desalojáis al momento, volamos todos á la eternidad!» Los abordantes impresionados por tal audacia desembarcan, concediendo á sus prisioneros los honores de la guerra.

Así envuelto en la bandera azul y blanca por único ropage, cruzó las calles de Guayaquil, haciendo conocer á los ecuatorianos aquellos brillantes colores que aparecían cual iris de esperanza, y que pocos años después flamearían victoriosos al pié del Pichincha. Como Belgrano, aún de su gloriosa derrota de Tacuarí, supo sacar provecho para dejar allí la semilla fecundante de la independencia, así el Capitán Williams, aún en los días de prisión, reanimando con su ejemplo y su palabra á los hijos del Ecuador, alentó su emancipación.

Las autoridades españolas temiendo el contagio, por el entusiasmo con que fué recibido el glorioso prisionero entre los patriotas, apresuráronse á devolverlo al día siguiente, cuando se presentó á rescatarle el Comandante Buchardo, cuyo buque por falta de agua, había la víspera retardado la victoria.

.....

En otra oscura noche penetró al puerto donde la Escuadra Imperial se hallaba fondeada, creyendo muy dis-

tante los buques argentinos. Sus marineros dormían, como en esas prolongadas siestas americanas frente á costas abrasadoras. Pasa Williams con sigilo la vanguardia, penetra sin ser sentido hasta el centro, saluda al enemigo con una doble andanada de sus cañones de babor y estribor, y sigue sereno su ruta, virando luego, para observar desde léjos, con las primeras luces de la mañana, los buques portugueses bastante destruídos. En las sombras de oscura noche, creyéndose sorprendidos por el enemigo, habían combatido entre sí largas horas sin poder reconocerse, hasta que las brisas matinales disiparon el humo, y el error.

.....

De aquella honrada familia de Martinez, que como la de Balcarce dió cuatro Generales á la patria, Don Juan Apóstol encontrábase en el muelle, divisando las evoluciones de la Escuadra que bloqueaba el Puerto, cuando llegó al embarcadero Williams, yá Comodoro, (9 de Julio de 1826).

Martinez fué uno de los más valientes Oficiales del ejército de los Andes. «Con decir que cabalgó un toro, con espuelas, de qué audacia no será capaz», decía su camarada Juan Lavalle, refiriéndose á la célebre corrida de toros que en despedida del ejército se dió en Mendoza.

Al pasar, invitó el marino le acompañara á bordo: «Vamos á tener fiesta, y de las buenas», agregó Martinez que jamás dió espaldas al peligro. Aunque nunca se había embarcado aceptó, y subiendo á bordo de la Capitana pronto empezó el baile.

—Ahí viene un barco por la espalda, advertía el soldado de tierra al lobo de mar.

—Deje se acerque no más, que por delante vienen dos, le contestaba. Y dirijiendo impávido el combate anteojo en mano, no dos, ni cuatro, ni ocho, dieciseis y hasta treintidos buques portugueses rodearon los del Comodoro Williams, interceptando espesa humareda la vista del pueblo que, coronando las barrancas y azoteas, divisaba el combate fuera de los Pozos.

Después de largas horas de lucha, en que dejó á la Escuadra bloqueadora de tal modo deshecha, que vióse obligada á levantar el bloqueo, entraba con su buque desmantelado, el «25 de Mayo», entre otros dos para evitar zozobrára antes de anclar dentro del puerto.

El audáz Jefe conoció muchos valientes, pero ninguno como aquel intrépido, que cuando todos palidecían en la confusión del peligro, él sonreía apacible é inmutable.— «No subiré más á bordo. Se necesita doble ración de valor para aguantar los corcovos del barco, sobre el potro de las olas, repetía Martinez, al referir aquella danza en el Plata, invitado tan de improviso.

.....

Hay meses en la historia pátria que parecen consagrados por la gloria, sus fúlgidos rayos iluminaron los hermosos días de Febrero, que no por ser el más corto, conmemora menos fastos. Los de San Lorenzo, Salta, Putaendo, Chacabuco, Bacacay, Ituzaingó, Patagones, Colonia, Juncal y otros muchos combates ven reverdecer sus laureles en las conmemoraciones de Febrero.

Difícil es compendiar en breves páginas las múltiples hazañas del Capitán Williams. Limítome á recordar las que en las fechas de tu ingreso á la Escuela Naval, el día 9 de tan glorioso mes, en tres años diversos, obtuvo el Capitán, el Comodoro y el Almirante. La sangre fría que demostró en el primero, el arrojo sublime del segundo, la astucia del tercero, hacen descollar éstos, entre cien episodios gloriosos de su vida.

## III

Volviendo de los mares del Sud, donde había hecho numerosas presas al enemigo, se le hicieron señales de tierra: «La Escuadra Imperial ha entrado al Uruguay». Rápidamente contestó: «El Comodoro garante no saldrá».

Hombre de pocas palabras y de grandes acciones, siempre mantuvo la mirada serena más allá del horizonte, fija en su único objetivo, cual si tuviera firmado pacto

con la victoria. Púsose en marcha con su lijera escuadrilla, dejó á barlovento aquella preciosa isla, llave de nuestros ríos, que recuerda en su nombre el del piloto de Solís (Martín García), y que el año catorce fué cuna de su gloria; penetró al Uruguay, y escalonando sus buques frente á la isla del Juncal, dejó bajo llave, según su expresión, á la Escuadra enemiga que no tenía otra salida.

No tardó ésta en retroceder, cuando supo cortada la estrecha desembocadura por la nave de Williams, cuyo nombre significaba la importancia de una escuadra, y cadena más fuerte que la de veinte barcos con que el tirano pretendió un día atajar la civilización, en las barrancas donde tu tatarabuelo dejó su nombre. (Combate de Obligado).

Conocedor del río, situó estratéjicamente sus buques, atrayéndo los del enemigo sobre bancos para ellos desconocidos. Encallaron unos, destrozó y desmanteló otros, y á los pocos días reapareció sobre el Plata con la escuadra y su Almirante prisionero. Cumpliéndose entónces el presentimiento de su visión de niño, fué conducido en alas del entusiasmo, y en brazos del pueblo por calles enbanderadas, en que las damas le arrojaban flores, hasta el célebre «Café de Márcos», donde saltando sobre una mesa el célebre poeta Juan Cruz Varela, declamó aquella *Oda* sublime, cuyo verso leiste transcripto por mi, en la primera página del album de nuestro primer Acorazado que lleva su nombre:

«Alzóse Brown en la barquilla débil,
Pero nó débil desde que él se alzára».

Por poco que recuerdes de nuestra gloriosa historia nacional, habrás adivinado yá el nombre del heróico Capitán.

Noble ejemplo á imitar, es este primer Almirante del Río de la Plata, cuyas hazañas hasta hoy no han sido superadas por otro alguno.

Aunque combatió con Jefes de tanto renombre como Romarate, Lobo, Pinto, Greenfield, 2° de Lord Cochrane, Norton, Sena Pereyra, nunca fué vencido; y una co-

horte de brillantes Oficiales tuvo por coadyutores en los primeros triunfos navales de la República Argentina. El Coronel Erézcano, Seguí, Somellera, Buchardo, Mazón, Castelli, Silva, Larrosa, Cerretto, Azopardo, (el mismo Romarate) primer Jefe contra quién combatió, y que Brown atrajo posteriormente á su servicio por simpatías personales, Thurne, Jorge, Toll, Cocke, sobre quién se extendió negra sombra cuando se alejó de los severos principios de su Jefe, Bynon, Cordero, su propio hermano Miguel, Brown, Parck, La Rosa, Norther, Drumont y otros.

De aquella pléyade de bravos, sobreviven únicamente Cordero y Singler, yá testigos únicos de las hazañas de su Jefe, á quienes has oido la admiración con que le recuerdan.

.....

Pero, entre todos los discípulos de Brown, descuellan como dos verdaderos lobos marinos, los coroneles Espora y Rosales.

En cierta ocasión tuvieron, acaso por simple cuestión de amor propio, un resentimiento que, como las rencillas de abordo, más se enconan por el reducido espacio en que se concentran, y cual la mancha de aceite, vá creciendo, extendiéndose. Trás altercado de palabras fuertes se retaron á duelo. Brown, valiente y cristiano, á pesar de haber pasado la mayor parte de su vida combatiendo en defensa de la patria de su adoración, jamás se batió por cuestiones personales. Nacido en una gran nación, donde no se conoce el duelo, siempre lo prohibió en la Escuadra de su mando. Creía que la Pátria no cuelga la espada al cinto de cada uno de sus defensores, sinó para defenderla, que el hombre no debe hacerse justicia por sí mismo, y que, excepto el caso de propia defensa no es dable andar á sablazos, menos entre compañeros.

Tal vez lo contrario se piensa hoy en ciertas esferas, sin ser extraño entre los más jóvenes y principio corriente que, al primer pisotón bien sea casual, deba contestar un sablazo. Al respecto, limítome aconsejarte aprendas todas las armas, te adiestres en toda esgrima, nó

para alardear ó desafiar á nadie, sinó para saberte defender en todas circunstancias. Observa el lema que leiste en la espada de tu abuelo:

«No me saques sin razón
Ni me envaines sin honor.»

El caso fué que, con razón ó sin ella, concertado un duelo entre dos de los más valientes Oficiales, por el cariño que tenían á su Jefe, creyeron deber no llevarlo á efecto sin despedirse de él. El Comodoro yá al corriente de lo proyectado, al solicitársele vénia para bajar conjuntamente á tierra, les dijo no se le ocultaba el objeto de la licencia, y extrañaba que distinguiendo á ellos entre compañeros de gloria, no le hubieran designado para dirimir su contienda. Que si ambos querían corresponder á su aprecio, no dudando tendrían razón para el duelo, excepcionaría lo reglamentado, si le confiaban dirijir el encuentro. Gustosos ambos, se sometieron anticipadamente á todas las condiciones que quisiera imponerles su Jefe, tan competente en cuestiones de honor.

—Pues bien: por de pronto,—dijo, preciso es aplazar un momento el lance; hay algo más importante que á todos nos interesa. El enemigo no está á la vista, pero mañana salimos en su busca. Estén prontos; yó les prometo que se batirán, y en regla.

Pocos días después, al moverse la Escuadra se hicieron señales de la Capitana para que vinieran á bordo los Comandantes Rosales y Espora. A su arribo, el Jefe les dijo:

—Mis amigos! antes de entrar al combate, les recuerdo el duelo pendiente. ¿Vuelven Vds. á prometerme cumplir todo lo que yó disponga?—Y contestando ambos ponerse completamente á sus órdenes, añadió:—«Bueno, un doble duelo á muerte se efectuará hoy. Yó he retado á la Escuadra portuguesa, y ustedes ván á cumplir mis prescripciones. Al frente está el enemigo; yá han tocado *zafarrancho.* ¿Divisan Vds. la insignia de la nave principal? Los dos ván á atacarla. El que primero le haga arriar bandera será el vencedor. Sangre de bravos

como Vds. no debe derramarse sinó en sacrificio de la patria.»

El ataque empezó con diversas peripecias. Larga fué la lucha, y cruenta por ambas partes. Ordenado el abordaje, el buque principal fué á un tiempo asaltado por babor y estribor; Espora y Rosales rivalizando en arrojo sobre cubierta, corrieron al palo mayor, y cuando el pabellón descendía, se abrazaron ambos entre los víctores del triunfo.

Sincero y expontáneo abrazo, en medio de las llamas, más fuerte que la muerte, se prolongó más allá de los días de ambos, estrechados sus descendientes en una noble amistad de muchos años.

## IV

Tan abnegado en el peligro como generoso después de la lucha, compendiando rápidamente sus principales hazañas, pondré punto final con la referente al General Garibaldi. El célebre marino, cuya vocación decidió el ejemplo de Nelson al presenciar sus aplausos desde niño, el último cañonazo que disparó fué dirijido contra ese otro héroe de ambos mundos, que todavía después de treinta años me preguntaba en sus postrimerías por su bravo contendor.

Completamente deshechos sus buques por los que mandaba el Comodoro en el reñido combate de «Costa Brava» sobre este mismo río Paraná en que se mece la nave de tu primera guardia, después de haber quemado hasta el último cartucho Garibaldi prendió fuego á sus pequeños barcos procurando salvarse en un bote.

El Capitan de bandera, hoy Vice-Almirante Cordero, le indica, pasándole el anteojo: «Señor, en aquel bote huye el Jefe enemigo: ¿se ordena su persecución?»

—No, nó. De ninguna manera,—contestó el noble marino,—los bravos no se persiguen. Déjenlo, que Dios le ayude. Llevado á presencia de Rozas lo sacrificaría, y tal vez el valiente Garibaldi esté destinado á grandes cosas.

Entonces baja al bote Cordero, á quién en tan encar-

nizado combate honró Brown regalándole su propia espada, (hoy en el Museo) procurando adelantar al que de vanguardia se había desprendido, emprendiéndose entonces la memorable carrera que la tradición recuerda con el nombre de «La regata de los dos hermanos». Ambos á un tiempo, Mariano y Bartolo, abordando el buque enemigo sobre cuyo puente humeaba la guía dispuesta para hacerle volar, córtanla con sus hachas de abordaje, salvándolo mientras que honrando al valor desgraciado, ven alejarse en pequeño bote á Garibaldi y su fortuna, y con él al héroe de una noble causa.

..... .....

El número de presas que hizo Brown fué tal, que el Almirante Cockrane, ni el mismo Nelson, ni otro alguno, con tan escasos elementos alcanzó más ventajas del enemigo.

Cansada de tanto combatir, más de una vez la marinería extranjera, atraída únicamente por el enganche, desertó de los buques, y por mucho tiempo tuvo que echar mano de gauchos, y aún de indios destinados á bordo. Bajo tan ruda corteza descubrió buena madera para diestros marineros. Valientes y sufridos, sumisos y constantes, obedientes y decididos, en su ignorancia no sabían ni contar, ménos leer, y sin embargo, aprendieron á escribir por señales.

Es de admirar cómo se ingeniaba Brown para hacer conocer los nombres de velas y maniobras á sus buenos muchachos. Habiendo llegado á comprender que sólo conocían el libro *de cuarenta hojas*, puso á todas las vergas y velámen nombres de barajas. Así oíanse en su singular lenguaje durante las maniobras órdenes y voces de mando que provocaban risa en medio á la refriega: «Larga el as!»—«Ata el caballo»—«Recoje la sota»—«Amarra al rey»,—por largar *la mayor,* recojer *rizos*, atar el *bauprés*, ó asegurar *el foque.*

.....

Y ahora, hijo mío, no te andes por las gavias, ni cuelgues de las vergas, ni quedes en la cofa. Estudia y aprende hasta llegar al tope del mástil.

## V

Recuerdo al bravo Jefe que dió nombre á la nave de guerra en que hoy haces tu primera guardia de Cadete. Alto, corpulento, tan blanco su noble rostro como el cabello que le coronaba, cecijunto, cojo, yá algo encorvado por el peso de sus años, de pocas palabras, reservado, algo maniático, bondadoso, raro y silencioso, el solitario de Barracas, que si nunca llegó á hablar bien el castellano, hizo retumbar las más sonoras voces sobre el Plata con los cañones de la independencia, conservo grabado el recuerdo de sus últimos años entre los primeros de mi juventud.

Yá en sus postrimerías allá por 1856, mi padre, á la sazón primer Gobernador Constitucional de la provincia de Buenos Aires, me mandó á saludarlo, é informarme de su salud bastante quebrantada, á su casa, especie de castillo donde por cuarenta años vivió fortificado en medio de los potreros de la Boca, á la entrada de cuyo portón, sobre la calle hoy de su nombre, aún permanecen enterrados dos de los cañones que tomó á los portugueses. Enviaba el Gobernador á preguntar, si podía fijar día para inspeccionar el buque mercante fondeado en la Boca, ofrecido al Gobierno. El viejo Almirante á cuyo escondrijo costó penetrar, cuando supo quién me enviaba, tuvo reminiscencias gratas para tu bisabuelo, recordando que el Doctor Don Manuel Alejandro Obligado, Ministro de Estado permanente en el largo Directorio del General Pueyrredón, fué quién le había sostenido con mayor confianza durante el primer Corso, cuando se le pretendía equiparar á un Pirata, ante el Tribunal de Lóndres, para declarar mala presa las que hiciera en las Antillas, bajo bandera de una Nación no reconocida.

Al fijar el día en que se hallaría sobre el Bergantín «Río Bamba», insinuaba al Gobernador cambiar el nombre por: «General San Martin».

—Es uno de los hombres de la Independencia que siento no haber encontrado en mi camino, agregaba el

glorioso veterano, en tan larga carrera que ambos combatimos por una misma causa, si bien llegué á saber que en un mismo día habíamos recibido nuestro bautismo de fuego sobre el Mediterráneo, tripulando yó uno de los buques de la División Naval al comando de Nelson, y él en la Infantería de Marina de otro buque español. Tan asendereada ha sido mi vida, y tan de contínuo movimiento la suya, que en sus breves estadías aquí, y en mi vida de tanto ó más movimiento que la de él, no tuve ocasión de verle. Pero recuerdo que á uno de los primeros buques que armé, puse su nombre. Yá no existe ni el casco en ruinas, por lo que el último en cuyo armamento tendré participación, deseara inscribir en su popa su nombre glorioso».

Coincidencia fué ésta que se ha repetido en más de uno de los prohombres de la revolución! San Martín siempre al galope, apénas se entrevistó dos horas con Belgrano; el Almirante Brown no le encontró una. Estos dos astros de la naciente gloria argentina, habían seguido su curva magestuosa hasta más allá de los confines del pátrio horizonte. Cuando en 1828 llegó San Martín á divisar la ribera natal, venía ávido de abrazar al héroe que había llevado triunfante el pabellón que él alzó á la mayor altura de la tierra, por todos los mares que la circundan.

Recrudecida la lucha civil, al terminar los combates en que la figura de nuestro primer Almirante se agiganta (como el Génio del Plata que con tanto brío defendiera) sin dejar la nave que le conducía, dió melancólicamente desde léjos sus últimos adioses á la pátria, sin que, los argentinos divididos, pudieran contemplar en estrecho abrazo el más grande de los criollos, con el más querido extranjero, vinculado á ella por sus victorias. ¡Fraternidad de gloria que no nos fué dable aplaudir por nuestras contínuas discordias.

Sólo en otra ocasión llegué á el encastillamiento del misántropo de Barracas, tan buen cristiano como arrojado marino. En la mañana del 3 de Marzo de 1857, el Capitán de la Escuadra Alejandro Muratore, (aquel jóven de tan brillantes prendas que á no haber truncado prematu-

ramente su destino balas fratricidas, destinado estaba á ser nuestro primer Almirante) vino todo agitado y conmovido con la nueva al Gobernador, de que Brown arribaba en su último viaje á la eternidad. Entre las disposiciones tomadas, se me encargó atravesára frente á nuestro hogar, (Reconquista 33), para conducir en el carruaje á escape al más piadoso de los capellanes irlandeses, el inolvidable Padre Fahy que siempre llegó á tiempo de consolar á cuantos sufrían.

## VI

El honor del jóven Oficial, como el pudor de la doncella, semejante es á un límpio cristal purísimo que el más leve soplo empaña. Recuerda en todas las solemnes circunstancias de tu vida, la breve y elocuente proclama de Nelson, que reasumía todas sus aspiraciones: «La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.» Mas que para otra alguna, en la carrera que emprendes tan llena de peligros, contrariedades y privaciones, se necesita doble cantidad de valor, de abnegación, de desinterés y patriotismo. Sed repetuoso con tus superiores, afable con tus compañeros, tolerante con todos. Saber obedecer primero, para saber mandar después.

«Honor y Pátria», es la divisa del buque á que hoy subes, y subordinación y disciplina, estudio, constancia y aplicación la de toda carrera. Se necesita mayor energía en el peligro, mayor sangre fría en la catástrofe. Vigilancia á todas horas, reserva y serenidad en todos los momentos.

Cuántas veces los intereses y el honor de una Nación penden del éxito de un buque en un momento dado! Ejemplo bien cercano presenta la última guerra del Pacífico. Murió Grau y el Perú sucumbió, naufragando con el Huáscar, en una hora, todas las esperanzas de triunfo.

Adiós, hijo mío! y si un día la ambición extranjera, explotando nuestras eternas disensiones, amenazára la

independencia de la pátria, recuerda que la Escuadra es la vanguardia de la Nación.

.....

Cuando alejándote del Plata para dar velas al mar, vuelvas tus miradas hácia el hogar de que hoy sales, cuando vayas perdiendo de vista como esfumado entre las brumas del horizonte, el torreón en que escribo, recuerda que á su pié está el Oratorio donde te enseñaron la primera plegaria; que antes que resuene el cañón de tu nave, las primeras manos que entrelazaron las tuyas se cruzarán en el ruego, habrá rodillas que se doblen, corazones que palpiten y se eleven en la oración, labios que pidan al Dios de la victoria el triunfo para la Pátria y la salvación para su hermano.

Recuerda entonces el ejemplo de nuestro primer Almirante, cuyos rasgos principales que te dedico con mis adioses, he pasado escribiendo en la noche de tu primera guardia. Recuerda que siempre él invocaba la protección de la Divina Providencia al entrar en combate, y cumple con tu deber.

¡Que el Dios de tus abuelos, bendiga tus armas!

*12 Febrero 1892.*

# APÉNDICE

# OPINIONES DE LA PRENSA

## SOBRE LAS TRADICIONES ANTERIORES

### I

A MI AMIGO EL DOCTOR DON PASTOR S. OBLIGADO

Ya ha llovido, y récio mi querido Don Pastor, desde la época en que amigablemente departiamos en Lima, y que yo barruntaba en Vd. algo así como tendencia á dejarse soliviantar por el demonio de la Tradición, demonio que yá de mi se habia adueñado, y que me hacia dar ripio á la mano, borroneando cuartillas de papel.

Eso de comer pan de trastrigo, ó de meterse uno donde no lo llaman ni han menester, por sólo el gusto de averiguar vidas y cosas de difuntos, es vicio á que todos los humanos paganos *obligado* tributo y del que, por más enaltecer su apellido, se ha hecho usted reo convicto y confeso, dando á la estampa los tres volúmenes de Tradiciones que al alcance de mis ojos, tengo hoy sobre mi mesa de trabajo.

Aunque en materia de bella literatura me he llamado al goce de jubilación, y en esto de *tradicionar* (páseme el verbo) soy ya como el herrero aquel á quien machacando se le olvidó el oficio, los libros de Vd. han conseguido que se me suba San Telmo á la gavia, y como no soy rio, atrás me vuelvo de mi propósito de cesantia *y ahí vá*, como dice la leyenda del caballo de copas, en ésta mi carta que, á guisa de prólogo, estimaré á Vd. que publique cuando le venga en gana echar á correr córtes un cuarto tomo, que de buena tinta, sé está Vd. condi-

mentando y puliendo. Por lo menos, así ha tenido la amable indiscreción de noticiármelo mi buen camarada, el Doctor Anjel Justiniano Carranza.

Cuenta el entretenido Padre Isla, de un loco más flaco y espiritado que el espíritu de la golosina, que andaba por las calles de Sevilla gritando:

—«La persona que quiera saber cómo se cala un melón, acuda por la respuesta al tio Antón».

Rodeábanlo los curiosos, hacianle la pregunta, y el loco contestaba:

—«Con que se empeñan ustedes, señores mios, en saber cómo se cala un melón?... Pues un melón se cala... (y esto lo decia con énfasis de *magister*) sabiendo rezar el Credo. Y San Seacabó, que es santo que no tiene vigilia».

Háme venido á los puntos de la pluma el cuento del gracioso fraile, como pretesto para consignar en esta Carta todo lo que sé y pienso que es y debe ser el género literario, de modernisima aclimatación en la literatura castellana, bautizado con el nombre de Tradición, género que es romance y que no es romance, que es historia y que no es historia. Y seguir apuntando lo que es y lo que no es la Tradición, seria el cuento de la buena pipa, ó de nunca acabar.

Como Vd. amigo Pastor, es de los que le sacan púa al trompo y saben rezar el Credo... según me lo comprueban sus tres notabilisimos volúmenes, resultando por ellos un buen calador de melones, vá á permitirme hablarle de mis reminiscencias que con la Tradición tienen concomitancias; y si de esas reminiscencias no sacare Vd. jugo, diga caritativamente de mi lo que reza el refrán, sobre un tal Diego Moreno, que habló largo y menudo, y que nada dijo de malo ni de bueno.

Allá en los remotos dias de mi juventud, há más de un tercio de siglo, ocurrióme pensar que era hasta obra de patriotismo popularizar los recuerdos del pasado, y que tal fruto no podia obtenerse empleando el estilo severo del historiador, estilo que hace bostezar á los indoctos. Yó era, por entonces, sócio activo de la muy antigua y acreditada casa de Ocio, Pausa y Compañía; y esta circustancia abonará ante Vd. el empeño con que consagré la poca ó mucha actividad de mi cerebro á discurrir sobre el tema. Verdad que ello no era meritorio para aficionado á las letras, á quien, por esos dias, venia el tiempo más holgado que los calzones del Cura de Puquina, que median tres varas de pretina. El pueblo es como los niños, que tragan, y hasta con deleite, la píldora plateada.

Recordé que en la infancia, los granujillas y mocozuelas de mi casa y de la vecindad, nos agrupábamos, en las noches de clarisima luna, en torno de alguna vieja, gran *cuentista, cuentera ó contadora* de cuentos, (que de los tres modos sabiamos decirlo, sin cuidarnos del Diccionario), y se nos pasaban las horas muertas oyéndola narrar consejas que, si ahora las calificamos de ñoñerias sin entripado, á la

chiquilleria parecieron verdades como el puño, y con más intención que un toro bravo. Sonaban en un reloj de cuco las diez de la noche, y los muchachos distábamos mucho de pestañar embelesados con cuentos que, aunque la anciana nos los relatara por centésima vez, para nosotros revestian siempre el hechizo de lo nuevo. La infancia es de suyo desmemoriada, y la vieja sabia rezar el Credo.

—A dormir, niños! gritaban impacientes las madres que, en nuestras repúblicas americanas, han sido, són y seran siempre muy madrazas; y la muchacheria se insurreccionaba, y habia lo de:

—«Ahora á la cama te vás.
—Si me cuentan otro cuento.
—Pero, hijo, si yá ván ciento..
—Unito más!»

Y no habia vuelta de hoja. Como la paloma en los árboles de fuego, venia el *unito más.*

¿Y qué es el pueblo? El pueblo no es más que una colectividad de niños grandulones.

Resultado de mis lucubraciones, sobre la mejor manera de popularizar los sucesos históricos, fué la convinción intima de que, más que al hecho mismo, debia el escritor dar importancia á la forma, que éste es el credo del tio Antón. La forma ha de ser lijera y regocijada como unas castañuelas, y cuando su relato le sepa á poco al lector, se habrá conseguido avivar su curiosidad, obligándolo á buscar en concienzudos libros de Historia lo poco ó mucho que anhele conocer, como complementario de la dedada de miel que con una narración rápida y más ó menos humoristica, le diéramos á saborear.

Tal fué el origen de mis Tradiciones, y bien haya la hora en que, impulsado por un sentimiento de americanismo, me eché á discurrir sobre la forma, entre artistica y pàlabrera, que á aquellas convenia. Bien haya, repito, la hora en que me vino en mientes el platear píldoras, dárselas á tragar al pueblo, sin andarme en chupaderitos ni con escrúpulos de monja boba. Algo, y aún algos, de mentira, y tal cual dósis de verdad, por infinitesimal ú homeopática que ella sea, muchisimo de esmero y cumplimiento en el lenguaje, y cata la receta para escribir Tradiciones. Tengo conciencia de que no he propinado veneno, sinó pócima saludable para ilustración y entretenimiento del pueblo, amén de que es eminentemente sujestiva la índole literaria de esa clase de escritos.

¿No opina Vd. como yó, Doctor Obligado? Pués dos cuartos voy á mi gallo.

Y de que no estuve del todo desacertado en predicar, como predicando sigo, que eso, y no más, es la Tradición, y que su atractivo y poder de sujestión sobre el alma están más en la forma que en el

fondo, dáme prueba palmaria la circunstancia de que ese género literario, por mi puesto á la moda há más de treinta años, encontró devotos en todas las Repúblicas americanas, y devotos que como Vd., cultivan la Tradición con espiritual humorismo y no escasa corrección en la frase. El suceso aislado, por interesante y singular que sea, se parece á una jóven bonita vestida de trapillo. La belleza cobra realce y valimiento con traje de seda ó terciopelo. Hasta la fea, (aunque entre las cuatro paredes de su cuarto, lo sea más que una excomunión) dá *gatazo* cuando se exhibe vestida con arte.

Sucede que muchas veces el lector encuentra frívola y sándia una Tradición. Para mi la frivolidad ó tontería, no está en el asunto mismo, sino en que al tradicionista le faltaron ingenio y arte para dar interés á su relato, mejor dicho, se olvidó de rezar el consabido Credo. Es el caso de la fea mal acicalada, y que por su desgreño, le dá un susto mayúsculo al mismo miedo. Quien consagra sus ratos á borronear Tradiciones, debe tener lo que se llama la gracia del barbero, gracia que estriba en sacar patilla donde no hay pelo.

Un escritor meritísimo, compatriota de Vd., Don Joaquin V. Gonzales, muy Señor mio y mi dueño, ha dicho que *la Tradición es la Historia de los pueblos que no tienen Historia*. La frase es bonita y nueva. Aquí sea mi hora, si no es verdad que, cuando leí ese concepto, me sentí como sin faja de ombligo, que dice el refrán, y por mucho que en el terreno de mi consideración literaria tenga al Señor Gonzalez bajo toldo y sobre peana, como reza otro refrán, no quiero que se me moje la pólvora, sin decir al muy galano escritor argentino, que su aforismo no tiene para mi valor de tal. Siempre he reconocido que la tradición puede ser una de las fuentes auxiliares de la Historia, pero se me atraganta de que ella alcance á ser la historia misma. Cuatro siglos cuenta ya la América, de vida civilizada, y su historia está muy lejos de basarse en Tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos, y en poco ó nada los decires del pueblo. Hasta para la Historia de los tiempos pre-colombinos, á falta de escritura cuneiforme, de geroglificos como los de los códices maya y mexicano, y de los quipus peruanos, están los monumentos de piedra, convidando al investigador á severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos, cuyo origen sigue envuelto en la noche del misterio. Para el que sepa ó alcance á leer en la piedra como en un documento, no es la Tradición la que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia.

Vd. dirá acaso que al hilvanar esta carta he llevado lechuzas á Atenas, ó aguas al mar, hablándole de teorias que Vd. se tiene por sabidas y tanto que las ha llevado á la práctica, como lo prueban sus interesantes libros; y lo mismo dirá mi bondadoso y viejo amigo Isidoro De María, autor de las *Tradiciones Uruguayas*, y en las que la llaneza del estilo y lo conceptuoso de la frase armonizan su esfuerzo. Pero, amigo

mio, nunca por mucho llover fué mal año, y no es dar puñalada en el cielo ó pretender realizar lo imposible, el insistir en la repetición de lo mismo que, hasta en tono sério, he predicado cuantas veces me he visto en el compromiso de subir al púlpito, para expresar mis ideas sobre lo que, á mi modesto juicio, es ó debe ser la Tradición.

Y basta de parlerias y que Dios siga dando á Vd. como hasta aquí, buena mano derecha. Adelante, mi querido señor Obligado. No desmaye Vd. en la labor, y que venga pronto su cuarto volúmen de Tradiciones á proporcionar horas de delicioso solaz á éste su apreciador sincero y amigo afectísimo.

q. l. b. l. m.

*(Lima)* RICARDO PALMA

## II

A veces, la historia suele padecer omisiones inexplicables, que son recogidas y salvadas por la *tradición*, ese éco simpático, que reflejando, resuscita el pasado al exhibir sucesos y protagonistas de segunda fila, los cuales, por su fácil asimilación, hieren con vehemencia á la masa popular que les diera origen.

Asi, en las noches tenebrosas del océano, sea bajo la palmera que se abanica en el arenal abrasador ó ya á la fresca sombra del *ombú*, en la pampa solitaria —viajando á bordo de velero sorprendido por falta de viento en los trópicos, ora sobre la giba de tardo camello ó en el lomo de pisador encalmado—el marino supersticioso, tanto como el árabe fanático, ó nuestro gaucho indomable, son abstraidos por el imán del cuentista de casos y tradiciones, el que, hermanando su fantasia á una memoria feliz, esmalta reminiscencias en pós de las cuales, las horas con ligera danza, ahuyentando la monotonia, se deslizan insensibles.

Como es sabido, en la primera edad del mundo, los hombres no escribian; apenas conservaban el recuerdo de los hechos por la tradición oral, y cuando faltaba la memoria, era suplida con creces por una imaginación fecundisima y vivaz.

Esto demostraria, que la tradición, entra como parte esencial en las costumbres de los humanos, tan propensos á lo sobrenatural y siempre ganosos de escuchar y acoger con deleite lo extraordinario, lo maravilloso, aquello que, preocupando la imaginación, llena el alma de espanto. Por eso eran considerados los cuenteros de oficio, distinguiéndose por su traje bermejo en la corte de Florencia, y ha sobrevivido á los siglos, lo que relata Virgilio de la noche infausta de Troya...

Tal es el sujeto del libro digno de popularidad, á cuyo frente trazamos estas páginas. Su autor, como en los que lleva publicados de

índole semejante, es ya un especialista en el género de literatura que cultiva, el que, adelantando cada día, ha logrado dominar la materia, siendo bien conocido, nó solo en los paises del habla americana, sino también en otros de ambos continentes, cuya prensa periódica y revistas literarias, hace años reproducen con frecuencia, ó vierten á su idioma, como un atractivo, las tradiciones bonaerenses, acompañándolas de los juicios mas alentadores.

El doctor Obligado, ha elegido por tema de las presentes, como de las anteriores tradiciones, episodios que podemos llamar nacionales—agrupados en acertadas síntesis, abarcando en sus páginas el Alto Perú, (hoy Bolivia), Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay—provincias todas que integraban el antiguo Virreinato del Rio de la Plata—vale decir, la patria vieja, grande, tal como la conocieron nuestros antepasados, como la soñamos los presentes y quizá puedan verla más tarde nuestros venideros.

Estas narraciones amenas y rebosando en interés drámático, á la vez que saturadas por el sentimiento criollo, revelan nuestros hábitos en el pasado, que es el objetivo que persigue, y ha conseguido su autor, al bordar la leyenda en la que nos hace asistir con curiosidad y misterioso encanto á escenas entretenidas de la remota época colonial, como á otras afligentes en la fatigosa gestación de nuestra vida autonómica.

Durante la larga travesía desde Madrid á Huelva, para concurrir al Congreso Internacional en Santa María de la Rábida, departiéndose de todo un poco, oimos exclamar á un compañero de cruda trasnochada: *Con qué, según Vd., su compatriota y mi amigo, Pastor Obligado, me considera como su maestro? Efectivamente, la lectura de sus numerosas tradiciones me proporcionó ratos agradables, demostrando también que ellas pueden ser cultivadas con éxito fuera de Lima por una pluma que no está destituída de las galas del buen decir.*—Tal opinaba Ricardo Palma, reputado Príncipe del ingenio y de quien se ha dicho con justicia, que desde la mina escabrosa, saca á la luz del mundo literario, ese grano de oro sin liga que resplandece en sus Tradiciones con brillo insuperable.

Realmente, el esquisito coleccionador de frases, refranes y joyas viejas, tenía razón al emitir aquel juicio benévolo, porque los libros de nuestro festivo *tradicionista*, también nos hacen vivir en el tiempo que fué, con ese chispeante y malicioso estilo que roza apenas la epidermis de sus personajes, sin ofender la moral ni las buenas costumbres—puesto que no introduce hasta el hueso el bisturí de la crítica, sino que, manteniéndose en una atmósfera de prudente ingenuidad, aumenta el mérito de sus cuadros sobre la retardada sociedad de antaño.

Por lo que hace á la presente 3ª Serie ó *puñado* de tradiciones argentinas, como las llama el autor en su lenguaje pintoresco, es una labor, concebida y llevada á término bajo un plan meditado—brindán-

donos en ella, la rubia espiga sembrada con intención sana en campo exhuberante y apenas explotado—la que deja al alcance de todos, después de animar con el soplo de su inventiva, á hombres y hechos que pasaron, pero dignos de perpétua recordación. La frase suelta y exenta de esa especie de anquilosis que se nota en otros congéneres, también es aventajada en gracia y en facilidad—dejando traslucir sus conocimientos en las apreciaciones que emite, no ménos que su percepción estética.

Narrador feliz y oportuno, exorna y dá realce hasta tener pendiente de su relato al lector, fingiendo á las veces, candidez para interesar ó divertir; pero la claridad surge en él como un manantial de luz, haciéndole orillar las frases vagas ó conceptos poco determinados, y aunque refiera lo inverosimil, parece no serlo—tal es la maña, habilidad y primor con que lo hace, pudiendo repetir con el genial Hartzembusch—«....Mis tradiciones fueron escritas más bien para deleitar con la amenidad de la narración, que con la verdad de los lances.»

Es pues un hecho averiguado, que la tradición desarrollada con destreza, cautiva y apasiona. Asi, leyendo en Europa á un celebre catalán (Balaguer), de estilo tan sencillo como elegante, hizo surgir en nosotros y realizar el anhelo de ver en persona entre otras, las ruinas imponentes del castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde residió doña Juana *la Loca* y acabó sus dias Isabel la Católica.

Empero, nuestro compatriota, sabe también comunicar ese fuego sagrado que se trasforma en claridades de nobilisimo entusiasmo, al desenvolver las tradiciones de este puelo, dueño de un pasado tan glorioso, como inmenso porvenir.

Desapegado por temperamento y por sistema, de la pasión politica que todo lo absorbe, sus gustos literarios le llevan á otro escenario, bien alto el confalón humoristico que simboliza su pluma original é innovadora y de cuyos puntos brotan inequivocos y retiscencias que dan forma seductora á su pensamiento. Asi, de un chascarrillo popular, de una efeméride cualquiera, de un aniversario ó de un pasaje histórico poco dilucidado sobre dichos ó hechos de hombres notables—el *tradicionista* nacional urde con acentuado colorido, narraciones que parecen cuentos de hadas, por más que tengan en el fondo su médula de verdad—ya recordando edificios ó literatos olvidados; bien, exhumando soldados beneméritos, cuando no pone de bulto, siquiera sea de paso, nuestros últimos progresos.

Con el objeto único de salvar lo poco que va quedando de una época que ya se borra, nuestro autor, con los ojos y el espiritu fijos en la tierra amorosa del hemisferio republicano, escudriña el tesoro que guarda su tradición y sin otra guia que el exámen, estudiados y y sostenidos sus tipos, traslada al papel escenas y diálogos que conservan todo el sabor de la realidad—después de emplear como el poeta

latino, las horas fugaces de su existencia, en adornarlos con las emociones más puras y más laudables.

De esa manera, tal vez en su totalidad, cuanto refiere ha sucedido, vale decir, tiene base de verdad—dando color y movimiento con las múltiples tintas de su paleta de artista de buena cepa—á parábolas realmente edificantes, como entre otras, la tradición que intitula: *Cenas del Obispo San Alberto*, aquel modelo de prelados por su saber y virtud evangélica—que alecciona á una *viuda honrada, pero que no tenía la puerta cerrada*;—la del *Fiscal Catoniano*, al que ya en su decadencia, admiramos de cerca, descubriéndolo en ella, retratado de cuerpo entero—la del *Amor de rodillas*, en que figuran dos beldades, hoy desvanecidas: Marta Luján y Genoveva Corbalán, pertenecientes ambas á la primera sociedad de Salta—la de *El hombre que voló*, ó sea uno de los esforzados defensores de Buenos Aires en 1807, al que alcanzamos en la inopia más de medio siglo después de su noble hazaña—la de *El primer Ferrocarril*, en cuyo corto viaje de ensayo, *no se animó* á estrenar el tren, ni la respetable Comisión Directiva que invitára al pueblo á presenciarlo—la de *El primer barco á vapor* que mojó en estas aguas, etc., etc.,—todas á cual más interesantes, recreativas y de enseñanza moral—debiendo añadirse, que las ilustraciones del texto, representan con propiedad, monumentos, lugares y otros objetos de que se ha hecho referencia en la tradición respectiva.

Por lo demás, cumple repetir—el autor es un antiguo ciudadano de la república literaria, por los trabajos útiles con que la ha enriquecido siempre, conservando en su poder testimonios de aprecio de escritores y publicistas como Mitre, Sarmiento, Juan María Gutierrez, Villegas, D'Amicis, Quesada, Guido, Pellegrini (padre), Tobal, Esteves Sagui, Argerich, etc., razón que nos asiste para no cerrar estas líneas, sin dedicar algunas más á su respecto, como un tributo de ajustada equidad á la constancia y patriotismo con que contribuyó desde temprano, al afianzamiento del principio liberal en nuestro país, al propio tiempo que llevaba adelante su obra de propaganda literaria en esta sección de la América, aún en circunstancias en que la indiferencia pública, condenó á sus apóstoles á vegetar entre paredes de hielo!...

*
* *

Pastor Servando Obligado, nació en Buenos Aires, el 23 de Octubre de 1841. Hijo del primer Gobernador constitucional de dicha provincia, durante cuya administración se consolidó el órden público, iniciándose la era de reformas materiales é intelectuales que dieron luego resultados admirables—es nieto del Doctor Manuel Alejandro Obligado, que fué Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda, bajo el Directorio de Pueyrredón y Ministro en una ú otra Cartera con escasa interrupción desde 1812 á 1822.

Dedicado á la carrera de sus antecesores, obtuvo en 1862, las borlas del Doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Un año despues, pronunciaba en el teatro de Colón, en presencia de los Generales de la Independencia, su aplaudido discurso contra el bombardeo del Callao por la Escuadra española, el que reproducido por la prensa local, lo fué tambien en Paris, por Torres Caicedo, en el *Correo de Ultramar*.

Aunque refractario á la politica por sus inclinaciones que lo impelian á diverso teatro, como se ha dicho, sin embargo, cuando en momentos de peligro, creyó afectada la vida libre y politica de la patria, á la par de otros jóvenes de su generación, tomando una espada en sus manos de ciudadano, concurrió como voluntario, batiéndose en dos campañas en el interior de la República, y también á una guerra sangrienta provocada por el extranjero—siendo el corolario de tal situación, que se alistara transitoriamente en la prensa militante como colaborador, fundador ó corresponsal, ya en Buenos Aires, el Rosario ó Corrientes, en cuyos clubs vibró su palabra ante la multitud entusiasta y encrespada.

Propagandista de la educación pública desde 1864, luchó por su difusión, estableciendo Escuelas en los cuarteles y hasta en el centro mismo de la Pampa, á la vez que estudiaba otro problema, como el acrecentamiento de la corriente de emigrantes que afluia á nuestras playas—convencido de la trascendencia de ambos factores en el futuro nacional.

En 1871, emprendia una jira por Europa, Ásia, África y América, la que duró tres años, siendo hasta entonces, el primer argentino que diera la vuelta al mundo—dejando como jalón de aquella, su *Viaje á Oriente*, publicado en la época.

Cinco años más adelante, con motivo de su visita á la Exposición de Filadelfia, sobre la que escribió otro libro en el que refleja sus impresiones, (*Los Estados Unidos, tal cual són*), recorrió las Repúblicas del Pacifico, siendo presentado á su prensa periódica y centros literarios, por Vicuña Mackenna en Chile, por Palma en el Perú, y por el insigne poeta *yankee* Longfellow en Boston—como ya lo fuera en España, por Castelar, Alarcón, Castro Serrano, Campoamor, Zorrilla, Valera y otras notabilidades—contándolo entre los peregrinos la Exposición de Paris en 1889, tercer viaje en que dirigió sus excursiones por Suecia, Moscou, etc.

Llevado á la magistratura de su pais, inició varias reformas en el procedimiento legal, con el propósito de que la justicia fuere rápida y barata.

Para reasumir, añadiremos, que el Dr. Obligado fué en diversas épocas de su vida: militar, periodista, viajero, Secretario del Departamento General de Escuelas, Fiscal, Juez de 1ª Instancia, Municipal, etc. —colaborando sin descanso en diarios, correspondencias y folletines, de dentro y fuera del pais, incluso la histórica *Revista de Buenos Aires*, cuyas páginas ensayó al vuelo dejando rastros de su pluma humoris-

tica, infatigable y fecunda—sin olvidar por último, sus doscientas y tantas *Tradiciones* ya coleccionadas.

***

Al dar fin á este esbozo relativo al inteligente modesto publicista que lo ocasiona, nos permitimos tomar de carta anterior del laureado Cárlos Guido Spano, un pasaje en que le congratula sinceramente por su labor literaria con estas palabras generosas, que también hacemos nuestras.

«... Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos Visito en compañia de Vd, lo que otros han ido abandonando en el camino y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenisima. Volver la mente á lo pasado, equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Vd. ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos, y ha encontrado en ellos joyas, que si no están de moda, conservan siempre su valor intrinseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias por la parte que pueda corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas...»

ANGEL JUSTINIANO CARRANZA.

San Felipe de Miguens, 11—XI—96.

*(La Prensa).*

*(Fervet opus)*

III

Las abejas trabajan y los blancos panales exhalan ya la fragancia del tomillo y otras flores.

El Doctor Obligado en su bello é interesante libro, que será leido con placer intenso, y que le conquistará puesto eminente en las letras argentinas, nos refiere los episodios más curiosos de la crónica antigua.

En penosa é inteligente labor ha recogido las tradiciones esparcidas del niño maravilloso, y nos la presenta en bello conjunto, para que el sentimiento y el pensamiento argentino puedan beber en ellas é inspirarse, y el alma toda templarse al calor generoso de un noble y fecundo pasado. Acto de profundo patriotismo importan estos doctos trabajos que traen vivificante pábulo á la vida nacional y contribuyen con eficacia irreemplazable á la unidad social, derramando en el seno de las masas, gérmenes de cohesión y afinidad, que cristalizan en las entrañas populares el alma de la Nación, como las fuerzas geológicas

cristalizan el brillante en las entrañas de la tierra. Y en nuestra historia moderna, en nuestra actualidad, ¡cuántos ejemplos no pudiéramos invocar que nos están revelando á gritos, cuán efímera, cuán transitoria y deleznable es, toda grandeza que no se basa en el único fundamento sólido é indestructible de la verdad y de la libertad!

Pensando de acuerdo con éstas ideas y con las lecciones de la vida, el Doctor Obligado--animado del espíritu de su raza patricia, lanza su interesante libro, como para recordarnos al réflejar el alma de nuestros mayores en la vida del pasado, que éstos hicieron y alcanzaron grandes cosas, porque sus propósitos fueron siempre nobles y sus fines siempre elevados. Si el mérito de un libro se midiese sólo por su oportunidad, el de este seria indisputable, por cuanto hoy, que caen tantos *Marino Falieri*, nos recuerda que nuestros abuelos no conocieron la *pillería política*, no tuvieron Catilinas, y cuando nos legaron un tirano, nos legaron un tirano grande, en su grande barbarie. Pero como entre los elementos de apreciaciones no es éste el sólo y único, tiene también, fuera de otros, el de la trascendencia.

El libro del Doctor Obligado es trascendente, porque al revelarnos con el testimonio elocuente é incontestable de los hechos de la vida de nuestros mayores, que la virtud, que la audacia, en el concepto y en la acción, son antiguas en nuestra República, nos advierte, con ironia tribunicia, que no debemos engreirnos de la prosperidad presente, que nada nos debe, que poco, muy poco, hemos hecho aún, para hacer práctico el testamento de nuestros antepasados y alcanzar sus votos grandiosos, que estamos muy lejos de la sublimidad de sus atrevidas intenciones, y por último, que nuestras fáciles vanidades y vacias pretensiones chocan con aquella grande y clásica humildad de aquel ilustre y noble mártir, que al rechazar el titulo de General, pedia sentido perdón á la Legislatura de su pais por no haber hecho, en su concepto, á pesar de sus hechos gloriosos y de sus caros sacrificios, nada digno y merecedor de tan grande mérito y de tan alto lustre.

El Doctor Obligado, fiel á su generación, á sus gentes y á las patrias tradiciones, ha concretato como Plutarco, en perfiles hermosos, la fisonomia nativa, cuya belleza moral marca y hace resaltar, y que todos nosotros debemos prestigiar, para que personalidades espúreas no nos desvien de nuestras rutas y rumbos nacionales, y nos lancen forzadamente en ideales negativos, pobres y espirantes, que se alzan sarcásticamente en el Nuevo Mundo chocando con su virginidad, con su juventud y con su porvenir.

El Doctor Obligado, en su modestia, trabaja más por su pátria, por su nación, por su raza, que tantas nulidades doradas por la fortuna, que ni siquiera por gratitud á las encumbradas posiciones que no merecen, sirven y responden á los altos fines de libertad y de civilización que encarna nuestra madre América!

Puede estar satisfecho el escritor que, siguiendo las nobilísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sinó que con espíritu religioso y con alto amor de pátria, la consagra y deposita, como ofrenda pia, sobre los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles, bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.

FEDERICO TOBAL.

(*La Nación*)

# Indice de la 6ª Série

*Lo más viejo.*
*Llegó á Buenos Aires San Francisco?*
*Cuanto costaban las hechuras* (1680).
*Casamiento á puñaladas.*
*Amor que incendia.*
*El Cacique negro.*
*Un salto de 20,000 piés.*
*(Cuento en los aires).*
*El resucitado.*
*(Crónica de la época del Virrey Arbolito).*
*Amor maternal.*
*(De Heliópolis al Cuzco).*
*Los olvidados.*
*¿Dónde está la Cordillera?*
*Mayor milagro del génio.*
*El Cacique Rubio.*
*Resignación.*
*Duelo-manía.*
*Nunca mató quien bien amó.*
*Un fraile de campanillas*
*El caudillo chileno.*
*Victor el burlón.*
*Novio tenemos, Convento habemos.*
*(Crónica del Virrey de las luminarias).*
*Una noche en el Convento de la Rábida.*
*Los altares de la Patria.*
*Los nacimientos en el barrio del Alto.*
*El vecino de la otra cuadra (en 1750).*
*El Comedor del Señor Escalada.*
*El primer retrato.*
*Los dos aceros.*
*El Caudillo Belzú.*
*La carreta tucumana.*
*El último esclavo.*
*Los aparecidos.*
*El pirata del Paraná.*
*Secreto!*
*El Corsario? Bouchardo.*
*El Capitán Mentirola.*
*La vuelta de Obligado.*
*(Crónica de las Islas del Paraná).*
*Fray Pantaleón pico de oro.*
*El barrio de los tambores.*
*Milagro en la Alhambra.*
*Amor que inmortaliza.*
*(Crónica de la época del último Virrey).*

# Algunas obras del Autor

Las estátuas de la Universidad.

Viaje á Oriente.

Los Estados Unidos tal cual són.

Cuentos bajo la carpa.

Biografías de argentinos ilustres.

Discursos pronunciados en el Teatro Colón, Meetings á favor del Perú (1864); en el Círculo Literario Montevideo, Chile, Perú, Madrid.

El abrazo de Maipu.

Tradiciones.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.